

—No bablemos mas de ese hombre.

—Como gustéis, porque os veo muy irritada.

—Vengamos al asunto que me ha obligado á llamaros.

—Vengamos en buen hora.

—¿Qué sois de esa comedianta que se llama Dorotea: padre, amigo, amante, marido..?

—Esa misma pregunta me han hecho hace poco, y he contestado: soy su perro, su pèrro valiente, que por lo mismo que Dorotea es desgraciada, la guarda: capaz de despedazar la mano del rey si toca á esa mujer.

—¡ Sois pues, su padre!

—No, pero es lo mismo.

—¡ Esa mujer es amante del duque de Lerma!

—Si, si señora.

—¿ Y de don Rodrigo Calderon..?

—Lo fué: ahora creo que lo sea de otro.

—¿ Y quién es esa mujer?

—Una huérfana.

—Esa mujer se ha atrevido á sospechar de su magestad.

—Ha tenido celos, como vos podeis tenerlos.

—Resulta, pues, dijo doña Clara terriblemente contrariada, que os he llamado en balde.

—Creo que no.

—Os veo tan decidido por esa mujer...

—Yo os veo mas por un hombre.

—Debeis tener mucha confianza en que vuestro oficio de bufon os saque á salvo de todo, dijo con una cólera mal reprimida doña Clara.

—Me habeis tomado ojeriza sin razon.

—No tengo mas que una cosa que deciros: mirad como tomáis mi nombre en vuestros labios.

—No puedo tomarlo mal: sois honrada, y muy noble, y muy dama: si estais enamorada, enfermedad es esa conque nacemos, y enfermedad incurable, de que no debeis avergonzaros, conque ¿qué diré á don Juan Giron y Velasco?

—¿ Qué le habeis de decir de mi parte? Nada. Id con Dios.

—Quedad con Dios, señora.

Y el bufon salió despues de pronunciar con un retintin insolente sus últimas palabras.

—¿Por qué me trata así ese miserable? se quedó murmurando doña Clara.

Entre tanto decía el bufon saliendo de la sala:

—Dorotea ama al señor Juan Montiño: no tengo duda de ello: la conozco demasiado, le ama con la virginidad de su amor. ¡Qué dichosos son algunos hombres! pero ella le ama, y bien: yo he hecho cuanto he podido por emponzoñar los amores de doña Clara con él: ¿sabrá doña Clara, que ese don Juan ha ido casa de Dorotea, ó indican un peligro mayor las preguntas de doña Clara acerca de ella? Las cartas de la reina... ¡oh! ¡oh! pues que se anden despacio, porque yo no tengo más amor ni más vida que Dorotea.

La intención del tío Manolillo, sin embargo, no había producido el efecto que se había propuesto. Doña Clara era una joven de razón fría.

Lo primero que la aconteció, fue sentirse herida en el corazón.

Porque amaba á Juan.

Las circunstancias en que le había conocido, y las cualidades del joven, justificaban aquel amor, naciente es cierto, pero arraigado ya en el alma.

Todo la había agradado en el joven.

Su figura, su entusiasmo, su franqueza, su valor, su discreción, el mismo efecto violento que su hermosura había causado en él...

Doña Clara, dentro de su pensamiento había acariciado á aquel amor.

Se había encariñado con él, es decir, se había sentido halagada, enlanguidecida, llena por su influencia, y amaba á su amor.

Era uno de esos amores que pocas mujeres consiguen.

Un amor completo.

Un amor hermoso.

Una sola cosa podía haber contrariado á doña Clara, y entonces no la contrariaba aun.

La dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Peró el amor de doña Clara, era su primer amor.

Ese amor casto, tranquilo, que no lleva consigo, que no se funda en el deseo de la posesión material del ser amado.

Doña Clara no había pensado todavía que podía pertenecer á un hombre.

Su alma dormía envuelta en un velo de pureza.

Por lo mismo, no la había contrariado en gran manera la dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Y sin embargo, á pesar de la pureza de su amor, no habia dormido aquella noche, habia sentido un malestar vago, una inquietud ardorosa.

Su alma concentrada en el recuerdo del jóven, habia bebido en sus ojos, en su semblante, en su expresion, en su alma, no sabemos que lascivia interna, misteriosa, incomprendible para doña Clara, pero ardiente, profunda, llena de voluptuosidad.

Y es que no se pasa en la naturaleza bruscamente de un estado á otro, de una forma á otra: es que todas las modificaciones, todas las transformaciones necesitan nacer, desarrollarse, hacerse, en una palabra.

Doña Clara, mujer en la razon, niña en el alma, para ser una mujer completa, necesitaba pasar por una gradacion necesaria, mas ó menos rápida, mas ó menos violenta, segun fuese la fuerza de impulsion que presidiese á aquella gradacion.

En una palabra, doña Clara estaba enamorada de Juan Montiño, todo lo que podia y de la manera que debia estarlo.

Porque nada sucede ni deja de suceder, que no pueda y no deba ser ó no ser.

Doña Clara habia considerado á Juan Montiño á primera vista y casi por intuicion tal cual debia considerarle.

Le halló profundamente simpático, y su alma se estendió hácia él.

Renunciar á su juicio, lastimarse el corazon renunciando á él, era cosa que doña Clara no podia hacer sin discutir su resolucion consigo misma.

Asi es, que si al principio se irritó con las confidencias del bufon, que suponía á Montiño un mozalvete lenguaraz y villano, como muchos de los que abundaban en la córte, despues mas serena se dijo:

—Cuando una persona se refiere á otra debemos antes de decidir, ver si hay en la persona que refiere algun interés en favor ó en contra de quien se ocupa. Ahora bien, que el tio Manolillo ama á esa comedianta es indudable. Que su amor sea capaz de todos los sacrificios, hasta el punto de amar los caprichos y las faltas de esa mujer es posible. Ahora bien: esa miserable tenia celos de la reina... celos de Calderon... el tio Manolillo quiso matar á don Rodrigo, y para ello, pidió á la reina los mil y quinientos doblones; cierto es, que prometió rescatar las cartas, pero acaso si hubiera muerto ó herido á don Rodrigo, hubiera ido á llevar esas cartas á la Dorotea en vez de llevarlas á la reina. Se cruzó ese jóven de una manera providencial, rescató las cartas... esto puede ser un motivo de ódio que determine una calumnia del bufon. Ademas lo que

me ha dicho , podia saberlo y lo sabia sin duda sin necesidad de que ese jóven se lo dijese. Es necesario no obrar de ligero... ¿Pero y si ese empeño de que yo desprecie á don Juan , fuese porque le haya visto la Dorotea y le ame?

Esta era la verdad , y al suponerla doña Clara , sintió lo que nunca habia sentido : la dolorosa é insoportable sensacion de los celos.

Y como los celos nunca son hidalgos , ni se detienen ante nada , tomó una pluma y escribió una larga carta en que acusaba ante el inquisidor general á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Poco despues aquella carta entraba en la celda del padre Aliaga.

## CAPITULO XX.

En que continúan los trabajos del cocinero mayor.

—¿Me da vucencia vénia para entrar? decia una voz poco firme y contrariada á la puerta de la cámara del duque de Lerma.

—Dejad ese despacho, Santos, dijo el duque de Lerma á un secretario que trabaja con él, y envid á buscar á mi sobrino el conde de Olivares.

Levantóse el secretario, arregló los papeles, los puso en una carpeta y luego aquella carpeta en un armario.

Despues salió.

Entonces el ministro-duque se volvió con afectacion á la puerta por donde habia entrado la voz que pidió permiso, y dijo con cierta hueca benevolencia:

—Entrad, Montño, entrad.

Entró el cocinero mayor del rey, se inclinó profundamente tres veces, y luego haciendo una mueca que parecia una sonrisa, dijo:

—¿Quedó vucencia contento del banquete de ayer, señor?

—Por el dinero que os dará mi mayordomo, podreis sacar la consecuencia, buen Montño.

—¡ Ah señor, escelentísimo señor! dijo Montño poniéndose en arco y haciendo otra mueca: no lo decia por tanto.

—Si, si, ya sé que mil ducados mas ó menos son para vos muy poco.

—No tanto, no tanto cómo eso, señor.

—Sin embargo, haceis muy buenos negocios: debeis estar rico Montño: ademas de que la vianda de su magestad debe dejaros buenas ganancias, siempre me estais pidiendo oficios.

—Y yo os agradezco á vuecencia...

—No hago mas que pagaros vuestros servicios: sois inteligente y activo: y luego... vos me servis bien.. es decir, servis bien á su magestad.

Volvió á inclinarse Montño.

—¿Cómo anda el cuarto del príncipe?

—Don Baltasar de Zúñiga no perdona medio de captarse la voluntad de su alteza, como que dicen que hace versos con él.

—Y aun poesías eróticas...

—No comprendo bien, señor.

—Composiciones amorosas.

—No, no señor, eso se queda para el duque de...

Montño se detuvo afectando la confusion de quien ha pronunciado una palabra inconveniente y peligrosa.

—¿El duque de qué? dijo Lerma: vamos, concluyamos: ¿quereis sin duda decir, mi hijo el duque de Uceda?

—Efectivamente, señor, yo creia haber sido indiscreto...

—No, no, de ningun modo: cuando se trata del servicio de su magestad, yo no tengo hijos: ¿y á propósito de hijos?.. recordadme mas adelante, que tengo que encargaros algo acerca de la condesa de Lemos.

—Muy bien, señor.

—Decíamos, que de las composiciones amorosas del príncipe está encargado el duque de Uceda.

—Si señor: eso dicen los de la cámara de su alteza.

—¿Y quién es la persona destinada á juzgar del mérito de esas composiciones?

—Una dama muy matronaza, muy hermosaza, á quién suele ver su alteza en la comedia, y en el Buen Retiro: que recoge á su alteza entero en la mirada de sus grandes ojazos negros.

—¿Y quién es esa mujer?

—No se sabe. Ha aparecido de repente en la córte: vive en la calle de Amanuel con una dueña y un escudero, y la visita mucho el duque de Uceda

—¿Y no la visita nadie mas?

—Dicen que tarde, de noche, suele entrar en la casa un hombre.

—¿Y quién es ese hombre? Me haceis preguntar demasiado, Montino: sino bastan los maravedises que os doy para que esteis bien servido, pedidme mas. No importa lo que se gaste; necesito, para servir bien á su magestad, saber todo lo que sucede en palacio, y lo que sucediendo fuera de palacio pueda tambien convenir.

—Ese hombre es el sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡Don Juan de Guzman! don Rodrigo Calderon me habló por él, me ponderó lo útiles que podian ser sus servicios, y en dos años le hemos hecho capitán, y despues sargento mayor. Don Rodrigo me le ha mostrado varias veces, y... veamos si le reconozco: es un hombre soldadote, buen mozo, ya maduro...

—Si, si señor, es un hombre de cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, aunque demuestra diez menos: ya en otra ocasion me mandó vuecencia que me informara, y yo acudí á mi compadre Diego de Auñon, que es un escribano real, que corta un cabello en el aire. A las veinticuatro horas me dijo:

—El tal por quien me preguntais, ha vivido honradamente matando á oscuras por poco precio. Hánle puesto á la sombra mas de tres veces, pero se da, ó se daba tal maña para su oficio, que nada se le ha podido probar, y por no mantenerle, y por hacer falta muchas veces desocupar la cárcel un tanto para que cupiesen otros presos, se le ha soltado. Ahora vive honradamente de su sueldo, y nada hay que decir de él.

—¡De modo, que si esa dama con quien entretienen al príncipe don Felipe, tiene tales conocimientos secretos, debe ser una bribona!

—No sé, no sé, escelentísimo señor, porque tambien hay damas y muy damas que se pierden por estos tunos.

—Tomad, dijo el duque abriendo un cajon, y sacando de él un estuche.

—¿Y qué es esto, señor?

—Una gargantilla.

—¡Ah! ¿debo visitar á esa dama?

—Si.

—¿Y qué la he de decir?

—Que un personage, un altísimo personage, la conoce y la ama.

—Puede creer que ese personage es su magestad.

—No importa: si ella lo supusiese...

—Niego...

—No, no negais... será bien que vayais vos en persona: en vez de negar, afectareis como que la haceis una gran confianza, y la direis: su magestad es muy grave, muy cuidadoso de su decoro: su magestad no quiere que nadie, ni vos misma sepais, que os ama... que os visita... su magestad vendrá á veros, y le recibireis sin luz: debeis ser muy prudente, y en las visitas que su magestad os haga, no indicar ni por asomo que le conoceis.

—¿Pero y si esa dama se negase á recibirme?

—¿No decís que tiene dueña?

—Si señor.

—Pues bien, tomad para la dueña.

El duque abrió otro cajon, sacó de él algunas monedas de oro, y las puso formando una columna bastante respetable, en el borde de la mesa del lado de Montño.

El cocinero miró con codicia el oro; pero no le tocó.

—Guardad eso, le dijo el duque, y ademas... me olvidaba... tomad.

Y el duque sacó una cajita de terciopelo, la abrió y dejó ver dentro una cruz de Santiago esmaltada en una placa de oro.

—¡Ah! ¡señor! exclamó trémulo de alegría el cocinero: ¿me da vuecencia el hábito de Santiago?

—¿Y pará que le quereis vos? ¿para que no os atrevais á entrar en la cocina, por temor de que se os manche la cruz?

Cayó dolorosamente despeñado de lo alto de su vanidad Montño.

—¿Pues para quién señor, es ese hábito? dijo con un sarcasmo mal encubierto: ¿acaso para la aventurera con quien entretiene al príncipe el duque de Uceda?

—Para esa el collar de perlas y mas que fuere menester: esta cruz es para otra persona. ¿No conoceis á alguien que se haya hecho recientemente merecedor del hábito?

—Confieso á vuecencia que no.

—Si el servicio que pienso recompensar pudiera hacerse público, no le pagaria tan barato: seria cosa de titular á quien le ha hecho: ha salvado á su magestad.

—¿Pues que, su magestad ha estado en peligro?

—Su magestad la reina ha estado á punto de ser deshonrada, contestó el duque.

Montño supo contenerse en el momento en que vió claro que se trataba de su sobrino postizo.

—Pues confieso á vucencia, que no sabia yo que su magestad la reina...

—Vamos, señor Francisco. ¿A dónde llevásteis anoche á un vuestro sobrino?

—¿Yo...? á ninguna parte, dijo Montiño temiendo que lo de la cruz fuera un lazo.

—Será necesario probaros que obro de buena fé, dijo el duque y por lo tanto insisto: tomad esta cruz, llevádsela á vuestro sobrino Juan Montiño, y decidle que venga mañana á recibir la real cédula de mi mano.

—Muchas mercedes señor, dijo Montiño tomando la cruz.

—Pero esto no basta : vuestro sobrino será pobre.

—Lo es en efecto, señor.

—¿Y qué puede hacerle?

—Es valiente...

—¿No mas que valiente...?

—Es licenciado.

—¿En qué?

—En teología y en derecho.

—¿Está ordenado?

—No señor.

—No conviene que sea clérigo; un mozo que dá tan buenas estocadas, no debe llevar un roquete : le está mejor un oficio de alcalde : los alcaldes brabos, que tienen letras y puños, valen mas que los que solo tienen letras : le haremos alcalde de casa y córte.

Montiño estaba espantado con lo que veia, y sobre todo de la buena suerte de su sobrino.

—Conque, dijo Lerma : ¿sabeis todo lo que debeis hacer?

—Si señor. Seguir averiguando cuanto pudiere.

—Eso es.

—Procurar introducirme en la casa de esa dama.

—Eso es.

—Dar á mi sobrino esta cruz, y mandarle que venga á dar á vucencia las gracias.

—Eso es.

—Ademas vucencia me dijo, le recordase que tenia que decirme algo acerca de la señora condesa de Lemos.

—En efecto, me importa saber uno por uno los pasos que da doña Catalina.

—Puedo deciros señor, que cuando yo venia para acá, entraba vuestra hija en las Descalzas reales.

—Nada tiene eso de estraño.

—Y ya que vucencia quiere que se le diga todo, bueno será tambien que vucencia sepa, que poco despues entraba en el convento don Francisco de Quevedo.

—¡ Ah! ¡ ah! ¿ y en el convento, no en la iglesia?

—La señora condesa entró por la puerta de los locutorios, y por aquella misma puerta poco despues don Francisco.

El duque de Lerma escribió rápidamente una carta, la cerró, y escribió sobre la nema.

«A la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas reales.—Del duque de Lerma.—En propia mano.»

—Id, id, Montño, dijo el duque, id, llevad esa carta al momento á su destino, y traedme la contestacion.

Montño salió casi sin despedirse del duque por obedecerle mejor, y su esclencia se quedó murmurando.

—¿ Qué habrán ido á hacer mi hija y Quevedo á las Descalzas reales?

## CAPITULO XXI.

De cómo en tiempo de Felipe III, se conspiraba hasta en los conventos de monjas.

La madre Misericordia, á pesar de ser abadesa de las Descalzas reales no era una vieja.

Esto no tenia nada de extraño, porque á falta de edad tenia caudal. Gastaba generosamente gran parte de él en regalos á las monjas.

Y hemos dicho mal al decir que generosamente, porque aquellos regalos habian tenido su objeto antes de ser abadesa la madre Misericordia. Serlo.

Despues de ser abadesa, los regalos servian para que todas las monjas la llevasen á su celda y misteriosamente los chismes del convento.

En el convento de las Descalzas reales se conspiraba.

Estas conspiraciones eran hijas de la rivalidad de las monjas.

La comunidad como toda sociedad, estaba dividida en bandos.

Cada uno de estos bandos queria influir en el ánimo de la abadesa, en aquella especie de presidenta de república.

Porque un convento de monjas es una república en que todos los cargos se obtienen por eleccion.

Y una república mas difícil de gobernar que lo que á primera vista parece.

A mas de la lucha de influencia, habia otras luchas secundarias que acababan de envenenar á la comunidad.

Llegaba un dia clásico.

Era necesario un sermón.

Seis meses antes empezaba una lucha sorda en el convento.

Cada madre queria que su confesor fuese el encargado de la oracion sagrada.

Y como habia muchas madres y muchos confesores, de aqui la lucha.

Cada confesor influa sobre su monja.

Y decimos sobre su monja, porque cada confesor no tenia ni podia tener mas que una hija de confesion en el convento, y aun en los conventos de la poblacion en que se encontraba.

¿Saben nuestros lectores lo que hubiera sucedido, si un fraile ó un clérigo se hubiese atrevido á tener á su cargo mas de una conciencia en la comunidad?

Esto hubiera sido una especie de adulterio *sui generis*.

No ha existido, ni existe, ni existirá, monja que pueda tolerar tal cosa.

Lo mas, lo mas que sucede es lo siguiente:

Se pone malo un confesor, y en un dia de confesion, se encuentra huérfana una monja.

Entonces otra por gran favor, por una gracia especial, especialísima, cede su confesor á la monja huérfana.

Y la rivalidad llega hasta á los regalos que las buenas madres hacen á sus confesores.

Que sor fulana envió el dia de su santo una bizcochada magnífica á su director espiritual.

Sor futana pretende sobreponerse, y envia al jefe de su conciencia otra vizcochada mejor.

Las dos madres se pican: la una porque la otra ha hecho mas: la otra porque la primera ha murmurado de ella.

Entonces tercián chismes mas peligrosos.

Si sor fulana estuvo asomada á la celosía y dejó caer un billete, y si recogió el billete un estudiante.

Si sor futana soltó por su celosía un rosario bendito, que fué á caer en la halda de la capa de un soldado.

Porque en aquellos tiempos habia enamorados y galanes de monjas.

Quevedo lo dice, y hace su asercion verdadera, el que la Inquisicion revisó los libros de Quevedo, como los revisaba todos, y no se opuso á lo que decia respectó á los enamorados de las monjas, ni lo tachó ni lo encontró inmoral.

Esto estaba en las costumbres de entonces; lo sabia todo el mundo, y no habia por qué prohibir un libro que no decia mas que lo que todo el mundo sabia.

Ademas que estos eran unos amores simples.

Hoy es otra cosa.

De modo que la que en aquellos tiempos se metia en un convento para huir del mundo y de las tentaciones del demonio, se metia en otro mundo mas agitado, en donde encontraba otras peores tentaciones.

Y no era solo esto lo que constituia el carácter, el modo de ver y de obrar de los conventos de monjas del siglo XVII.

El clero los utilizaba para otros negocios.

Las monjas venian á ser los intermediarios de otras conspiraciones de carácter mas trascendental, puesto que tenian relacion con el estado.

¿Quién habia de creer que en una carta dirigida á la abadesa de un convento, iba otra que debia entregarse por la abadesa á tal ó cual alta persona?

¿Quién podia sospechar que en aquellas cartas se agitasen las parcialidades de la córte?

En aquellos tiempos y aun en otros, los conventos de monjas venian á ser para los conspiradores, lo que un arroyo ó un rio para el que quiere hacer perder las huellas de su paso á quien le sigue.

De modo que una abadesa de monjas en el siglo XVII, solia ser un personaje importantísimo.

Eralo la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas reales, de la villa y córte de Madrid.

Primero porque su convento era el mas aristocrático.

Habia sido fundado en 1550 por la señora infanta de Portugal doña Juana.

Le protegian directamente sus magestades.

Le visitaban mucho é iban con suma frecuencia á comer en él conservas.

Las monjas eran todas señoras pertenecientes á la alta nobleza.

Por lo importante de su categoría, que hacia importante su influencia, llovian sobre el convento magnificos donativos.

En el siglo XVII, hubo un verdadero furor por las fundaciones religiosas y piadosas.

Solamente en Madrid durante aquel siglo se fundaron, diez y seis conventos de frailes, diez y siete de monjas, nueve iglesias, seis hospici-

tales y seis colegios: es decir que se fundaron cincuenta y cuatro establecimientos piadosos, de los cuales solo eran de beneficencia doce.

Esto sin contar un número igual de fundaciones anteriores.

De modo que en Madrid no podia darse un paso sin tropezar con una iglesia ó un oratorio.

Un número inmenso de los habitantes de la poblacion pertenecian á la clase monástica.

Solamente el duque de Lerma fundó dos conventos de frailes y uno de monjas.

Esta mania de las fundaciones religiosas á mas de la piedad, tenia un objeto mas egoista: el de hacerse una ostentosa sepultura para sí y para su familia en una fundacion.

Todo el que era bastante rico para ello fundaba un convento: el que no podia tanto una iglesia: el que podia menos una ermita: por último el que no podia fundar nada, hacia donaciones á los conventos y á las iglesias, á fin de asegurar á su alma sufragios perpétuos.

De ahí la gran masa de bienes muertos en poder de las comunidades.

De ahí esa costra de frailes y de monjas que se extendió sobre España, cuya influencia fue incontrastable, que hizo decir á los extranjeros que España era un monasterio, y que no hemos podido quitarnos aun completamente de encima.

En la edad media España era un castillo.

Cuando los nobles no pudieron construir fortalezas construyeron conventos.

No pudiendo tener bandera ni hombres de armas, tuvieron frailes y monjas con su guion y su cruz.

Con los hombres de armas se rebelaban contra el rey, y oprimian al pueblo en la edad media.

En en siglo XVII, sofocaban al trono rodeándole de frailes, y con esos mismos frailes embrutecian al pueblo.

Duraba el privilegio, crecia, se desbordaba.

La clase monástica, pues, pesaba en la balanza de los negocios públicos de una manera incontrastable.

Tenia tambien una espada, una terrible espada cuyo poder aterraba.

Esta espada era el Santo Oficio de la general Inquisicion.

El Santo Oficio, tuvo poder bastante para traer á España los vergonzosos tiempos de Carlos II.

En una época tal, el convento de las Descalzas reales, tenia una gran influencia.

La abadesa era un gran personaje.

Era sobrina, aunque lejana, del duque de Lerma, noble y rica.

Habia aportado un rico patrimonio procedente del dote y de las gananciales de su madre, y del tercio y quinto de su padre al convento.

En el mundo se habia llamado doña Angela de Rojas.

Era rica.

Pudo haberse casado: porque todas las mujeres ricas se casan.

Però se habia enamorado de un hombre, que estaba enamorado de otra tan rica como ella y ademas hermosa y señora de título, con la que se casó al cabo.

Doña Angela, no encontrando otro medio mejor para desahogar su cólera, se metió en las Descalzas reales.

Duróle la rabia un año, y tuvo tiempo de profesar.

No sabemos si despues de haber profesado, se la pasó el despecho, y se arrepintió de haberse apartado de un mundo, para encerrarse en otro.

Ella no lo dijo á nadie.

Al profesar, por una antitesis violenta con su carácter, tomó el nombre de María de la Misericordia.

Desde que fue monja, empezó á conspirar por su cuenta y á sostener sus conspiraciones con su dinero.

A los seis años de su profesion, sor Misericordia, se llamaba la madre abadesa.

Su competidora vencida enfermó de rabia, y murió desesperada bajo la presion de su vencedora.

Hay entre las armas antiguas una que se llama puñal de misericordia.

Con este puñal remataban los vencedores á los vencidos.

A esta madre, en fin, fué á visitar la jóven y hermosa doña Catalina de Sandoval, condesa de Lemos.

A mas de ser abadesa de las Descalzas reales, en cuya comunidad tenia la condesa mucha familia, era parienta suya.

Cuando la condesa llegó al locutorio, la dijo la tornera:

—Será necesario que vuecencia espere; la madre abadesa está confesando en estos momentos.

La condesa se mordió los labios, porque aquella detencion la contrariaba.

—¿Quién es el confesor de mi prima, madre Ignacia?, dijo á la tornera.

—¡ Oh ! es un justo varon, un padre grave y docto de la órden del seráfico San Francisco. Fray José de la Visitacion.

—¡ Ah ! ¡ Fray José de la Visitacion ! le conozco mucho y ha sido mi confesor algun tiempo : tomé otro porque nunca acababa de confesarme ; era eternizarse aquello.

—Es confesor muy celoso.

—Demasiado : ¿ y hace mucho tiempo que mi prima está confesando ?

—Ya hace mas de una hora.

—¡ Ah ! pues tenemos para otra hora larga.

—Tal vez, dijo la tornera.

—Decidme, madre Ignacia, preguntó la condesa, ¿ está vacía la celda, aquella tan hermosa que está sobre el huerto ?

—Si, si, señora condesa ; está vacía porque las tapias son bajas, y una educanda que vivió en ella, se escapó descolgándose por el balcon, y saltando las tapias. Esto fue un escándalo que nadie sabe, que hemos guardado todas.... pero yo lo digo á vucencia en confianza.

—Gracias, amiga mia. ¿ Conque las tapias son bajas, y el balcon bajo ?

—Si señora, era necesario tener una gran confianza en la persona que viviese en aquella celda.

—Y.... ¿ no hay otra desocupada ?

—No, no señora : apenas tenemos convento : será necesario ensancharlo : no cabemos.

—¡ Bendito sea Dios !

—¿ Piensa vucencia traernos alguna novicia, ó alguna educanda ?

—No, no por cierto.

La condesa que estaba profundamente preocupada calló.

La tornera calló tambien por respeto.

—Madre Ignacia, dijo doña Catalina : no me hagais visita, de seguro estais haciendo falta fuera.

—En verdad señora, que ese torno no para en todo el dia ; pero no importa : allí he dejado á sor Asuncion.

—Id, id, y por mí no falteis á vuestra obligacion, ni molesteis á nadie. Tengo ademas mucho en qué pensar, y no me pesaria estar sola.

La tornera se inclinó profundamente y salió.

Doña Catalina quedó sola.

Su bello semblante moreno estaba pálido ; por bajo de sus ojos se

veía una señal levemente morada como de quien no ha dormido; su mirada estaba fija: impregnada de no sabemos que espresion vaga, incomprendible.

Habia en su semblante un tinte de tristeza, una espresion de mal estar interior.

Golpeaba impaciente con su lindo pié el pavimento.

Parecia, en fin, contrariada, por la tardanza de su prima la noble abadesa.

De repente la distrajo el rechinar de la puerta del locutorio.

Se volvió y vió á Quevedo.

Doña Catalina se puso de pié.

—¿Con qué hasta aquí? dijo.

—Hasta donde vos vayais, mi cielo. No quiero quedarme á oscuras, y como sois mi sol, os sigo.

—¡ Ah, don Francisco... don Francisco..! ¿ no me prometísteis anoche que me dejaríais venir á encastillarme contra vos ?

—Si, es cierto; pero no lo prometí yo.

—¿ Pues quién fue ?

—Mi amor impaciente.

—¿ Pero en tan poco me estimais, que viendo que huyo de vos quereis aun comprometerme ?

—Recuerdo que en la galería oscura, me ofrecísteis vuestra casa.

—Tenia á oscuras la razon: no sabia lo que me acontecia.

—¿ Pero no me amais ?

—¡ Ay!... ¡ si...! exclamó doña Catalina tendiendo lánguidamente su mano, y de una manera instintiva á Quevedo.

—¡ Ah! exclamó Quevedo, apoderándose de aquella mano: ¡ y cómo me da la vida vuestro amor !

—Soltad, que estas monjas son muy curiosas, y siempre están en acecho.

—Decís bien: siempre andan alrededor de los del mundo, que se les acercan como el gato alrededor de las sardinas.

—Por lo mismo, mirando el lugar en que nos encontramos y sobre todo mi decoro, sed respetuoso conmigo.

—¿ Y cuando señora no os he respetado ?

—Dadme una prueba saliendo de aquí.

—Prometedme que vos no pasareis mas adelante.

—Aseguradme que sereis dócil á lo que yo quiera.

—Os lo juro, siempre que no me pidais lo que no puedo concederos:

—Pues bien, no entraré.

—¿Y podré yo entrar hasta vos?

—¡Qué adelantais, don Francisco, con sacrificar una mujer mas!

—Seriais vos la primera.

—Ved por qué no puedo fiarme de vos: negais lo que todo el mundo sabe: vuestros ruidosos galanteos.

—Hélos tenido con muchas hembras, pero tratándose de mujeres vos sois mi primera mujer.

—Tal vez os engañais... tal vez yo no sea mas que... como vos decís, una hembra... y harto débil y desdichada.

—Pues yo os creo demasiado fuerte, y en cuanto á lo desdichada, estando ausente de vos mi señor el conde de Lemos, no os podeis quejar.

—Quéjome de que siempre no haya estado lejos.

—¡Oh! ¡sino hubiérais sido hija de Lerma!

—Ni aun delante de mí perdonais á mi padre.

—Eso os probará que para vos, mi lengua es lengua de Dios.

—No os entiendo.

—Quiero decir, que para con vos mi lengua es lengua de verdad: para mejor probároslo, no solo aborrezco, sino que desprecio á vuestro padre.

—¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—Soislo en efecto: pero vuestra desgracia no os trae vergüenza: no se eligen padres.

—Si yo fuese una cualquiera no me hubierais amado.

—Soy hombre que visto negro y liso.

—¡Cómo!

—Quiero decir, que no me paro en bordaduras, ni en apariencias, ni en riqueza: siendo vos lo que sois, ademas de ser hija de un duque y mujer de un conde, para que yo no os hubiese amado, era necesario que no os hubiera conocido.

—De modo que si yo hubiese sido la hija de un mendigo...

—Hubiera quitado las conchas y hubiera tomado las perlas.

—Desconfío todavia de vos.

—¿Todavía...?

—Sois un abismo. Acaso no me enamorais sino porque soy hija del favorito del rey.

—Mal haya la fama, que mas que bienes da males.

- Sois gran conspirador.
- ¿Conspirador, habeis dicho? pues conspiremos.
- ¿Y contra quién?
- Contra la abadesa vuestra prima.
- Conspirar ¿y para qué?
- Para salir del atolladero.
- ¿De qué atolladero?
- De haberos metido vos aquí, y de haberme metido yo tras vos.
- Conque vos os vayais, hemos salido del paso.
- Os engañais, porque ya me han visto.
- ¿Y por qué habeis dado lugar á que os vean?
- Se me os escapábais.
- No creo que puedan suponer...
- Las monjas no suponen nada bueno.
- Pero mi prima sabe...
- Que sois hermosa; lo que basta para que os mire mal.
- Es virtuosa...
- Con la virtud de las feas.
- ¡Pero Dios mio, vos no perdonais á nadie!
- A nadie sentencio que él mismo no se haya ya sentenciado.
- Y ya que decis que estamos en un atolladero, ¿cómo os parece que podremos salir de él?
- Conspirando.
- ¿Pero contra quién?
- ¿Contra quién...? contra cualquiera... la abadesa á trueque de conspirar creará todo lo que queramos que crea. ¿Quién es el confesor de nuestra noble prima?
- ¿De nuestra prima...?
- He dicho de nuestra prima, porque hasta cierto punto vuestros parientes son mis parientes.
- ¿Os habeis propuesto mortificarme?
- No quisiera. Pero volvamos á nuestra conspiracion. ¿Quién es el confesor de nuestra prima?
- Esperad: no sé por qué se me ocurrió preguntar eso mismo á la tornera, y me dijo que un fraile grave de San Francisco... fray José de la Visitacion.
- ¿Aquel que se atrevió á deciros un día, que el inferno era negro como vuestros ojos, y que vuestros ojos quemaban sin llama como el in-

fierno? Pues si es ese santo varon, ya sé contra quien tenemos que conspirar.

—¿Contra quién?

—Contra el conde de Olivares.

—¡ Ah! el pobre conde nos va á servir de mucho.

—Pienso valerme de él para otras muchas cosas.

—¡ Ah! ya no tenemos tiempo de prevenirnos. Me parece que oigo la voz de mi prima.

—¡ Oh! pues dejadme hacer, fingíos muy turbada.

Quevedo no pudo decir mas.

Acababa de entrar en el locutorio una monja como de veinte y seis á veinte y ocho años muy morena, con un moreno impuro: casi sin cejas, con los ojos pequeños redondos y grises, desmesuradamente larga la boca, los pómulos salientes y todas estas partes componiendo un semblante cuadrado, un conjunto desapacible, hostil, antipático; añádase á esto el hábito, la toca cerrada, el velo, y la espresion monjuna, bajo la cual se encubria mal la soberbia, y se comprenderá que la madre Misericordia, tenia un nombre enteramente contrario á su aspecto, eminentemente antitético con ella misma.

Sin embargo se comprendia lo elevado de su cuna, en la distincion de sus maneras.

Adelantó gravemente hasta el centro de la parte del locutorio, situado del lado allá de la doble reja, y comprendió en una reverencia su saludo para doña Catalina y Quevedo.

—Ya nos une esa vivora, dijo para sí don Francisco; yo haré que nos desuna.

Y contestando con otra no menor reverencia á la abadesa, mientras la de Lemos callaba verdaderamente turbada por la situacion, dijo:

—¡ Mi señora doña Angela...!

—Hace mucho tiempo que solo me llamo sor Misericordia, caballero, dijo la religiosa con acento severo y agresivo.

—Perdonad, pero yo busco en vos la dama, cuando voy á hablaros del mundo, cuando voy á sacar vuestro pensamiento del claustro.

—En primer lugar, caballero, yo no os conozco: en segundo lugar no comprendo como acompañais á mi parienta doña Catalina.

—Sentémonos.

Dijo Quevedo con gran calma.

Doña Catalina se sentó mas turbada que nunca, y la abadesa estraor-

dinariamente admirada, dominada por la sangre fria y la audacia de Quevedo.

—Vos no me conocéis, dijo: no lo extraño: vos habeis vivido siempre muy retirada del mundo, mientras que yo he vivido siempre muy metido en él, aun cuando he estado preso.

Al oír la palabra preso, la abadesa dejó ver una altiva espresion de disgusto y de contrariedad.

—Y digo preso, continuó Quevedo, como contestando á aquella espresion, porque los que en España nos encontramos entre cierta gente cuando no somos préndedores somos prendidos. En fin, señora, yo me llamo, despues de criado vuestro, don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de no sé que torre, y autor de no sé que libros.

—¡Ah! exclamó cambiando enteramente de espresion la abadesa: ¿y para que me buscáis caballero?

—Primero he buscado á vuestra noble prima.

—¿Y para que...?

—Para asuntos que me tocan al alma... porque á mi me toca al alma, todo lo que directa ó indirectamente atañe al servicio de su magestad.

—¡Ah!

—Pues: he buscado á doña Catalina, cuya bondad conozco, á fin de que me sirviese para con vos de recomendacion y ayuda.

—Bastaba vuestro nombre.

—No habia necesidad de que nadie supiese que yo os buscaba: conócese mi nombre mas que mi persona... y cuando se trata de conspiraciones...

—¡De conspiraciones...!

—¡Se conspira!

—¿Pero contra quién, caballero?

—¿Contra quién se ha de conspirar, sino contra quién manda? Por todas partes hay conspiradores: salen de debajo de las piedras, duermen con uno debajo de la almohada. Es imposible gobernar.

—¡Contra quién manda! pero quién manda es el rey, y no sé que haya nadie que conspire en España contra su magestad.

—Si, si señora: conspiran contra su magestad, los que conspiran contra el duque de Lerma.

—Dicen que el duque de Lerma, de quién tan justa y honrosamente habláis, os ha tenido preso.

—Me tuvo, y cabalmente porque no me tiene, me intereso por su

escelencia. Me ha vencido su generosidad... y no sé... no sé como agradecerse. Eso mismo lo he dicho á su hija, á la señora condesa de Lemos.

—Es verdad, dijo doña Catalina ya mas repuesta.

—Y se lo he dicho en la misma antecámara de su magestad la reina, donde estaba de servicio, donde nadie nos oía, donde no nos veía nadie, donde doña Catalina ha podido juzgar por pruebas indudables de la sinceridad de mis palabras. ¿No es verdad señora?

—Si, si don Francisco, es verdad, dijo la de Lemos, poniéndose ligeramente encarnada.

—¿No es verdad, señora, que á pesar de las malas ideas que teniais respecto á mí, me habeis creído enteramente, habeis confiado, y que despues en razon de vuestra confianza habeis variado vuestro propósito hácia mí y habeis consentido en que hablemos junto á vuestra noble prima?

—No, no lo puedo negar, todo esto es cierto, ciertísimo.

—Ya veis señora, que cuando doña Catalina hija de quién es, confia en mí, vos tambien debeis confiar.

—¿Pero por qué no habeis ido directamente á mi tio, caballero? dijo la abadesa.

—El duque de Lerma, acaba de darme la libertad; podía creer que yo... yo no puedo, no debo cambiar así, delante de las gentes, delante del mismo duque. Anoche doña Catalina me dió una carta de la duquesa de Gandia para su padre, y su escelencia quiso atraerme á su partido creyéndome su enemigo.

—Se os presentó, pues, una buena ocasion de ceder.

—Si hubiera cedido, el duque hubiera desconfiado de mí.

—Vuestros hechos le hubieran convencido.

—Pues ved, ahí, señora, de tal modo hablé con el duque, que hoy me cree mas enemigo suyo que ayer.

—¿Y para que eso?

—Créame el duque su enemigo en buen hora. Yo nunca he cedido... me equivoco porque soy hombre, pero jamás lo confieso... al menos á la persona respecto á la cual he caído en error. Pero tratándose de vos señora, de la señora condesa de Lemos, seguro como estoy de vuestra discrecion es distinto: á vosotras vengo para ayudar á ese grande hombre en cuyas manos está la gobernacion del reino. Vosotras sereis el medio por donde llegarán á él los beneficios de mi leal y oculta amistad.

—¡Ah! caballero... cuanto os agradezco... ¿y sabeis? ¿habeis descubierto...?

—Una conspiracion horrible.

—¿Pero como....?

—Anoche un amigo mio, un noble jóven que acababa de llegar á la córte, tuvo un desagradable encuentro á causa de una dama con don Rodrigo Calderon.

—Don Rodrigo, segun me ha dicho mi confesor, está herido, y esto es una desgracia.

—No, no señora, esto es una fortuna: don Rodrigo es un traidor.

—Don Rodrigo es un miserable, dijo doña Catalina que se acordaba de la insolente carta que don Rodrigo la habia enviado el dia anterior y de la que hablamos al principio de este libro.

—Mi tio confiaba ciegamente en él.

—El duque de Lerma, es muy confiado.

—Es sin embargo muy prudente.

—Pero don Rodrigo mas falso.

—¿Qué decís?

—Don Rodrigo queria alzarse con el santo y la limosna.

—¿Pero de quién se ayudaba ese hombre?

—¿De quién? del conde de Olivares.

—¡ Ah! verdaderamente que don Gaspar de Guzman no tiene perdon de Dios: todo lo debe á mi tio, y sin embargo, pretende apoderarse del ánimo del rey.

—Es peor que eso: pretende apoderarse del ánimo del príncipe.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Nadie pretende la privanza de un príncipe, sino cuando cree que está próximo á ser rey.

Palideció la abadesa.

—¿Y serian capaces....? dijo.

—Yo no he dicho tanto.

—Pero tendreis algunas pruebas....

—No las tengo, pero las he visto.

—Seguid, don Francisco, esplicadme.

—Ya os he dicho que mi amigo es enemigo á causa de una dama de don Rodrigo Calderon. Pues bien, anoche mi amigo tuvo ocasion de dar de estocadas á don Rodrigo.... luego, deseando saber mi amigo si el herido tenia sobre sí alguna prueba de amores, le encontró...

—¿Y qué encontró?

—Unas cartas... la prueba de la conspiracion mas pérfida...

—¿Cartas de quién?..

—De varias personas...

—¿Había alguna del conde de Olivares?..

—Sí... ciertamente, contestó Quevedo á bulto.

—¿Pero qué se han hecho esas cartas?

—Llevólas á palacio mi amigo.

—A palacio... ¿y para qué?..

—¿Para qué? para entregarlas al rey.

—No habrá podido... esas cartas estarán en poder de vuestro amigo: es necesario rescatarlas...

—Las tiene...

—¿Quién?

—La reina.

—¡La reina!..

—Que durmió anoche con el rey.

—¿Qué decís, caballero?

—El duque lo sabe... el duque que estuvo anoche en palacio gran parte de la noche.

—¿Pero cómo pudo vuestro amigo entregar... anoche esas cartas á la reina?

—Es sobrino del cocinero del rey, y tiene amores en la servidumbre de la reina.

—Me habeis maravillado, don Francisco... yo creia que lo sabíamos todo...

—Pues ya habreis visto que hay muchas cosas que ignorais.

—¡Madre abadesa! dijo en aquellos momentos á la puerta del locutorio una monja: aquí han traído una carta para vos.

—Dadme, dadme.

La monja adelantó, y dió una carta á la madre Misericordia.

Luego salió.

—Permitidme, prima mia; permitidme caballero, dijo la abadesa. Doña Catalina y Quevedo se inclinaron.

La abadesa abrió con precipitacion la carta.

—¿De quién será? dijo para sí Quevedo.

La abadesa leyó la carta, la dobló, la guardó, y dirigiéndose á Quevedo, le dijo con acento reservado y glacial:

—Os agradezco las revelaciones que me habeis hecho, don Francisco, y estoy segura de que mi tio el duque de Lerma os las agradecerá.

—¡ Oh! pero os habeis olvidado, señora, dijo con suma precipitacion Quevedo. Yo deseo, quiero, os suplico, que el duque de Lerma no sepa, no pueda sospechar siquiera la situacion en que me encuentro respecto á él.

—¡ Ah! ¡ si! es verdad, caballero: y puesto que asi lo deseais, respetaré vuestro deseo.

—Me hareis en ello gran merced; y como supongo que necesitareis de vuestro tiempo, me pongo á vuestros piés, y os pido licencia para retirarme.

—Supongo que nos volveremos á ver.

—Nos volveremos á ver... ¡ De seguro!

—Pues adios, don Francisco.

—Que os guarde Dios, señora.

Y tomando una mano á la de Lemos, y besándosela cortesmente, y lanzándola rápidamente una mirada en que habia todo un discurso, salió.

—¿ Qué significa este conocimiento que teneis con don Francisco de Quevedo, prima? dijo severamente la abadesa.

—Le conozco desde que era muy jóven, contestó con desden doña Catalina.

—Pero no creo que le conozcais lo bastante para acompañaros con él.

—Si don Francisco y yo tuviéramos un interés cualquiera en vernos, en andar juntos, no elegiríamos por cierto el locutorio de las Descalzas reales para lugar de nuestras citas, ni á vos por testigo.

—En lo cual hariais muy bien.

—Y mucho mas por la parte que me concierne, porque me escusaría de que pensárais mal de mí.

—Yo no pienso mal de vos; pero quisiera saber para qué habeis venido al convento.

—Únicamente para presentaros á ese caballero; pero la culpa la tengo yo que me intereso por mi padre y por mis parientes, que tan poco se interesan por mí.

—Si yo no me interesase por vos, no me importaría que diéseis pasos peligrosos.

—¡ Pasos peligrosos!..

—¡ Quien os haya visto acompañada por Quevedo... por ese hombre de tan mala fama!

—Pero es que nadie me ha visto, ni ha podido verme.

—Tanto os han visto, que ya lo sabe vuestro padre.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Leed, prima.

Y la abadesa puso en el tornillo que tienen todos los locutorios la carta que acababa de recibir, y dió vuelta al tornillo.

La de Lemos tomó la carta y la leyó.

Era de su padre.

En ella decia á la abadesa, que habian visto meterse en el convento y en uno de los locutorios á su hija, y trás ella á Quevedo. Que procurase comprender lo que pudiese haber en aquello, y que le avisase.

—Es necesario confesar, dijo la de Lemos, poniendo otra vez la carta en el tornillo y dándole vuelta, que á veces mi padre está bien servido.

—¿Sereis franca conmigo, prima? dijo la abadesa despues de haber tomado la carta y de haberla guardado.

—¿Y por qué no he de serlo? ¿creeis acaso que yo tenga algun secreto?

—¡Creo que amais á don Francisco!

—¡Y qué! dijo friamente la de Lemos que era violenta.

—¡Lo confesais!

—Ahorro una disputa vergonzosa.

—¿De modo que el amor...?

—¿Y qué entendeis vos de amor? dijo con desprecio la de Lemos.

La abadesa se mordió los labios.

—Yo creia que os justificariais.

—Yo no me justificaré jamás de acusaciones tan absurdas, dijo levantándose con indignacion la de Lemos, y volviendo la espalda á la abadesa.

—Pero escuchad, mi querida Catalina, dijo la abadesa.

—¡Adios! exclamó la de Lemos, y salió dando un portazo.

—Creo que he obrado de ligero, y que mi tio recela mas de lo justo... murmuró la abadesa. Y dice bien ella.. si se amaran ¿á qué habian de haber venido aqui? lo mas que puede suceder, es que Quevedo ame á mi prima y quiera obligarla mostrándose amigo de mi tio: pero el padre José me ha revelado cosas que están muy en relacion con lo que me ha revelado Quevedo. Un sargento mayor, que es mucha cosa de don Rodrigo, tiene amores con la mujer del cocinero mayor de su magestad: el cocinero mayor de su magestad tiene un sobrino, que por una mujer da de estocadas á don Rodrigo Calderon, busca en él algunas pruebas, y encuentra cartas de Olivares á Calderon... cartas en que se hace traicion

á mi tío... Hay aquí algo que se toca... Alonso del Camino, montero de Espinosa del rey, estuvo anoche secretamente en el convento de Atocha, según me ha dicho el padre José, y el confesor del rey, á pesar de que es enemigo declarado de mi tío, ha sido nombrado inquisidor general. En la revelación de Quevedo hay algo de cierto. Las cosas han variado... pues bien... nuestra obligación es ayudar á Lerma... si Quevedo le sirviese de buena fé... ¡oh! ¡don Francisco vale mucho! ¡pues bien! avisemos á mi tío, y él en su prudencia, en su sabiduría, sabrá lo que debe hacer.

La abadesa salió del locutorio.

—¿Quién ha traído esta carta? dijo á la tornera.

—El señor Francisco Martínez Montaña.

—¡Ah! ¡el cocinero del rey! ¿y espera?

—Si señora, espera la contestación.

—Hacedle entrar, madre Ignacia.

Y la abadesa se volvió al locutorio, se sentó junto á una mesa que habia en él, y se puso á escribir.

Entre tanto Quevedo que habia bajado á la portería, notó que un bulto se metía rápidamente tras la puerta, sin duda por temor de ser visto.

Quevedo se fué derecho á la puerta y miró detras de ella.

Encontróse en un ángulo con el cocinero mayor, encogido y contrariado.

—Quién huye, teme, dijo Quevedo.

—Pues no, no sé, dijo saliendo Montaña, porque deba yo temeros.

—Vos debeis haber venido aquí para algo malo.

—¿Yo?

—Si por cierto, y ya sé á lo malo que habeis venido. A traer una carta del duque de Lerma á la abadesa.

—¡Cómo! ¡qué!

—¡Una carta en que se habla mal de mí!

—¡Pero don Francisco!

—Me la ha leído la abadesa y sé que andais en cuentas con ese bribon de Lerma.

—Os juro que... yo... no sé ciertamente.. el duque me ha llamado...

—Vos acabareis muy mal, señor Montaña.

—Mi sobrino tiene la culpa.

—¿Vuestro sobrino...?

—Por él me están aconteciendo desde ayer desgracias. Para él es todo lo bueno; para mí todo lo malo.

—Y será peor sino os confiais completamente á mí.

—Pero don Francisco...

—¡Se conspira!

—¿Qué se conspira?

—Y vuestro sobrino es uno de los primeros conspiradores.

—Mi sobrino...

—¡Escondeos!

—¡Cómo!

Quevedo empujó á Montño detras de la puerta.

Habia oido en las escaleras unos pasos de mujer, y el crujir de una falda de seda: poco despues la condesa de Lemos atravesó la portería.

—Habeis mentido en vano, dijo la condesa, mi prima lo ha adivinado todo.

—¡ Todo! pues mejor.

—Mejor, si... porque he acabado de resolverme... ¿y qué me importa? cuando se ama á un hombre que se llama Quevedo, no hay por qué avergonzarse de amarle.

—Dios bendiga vuestra boca.

—Os espero.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Por dónde?

—Por el huerto.

—Larguísimo va á ser para mí el dia.

—Y para mí insoportable: tenemos que hablar mucho.

—Ahora las noches son largas.

—Pues hasta la noche ¿á qué hora?

—A las ánimas.

—Pues hasta las ánimas.

—Ola, dijo la condesa á uno de sus lacayos que estaba á la puerta; que acerquen la litera.

La condesa de Lemos entró en ella y la litera se puso en marcha.

Quevedo estaba incómodo.

No se habia atrevido á cortar la palabra á la condesa, y temia que Montño lo hubiese escuchado todo, á pesar de que doña Catalina habia hablado bajo.

—Salid, dijo á Montño.

Montño sali.

—Venid conmigo.

Y Quevedo asió del brazo al cocinero mayor.

—Lo siento, don Francisco, pero no puedo, tengo que hacer.

—Señor Francisco Montño, dijo la madre Ignacia desde detrás del torno.

—¿Lo veis don Francisco? ¿lo veis? me llaman. Allá voy, allá voy, señora mia.

Y se acercó al torno.

—La señora abadesa, os ruega que subais al locutorio.

—Allá voy, allá voy, madre tornera : ya lo ois don Francisco.

Y Montño tomó para las escaleras como quien escapa.

—Andad, que aquí os espero, dijo Quevedo.

Detúvose un momento Montño como acometido por un accidente nervioso, y despues siguió subiendo aunque no tan deprisa.

Quevedo esperó con suma paciencia durante una hora.

Al fin de ella, sintió unos pasos precipitados en la escalera.

Poco despues Montño con la gorra aun en la mano, espeluznados los escasos cabellos, la boca entreabierta, pálido, desencajados los ojos, crispado todo, pasó por delante de Quevedo exclamando :

—¡Como la otra !

Y se lanzó en la calle.

Quevedo partió tras él y le asió por la capa.

—¡Ea dejadme ! exclamó el cocinero mayor.

—¿Os olvidais de que yo os esperaba ?

—¡Como la otra ! repitió en acento ronco y cada vez mas desencajado Montño.

—¿Pero estais loco, señor Francisco? cubrios que el aire hiela : embozaos y componeos y venid conmigo.

Montño se encasquetó la gorra de una manera maquinal y repitió su extraño estrivillo.

—¡Como la otra !

—¿Pero que otra ni que diablo es ese? ea venid conmigo que recuerdo que aquí en la calle del Arenal hay una hosteria.

Montño se dejó conducir.

«*Hosteria del ciervo azul*», leyó Quevedo en una muestra sobre una puerta.

—Pues señor aquí es: yo no he almorzado mas que un tantico de pichon, y no me vendrá mal una empanada de perdiz.

Y empujó adentro á Montño.

Entraron en un gran salon irregular pintado de amarillo, color con el que se habia combinado el humo de las candilejas de hoja de lata clavadas de trecho en trecho en la pared.

Pero nos olvidamos de que nos hemos puesto fuera del epígrafe de este capítulo, hacemos una pausa y pasamos al siguiente.

## CAPITULO XXII.

En la hostería del Ciervo Azul, y luego en la calle.

Aquellas candilejas de hojalata, aunque era medio día, estaban encendidas.

Tan lóbrego era el salón donde habían entrado Quevedo y Montaña. Quevedo había pedido un almuerzo frugal: esto es, una empanada y vino.

Montaña había guardado un profundo silencio.

Quevedo se había ocupado en estudiar la fisonomía de Montaña.

Había acabado por comprender, que en aquellos momentos el cocinero mayor no estaba en el completo uso de sus facultades.

—¡Había de haber sido una monja! dijo Quevedo cuando se certificó del estado mental de Francisco Montaña.

Un mozo, entre tanto, trajo la empanada.

Quevedo sirvió la mitad de ella á Montaña.

Este cortó maquinalmente un pedazo de masa, y lo llevó á la boca.

Bastó esto para que volviese de su fascinación.

—¿Qué es esto? dijo ¿quién es el hereje que ha hecho este pastel?

Y escupió el bocado.

—¡Ah! ¡ah! dijo Quevedo: me había olvidado de que sois el rey de los cocineros y de los reposteros. Efectivamente, es necesario todo el apetito que yo tengo para tragar este engrudo.

—¿Dónde me habeis traído?

—A la hostería del Ciervo Azul.

—¡A la hostería del Ciervo! exclamó con espanto Montaña. ¿Qué habeis querido darme á entender con eso?

—¡Yo!

—Si señor, vos... vos me habeis dicho no sé qué, acerca de mi mujer...

—¡Yo!

—Si señor. El tío Manolillo me ha dicho tambien algo de eso.

—¡Tambien el tío Manolillo!

—Y el duque de Lerma.

—¡Cómo!

—Y doña Clara Soldevilla.

—¡Ah!

—Y por último, esa mujer á quien Dios confunda... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡como la otra! ¡como la otra!

—¿Cómo qué otra?

—Como Verónica: ¿no os acordais de mi primera mujer?

—¡Ah!

—Entonces érais paje del rey, y no habia paje que no conociese á Verónica.

—¿Pero estais loco, Montaña?

—Ahora no se trata de pajes: es mas... algo... mas gordo.

—Ved allí por dónde asoma el sargento mayor don Juan de Guzman, dijo Quevedo.

—¡Oh! pues vámonos de aquí, porque sino no respondo de mí mismo. Y el cocinero se levantó.

—Sentaos, dijo Quevedo con voz vibrante: sentaos y no espanteis la caza: yo os vengaré.

—¿Pero es cierto? dijo con angustia Montaña que se sentó.

—Ciertísimo: pero no habeis con ese tono compungido. Vos no sabeis nada: estais almorzando alegremente. Comed.

—¡Imposible! aunque no me ahogase la pena, me ahogaría ese pastel.

—¡Mozo! ¡un real de olla podrida! dijo una voz estentórea al fondo del salon.

—Ya veis, ese hombre se ha ido allá muy lejos, y sin duda no os ha visto: estais de espaldas á él, á mí sí me ve de frente, pero nada impor-

ta: si se atreve á mirarme un tanto tieso, mejor para vos, porque aqui mismo os vengo.

—¿Pero estais seguro de que es verdad, don Francisco?

—Verdad: vuestra esposa Luisa de Robles, es querida del sargento mayor don Juan de Guzman, y aun sospecho que lo que lleva en sí la Luisa, sea cosa de ese mayor sargento, como no me cabe duda de que Inesita, á la que llamais vuestra hija, es cosa, cosa indudable, de un paje tallado. Os aconsejo que doteis bien á la Inesita, porque es hija de buen padre.

—Pues mirad, ya lo habia yo sospechado. Habia olvidado con desprecio á aquella detestable Verónica... ¡pero Luisa...! ¡una muchacha que era moza de retrete, y á la que he hecho casi una dama.

—Pero no la habeis dado marido, y ella se ha provisto de galan.

—¡Pero qué galan!

—Cosas de las mujeres.

—¿Y qué debo hacer?

Quevedo que habia aprovechado aquella ocasion, y habia sido cruel con Montño, solamente por apartar un peligro de la reina, contestó:

—¿Qué debeis hacer? separaros de Luisa.

—Decís bien.

—No os faltarán mujeres.

—Decís bien.

Pero de repente, en una reaccion del sentimiento, exclamó:

—¡Y lo que nazca!

—Podeis contar que no es vuestro.

—La separaré de mí.

—Hareis bien.

—La enviaré á Navalcarnero.

—Hareis mal: es demasiado cerca, enviadla á su país.

—¿A Asturias?

—Eso es.

—No hablemos mas de esto.

—Hablemos de lo otro. ¿Qué os ha dicho la madre abadesa?

—¡Oh! ¡oh! me ha preguntado quién es la dama á quién ama en palacio mi sobrino.

—¿Y vos que le habeis dicho?

—Yo... nada.

—¿Y qué ha replicado la abadesa?

—Me ha llamado ciego.

—¿Y qué mas?

—Para probármelo me ha dicho que anoche estuvo en mi casa encerrado con mi mujer, el sargento mayor don Juan de Guzman. ¡Como si uno pudiera saber lo que pasa en su casa estando á cinco leguas de distancia!

—Pero supongo que habreis tenido prudencia.

—Prudencia ¿acerca de qué...?

—Acerca de lo que sabeis, relativamente á vuestro sobrino.

—Para prudencias estaba yo.

—¿Pero qué habeis hecho?

—Cuando ví que la abadesa trataba con desprecio á mi mujer, la dije: pues dama hay en palacio mucho mas alta...

—¡Diablo!

—Si señor, mucho mas alta, que no es mejor que mi mujer.

—La abadesa os preguntaria quién era esa dama.

—Cierto que sí.

—¿Y vos?

—Yo... dije la verdad... la verdad pura, porque ha llegado la hora de decir las verdades.

—Diriais, que doña Clara Soldevilla...

—¿Qué tengo yo que ver con doña Clara Soldevilla? Dije que la reina...

—¡Desdichado!

—Era querida de mi sobrino.

—Pues habeis mentido como un bellaco, exclamó Quevedo: y ya que no tiene remedio lo que habeis dicho á la abadesa, guardaos, guardaos de volver á pronunciar esa calumnia.

—¡Ah, don Francisco! exclamó Montño cuya alma se encogió de miedo, bajo la mirada terrible, incontrastable de Quevedo.

—De seguro la abadesa os ha dado una carta.

—Es verdad.

—Una carta para el duque de Lerma.

—Es verdad.

—Dadme esa carta.

—Pero tengo que llevarla á su escelencia.

—Dadme esa carta.

Montño la sacó del bolsillo interior de su ropilla, y la dió á Quevedo. Quevedo rompió la nema.

—¿Pero qué haceis dijo Montño?

—Esta carta, puesto que está en mi mano, es para mí.

Y la leyó.

—Ya lo sabia yo, dijo.

Y llamó á grandes golpes sobre la mesa.

Cuando acudió el mozo arrojó un ducado, y salió dejando solo á Montño.

Apenas habia salido de la hosteria Quevedo, cuando vió venir por la parte de palacio, una tapada ancha y magnífica, que se levantaba el manto para no coger lodos, y dejaba ver una magnífica pierna y un pequeño pié, calzado con un chapin dorado.

—Confúndame Dios, dijo Quevedo, si yo no conozco á esa. Detengámonos que de seguro al pasar junto á mí la saco por el olor.

Detúvose, y al emparejar con él la tapada, se detuvo delante de él, y se asió á su brazo.

—¿Tendremos buscona? dijo para sí Quevedo.

—Vamos, seguid, y no os hagais de rogar, don Francisco, dijo una voz irritada y breve, á pesar de lo cual, Quevedo conoció por aquella voz á la Dorotea.

—¡Ah! ¡reina mia! ¿y á dónde bueno por aquí?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No. Llevo hecha la cabeza un horno.

—Mas bien creo que la llevais hecha una olla de grillos.

—He tenido que dejar la litera: me mareaba dentro, me moria.

—¿Pero qué os ha sucedido?

—Se me ha subido el almuerzo á la cabeza.

—¡Ah! diablos; ¿y os habeis salido á tomar por estas calles un baño de piés?

—No, no señor: me he ido al alcázar.

—¿Y qué teniais vos que hacer en el alcázar?

—¡Qué! ¿qué se yo? buscaba al cocinero de su magestad.

—¿Y le habeis habido?

—Solo he habido á su mujer. El cocinero se ha perdido.

—Pobre Montño: le ha salido un sobrino que le trae de cabeza.

—¡El sobrino del cocinero mayor! ¡el señor estudiante! ¡el señor capitán! ¡el embustero! ¡el mal nacido!

—¿Pero qué granizada es esa, amiga mia?

—Debeis saberlo vos. Vos que habeis formado la tormenta. ¡Pero yo

me tengo la culpa ! ¡ Yo no debí recibiros ! ¡ yo díbí conoceros ! el que se atrevió á enamorarme en el convento cuando yo pensaba ser monja...

—No me recordeis eso... no me abrais la llaga. ¡ Qué hermosa estábais, Dorotea !

—¿Qué ahora lo estoy menos? dijo con acento singular la comedianta.

—No, no por cierto. Ahora estais mas hermosa, pero sois tambien mas mujer.

—Entrémonos aqui, dijo la Dorotea: empieza á llover.

Y se detuvo delante de una puerta, tras la cual se veia un fondo largo y negro.

—Pero ved, hija mia, que esto es una taberna.

—¿Y qué se me da?

—¡ Ah ! pues si á vos no os da, á mi menos. Entremos. Se van á maravillar cuando vean en esa caverna un manto de terciopelo y una encomienda de Santiago. Nos echamos á rodar.

—Hace mucho tiempo que entrambos rodamos.

—Pues rodemos. Y el sitio es tal, que ni hecho de encargo. ¿Se puede entrar en este aposento? añadió Quevedo parándose en el fondo de la taberna delante de una puerta cerrada, y dirigiéndose á un hombre que desde el primer recinto de la taberna les habia seguido admirado.

—Si, si señor, con mil amores, dijo aquel hombre. ¡ Nicolasa ! ¡ la llave del cuarto oscuro ! ¡ tráete una luz ! Esperen un momento vuesamercedes.

—¿Qué hora es? dijo Dorotea.

—Acaban de dar las doce en Santo Tomás. Pronto, Nicolasa, pronto, que estos señores esperan.

Acudió una manchegota casi cuadrada, con una llave y una yeia de sebo puesta en una palmatoria de barro cocido.

Abrió la puerta, entró y puso la palmatoria sobre una mesa.

—Dos sillas, Nicolasa, dijo aquel hombre.

La Maritornes entró toda apresurada y solícita, con dos sillas de pino.

—¿Qué quieren vuesasmercedes? dijo el hombre que se habia quitado la gorra.

—Vino, mucho vino, dijo la Dorotea.

—Solo tengo blanquillo de Yepes.

—Sea el que quiera.

El hombre salió.

- No os conozco, Dorotea, dijo Quevedo.  
 —Tampoco yo me conozco á mí misma.  
 —Mirad que el blanquillo de Yepes, es muy predicador.  
 —No importa.  
 —Que teneis que ser esta tarde, Estrella.  
 —Me nublo.  
 —El autor de la compañía os obligará.

—No puede.

—Estais anunciada, y el corregidor os meterá en la cárcel.

—Si me encuentra.

—¡ Ah ! ¡ os perdeis !

—Me he perdido ya.

—¡ Mirad no perdais á alguien !

—Una vez perdida yo, que se pierda el universo.

—Traigo una azumbre, dijo el tabernero poniendo sobre la mesa un enorme jarro vidriado y dos vasos.

—¡ Fuego de Dios ! exclamó Quevedo.

—Idos, dijo con impaciencia Dorotea.

El tabernero se encaminó á la puerta.

—Volved lo de afuera adentro, dijo Quevedo.

El tabernero le comprendió, puesto que quitó la llave del lado de afuera y la puso por el lado de adentro.

Quevedo se levantó y echó la llave.

Luego colgó de ella su ferreruelo, á fin de que no pudiera verse nada desde afuera, y miró si habia alguna rendija.

La puerta era nueva y encajaba bien.

—Henos aquí metidos en un paréntesis.

Dijo don Francisco.

—Lo que es yo, me encuentro en un paréntesis de mi vida.

—Que me parece muy significativo, en un tan hermoso discurso como vos : pero dadme el manto, que es muy rico y será gran lástima que se manche.

Dorotea se desprendió la joya que sujetaba el manto sobre su cabeza, se lo quitó con un hechicero descuido y le entregó á Quevedo.

Quedó admirablemente vestida, un tanto descotada, y dejando ver en su incomparable garganta, una ancha gargantilla de perlas, con un pequeño relicario cubierto de brillantes.

—Deslumbráis Dorotea, dijo Quevedo, doblando cuidadosamente el

manto y poniéndole sobre su ferreruero en la llave. Se me os vais subiendo á la cabeza.

—Sentaos y ponedme vino.

—No seais loca. No os parezcáis á los tontos que cuando les viene mal un negocio, se emborrachan.

—Ponedme vino.

—Bebereis vos sola.

—¡Quereis tener sobre mí ventaja!

—Ando delicadillo y no me atrevo con Yepes; bastante tengo con vos.

—Decís bien... pero yo necesito hacer algo.

—¿Y os embriagais?

—Dicen que un clavo saca otro clavo: quiero ver si una embriaguez me quita otra.

Y levantó el vaso.

Quevedo se lo arrancó y tiró su contenido.

Luego tomó el jarro y le arrojó.

—Soy vuestra madre, dijo: dejémonos de locuras, y ya que os tengo aquí sola y encerrada, ya que me teneis á mí, hablemos juiciosamente, hija mía. ¿Creeis que yo soy malo?

—¿Quién sabe lo que vos sois?

—Yo soy un hombre que busca aire que respirar y no le encuentra.

—¡Vos venís á buscar aire de vida á la corte!

—No vengo por mi gusto.

—¿Decid don Francisco, no sois secretario del duque de Osuna?

—Por secretos del duque mi amigo, ando en la corte.

—¡Malhayan los tales secretos!

—¿Por qué decís eso?

—Porque creo que me habeis sacrificado á ellos.

—Pues mirad, ignoraba que pudiérais ser víctima. ¿Y á qué dios creeis que yo os sacrificio?

—No es dios es diosa.

—¿Diosa?

—Sí; la diosa ambicion.

—Conócese que tratais con el duque de Lerma.

—Porque me pesa de haberle tratado y porque quiero olvidarme de ello, de este año y medio que he pasado en el mundo: os he preguntado si sois secretario del duque de Osuna.

—Confiésome torpe : no os entiendo.

—Llevadme con vos á Nápoles, recomendadme al duque y que su esclencia me abra las puertas de un convento.

—¿Magdalena os tenemos?

—Si me dais medios de que lo sea, os perdono.

—Rechazo vuestro perdon, y me asombro de que me le ofrezcáis : ¿pues en qué os he ofendido yo?

—¡Ay triste de mí ! ¡Qué desgraciada soy!

Inclinó la comedianta la hermosa cabeza, y luego la levantó en un movimiento sublime.

Su mirada resplandecia.

Quevedo la miraba con asombro.

—No, no soy desgraciada, dijo la Dorotea, sino muy feliz, felicísima. Y teneis razon, don Francisco : no mereceis mi perdon sino mi agradecimiento.

—¡Qué lástima ! dijo Quevedo.

—¿Y de qué?

—¿Pues no quereis que me lastime, si os veo loca?

—¡Loca ! ¡creeis en los hechizos ! ¡es verdad que se puede hacer mal de ojo!

—Desembozaos hija, á fin de que yo pueda veros. Porque me estais maravillando, vais creciendo, creciendo delante de mí, y ya no encuentro en vos á la educanda de las Descalzas reales, ni á la comedianta de esta mañana.

—Seguid, seguid : veamos como me visteis en el convento, como me habeis visto esta mañana, y como me veis ahora.

—Son las doce, dijo Quevedo : á las dos empieza la comedia y necesitais media hora para vestiros. ¿Teneis la ropa en el coliseo?

—Si; ¿pero eso qué importa?

—Tenemos tiempo. He conseguido que no os emborracheis, y conseguiré del mismo modo que no hagais una locura. ¡Diablo ! y debeis valer mucho, porque yo, que por nadie me intereso, empiezo á interesarme por vos.

—Creo que empezais á engañarme.

—Suponed que no me llamo Quevedo.

—Eso no es posible.

—Suponed que soy un hombre de bien, que me encuentro con una pobre loca y que deseo curarla.

—Dudo que lo consigais. Pero vamos al asunto : contestadme á lo que os he preguntado : decid lo que habeis pensado de mí en las tres distintas situaciones en que os he visto.

—Empecemos por lo del convento. Yo he sido palaciego ó palacismo, ó hijo de palacio como mejor querais.

—Bien, bien, ¿pero qué tiene que ver eso?

—Las cosas deben tomarse en su origen. Voime, pues al punto, desde donde llegué á conoceros. Os conocí por medio del tío Manolillo.

—¡Ah! ¡el misterioso tío Manolillo!

—Teneis razon. No sé si es pícaro ó tonto, si cuerdo ó loco. Lo que sé es, que os ama con toda su alma, pero no sé cómo. ¿Lo sabeis vos?

—No por cierto, á veces me mira como un amante, á veces como un padre; á veces hay para mí cólera en sus ojos; á veces odio.

—¡Misterios siempre! Un dia, hace tres años, me encontré al tío Manolillo, acurrucado como un gato que se encuentra huido y receloso, y hambriento en desvan ageno, en una galería oscura de palacio. El tío Manolillo y yo, somos muy antiguos conocidos y tenemos declarada una guerra de chistes. No sé qué le dije, ni recuerdo qué me contestó: pero es el caso, que nuestra conversacion se hizo formal.

—Yo no gasto como vos antiparras, me dijo: pero es el caso, hermano don Francisco, que veis mas claro que yo. ¿Quereis mirar una cosa que yo os muestre, y decidme qué habeis visto en ella?

—¿Y de qué cosa se trata, tío, le pregunté?

—De una mujer.

—Pues si vos tratándose de mujeres, no veis, estoy seguro de que yo me quedo á oscuras.

—No tanto, hermano Quevedo, no tanto, yo amo á esa mujer y tengo naturalmente una venda sobre los ojos.

—¡Os dijo...! ¡que me amaba...! ¡el tío Manolillo! exclamó Dorotea.

—Pero no me dijo de qué modo: no me lo ha dicho nunca, ni yo he podido adivinarlo; pero continuemos. El tío, me llevó al convento de las Descalzas reales, tocó al torno y dijo:

—Madre tornera, tened la bondad de decir á Dorotea, que aquí estoy yo con otro caballero.

Entramos en el locutorio.

Vos tardásteis.

Entonces me dije, yo no sé si con fundamento.

—Esa mujer se está componiendo para parecer mejor.

—¡ Ah, y que mal pensador sois! dijo la Dorotea.

—En efecto, cuando os presentásteis veniais tan compuesta, como podiais estarlo en el convento.

—Habia en aquel sencillo hábito, en aquella toquilla en aquel escapulario azul, en aquella cruz de oro que pendia de vuestro cuello, una cosa que decia:—Ved que con lana y lino puede parecer una mujer mejor ataviada que otra con ropas, encajes y brocados.

Era ademas vuestra mirada ardiente, grave, fija; vuestra palabra sonora, vuestro discurso apasionado.

Yo me enamoré de vos.

Cuando salí del convento, dije al tio Manolillo:

—Esa paloma volará en cuanto halle una mano que la abra la jaula, y no me pesará que esa mano sea la mia.

—Si ella os ama, dijo el tio Manolillo, por mi parte nada tengo que oponer. Me he propuesto darla gusto en todo.

—¿ Pero qué es vuestra Dorotea, le pregunté?

—Esa es una historia, me dijo:

Comprendí que el bufon del rey, no me diria una palabra mas acerca de vos, y no volví á preguntarle.

Pero me habiais llenado, el alma no, ni el corazon, sino los sentidos: ardia por vos, Dorotea.

—Por lo mismo que sabia que yo no podia contar con vos, que vos no podiais ser para mí mas que el primer amante...

—¡ Oh! exclamó Quevedo.

—Me rei de vos.

—Y á mí que no me gusta divertir de balde, me bastó con que vos os riérais.

—Ya sé que sois altivo.

—No es eso; es que no me gusta malgastar el tiempo.

Aconteció ademas, que un dia en que por costumbre, no curado aun bien de la locura que me habiais pegado, estaba yo en la iglesia de las Descalzas reales... solo por oír vuestra voz, que la teniais escelente y me enamoraba, un mal nacido ofendió á una dama. Volví por ella, mediaron palabras y aun mas, salimos á la calle, y maté á aquel hombre. Como las pragmáticas en esto de duelos son rigurosas, y como á mí me querian mal en la córte, creí prudente huir, y me amparé en Navalcarnero. Allí conocí á Juan Montañón... escelente muchacho... corazon de perlas, alma de ángel en cuerpo de hombre.

—Pero tan burlador como vos.

—¡Bah! despues hablaremos de eso. Estuve algun tiempo en Navalcarnero, se arregló lo de la muerte, y volví á la córte. Poco despues se le indigestó un romance mio con algunas otras cosas al duque de Lerma, y me cogió, y me enjauló en San Marcos. Allí he estado dos años; allí os he recordado mas de una vez...

—En resúmen, lo que vos pensásteis de mí en aquel tiempo...

—Fue, que erais una mujer ansiosa del mundo, de las disipaciones, de los placeres, de los amores galantes: una hermosisima criatura, poca alma y muchos sentidos: poco corazon, poca cabeza, y mucha vanidad; desde mi encierro escribí por vos... dijéronme que habiais huido del convento.

—Vióme un comediante, en ocasion de ensayar una farsa á las monjas.

—¿Comediante fue?

—Galán.

—Se llama...

—Gutierrez...

—¡Ah! la presuncion con ropilla; la vanidad ambulante...

—Me miró, le miré. Elogió mi ingenio y mi voz, y me engreí. Me escribió proponiéndome cambiar la vida del claustro por la del teatro... y... mi celda daba á un huerto que tenía las tapias muy bajas, los balcones eran muy bajos... me escapé... caí loca en los brazos de aquel hombre... perdí la virginidad de mi cuerpo, pero conservé la virginidad de mi alma. Gutierrez no había sabido despertarla.... Gutierrez no me había dado la ardiente vida que yo necesitaba... El público entre tanto me aplaudía... los poetas me dedicaban madrigales... yo era Filis, Venus... sol.. luna... Lucero... yo era la incomparable Dorotea... la diosa del teatro. Este halagaba mi vanidad, pero no llenaba mi corazon. ¡Ah! ¡no! en él resonaban huecos los aplausos, le aturdián, pero no le conmovían. Y me faltaba algo: yo era pobre: trabajando á partido ganaba poco: me veía obligada á alquilar trajes, en que todo era falso y muchas veces viejo: otras llevaban sedas y brocados, y perlas y diamantes... eran queridas de algun gran señor. Gutierrez no podía darme nada de esto. Los galanes que me enamoraban no podían dármele tampoco. Yo sufría, yo estaba humillada: yo soñaba en el gran señor que debía cubrirme de oro. Me importaba poco que fuese viejo y feo, con tal de que fuese rico generoso. Yo necesitaba humillar á mis compañeras.—Una tarde vi en

un aposento, á un señor muy grave y muy tieso, y al parecer muy rico. —Detrás de él habia un hidalgo, altivo tambien, jóven y buen mozo. Los dos me miraban, los dos me aplaudian... yo me enamoré de los dos. Del uno por vanidad, del otro... por amor no... yo creía que era por amor... pero hoy me he desengañado.

—¿Eran Lerma y Calderon? ¿El amo y el perro?

—Ellos eran. Despues de la funcion, encontré en mi casa esperándome á uno de ellos. Se habia entrado por fuero propio pagando á mi doncella. Era don Rodrigo Calderon. Me traía un mensaje y un regalo del duque de Lerma. Yo acepté. Despues de haberme hablado por el duque, don Rodrigo me habló por sí mismo.

—Eso sucede casi siempre: el corredor de un gran señor, goza antes que él, y es muy justo, dijo Quevedo: el agua moja antes el cauce que el pilon. Vuestra historia es muy conocida.

—He sido la sanguijuela de Lerma, y la loca de don Rodrigo.

—Os leí, pues, en el convento.

—¿Y qué habeis leído hoy en mí?

—Vamos á vuestra segunda época.—Salía yo esta mañana de palacio y andaba por esas calles de Dios, pensando en donde encontraria posada, cuando al buscar en un balcon una cédula, os ví á vos tras de la vidriera.—He aquí mi posada, me dije.—y me entré.

—Y como éramos antiguos conocidos...

—Tomé posesion de vuestra casa, y os leí en una mirada. Erais la buscona perfecta en su época peligrosa.

—¡La buscona!

—Ese es el nombre.

—Es decir la mujer...

—Que ahorra sangrador, y deja á un prójimo de tal modo, que no puede valerse contra el aire. Gastadora de bolsillos, destructora de saludes, envenenadora de almas y perdimiento de cuerpos. Acostumbrada á la vida alegre, desvergonzada y serena, haciendo gala del sambenito y pregonándose á voces.

—¡Oh! ¡es verdad! ¡qué vergüenza!

—Pasando á vuestro tercer estado, al en que os encontráis en este momento, os confieso que no os conozco: que os habeis transformado; que os ha salido vergüenza, y habeis criado pudór. Cuando érais virgen os ví cortesana, y ahora que sois cortesana os veo virgen.

Dorotea bajó la cabeza avergonzada por única contestacion.

—¡ Vos amais! ¡ amais por la primera vez! dijo Quevedo con acento sonoro, seco, vibrante, solemne.

—¡ Oh! ¡ si! yo creo que sí: ¡ yo estoy loca! exclamó Dorotea.

—¡ Misterios del espíritu! murmuró Quevedo ¡ no nos comprendemos! ¡ la ciencia escrita! ¡ mentira! ¡ la ciencia permanece oculta! ¡ yo adivino, yo presiento... porque veo... observo... y me asombro!

—¿ De que os asombráis?

—De mí mismo.

—Sois un pozo oscuro.

—Porque me hundo en mi alma.

—¡ Ah! ¿ no es verdad don Francisco que esto es terrible?

—¿ Y qué es lo terrible?

—Yo no le habia visto nunca: cuando le vi á él... ya sabeis quién es él...

—Si, si; mi amigo Juan.

—Cuando lo ví... cuando me miró: parecióme que mi alma descorría un velo misterioso que se entraba en ella aquella mirada, que la llenaba, que la besaba, que la acariciaba, que la encendía... sentí... un placer doloroso... debí ponerme pálida.

—Y sería como una difunta.

—Yo creo que él tambien vaciló.

—Pues ya lo creo.

—¡ Ah! ¡ don Francisco! ¿ por qué habeis llevado á ese hombre á mi casa? yo creo que iba provisto de un hechizo.

—Su hechizo consiste en haber nacido para vos. Yo lo ignoraba... le llamé porque estaba cuidadoso por él... como que habia dado de estócas á Calderon y le habia quitado unas cartas de la reina.

—¡ De la reina! ¡ las cartas de la reina! ¡ que le habrá pagado poniéndole en el lugar de Calderon!

—¿ Qué estais diciendo?

—He tenido celos de una mujer cuando creí amar á don Rodrigo... ahora... ¡ ahora le aborrezco!

—Haceis mal.

—¿ Qué hago mal?

—¿ Sabeis para que llamaba la reina á Calderon en aquellas cartas? Quevedo hablaba á bulto porque como saben nuestros lectores no las conocia.

—¿ Para qué llama una mujer á un hombre?

—Margarita de Austria mas que mujer es reina.

—Las reinas tienen corazon y caprichos.

—La reina llamaba á don Rodrigo para conspirar.

—¡ Para conspirar !

—Si, contra el duque de Lerma.

—¡ Ah ! exclamó Dorotea como quien recibe una revelacion. Acaso... aquellas cartas no contenian ni una sola palabra de amor... ¿ es verdad ?

—Eran sin embargo ambiguas, dijo Quevedo que seguia hablando á bulto.

—Si, si... bien puede ser... pero si eso es verdad, don Rodrigo, es un miserable.

—¿ Y que otra cosa puede ser un hombre que parte su querida con otro ? Vos érais un instrumento de don Rodrigo Calderon. Estais, pues, en el caso de volver en vos.

—¿ Me jurais don Francisco, que no me habeis tomado por instrumento ?

—No, no os lo juro, porque quiero que me sirvais.

—¿ Y por eso me habeis presentado á ese jóven para que me enamore ?

—No he tenido esa intencion, pero ya que mi amigo Juan os ha enamorado, me alegro.

—No os alegréis mucho porque me ha empeñado.

—Mi amigo Juan os ama.

—¡ Jurádmelo !

—Os lo juro por mi encomienda, y por mi honra y por mi alma. ¡ Si cuando me quedé solo con él, no hablamos de otra cosa que de vos !

—Pues mirad, yo me habia irritado con vos y con él... en el momento que supe que habiais herido á don Rodrigo.

—¿ Por amor á don Rodrigo... ?

—No, porque ví... porque adiviné la verdad. Que don Rodrigo habia caído á causa de la reina... y me dije, me han tomado por juguete. Entonces quise vengarme, y para vengarme salí, y me fui á casa del coeirero del rey, cargada de joyas : Montño es avaro, y estaba segura de averiguar...

—Bueno es saberlo, dijo para sí Quevedo.

—Pero no le encontré y me abrasaba en el tabuco donde vive... me ahogaba allí, al lado de aquella carne con ojos de su mujer. Entonces salí, bajé, y seguí á pié.

—¿Y adónde ibais, cuando os encontré?

—A la ventura, á tomar el aire.

—Habeis, pues, tenido un buen encuentro, porque os he curado, dijo Quevedo.

—Aun no del todo.

—Mi amigo os espera en vuestra casa.

—¡Ah! ¡pero vuestro amigo me da miedo...! ¡no os digo que estoy asombrada...! ¡yo que me he burlado del amor!

—El amor se venga.

—Ya se ve: ¡es tan hermoso...! ¡mas que hermoso...! ¡tiene para mí tal paz tal dulzura, su mirada...! su voz resuena en mi corazón de un modo tal... he hecho una promesa á la virgen de la Almudena... como mañana me despierte curada de esta locura, la doy mis joyas que son muchas y muy buenas.

—Si vos no amárais mañana á mi amigo, le mataríais.

—¡Oh! no lo creo, dijo Dorotea, con una anhelante candidez.

—¡Si habeis causado en él una impresion terrible! ¡qué hermosa es esa jóven! me decía, mientras vos estábais fuera: no puedo mirarla sin enternecerme... sus miradas me vuelven loco... necesito que esa mujer... esa diosa no viva mas que para mí.

—Os lo repito don Francisco. Vámonos á Nápoles... ó sino quereis venir, dadme una carta para el duque de Osuna: entraré en un convento... vuestro amigo me ha hecho mucho daño... me ha hecho insoportable el duque de Lerma, odioso Calderon.

—Tal vez la vida de mi amigo, consiste en que os apodereis mas que nunca del ánimo de Lerma.

—¡Cómo!

—¿Creeis que Lerma dejará sin castigo á quién le ha estropeado á su favorito? no os hablo de mí, que importa poco... pero él... él que ha alcanzado gracia á vuestros ojos.

—Me pedís un martirio.

—Sed martir, si quereis la gloria.

—¡Me pedís que amando á un hombre, sea querida de otro! esclamá profundamente la Dorotea.

—Necesitais reparar el daño que habeis hecho.

—¡Yo!

—Si, vos: habeis calumniado á una santa...

—¿Creeis que la reina...?

—Es digna de que una mujer de corazón como vos, la ame en vez de odiarla.

—¿Y que puedo yo hacer?

—Sed mas que la querida pagada de Lerma.

—¡Ah!

—Enloquecedle : hacedle creer que le amais.

—Eso no es fácil : don Juan de Guzman ha visto en mi casa á vuestro amigo.

—¿Y que importa?

—Lo sabrá Calderon... lo sabrá Lerma.

—Bien : decid á Lerma, que mi amigo quiere casarse con vos...

—¡Deshonrarle yo...!

—Cuando median altos intereses, por todo se atropella.

—¿Puedo fiarme de vos, don Francisco?

—¡Fuego de Dios! ¿y para que habia yo de engañaros?

—A vos me entrego.

—¿Veis como he hecho muy bien en que no trabáseis conocimiento con el blanquillo de Yepes? Ea, vamos, que ya es hora. Os habeis enlodado : id á mudaros á vuestra casa. Allí encontrareis á Juan Montaña... id con él acompañada á la comedia.

—¡A la comedia ! ¡ Trabajar, fingir, con el corazón lleno de lágrimas ! ¡ y mostrarme serena y reir !

—Esa es la vida : sed una vez cómica... aprended á serlo que os importa. Este es vuestro manto... cubrios bien, hija. Este mi ferreruero. ¿ Os habeis cubierto ?

—Si.

—¡ Ah de casa ! dijo Quevedo, abriendo la puerta.

Quando acudió el tabernero, le dió un ducado.

—Cobrad y guardaos lo que os sobre, dijo.

Y salió con Dorotea.

—Ahora, añadió cuando estuvieron en la calle, idos sola. Todo el mundo me conoce, á vos podrian conoceros y no conviene que nos vean juntos. Conque adios : voyme á dormir que ya es hora.

—¿ Y hasta cuando ?

—Yo pareceré.

—Adios don Francisco : estaba irritada contra vos y dolorida en el alma, y me separo contenta de vos y consolada. Adios.

Dorotea se separó de Quevedo y se alejó á buen paso.

Llovia, y mas de un transeunte, se detuvo á mirar con asombro á aquella dama que parecia tan principal y que en tal dia andaba sin litera, pisando lodos.

Dorotea llegó al fin á su casa y se detuvo á la puerta, dominada por un vago temor.

Sabia que en su casa estaba Juan Montiño.

Su irresolucion duró un momento.

Llamó, la abrieron y entró.

—¡ Señora ! la dijo Casilda ; ¡ ah señora ! ¡ no sabeis lo que sucede !

—¿ Qué ?

—Aquel caballero que almorzó con vos...

—¿ Qué ha sucedido á ese caballero...? dijo con cuidado Dorotea.

—¡ Nada ! ¡ nada ! se quedó aquí....

—Y bien....

—Me pidió sangría...

—¿ Y qué ?

—Se la serví... y luego... como no le conocia, como nada sé... por ver lo que hacia, volví quedito... estaba dormido al lado de la chimenea en vuestro sillón.

—¿ Y qué hay de malo en eso...?

—Nada, pero... cuando volví otra vez..., ya no estaba en la sala.

—¿ Qué no estaba ?

—No, sino en la alcoba acostado en vuestro lecho, y durmiendo.

—¡ Ah ! ¡ Dios mio ! dijo para sí Dorotea, entrando precipitadamente en la sala, y llegando á la alcoba: ¡ conoce que le amo.... y se apodera de mí !

Montiño dormia á pierna suelta.

Dorotea levantaba el pabellón del lecho.

—¡ Qué hermoso es ! ¡ y qué alma tan noble asoma á su semblante dormido ! ¡ Oh Dios mio ! ¡ y es ya la una y media ! dijo oyendo á lo lejos un reloj.

Dejó caer la cortina y salió á la sala.

—Vísteme, dijo á Casilda: traeme ropa blanca ; me he puesto perdida.

—¿ Y le dejais así ? dijo Casilda señalando á la alcoba.

—Habla bajo, que no despierte: se conoce que ha pasado mala noche.

—Pero señora....

—Mira Casilda, ese caballero es tu amo y el mio, dijo Dorotea.

La negra se calló y vistió á su señora.

Esta eligió un magnífico traje de brocado, alto, cerrado como los de las damas de la corte y cubierto sobre el pecho de joyas, se llenó las manos de anillos y derramió sobre sí agua de olor.

—Vete, y que Pedro ponga la litera, dijo cuando estuvo vestida.

Casilda salió, y Dorotea entró de nuevo en la alcoba, y levantó la cortina.

—Siento despertarle; dijo: ¡duerme tan bien, y está tan hermoso durmiendo! ¡oh! ¡si no me esperara el público! ¡esta es una esclavitud insoportable!

Estuvo un momento contemplando en silencio al jóven.

Al fin se resolvió.

—¡Caballero! dijo dulcemente: ¡caballero!

Montiño abrió los ojos.

—¡Ah! ¡dichoso el que despierta y se encuentra con un ángel! dijo despues de haber lanzado de sí la última influencia del sueño.

—¿Y no se os ocurre disculparos?

—¿De qué...? ¡Ah! ¡me ha traído aquí mi corazon...! ¡soy digno de lástima...! no os enojeis pues.

—¿Estais muy cansado?

—¡Ah! ¡no! es cierto, que esta noche por las estocadas, anduve huido y no dormí: pero.... he descansado ya... os fuisteis irritada, y yo no me resignaba á no volveros á ver sino me volvais á vuestra gracia. Me dió sueño; en el sillón dormía mal.... como ya Quevedo habia dormido aquí me dije:—¿qué importa que yo duerma tambien? pero he sido mas respetuoso que Quevedo: yo al menos no me he desnudado: con ponerme las botas estoy corriente.

—¿Y os vais?

—Si, pero contando conque vos...

—¿Qué?...

—¿Me volvereis á recibir?

—¿Pero no estais ya recibido? dijo la Dorotea.

—¡Cómo, señora!

—Si, ¿no estais en vuestra casa?

—¡En mi casa!

—Vais á juzgar. ¡Casilda!

Apareció la negra.

—¿Qué te he dicho hace un momento á cerca de este caballero?

—Que era vuestro...

—Dí lo que yo te dije.

—Que era vuestro amo y el mio.

—Vete.

—¡Ah, señora! dijo Montiño turbado á su pesar por la espresion y el acento de Dorotea.

—Yo no os conozco, dijo la jóven, pero me siento unida á vos por un poder invencible: conozco que al separarme de vos, mi alma se rompería: no he amado nunca: vos sois el primer hombre á quien amo: ¿queréis mi amor?

—¡Vuestro amor! exclamó asustado Montiño.

—¡Qué! ¿le despreciais?

—¡Ah! ¡señora! vuestro amor es la gloria.

Dorotea se arrojó en los brazos de Montiño.

—¡Oh! ¡qué delirio! ¡qué sueño! exclamó despues de algun tiempo. ¡Qué no despierte yo nunca, amor mio! porque sino me amases... me vengaría... y mi venganza... ¡oh! no hablemos de esto... ¡las dos! ¡ya es tarde, Dios mio! ¡y el coliseo...! ¡malditas sean las comedias! ¡pero es preciso! ¡vamos, acompáñame!

—¿Asi con este traje de viaje, pobre y enlodado, y tú tan resplandeciente, reina de mi vida?

—¡Y qué importa! me basta con tu hermosura. Estoy segura de que me van á tener envidia... mi litera es grande, cabemos los dos, ven.

Y Dorotea se llevó de su casa á Juan Montiño como robado.

## CAPITULO XXIII.

De lo que quiso hacer el cocinero de su magestad, de lo que no hizo, y de lo que hizo al fin.

Montiño se habia quedado aturdido en la hostería del Ciervo Azul, despues de la salida de Quevedo.

Tenia tanto en que pensar el triste del cocinero mayor, que su cabeza estaba hecha una devanadera.

Iba y venia con sus cabilaciones, y de todas ellas no sacaba mas que una cosa en claro: lo referente á los amores de su mujer, con el sargento mayor don Juan de Guzman.

Este pensamiento se formulaba en la frase que Francisco Montiño pronunciaba con los nervios crispados:

—¡ Como la otra !

Montiño era, pues, un hombre predestinado.

Pero como todos los predestinados, dudaba de su predestinacion.

—Y luego, decia: aunque todos lo dicen, es muy posible que todos se hayan engañado. Mi mujer puede haber cometido inocentemente alguna imprudencia... ¡ y ese sargento mayor, ó ese demonio, está allí detrás de mí, en el fondo de la sala! le oigo coscurrar entre sus mandíbulas de lobo las cortezas del pan ¡ si yo me atreviera..! si yo me presentara á él de improviso... ¡ si le preguntara...!

Pero acordábase Montiño del semblante de bandido del sargento ma-

yor, de su mirada sesgada, de sus largos mostachos, y de su inconmensurable tizona, se desplomaba y renunciaba á su resolucion.

Y era el caso, que tampoco se atrevia á levantarse y á salir, por temor de ser visto por don Juan de Guzman.

Permanecia, pues, acurrucado en su silla, vuelto de espaldas al sargento mayor, y haciendo como que comia: pero en realidad, aterrado, reducido á la menor expresion, anonadado.

Pero de repente, sacóle de su anonadamiento una voz que conocia demasiado.

Aquella voz habia saludado al sargento mayor.

Aquella voz era la del galopin Cosme Aldaba.

—¡ Maldígate Dios, racimo de horca! dijo el sargento mayor á Aldaba: hace una hora que me tienes esperando.

—Vuesamerced sabe que hay cosas que no se hacen por el aire: despues de que ví á vuesamerced y me dió el recado, he tenido que comprar el pañuelo. Por cierto que he tenido que poner algunos maravedises.

—No hay que hablar de ello. ¿Y le has hallado como convenia?

—Ya lo creo, encarnado, encarnado, sin pinta de otro color.

—¿Y lo has llevado á la señora Luisa?

Volvióse todo oidos el cocinero.

—He tenido que esperar á que saliera el señor Montiño; porque si despues de haberme despedido me hubieran encontrado, no sé lo que hubiera sido de mí.

—¡ Buen temor el tuyo! si no fuera porque Luisa no quiere escándalos, ya le hubiera yo acostumbrado á que se saliese humildemente de su casa cuando yo entrase, solo con haberle hecho huir á puntapiés la primera vez. ¿Pero, qué te ha dicho la señora Luisa?

—Nada: ha tomado el pañuelo, se ha puesto muy pálida y ha exclamado: ¡ me quiere perder!

—Si fuera viuda, no temblaría así.

Estremeciése Montiño.

—¡ Viuda! dijo Aldaba; el cocinero mayor está tan apergaminado y enjuto, que me parece que tiene vida para muchos años.

—El dia menos pensado... es rico ¿no es verdad?

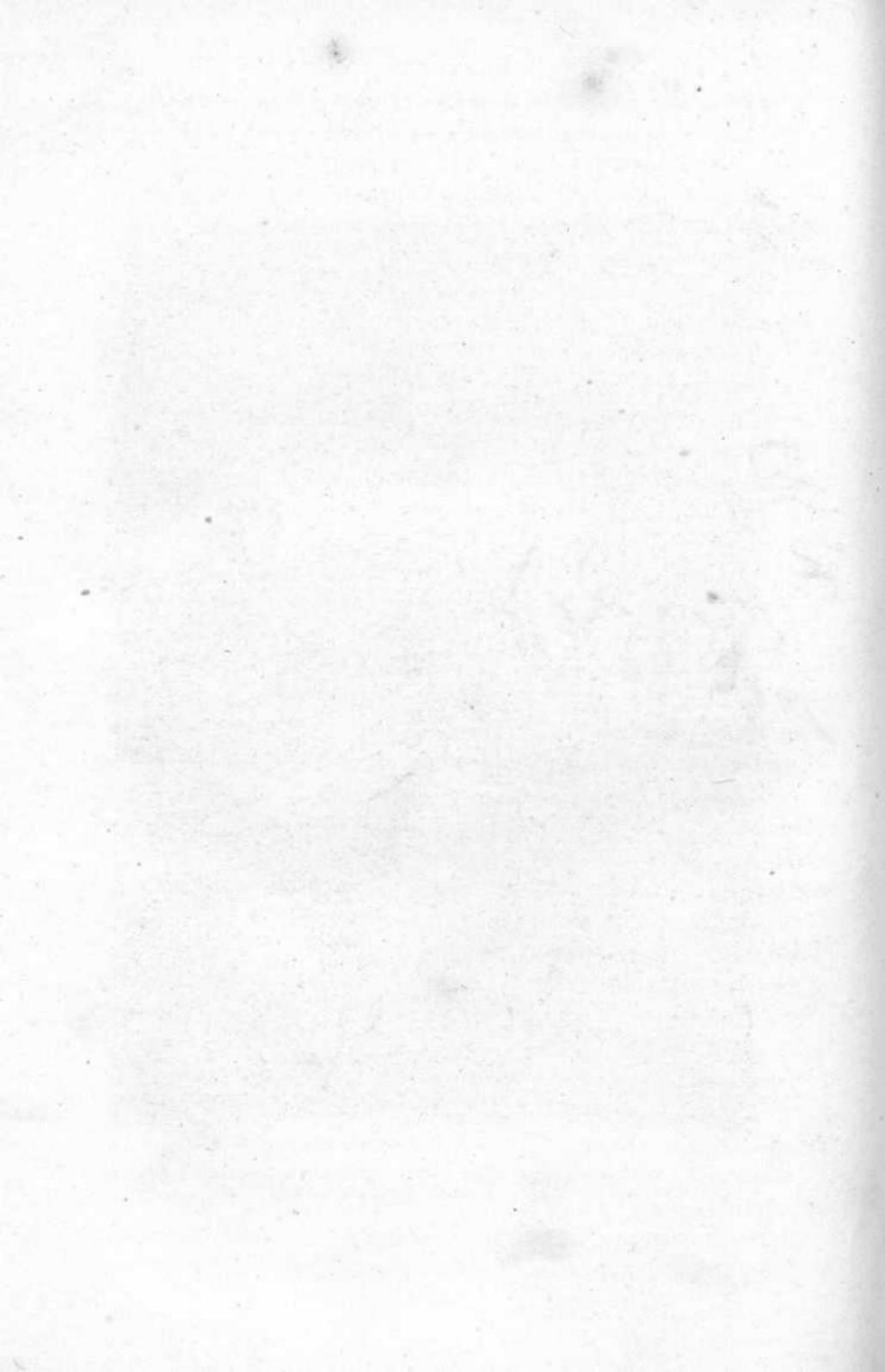
—¡ Vaya...! ¡ si dicen que revende empleos!

—Luisa dice, que en un cuarto oscuro, tiene un arcon que debe estar lleno de talegos.

—Es muy avaro.



PERMANENCIA, PUES, ACURRUCADO EN SU SILLA.



—Y muy ciego: dicen que su primera mujer era peor que esta.

—Ya se ve: y que le gustaban los pajes.

—Y qué, Inés no es su hija

—No, pues la Inés, que es un pimpollo, ha sacado las mismas aficiones que la madre; ya ha tenido tres novios pajes de su magestad.

—¿Y cuál es el paje de ahora?

—Un muchachote rubio, paje de la reina; un chico rubicundo, que la hechá de valiente, y á quien tengo ojeriza.

—¿Y cómo se llama ese paje?

—Valentin Pedraja.

—¡ Ah! ¡ ah! ¡ el hijo del palafrenero mayor!

—Eso es.

—Pues mira, Aldaba, no te metas con ese paje, le protejo yo.

—Si la Inés me quisiera, sería bastante; pero no queriéndome, ¿á qué buscar ruidos?

—Haces bien: toma un ducado por lo que has hecho, y puesto que el cocinero mayor te ha despedido, te tomo por mi criado, tú me guisarás y me escusaré de venir á este figon del infierno. Con qué vámonos hijo, y te enseñaré mi casa, que tengo mucho que hacer.

El sargento mayor, pagó y salió con Aldaba sin reparar en Montño.

—¿Con qué es decir, exclamó Montño, levantándose con la fuerza de un muelle, que mi honra anda ya por los figones, y no solamente por un lado sino por los dos? ¡ mi mujer y mi hija! ¡ y que no sepa yo lo que pasa en mi casa! ¡ y que temiera yo llevar á ella á mi sobrino! ¡ mi sobrino! será necesario decirselo todo! ¡ mi sobrino que es tan valiente! ¿ pero como decirle: tu tia y tu prima son dos mujeres perdidas? ¡ y yo que habia pensado en ver el medio de casarle con mi hija!

El cocinero mayor estaba tan desencajado que daba miedo verle.

Y póngase cualquiera en su situacion, en aquella situación anormal, aflictiva, deshonrosa, interesados el corazon y la vanidad: todo herido, todo magullado en su alma: encontrábase de repente solo en el mundo, porque todo lo que constituia su familia era ficticio: su mujer no era su mujer, su hija no era su hija, su sobrino no era su sobrino.

Hacia casi veinticuatro horas que estaba sonando para él la trompeta del juicio final.

Su hermano muerto, su corazon amargado, su cocina, que constituia para él la mitad de su alma, abandonada.

Y además de esto, metido en enredos trascendentales, de los cuales, no sabia cómo salir: amenazado casi con la Inquisición...

La cabeza de Francisco Martínez Montiño, era un hervidero.

Y en este hervidero se le olvidó una cosa importantísima: esto es, la carta que la madre Misericordia le habia dado para el duque de Lerma, y que se habia llevado Quevedo.

Pero necesariamente, ó permanecia de una manera indefinida en la hostería del Ciervo Azul, ó tomaba un partido.

Montiño tomó el de acudir á donde le llamaba su pensamiento dominante.

A su casa.

Por el camino fue pensando, que lo que debia hacer era encerrarse con su mujer, hablarla decididamente como hombre que lo sabia todo, presentarla como prueba lo del pañuelo encarnado, y despues hacerla abrir los cofres, apoderarse del pañuelo, apoyarse en él como en una prueba concluyente, y despues de esto, confesado el crimen, como no podia menos de suceder, por su mujer, montarla en un macho de los de palacio, y con un mozo de mulas enviarla á su país natal.

Luego metería á su hija en un convento.

Una vez libre, haria dejacion de la cocina del rey, se retiraría de intrigas y de enredos, y se iría pacíficamente á comerse sus doblones á Navalcarnero, llevándose consigo la misteriosa arca, donde se encerraba indudablemente el destino del bastardo de Osuna.

Hay proyectos que se piensan, se redondean, se concluyen, que parecen ya conseguidos, pero que al quererlos poner en práctica se desvanecen como humo.

Habíase atravesado ademas una circunstancia puramente casual, un suceso que debia embrollar mas al cocinero mayor.

Poco despues de la desaparicion de Montiño, una litera llevada por dos ganapanes, y seguida á paso lento por un criado, se detuvo á poca distancia del alcázar, se abrió la portezuela y salió de una manera violenta una mujer.

Era Dorotea.

Hemos retrocedido algun tiempo.

Al punto en que Dorotea antes de encontrar á Quevedo, habia ido al alcázar en busca del cocinero mayor.

Cuando estuvo fuera de la litera, dijo al criado:

—Vete.

—¿Con la litera, señora?

—Si, con la litera.

—Pero llueve y hace lodos.

—No importa: me mareo, me muero dentro de ese armatoste.

Vuélvete con la litera á casa.

Y se entró violentamente en el alcázar.

—Llevadme al cuarto del cocinero mayor, dijo á un lacayo de palacio dándole un ducado.

El lacayo tiró el patio adelante, y llevó á la comedianta á las altas regiones donde vivia el cocinero mayor.

—Allí es, señora, dijo señalando una puerta á Dorotea.

—Bien, idos; gracias.

El lacayo se fué.

Dorotea se quedó sola en una galería estrecha, larga y tortuosa y delante de una puerta.

Llamó á ella con impaciencia.

Abrióle una mujer jóven y bella.

Era Luisa.

—¿Sois la hija del cocinero mayor? dijo Dorotea.

—Soy su mujer, contestó con cierta mortificacion Luisa. ¿Para qué quereis á mi marido?

—Para hablarle.

—Acaba de salir.

—No importa, dijo Dorotea entrándose en el cuarto. Le esperaré.

—Pero yo, señora, no os conozco.

—No le hace: vengo á preguntarle una cosa importante.

—Pero es muy natural que una mujer honrada, cuando ve que otra busca en su misma casa á su marido... piense...

—Pensad lo que querais.

Y Dorotea se sentó sin ceremonia.

—Y bien mejor... dijo Luisa sentándose á coser, ya sé lo que debo decir á mi marido cuando tenga un nuevo disgusto con él.

Ninguna de las dos mujeres habló mas.

Al cabo de cierto tiempo, Dorotea hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Dónde estará ese hombre? exclamó.

—Si lo deseais, dijo Luisa, le enviaré á buscar.

—¡Para largas esperas estoy yo...! dijo la Dorotea... me ahogo aquí

en este chirivivil... y me voy... decid cuando venga á vuestro marido, que le espera en su casa la querida del duque de Lerma.

—¡Ah!

—Si, del duque de Lerma, á quien sirve de correo vuestro buen marido, como le sirve de otras muchas cosas. Conque adios.

Y la Dorotea salió primero del cuarto de Montiño y luego del alcázar, tomó por la calle del Arenal, y en ella fue en donde encontró á Quevedo.

Cuando llegó Montiño á su casa, se encontró á su mujer y su hija cantando y cosiendo.

—Están juntas, se dijo, y esto me contraría.

Montiño debia haber supuesto que las encontraria de aquel modo, porque siempre las habia encontrado asi.

Dió dos ó tres vueltas por la sala.

Vió dos ó tres veces á su mujer.

Cada vez le pareció mas hermosa y mas inocente.

—Pero, señor, ¿y lo que yo mismo he oido? se dijo.

Y volvió á dar otras dos ó tres vueltas.

—¡Luisa! dijo al fin.

—¿Qué quieres? respondió tranquilamente su mujer.

—¿Ha estado alguien aqui?

—Ha estado Cosme Aldaba.

—¡Ah! ha estado ese bribon de Aldaba. ¿Y qué queria?

—Quería hablarme á solas.

—¿Y le hablaste.

—Si.

—¿Y qué te dijo?

—Que le habias despedido.

—Me ha echado á perder un capon relleno. Es un infame.

—En tratándose de la cocina, ciegas.

—No ciego mucho cuando ya no he hecho una atrocidad.

—La muerte de tu hermano te tiene de muy mal humor.

—Si, si, la muerte de mi hermano, eso es. ¿Y no te dijo mas Aldaba?

—Si, que me empeñase por él contigo.

—¡Pues hombre, no faltaba mas! ¡habrá insolencia!

—Yo le he dicho...

—¡Qué!

—Que ya te se pasará: que tú al principio tomas las cosas muy á lo

vivo y por donde queman; pero que eres muy buen hombre, y todo al fin se te pasa.

—¡ Con qué soy yo muy buen hombre!

—Ya lo creo.

—¡Pues no señor! ¡ soy un hombre muy malo!

—Como quieras Francisco cuando estás así, es necesario dejarte en paz y luego tienes razón.

—¡ Qué si la tengo! ¡ qué si tengo razón! ¡ tanta tengo, que se me sale por la tapa de los sesos!

—Pues mira, primero eres tú.

—Ya lo creo que primero soy yo.

—Ello pasará, los primeros momentos son crueles: pero cuando te acostumbras...

—¡ Y á qué me he de acostumbrar!

—A pasarte sin tu hermano...

—¿Pues qué no me pasaba sin él?

—Si, pero no es lo mismo decir tenía un hermano, á decir ya no le tengo.

—Tienes razón, es muy doloroso perder una cosa que se ama.

Montiño se calló, y Luisa por no irritarle mas se calló también.

—Está delante Inesita, dijo para sí Montiño, y no me atrevo... será necesario quedarme solo con ella.

Y siguió paseándose en silencio durante ocho ó diez minutos.

Su mujer y su hija no cantaban, pero cosían.

—Pues señor, dijo para sí el cocinero mayor deteniéndose de repente: ello es preciso.

Y luego dijo alto:

—¡ Luisa!

—¿Qué quieres? contestó la jóven.

—Tengo que hablarte á solas de un asunto muy importante.

Púsose levemente pálida Luisa.

—Vete Inés, hija mia, dijo á la niña.

Inesita se levantó, miró con cuidado á su padre, y dijo para sí saliendo:

—Me quedaré tras de la puerta, y escucharé lo que hablen.

Montiño fué á sentarse en la silla que habia dejado desocupada su hija.

—Vamos, Francisco, dijo Luisa, viendo que su marido guardaba silencio; ya estamos solos.

—¡ Es quel... ¡ si!... ¡ yo!... ¡ tú! tartamudeó Montaña á quien faltó de todo punto el valor.

Estaba viendo por completo sin gorguera el cuello blanco y redondito de su mujer.

—¿ Pero qué es ello? dijo Luisa.

—Me encuentro en un gran compromiso, dijo Montaña, renunciando de todo punto á hacer cargos á su mujer, y rompiendo para salir de la situacion por donde primero se le ocurrió.

—¡ Un compromiso!

—Si por cierto, tengo un sobrino.

—Pues no comprendo...

—Ese sobrino ha venido á Madrid.

—¿ Y bien?

—Necesito traerle á vivir aquí.

—¡ Aquí! como quieras.

—Pero hay un obstáculo.

—¿ Cuál?

—Inesita.

—¡ Ah!

—Si, Inesita está ya alta y hermosa, y mi sobrino...

—Es su primo.

—No, no; no estaría bien. Es necesario que Inés salga de casa, replicó Montaña.

—¿ Y á dónde ha de ir esa pobre niña?

—¿ Dónde? á un convento.

—¡ A un convento! ¡ pero si ella no tiene vocacion de monja!

—A un convento mientras este aquí su primo.

—De modo que si lo haces porque Inés es jóven, yo soy tambien jóven pocos años mayor que ella.

—Tambien he pensado en eso.

—¡ Como! ¿ quieres echarme de casa por causa de tu sobrino?

—Escucha, Luisa, hija mia: tu embarazo está muy adelantado: las montañas de Asturias son muy sanas...

—Declaro que no me muevo de aquí, dijo Luisa levantándose y arrojando su costura. Yo no te dejo solo. Tú quieres echarnos de la casa no para meter á tu sobrino si no á una perdida.

—¡ Cómo á una perdida! exclamó Montaña que se estremeció porque veia una nueva complicacion.

—Si... yo no habia querido decirte nada: pero ademas del galopin Cosme Aldaba, ha estado aquí una mujer.

—¡Una mujer!

—¡Buscándote!

—¡Eso es mentira!

—¡La querida del duque de Lerma!

Montiño puso asustado su mano sobre la boca de su mujer.

—Yo me he callado, dijo Luisa.... y tu te alborotas, yo tengo evidencias, y sufro... y me resigno... ¡qué desgraciada soy!

—Yo no quiero ir á un convento, padre, exclamó Inésita entrándose de repente y colgándose al cuello de Montíño.

—Yo me moriré si me encuentro en este trance cruel lejos de mi esposo y señor...

—Yo no puedo vivir sino al lado de mi buen padre.

Y las dos jóvenes lloraban desconsoladas, y se comian á besos al pobre hombre.

A Montíño se le partia el corazon.

—¡Pues señor! exclamó ¡no puedo! ¡yo me acostumbraré!

—Yo no me voy sino hecha pedazos, dijo Luisa.

—Ni yo saldré si no me llevan atada, exclamó Inés.

—Bien, bien, dijo el cocinero mayor rindiéndose á discrecion: mi sobrino no vendrá aquí: le buscaré una posada... esto me costará el dinero...

—Dinero os hubiera costado, padre, el tenerme en el convento, dijo Inés.

—Dinero te hubiera costado, Francisco mio, el enviarme á Asturias y el mantenerme allí, dijo Luisa.

A estas palabras dictadas por una lógica rigurosa no habia nada que contestar.

Ademas las dos jóvenes lloraban que era un desconsuelo.

Sucedióle á Montíño lo que á muchos que se creen invencibles antes del combate: huyó á la vista del enemigo.

Y huyó literalmente hablando.

Luisa al verle huir sintió una especie de perverso consuelo.

Habia adivinado algo aterrador en Montíño.

Se habia visto descubierta.

Habia temblado.

Pero al huir Montíño se tranquilizó.

Habia comprendido con la perspicacia peculiar á todas las mujeres, que su marido estaba domesticado.

Pero si Luisa hubiera podido leer por completo en el alma de su marido, no se hubiera tranquilizado tan completamente.

Montiño era uno de esos hombres cobardes para obrar por sí mismos, pero capaces de todo de una manera indirecta.

No podia tener duda de que su mujer le engañaba.

De que amaba á otro.

No tenia duda tampoco, puesto que acababa de experimentarlo, de que jamás se atrevería á hacer nada contra su mujer.

Pero no se encontraba en las mismas disposiciones de debilidad respecto al amante de su mujer.

Esto ya era distinto.

Montiño necesitaba vengarse de aquel hombre.

Cierto es que el cocinero mayor, carecia de todo punto del valor suficiente para ponerse delante de Guzman y decirle :

—Os voy á matar, porque me habeis herido el alma.

Montiño se estremecia de miedo al pensar solamente que podia verse en un lance singular con el sargento mayor.

Pero Montiño tenia medios indirectos.

El primer medio que se le ocurrió, fue el señor Gabriel Cornejo.

Esto es: una puñalada dada por detrás.

Pero aquella puñalada debia costarle dinero.

Además podia envolverle en un proceso.

Montiño desechó aquella idea dos veces peligrosa.

Ocurriósele valerse de su sobrino.

Valiente, audaz, generoso, no vacilaría ni un punto en ponerse delante del sargento mayor, tirar de la espada y despacharle en regla.

¿Pero como decir á su sobrino que su tia...?

Montiño desechó este pensamiento como habia desechado el anterior.

Pero se puso en busca de otro medio de vengarse.

Quevedo se presentó á su imaginacion; Quevedo capaz de plantar una estocada al mismo diablo; Quevedo enemigo de Lerma, y de Calderon no muy amigo, segun las palabras que el mismo Montiño recordaba haberle oido en la hosteria del Ciervo azul, del sargento mayor don Juan de Guzman.

Pero, al acordarse de Quevedo, se acordó del duque de Lerma; al acordarse del duque de Lerma, recordó que para él le habia dado una

carta la abadesa de las Descalzas reales; y que se la habia dado de una manera urgente.

Entonces hizo un paréntesis en sus imaginaciones, y dijo suspirando:

—Puesto que necesitamos vengarnos, es necesario servir á quien vengarnos puede. Vamos á llevar esta carta á su excelencia.

Y la buscó en el bolsillo interior de su ropilla.

Solo encontró dos estuches.

Aquellos dos estuches le recordaron que debia entregar á su sobrino de parte del duque de Lerma, una cruz de Santiago, y que para servir al duque debia entregar una gargantilla á la dama con quien pretendia entretener al principe de Asturias el duque de Uceda, y que se entretenia particularmente con don Juan de Guzman.

El amante de su mujer se le ponía otra vez delante.

—¡Dios mio! exclamó el desdichado: ¡me van á matar! ¡pero señor! ¡la carta que me dió la abadesa de las Descalzas reales! ¿qué he hecho yo de esa carta...? ¡tengo la cabeza hecha una grillera! ¡todo me anda al rededor! ¡todo me zumba, todó me chilla, todo me ruge! ¡pero esta carta...! ¡esta carta!

Y se registraba de una manera temblorosa los bolsillos, los greguescos hasta la gorra.

Y la carta no parecia.

Empezó á sentir ese escalofrio, ese entorpecimiento que acompaña al pánico.

Aquello era muy grave.

Porque sin duda la madre Misericordia decia cosas gravisimas en su carta al duque de Lerma.

¿Y cómo decir al duque he perdido esa carta? ¿Cómo atreverse ni siquiera á presentarse sin ella ante él?

Y volvió á la rebusca, se palpó, y volvió á buscar.

Y la carta no parecia, y su terror crecia.

Por la primera vez de su vida blasfemó.

Por la primera vez de su vida se creyó el mas desgraciado de los hombres.

Y por la primera vez se olvidó de su cocina.

Esto era lo mas grave que podia acontecer á un hombre como el cocinero mayor.

Volvió de nuevo á su inútil pesquisa.

Y todo esto le acontecía, parado, siendo el objeto de la curiosidad de los que pasaban y cruzaban que no podían menos de decirse:

—¿Qué acontecerá al cocinero mayor?

Y Montño no se acordaba de que había dado á Quevedo la carta y de que Quevedo no se la había devuelto.

Entonces aturdido enteramente, vacilante, asustado, semimuerto, salió del patio del alcázar en donde se encontraba, y escapando por la puerta de las Meninas, tiró hácia el laberinto de callejas del cuartel situado frente al alcázar y se perdió en él.

## CAPITULO XXIV.

De cómo los sucesos se iban enredando hasta el punto de aturdir al inquisidor general.

Por aquel mismo tiempo el padre Aliaga se paseaba en su celda.

A juzgar por el semblante sombrío, pálido, inmóvil del confesor de rey, debía suponerse que gravísimos pensamientos le ocupaban.

De tiempo en tiempo se detenía, leía una carta arrugada que tenía en la mano, crecía su palidez al leerla, temblaba, y volvía á arrugar la carta en un movimiento de despecho.

Aquella carta era la que le había escrito doña Clara Soldevilla, acusando ante la inquisición á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Aquella acusacion era gravísima.

La carta contenía lo siguiente :

« Respetable padre y señor fray Luis de Aliaga : el celo por la religion de Jesucristo, y mi amor á la reina nuestra señora, me obligan á revelaros lo que por fortuna he podido averiguar y que interesa al servicio de Dios y al de su magestad.— Se trata de dos miserables : de un hombre y de una mujer. El hombre es un galeote huido, un hereje hechicero que vende untos, y hace ensalmos y presta á usura. Se llama Gabriel Cornejo y tiene una ropavejería en el Rastro.—La mujer es comediante, hermosa y jóven y se llama Dorotea. Vive en la calle ancha de San Bernardo.—Es mujer de mala vida, y de malas costumbres, y de malos hechos, y tiene entretenidos á un tiempo al duque de Lerma y á

don Rodrigo Calderon. Es hija de padres desconocidos, segun he podido averiguar, y para asegurarse del amor de esos dos hombres, se vale de bedizos y otras artes reprobadas.—He sabido esto procurando aclarar un misterio que interesa sobre manera á la honra y acaso á la vida de su magestad la reina.—Yo sé cuanto os interesais por su magestad, fray Luis : lo sé tanto, que no dudo que siendo vos inquisidor general, y aun cuando no lo fuérais, hariais cuanto fuese necesario hacer para sellar los labios de esos dos miserables, que, os lo repito, pueden comprometer gravemente á su magestad.—Si quereis informaros mejor decidme donde podremos vernos, pero entre tanto asegurad, os lo ruego, á esas dos personas, y haced de modo que no puedan hablar con nadie.—Es cuanto tengo que deciros.—Vuestra humilde servidora, doña Clara Soldevilla.»

Esta carta habia sido dictada á doña Clara, por su lealtad, por su amor á Margarita de Austria, que mas que su señora era su amiga : pero, ademas de esto, habia en doña Clara otro empeño íntimo de que no podia darse cuenta, pero que la impulsaba á obrar de una manera hostil contra Dorotea : su sospecha de que la comedianta hubiese visto al jóven, de que le amase, de que el bufon tuviese empeño de favorecer los amores de Dorotea.

Doña Clara, en fin, no habia escrito aquella carta sin un secreto placer, el placer de la venganza; porque una intuicion misteriosa, una conciencia íntima, la decia que Dorotea amaba á aquel jóven que era tan hermoso, tan leal, tan noble, tan valiente.

La carta de doña Clara habia aturcido al padre Aliaga.

Aquella carta era para él gravísima.

En el momento en que la leyó, la arrugó con cólera entre sus manos.

Porque cuando el padre Aliaga estaba solo, era un hombre distinto del que conocian las gentes.

Entonces no era humilde, ni su semblante conservaba la inmovilidad glacial que el mundo veía en él.

Por el contrario, su frente se levantaba con altivez, ceñuda, pálida, como cargada de tempestades.

Sus negros ojos brillaban, relucian, chispeaban, parecia que llevaban en sí una espresion de reto, continua, persistente, indomable.

Su paso no era lento, grave y acompasado, sino vago, indeciso, maquina, nervioso por decirlo así.

Estaba abandonado á sí mismo, y se reflejaban en su semblante, en su ademan, en sus movimientos pasiones enérgicas, tanto mas violentas

cuanto estaban de continuo mas dominadas, mas subordinadas á la conveniencia delante del mundo.

—¿Con qué comprenden, decia con voz ronca, consultando un pasaje de la carta, *cuanto me intereso por su magestad la reina?* ¿Con qué es decir, que en vano he pasado dias y noches de afan y de delirio, luchando conmigo mismo? ¿veinticuatro años de esfuerzos inútiles, puesto que esa mujer comprende...? si, si; lo dice con seguridad: lo afirma: con esas palabras se dirige á mi conciencia. ¿Lo habrá notado tambien la reina? No; su orgullo la defiende, la ciega. ¿La habrá dicho doña Clara...? ¿La habrá avisado? No, no; esa mujer no se habrá atrevido.... Yo lo sabré, yo lo comprenderé, y doña Clara no volverá á leer en mi alma, porque me ha avisado. ¡Y Dorotea...! ¡Dorotea! ¡la hija de aquella otra Margarita, infeliz...! ¡la acusan aqui! ¡en esta carta! ¡ella y ese Gabriel Cornejo pueden comprometer á la reina...! ¡Dios mio! Dios mio!

Y esta última esclamacion del inquisidor general, mas que una humilde invocacion á Dios, era la impaciente queja de un alma exasperada por el sufrimiento, saturada de dolor, violentada, enferma, desesperada.

Los ojos del padre Aliaga resplandecian con un fuego febril.

Su cuerpo temblaba de una manera poderosa.\*

—¡El mundo! ¡la tentacion! ¡siempre combatiéndome, siempre poniéndome á punto de ser vencido! exclamó con acento desesperado: ¡siempre fijo en mí el recuerdo doloroso de la una, la aspiracion desesperada, oculta, comprimida hácia la otra! Dos imposibles, porque solo Dios podria levantar de la tumba á la Margarita humilde: solo Dios podria llenar el abismo que me separa de la Margarita altiva: ¡y esa coincidencia en el nombre...! y luego... la hija de la una, enemiga, ó yo no sé qué de la otra! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y esta segunda invocacion del padre Aliaga fue mas rugiente, mas desesperada, en una palabra: mas blasfema que la primera.

Y volvió á leer la carta, palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra: la devoró con una mirada hambrienta, como pretendiendo traslucir el misterio, que bajo aquellas letras se revolvía, grave, misterioso, aterrador, y volvió á arrugar con cólera la carta entre sus manos.

De tiempo en tiempo consultaba con impaciencia la muestra de un enorme reloj de pared.

—Ya es la tarde, dijo: el bufon vendrá... vendrá... de seguro... no puede tardar... el tio Manolillo tiene un gran interés por Dorotea: acaso la ama... acaso es por ella tan desgraciado como yo... pero él... él pue-

de mostrar al mundo su desesperacion; él no está adherido al claustro; él no está ligado por ningun voto, por ningun juramento; él puede decir sin temor al mundo: yo soy hombre: ¡yo!... yo me veo obligado á hacer creer que soy un cadáver vivo, un cuerpo sin corazon, un alma sin pasiones... ¡Mentira! ¡mentira repugnante...! hay momentos en que lo intenso de nuestra desesperacion, que se concentra en un ser que no pertenece al mundo, nos hace mirar con desprecio todo lo que al mundo pertenece: hay momentos en que creemos que nuestro corazon ha muerto, que no existe nada que pueda hacerle latir: necesitamos la soledad y el silencio y las tinieblas, todo aquello en que hay menos vida, todo aquello que habla mas al alma: entonces nos arrojamos á los piés de un altar: pronunciamos un voto: despues... ¡oh! despues; cuando el tiempo, que si todo no lo cura, lo gasta todo, ha cubierto con una capa mas ó menos densa de olvido, de ese polvo que cae sobre el alma, nuestros dolores... ¡oh! entonces... entonces... podemos ver otro ser... una mujer por ejemplo... y entonces volvemos con desesperacion los ojos en derredor de la prision que encierra, no nuestro cuerpo, sino nuestra alma... de ese claustro que nos dice con su silencio: soy tu sepulcro ó tu infierno.

El padre Aliaga calló, y siguió paseándose lento y solemne por la celda con la carta de doña Clara, arrugada entre las manos...

Pasó algun tiempo.

Oyéronse al fin pasos en el corredor.

Pasos tardos y acompasados.

Se abrió la puerta de la celda, y apareció el hermano Pedro.

Aquel lego en quien el padre Aliaga tenia tanta confianza.

Sin embargo, al sentir sus pasos, el padre Aliaga se habia dirigido á uno de los balcones, y permanecido de espaldas á la puerta como si se ocupase en mirar algo en la huerta del convento.

El lego no podia ver su semblante.

—Nuestro padre: dijo, un hombre pide hablaros con urgencia.

—¡Que entre! ¡que entre! dijo el padre Aliaga, suponiendo que aquel hombre era el tio Manolillo.

Poco despues el padre Aliaga sintió pasos en la celda.

Aun estaba de espaldas; aun no estaba seguro de que hubiesen desaparecido de su semblante las huellas de la lucha anterior, y queria evitar que nadie lo adivinase.

El hombre que habia entrado se habia detenido y no hablaba.

El confesor del rey se volvió. Su semblante estaba completamente sereno. Al volverse, vió que quien habia entrado en su celda no era el bufon, sino el cocinero del rey.

Francisco Martinez Montiño venia mojado completamente.

Su capa goteaba, ó por mejor decir, chorreaba la lluvia que habia empapado sobre la estera de la celda.

Era una de esas tardes lóbregas, en que parece que la naturaleza sobrecogida por un dolor silencioso, se cubre con un velo y llora.

Una tarde de luz fria y débil, melancólica y opáca, en que al gotear continuo y múltiple de la lluvia, se unia de tiempo en tiempo el silbido seco y sonoro del viento del Norte.

Nada, pues, tenia de estraño el estado en que se encontraban, la gorra, la capa y los zapatos de Francisco Martinez Montiño.

Pero lo que era verdaderamente alarmante, era el estado moral en que, á juzgar por el estado de su fisonomia, se encontraba el cocinero mayor.

Habia algo de insensatez en su mirada, en la contraccion de su boca, en la actitud de su cabeza, y la chispa de razon que en aquel semblante se revelaba aun, era una razon desesperada.

Temblaba ademas el mísero, y de una manera tal, que se comprendia harto claro que no era el frío el que le hacia temblar.

—¿Para qué me querrá este hombre y en este estado? dijo para sí el padre Aliaga al ver á Montiño.

A pesar de ser el dominico un padre muy respetado en Atocha, confesor del rey, y ademas recientemente inquisidor general, era un hombre de costumbres sencillas, humildes, hasta el cual todo el mundo tenia acceso.

En cuanto se comunicó á la Inquisicion su nombramiento, el consejo de la Suprema le invitó á que ocupase la casa casi palacio, que el inquisidor general tenia en Madrid.

El padre Aliaga lo agradeció mucho, pero á pretesto de que tenia amor á su celda, declaró que permanecería en ella.

Enviarónle pajes, familiares y servidores, y como el padre Aliaga no queria ser espionado, y temia que para solo eso se le hubiese nombrado inquisidor general, despidió aquella servidumbre.

Enviaron algunos alguaciles para que sin pasar de la porteria del convento estuvieran á la disposicion de su señoría el señor inquisidor general, y se deshizo tambien de los alguaciles.

Mandáronle una magnífica carroza, y el padre Aliaga lo agradeció mucho y dijo que le bastaba con su silla de manos de baqueta negra.

Pusiéronle por delante el decoro inquisitorial y contestó que cuando con la Inquisición fuese á alguna ceremonia iría como al decoro de la Inquisición conviniera.

Todas estas contestaciones pasaron en dos horas despues de que el padre Aliaga volvió aquella mañana de palacio.

El consejo de la Suprema le dejó en paz esperando á ver por donde saldría el fraile dominico, á quién todos, esceptuándose muy pocos, creían un pobre hombre.

Así es que á Montiño no le costó el ver á aquel personaje terrible por su posición, mas trabajo que el de ir al convento de Atocha.

El padre Aliaga le conocía personalmente y le habló con suma afabilidad.

—Sentaos, sentaos, señor Francisco Montiño, le dijo, y sobre todo quitaos esa capa que debe helaros.

—¡ Ah señor ! no es la capa la que me hiela, dijo el cocinero mayor.

—Pues hace frio, repuso con su impasibilidad delante de las gentes el padre Aliaga : el invierno es muy crudo...

Y avivaba los tizones de la chimenea.

—Pero mas cruda mi fortuna, dijo Montiño.

—¿ Pues que desgracia os ha sucedido ? dijo el confesor del rey, dejando de ocuparse de los tizones, y mirando de hito en hito á Montiño.

—¡ Oh ! ¡ si solo fuese una desgracia !

—¡ Qué ! ¿ es mas que una desgracia ?

—Si, si señor, porque son muchas desgracias.

—¡ Válgame Dios ! dijo el padre Aliaga : la vida es una prueba...

—Sí, si señor, una prueba muy amarga.

—Pedid fuerzas á Dios, y Dios os las dará.

—¡ Dios me castiga ! exclamó Montiño, en una tremenda salida de toro, chillona, desesperada y rompiendo al mismo tiempo á llorar.

—¡ Vamos ! dijo el padre Aliaga : confiad en que Dios es infinitamente misericordioso y que si os castiga hoy os perdonará mañana.

—Soy muy pecador... y lo que á mí me sucede...

—Me parecis muy desesperado...

—¡ Si, si señor ! ¡ terriblemente desesperado !

Montiño se calló esperando á que el padre Aliaga le preguntase, pero el padre Aliaga se redujo á dejarle oír una de esas frases generales de

consuelo, que toda persona buena dirige á un semejante suyo á quien ve atribulado.

Despues el padre Aliaga se calló tambien.

Hubo algunos momentos de silencio.

—¡Perdonadme, señor! dijo tartamudeando Montño.

—¿Y de qué os he de perdonar? contestó con dulzura el padre Aliaga.

—Vos, señor, sois un gran personaje.

—No lo creais: yo soy un siervo de Dios, aunque indigno, y vuestro hermano.

—Sois confesor del rey.

—Lo que no me hace ni mas ni menos sacerdote que otro.

—Sois inquisidor general...

—El rey me lo manda.

—Y yo soy un cocinero, no mas que un cocinero, que aunque lo es del rey...

—No dejais por eso de ser cristiano y hermano mio.

—¡Ah señor! ¡que bondadoso sois!

—No tal: pero dejaos de señorías y llamadme padre.

—Pues bien, padre Aliaga, ya que me dais valor, voy á deciros... me atrevo á deciros..

Montño se detuvo.

Fray Luis siguió arreglando sus tizonas.

—Pues... me atrevo á deciros, aunque os parezca impertinencia, que vengo á confesarme con vos.

—Vos no sois impertinente por eso: todos los dias abro el tribunal de la penitencia á desdichados que son tan pobres que me veo obligado á recomendarlos al limosnero de su magestad.

—Nadie hay tan pobre como yo... dijo Montño saliéndose de nuevo de tono.

—¿Venis preparado? dijo el padre Aliaga.

—¿Preparado para qué...? dijo el cocinero que se alarmaba por todo.

—Para hacer una buena confesion: repuso el padre Aliaga: he querido preguntaros si habeis echo exámen de conciencia.

—Os diré, padre Aliaga: yo no habia pensado hasta hace algunos momentos en hacer confesion general.

—Resulta, pues, que no venis preparado y no puedo confesaros hoy.

El padre Aliaga esperaba con impaciencia al tío Manolillo y quería quitarse de encima de la mejor manera posible al cocinero mayor.

—Teneis razon, señor, dijo Montiño; pero como se trata de hacer una confesion general yo me atreveria á suplicaros...

Montiño se detuvo: fray Luis no dijo una sola palabra.

—Pues... yo me atreveria á suplicaros... que... me dirigiérais... me ayudárais en mi exámen de conciencia... y como se trata de una confesion general... y ¡como yo he sido muy malo!

Y para pronunciar esta última frase, salió de nuevo de tono y mas ruidosamente que las veces anteriores, el cocinero mayor.

El padre Aliaga sintió un poderoso impulso de impaciencia casi de despecho.

Su pensamiento estaba fijo en el bufon del rey, que segun él debía llegar de un momento á otro.

Montiño habia llegado á ponerse en la situacion de uno de esos grandes estorbos que contrarian al mas paciente.

Sin embargo, el impenetrable semblante del padre Aliaga no se alteró.

Montiño se le habia venido encima con una peticion á que no podia negarse como sacerdote.

Ademas no quiso alegar ninguna ocupacion.

Y por último, á pesar de la contrariedad que le causaba aquel incidente, tenia un interés vago en conocer la conciencia del cocinero mayor, que por su estado febril, por lo exagerado de su espresion, por otros mil indicios patentes, daba á conocer claro que se hallaba en una situacion grave.

Y todo el mundo sabia, y en particular el padre Aliaga, que Francisco Martinez Montiño era en la corte algo mas que cocinero del rey.

—¡Tratais de hacer una confesion general! dijo el padre Aliaga: esto es grave.

—¡Oh! si: lo que me sucede, es muy grave, dijo Montiño: desde ayer han pasado por mí tantas desdichas que con ellas se puede llenar un libro y por grande que fuese no sobraria mucho. ¡Ayer era yo tan feliz!

—¡Erais feliz y os confesais malo!

—¡Ah, padre! todo me venia bien y tenia dormida la conciencia.

—El que aduerme su conciencia puede despertar condenado.

—Cuando la desgracia me ha herido he dicho para mí: esto es que

Dios me avisa. Habia salido del alcázar loco y desesperado sin saber que hacer, sin saber á dónde ir y me acordé de vos, padre.

—Hicisteis bien, pero nos vamos olvidando del asunto principal.

—Si ciertamente: de mi exámen de conciencia.

—Veamos: recorramos el decálogo. ¿Habeis amado á Dios sobre todas las cosas?

Quedóse Montño mirando de una manera perpleja á fray Luis.

Luego suspiró profundamente y dijo:

—Lo que yo he amado mas sobre todas las cosas ha sido...

Y se detuvo.

—Ved que estais hablando con vuestra conciencia, observó el padre Aliaga.

Montño hizo un poderoso esfuerzo y contestó:

—Lo que yo he amado sobre todas las cosas ha sido... el dinero.

—Me dais cuidado por vuestra alma, Montño, dijo fray Luis: el amor al dinero trae consigo muchos y grandes pecados.

—En efecto he pecado mucho.

—¿Y os habeis hecho rico...?

Vaciló Montño entre su codicia que le impulsaba á ocultar su riqueza, y su temor á un terrible castigo de Dios, que creia ya empezado en las desgracias que una tras otra se le habian venido encima y seguian viniéndosele desde la noche anterior.

Al fin triunfó el miedo.

—Si, si señor, dijo; soy... muy rico.

—¿Qué medios habeis empleado para adquirir esa riqueza?

Púsose notablemente encarnado Francisco Montño y guardó silencio.

—¿A qué quereis, pues, que yo os auxilie para prepararos dignamente á una confesion general? dijo con dulzura el padre Aliaga.

—A los quince años me huí de la casa de mis padres, robándolos.

—¿Considerablemente?

—Les hurté veinticinco ducados y una mula, que vendi en llegando á Madrid en otros diez ducados. Con aquel dinero viví ocioso algun tiempo. Cuando se me acabó el dinero, cuando sentí el hambre, quise buscarme la vida, y logré entrar de galopin en la cocina de la señora infanta doña Juana. Allí me apliqué al oficio...

—En el que habeis adelantado. Sois un cocinero famoso.... segun dicen.

—Cuando me tranquilice, yo mismo por mi misma mano os haré una merienda que os convencerá de que sé cumplir con mi obligacion.

—Gracias: seguid: hablábamos de vuestros pecados por el desordenado amor que teneis al dinero.

—Padre fray Luis, yo creia que con el dinero se conseguia todo.

—Si en la tierra, pero no en el cielo.

—Ni en el cielo ni en la tierra. Por rico que sea un hombre, no puede ibrarse de que se la pegue su mujer... y á mí me han engañado dos. Soy muy desgraciado.

—Acaso seais mas que desgraciado, mal pensador.

—¡ Tan buena la una como la otra !

—Ya llegaremos á eso, ya llegaremos. Estamos en que entrásteis de galopin en la cocina da la infanta doña Juana.

—Si, si señor, y como el salario era corto, hurté.

—¡ Hurtastes !

—Cuanto pude: hasta las especias.

—Hicisteis muy mal.

—¡ El amor al dinero !...

El padre Aliaga iba ya fastidiándose.

—Reduzcámonos, reduzcámonos, porque no es necesario que me conteis vuestra vida. ¿ De cuántas maneras habeis pecado por el dinero ?

—Hurtando sagazmente, y procurando que la culpa de mis hurtos no cayese sobre mí.

—Eso es ya un grave delito. ¿ Y de qué otro modo mas ?

—Cuando fui cocinero mayor del rey, poniendo en las cuentas otro tanto del gasto.

—¿ Y de qué otro modo ?

—¡ Ah ! sirviendo á todo el que me ha pagado bien.

—Entendámonos: mas claro: ¿ qué clases de servicios han sido esos ?

—Siendo espfa de los unos y de los otros.

—¿ De qué unos y de qué otros ?

—Del padre y del hijo, del tio y del sobrino.

—Mas claro.

—Se comprende fácilmente: el padre es el duque de Lerma, el hijo el de Uceda, el otro don Baltasar de Zúñiga, y el sobrino, el conde de Olivares, esto sin contar el de Lemos y otros...

—¿ De modo que habeis vivido engañando á todo el mundo ?

—El amor al dinero... porque sin el dinero...

—¿Habeis llegado al punto de matar por el dinero?

—¡Ah! ¡no señor! ¡no señor! exclamó todo horrorizado Montaña.

—¿Y si os pagaran por envenenar á una persona que hubiese de comer de vuestros manjares?

—He sido y soy codicioso, exclamó levantándose el cocinero mayor; lo confieso, pero matar... ¡eso no!... ¡no!... ¡no!

Y habia verdadero horror, verdadera repugnancia en el aspecto, en la mirada, en el acento de Montaña.

El padre Aliaga se tranquilizó.

No podia dudarse en aquella situacion del cocinero mayor.

Sin embargo, dijo:

—Es pública voz y fama, que se han dado bebedizos al rey.

—Mientras se hace la comida de su magestad, nadie levanta una cobertera que yo no lo vea, nadie echa una especia que yo no examine: tengo hasta la sal guardada bajo llave. Pero su magestad come y bebe con mucha frecuencia en las Descalzas reales.

—¡Religiosas!

—Religiosas, si; pero la madre Misericordia es sobrina del duque de Lerma.

—¿Y bien?...

—¡Si yo tuviera una carta que me dió para el duque la madre Misericordia? es verdad, que si yo no hubiera perdido esa carta, no me hubiera desesperado hasta el punto de pensar en hacer confesion general.

—¿Pero tan importante creéis que era esa carta?

—Y qué se yo.

—¿Y no recordais cómo la habeis perdido?

—¡Qué si lo recuerdo!.. cuando la eché de menos no lo recordaba... pero cuando salí de palacio... el frío, la lluvia, me refrescaron de tal modo, que me acordé de que se me ha quedado con esa carta don Francisco de Quevedo.

—Veo con disgusto que andais en muy malos pasos, señor Francisco.

—Si, si señor, el amor al dinero...

—Veo ademas que habeis pecado tanto por el dinero, que desde ahora, sin que os confeseis, puedo deciros...

—¡Qué! ¡señor!

—Que sino reparais el mal que habeis hecho, os condenais.

Estremeciése todo Montaña.

—¡Qué me condeno! exclamó.

—Irremisiblemente.

—¿Y qué he de hacer, qué he de hacer, padre?

Fray Luis miró profundamente al cocinero mayor.

Habia creído que le echaban á aquel hombre para esplorarle, y le habia tratado con la mayor reserva. Pero muy pronto se convenció, de que el cocinero obraba de buena fé, que estaba desesperado, que tenia miedo.

Comprendió ademas, que siendo como era avaro y de una manera exagerada Montño, no habia que pensar en imponerle reparaciones respecto á su dinero.

Consideró tambien que por esa misma avaricia, ademas de darle buenos consejos, se le debia dar dinero para que sirviese mejor.

En una palabra, el padre Aliaga determinó utilizar al cocinero mayor.

—La manera de reparar en cierto modo el mal que habeis hecho, le dijo, es decidiros á servir fielmente á una sola persona.

—¿A quién señor?

—Al rey.

—¡Al rey! ¿pues qué acaso no le sirvo?

—No por cierto: servís á sus enemigos.

—Yo creia que esos caballeros podian muy bien ser enemigos entre sí, pero al mismo tiempo leales servidores del rey.

—Os engaños: todos los que hoy se agitan alrededor del rey, piensan antes en su provecho, que en lo que conviene á su magestad. Y ciertamente que no podeis decir vos que no sabeis las traiciones de esos hombres, cuando anoche un vuestro sobrino tuvo ocasion de prestar un eminente servicio á su magestad la reina.

—He ahí un muchacho que tiene muy buena suerte, dijo Montño con envidia, todos me hablan bien de él, todos le protegen: hasta el duque de Lerma.

—¡El duque de Lerma!

—¿Qué creéis que me ha dado para él, el duque de Lerma?

—¡Oro!

—No por cierto: una encomienda. Mirad, padre.

Y Montño sacó un estuche y le abrió.

—Pero eso es un collar de perlas, dijo el padre Aliaga.

Montño que no se habia repuesto de su turbacion, habia tomado

un estuche por otro, y habia mostrado al fraile la alhaja que el duque de Lerma le habia dado para seducir á la aventurera con quien se pensaba entretener al príncipe don Felipe.

—Esto es otra cosa, dijo precipitadamente Montño.

El padre Aliaga no contestó.

Montño se encontraba terriblemente predispuesto á la confesion y continuó :

—Esta alhaja, me la ha dado el duque para una dama.

Hizo un gesto de repugnancia el padre Aliaga.

—Se trata de una dama á quien conoce el duque de Uceda.

—¡Qué vergüenza! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos! exclamó el padre Aliaga.

—Es una dama muy hermosa, de quien pretenden se aficioné el príncipe de Asturias.

—¡Ah!

—Una perdida aunque no lo parece.

—Importa al servicio del rey que averigüeis quién es esa mujer.

—Esa mujer se ha presentado en la córte hace un año.

—¿De dónde ha venido?

—No sé mas.

—¿Cómo se llama?

—Doña Ana.

—¿Doña Ana de qué?

—Doña Ana de Acuña.

—El apellido es noble.

—Ciertamente: se llama viuda de un caballero de la montaña.

—¡Ah! todas estas son viudas ó tienen el marido ausente.

—Y presente el amante.

—¿Y quién es el amante de esa dama?

—El amante de esa dama es el amante de mi mujer.

—¡El amante... de vuestra mujer..!

—Si señor: he sido muy desgraciado en el matrimonio: me he casado dos veces: mi primera mujer era muy aficionada á los pajes: llevósela Dios y quedeme en la gloria: pero como me habia quedado una hija, necesité casarme de nuevo: mi segunda mujer ha salido muy aficionada á los soldados: y como es soldado el amante de doña Ana de Acuña...

—Mirad no levanteis un falso testimonio á vuestra esposa.

—¡Un falso testimonio! si yo no supiera de seguro que mi mujer es

amante del sargento mayor don Juan de Guzman ¿por qué habia de estar desesperado?

—¡Don Juan de Guzman! exclamó el padre Aliaga, poniéndose pálido: yo conocí á un Juan de Guzman, soldado de á caballo: ¿qué edad tiene ese hombre?

—Mas de cuarenta años, pero aparenta menos.

Quedóse profundamente abismado en su pensamiento el padre Aliaga. Guardó por un largo espacio silencio.

—¡Juan de Guzman, dijo al fin, es amante de una aventurera de quien se valen ellos! ¡y además es amante de vuestra mujer!

—Si, si señor.

—¿Habeis dado algun escándalo en vuestra casa?

—No, no señor: intenciones de mas que eso he tenido... ¡pero quiero tanto á mi mujer..! á la pobre han debido darla algun bebedizo.

—¿Ha podido sospechar vuestra mujer que conoceis su falta?

—No, no señor.

—Pues bien, seguid obrando en vuestra casa como si nada supiérais.

—Si, si señor.

—¿Qué pretende el duque de Lerma de esa doña Ana?

Montiño contó al padre Aliaga lo que respecto á aquella mujer le habia encargado el duque de Lerma.

—Es hasta donde puede llegar la degradacion, dijo el inquisidor general; de todo se echa mano. Oid Montiño: estais hablando al mismo tiempo que con el sacerdote, con el confesor del rey y con el inquisidor general.

Estremecióse Montiño.

El padre Aliaga habia cambiado de espresion y de acento.

—Yo, señor, dijo balbuceando, he venido á buscar en vos, amparo y consuelo.

—Y yo no os lo niego: pero habeis pecado mucho y es necesario que repareis el mal que habeis hecho, sirviendo de medio para que el crimen no triunfe de la virtud.

—Os serviré, señor.

—Hablábamos de vuestro sobrino. ¿Quién es ese jóven?

—Ese jóven, señor, no es mi sobrino, dijo Montiño que temblaba como un azogado.

—¿Qué no es vuestro sobrino?

—No, no señor.

—¿Pues por qué se nombra vuestro sobrino?

—El cree que lo es.

—Decidme lo que sabeis acerca de ese jóven.

—Os voy á confesar un terrible secreto de familia, dijo Montño sacando con miedo la carta de su hermano Pedro, que habia traído para él la noche anterior el jóven.

—Yo guardaré ese secreto bajo confesion, dijo el fraile.

Montño entregó la carta al padre Aliaga, que se levantó y fué á leerla junto á la vidriera de un balcon.

El padre Aliaga leyó y releyó aquella carta.

Luego volvió junto al cocinero mayor.

—¿Sabe esto alguien? dijo guardando la carta del difunto Pedro Montño, con gran cuidado del cocinero.

—Si señor, exclamó Montño : lo sabe una mujer.

—¿Qué mujer es esa?

—Doña Clara Soldevilla.

—¿Ha estado alguna otra vez ese jóven en la córte?

—No señor.

—¿Y entonces como conoce á doña Clara?

—Yo no lo sé, pero en palacio le conocen y mucho.

—Hablad, hablad.

—Yo creo señor, y casi tengo pruebas, que doña Clara solo es la cortina de ciertos amores.

—Esplicaos.

—La reina...

—¡Qué decis de la reina...!

—La reina ama á mi sobrino.

Pasó algo siniestro por el semblante del fraile.

—¿Decís, exclamó, que su magestad ama á ese jóven?

—Estoy casi cierto de ello.

—¡La prueba! ¡la prueba!

—No puedo dároslo ahora, pero... os la daré...

—Si me la dais os hago doblemente rico.

Montño miró de una manera estraviada al fraile. Su razon se embrolló mas y mas, los grandes ojos negros del padre Aliaga le devoraban : no era ya la mirada indiferente y tranquila de antes la suya : habia en ella inquietud, ansiedad, cólera... un mundo entero de pasiones.

—¡Habeis dicho, exclamó roncamente, que la reina ama á ese caballero!

—Si, si señor, y creo... creo tener pruebas... en fin... yo... averiguaré...

—Si... si... averiguad... pero esto es imposible, imposible de todo punto, añadió como hablando consigo mismo el confesor del rey... y sin embargo las mujeres...

—Son muy caprichosas, señor : ya veis : mi mujer...

—¡Vuestra mujer..! ¡vuestra mujer..! ¿decis que es querida del sargento mayor don Juan de Guzman?

—¡Si señor!

—¿Cómo ha llegado ese hombre al empleo que tiene?

—Le favorece don Rodrigo Calderon.

—¿Y favoreciéndole don Rodrigo Calderon, ese hombre ha enamorado á vuestra mujer..?

—¿Qué pensais de eso?

—Vigilad á vuestra mujer.

—¿Y no seria mejor que vos, señor, que sois inquisidor general encerráseis á ese hombre...?

—Haced lo que os mando.

—Lo haré, señor.

—Ademas, en esta carta de vuestro difunto hermano que me habeis dado, se dice que existe un cofre sellado.

—Si, si señor.

—¿Dónde está ese cofre?

—Le tengo yo.

—Traedme ese cofre esta misma noche.

—¡Ése cofre, señor! ¿pero no sabeis que es un secreto?

—Para la Inquisicion no hay secretos.

—¡La Inquisicion! exclamó aterrado Montaña.

—Lo que me habeis revelado es muy grave, para que la Inquisicion deje de ocuparse de ello.

—Pero yo os lo he revelado en confesion.

—No importa. Sino quereis esponeros vos mismo, obedeced.

—Obedeceré, señor.

—Esta noche tarde... á las doce por ejemplo...

—El cofre es muy pesado, señor.

—Emplead para traerle cuantos hombres fueren necesarios.

—¡ Ah!

—Ahora oid. No escandaliceis en vuestra casa.

—¡ Sino me atrevo á ello, señor!

—¿ Habeis dado ocasion para que vuestra mujer vea en vos descónfianza?

—No, no señor.

—Pues bien, no la deis: Seguid tratando á vuestra mujer como de costumbre.

—Es señor... que... no sé en lo que consiste, pero ahora la quiero mas que antes.

—Seguid, seguid sin hacer novedad alguna.

—Muy bien, señor.

—Respeto al duque de Lerma, seguid sirviéndole de la misma manera que le habeis servido hasta aquí.

—¿ Pero no me habeis dicho que peço sirviéndole de ese modo?

—Si antes pecásteis obrando asi, ahora que persistiendo en esas obras servireis al rey, haceis una obra meritoria.

—¡ Ah!

—Para que lo entendais mas claro : antes obrabáis por codicia, por interés vuestro : ahora sois en cuerpo y en alma un hombre que sirve al Santo Oficio, para servir al rey.

—¡ Ah! ¿ es decir que yo...?

—Vos me dareis parte de cuanto sepais, de cuanto veais, de cuanto oigais...

—Pero yo acaso no sirva para eso.

—Servís demasiado para servir al duque de Lerma.

—¿ Y es preciso absolutamente que yo...?

—Si os negais á ello, será prudente prenderos : sabeis secretos demasiado graves.

—Contad enteramente conmigo, señor.

—No, no soy yo quien cuento con vos, sino la Inquisicion, siempre justa, siempre previsora. Por ejemplo : habeis descubierto que su magestad la reina ama á... vuestro sobrino postizo... observad... observad... vos por vuestro empleo en palacio podeis...

—No sé si puedo mucho.

—Procuradlo... y no dejéis de avisarme... de lo mas mínimo que descubrais acerca de esos amores.

—¡ Oh Dios mio!

—¡Quién pudiera creelo...! ¡quién pudiera siquiera sospecharlo...! ¡la reina...!

—Es en verdad muy extraño... pero ello en fin... y yo he podido equivocarme.

—¡Oh! ¡si os hubiérais equivocado!

Montiño no pudo comprender el verdadero sentido de la exclamación del padre Aliaga; si era una amenaza para él, ó un deseo íntimo del fraile.

—¿Con qué decís, dijo al fin, que yo debo seguir en mi oficio de espía y de corredor para ciertos asuntos del duque de Lerma?

—Si.

—¿Debo pues llevar este collar á doña Ana de Acuña?

—Indudablemente.

—¿Y despues debo deciros lo que me haya dicho esa dama?

—Si.

—Una cosa hay sin embargo que yo no puedo hacer.

—¿Cuál?

—Llevar al duque de Lerma la carta que me ha dado para su escelencia, la abadesa de las Descalzas reales... porque... ¡cómo don Francisco de Quevedo me ha quitado esa carta!

—No se la lleveis.

—Es que todo está entonces echado á perder... porque... de seguro... al no recibir contestación de su escelencia la madre abadesa... le escribirá de nuevo... se descubrirá... ó se creerá descubrir que yo he hecho un mal uso de su carta... desconfiará de mí el duque...

—Esperad, dijo el padre Aliaga.

Y se fué á la mesa, se sentó y escribió lentamente una carta que cerró y selló, con el sello del uso privado del inquisidor general, sobre una especie de lacre verde.

—Tomad, dijo: llevad esta carta á la madre Misericordia y os dará otra, que llevareis al duque de Lerma.

—¡Ah! Dios os lo pague, señor, porque la pérdida de esa carta era una de las cosas que me tenían desesperado, exclamó con alegría el cocinero mayor.

—Ahora idos, dijo el padre Aliaga, y no os olvidéis de volver esta noche á la hora que os he dicho, con ese cofre y con las noticias que hayais podido adquirir.

Francisco Martínez Montiño saludó profundamente al inquisidor ge-

neral, salió de la celda, y se alejó aturdido; con el pensamiento embrollado y en paso vacilante como el de un ébrio.

En tanto el padre Aliaga habia quedado inmóvil, pálido, sombrío, con los brazos fuertemente apoyados en la mesa.

—¡Dios me castiga! exclamó: no he sabido dominar mis pasiones: mi cuerpo está en el claustro, pero mi alma en el mundo: soy un miserable hipócrita. Amo... á una mujer casada... á la esposa de mi rey... de mi hijo... porque yo soy su confesor... Yo que le reprendo sus malos deseos, sus debilidades, no sé acallar el grito de los míos no sé ser fuerte... y al saber... al oír qué ella ama á otro... por mas que esto pueda ser una equivocacion, una calumnia, me estremezco de celos, y siento odio... un odio terrible á ese hombre... que dicen ama ella... y le haria pedazos entre mis manos...

El padre Aliaga echó violentamente hácia atrás su pesado sillón, se levantó y se puso á pasear irritado á lo largo de su celda.

—¿Y si no es una calumnia? dijo con voz caberosa, despues de algunos minutos de meditacion... ¿si en efecto ella... olvidada de todo le amase...? ella me escribió anoche... él trajo su carta... anduvo muy reservado en sus contestaciones... y es jóven y hermoso... tiene esa figura, esa espresion... ese conjunto... esa alma... ese todo que tanto agrada á las mujeres... y la carta de la reina... me le recomendaba eficazmente... veamos otra vez esa carta...

Y se fué á su mesa, abrió los cajones y los revolvió inútilmente.

—La carta no parecia.

—¡Oh! exclamó recordando: ¡la quemé!... pero... yo la recordaré entera... la recordaré porque quiero recordarla... la memoria obedece á la voluntad.

Y con toda su voluntad, con todo su deseo, el padre Aliaga procuró recordar el contenido de la carta de la reina.

Y le recordó, pero de una manera truncada, á trozos.

—¡Oh! dijo: la reina me decia que importaba mucho que ese jóven estuviese en palacio... en la guardia española... me mandaba comprarle una provision de capitán... y me hablaba con calor de él...

El alma del padre Aliaga se ennegreció mas.

—¡Oh! exclamó: ¡la gratitud de las mujeres! las mujeres no saben tener por un hombre un afecto profundo, sin que aquel afecto las lleve al amor... ¡si al verse salvada de un peligro por ese jóven..! pero en todo caso... si nunca ha estado ese jóven en Madrid... si anoche le vió ella

por primera vez, no puede suponerla tan liviana que... aun hay tiempo... indudablemente... obrando con sagacidad y energia podrá evitarse.. pero si todo esto no fuese mas que una locura de Montño... una exageracion de mi recelo...

El padre Aliaga detuvo su paseo y miró á las vidrieras.

—Ya oscurece, dijo, y el bufon no ha venido... ¡el tio Manolillo ! acaso el tio Manolillo pudiera darme alguna luz.

—Se puede hablar con vuestra señoría, dijo á la puerta el bufon, como si se hubiera evocado el pensamiento del padre Aliaga.

—Entrad, entrad, dijo con mal encubierta ansiedad el padre Aliaga : ¡cuánto habeis tardado !

—Decid mas bien, que habeis estado muy entretenido. Pero cerrad bien la puerta, padre Aliaga, cerradla bien, que tenemos que hablar cosas que no conviene que las oiga nadie.

—Dejad : antes es necesario que nos traigan luz : ya ha oscurecido.

—Y decidme, ¿hay por aquí algun lugar donde yo me oscurezca, de modo que no me vea el que traiga la luz?

—¿Y qué os importa que os vean ó no? \*

—Tanto me importa, como que esperando á que concluyéreis vuestra larga audiencia con el cocinero mayor, me he estado en el claustro bajo mirando los cuadros uno detrás de otro, y volviéndolos á mirar, esperando á que saliese el bueno de Montño, y luego me he paseado otro gran rato en el claustro alto, á fin de encontrar un momento en que nadie me viese, colarme en vuestra celda.

—No comprendo la razon de ese recelo, pero puesto que no quereis ser visto, escondeos aquí, en mi alcoba.

Escondióse el bufon y el padre Aliaga pidió luz.

Cuando se la hubieron traído y se quedó de nuevo solo, cerró la puerta.

Entonces el bufon salió de la alcoba, y puso en la puerta colgado de la llave su capotillo.

—¿A qué haceis eso? dijo el padre Aliaga.

—A fin de que no puedan verme : y hablo muy bajo, á fin de que no puedan reconocerme por la voz.

—Nadie escucha ni observa lo que se dice ni lo que se hace en mi celda.

—¿Olvidais que la Inquisicion quiere teneros tan cerca que os tiene á su cabeza?

—¡La Inquisicion ! ¡ la Inquisicion es mia !

—¿Y no temeis que sea mas bien del duque de Lerma?

—Tio Manolillo; dijo con reserva el padre Aliaga: nada tengo que temer: sirvo á Dios y al rey...

—Pero no servís, sino que mas bien estorbais á algunos hombres.

—Muy quieto me estaba yo en mi convento de Zaragoza, sin salir de él sino para mi cátedra en la universidad, cuando el duque de Lerma me sacó de mi celda para traerme á la córte: muy alejado de toda codicia, cuando me hicieron provincial de la Tierra Santa, y visitador de mi Orden en Portugal, y muy ageno de que mas adelante me nombrasen archimandrita del reino de Sicilia.

—Y consejero de Estado... y á más, á más inquisidor general.

—No sé por qué se han empeñado en engrandecerme.

—Porque aun mismo tiempo os temen y os necesitan.

—Vano temor: yo me limito á dirigir la conciencia del rey.

—Vos conspirais, padre.

—¡Cómo!

—Como conspiro yo y como conspiramos todos: ¿acaso no conspira tambien el cocinero de su magestad?

Movióse impaciente en su silla el padre Aliaga.

—Hénos aquí juntos, dijo el bufon, vos fuerte en la apariencia, y yo en la apariencia débil: ¡sabe Dios cuál de entrambos es el fuerte!

—Tio Manolillo, no os entiendo, dijo con gran indiferencia el padre Aliaga. ¿Qué hablais de fuertes ni de débiles? sino recuerdo mal, yo os he llamado.

—Es verdad; esta mañana en la recámara del rey me digisteis: os espero esta tarde en el convento de Atocha.

—Necesitaba preguntaros...

—Si, por una mujer... y por esa mujer he venido yo. Y á propósito de esa mujer, ¿tendreis que hablarme tambien de algun hombre?

—Y de algunos.

—Esa mujer... la madre... se llamaba Margarita como la reina.

Coloróse levemente el semblante del padre Aliaga.

—En efecto, dijo: Margarita...

—Ha sido siempre vuestra desesperacion. Debe de ser para vos fatal ese nombre.

—¡Para mí!

—¡Esto de que hayan de llamarse Margaritas todas las mujeres que amais...

—¡Qué yo amo!

—¡Bah! ¡ya lo creo! un hombre al hacerse fraile no se arranca el corazón.

—Creo que os atreveis hacer suposiciones muy arriesgadas.

—Pero las hago en voz muy baja. Estamos solos. Vos teneis el corazón hecho pedazos: yo tambien: vos amais, yo tambien amo: pero amo con mas heroismo que vos, yo lo sacrificio todo á mi amor... todo... hasta los celos.

—Venis muy donosamente loco, tio: yo creí que os habriais dejado á la puerta de mi celda vuestros cascabeles de bufon.

—En efecto, ni aun en los bolsillos los traigo. Soy ni mas ni menos un pobre enfermo del corazón que viene á buscar á otro enfermo y á decirle: busquemos juntos nuestro remedio. En este momento, ni vos sois el padre grave de la Orden de Predicadores, maestro, provincial, visitador, confesor del rey, inquisidor general, y qué sé yo que mas, ni yo soy el loco, el simple, el cura fastidios del rey. Somos dos hombres. Si vos os empeñais en manteneros puesta la carátula, nada tengo que hacer aquí... me habeis llamado en vano... Adios.

Y el tio Manolillo se levantó y se dirigió á la puerta.

—Esperad, dijo el padre Aliaga.

El bufon volvió atrás, se sentó de nuevo y miró audazmente al padre Aliaga.

—¿Nos quitamos al fin el antifaz? dijo.

El padre Aliaga no contestó directamente á esta pregunta.

—Esta mañana, dijo, me contásteis una historia muy triste.

—Margarita cuando estaba mas loca, llamaba á su hermano Luis... vos os llamais Luis, padre Aliaga; hace muchos años que pasó esto y entonces debiais ser muy jóven, ¿sois vos acaso el Luis que recordaba Margarita?

—Me habeis dicho que la hija de esa desdichada se parece mucho á su madre; cuando la vea podré deciros...

—¿Quereis verla?

—¿Y cómo puede ser eso?

—De una manera muy sencilla: id ahora mismo á palacio.

—¡A palacio!

—Si por cierto. Nadie estrañará que el confesor del rey entre á estas horas en palacio. Yo estaré esperándoos en la escalerilla por donde se sube al cuarto del rey.

—Lo que no alcanzo es como pueda ir á palacio esa comediante.

—La llevaré yo.

—En verdad, en verdad, tengo una obligacion grave de averiguar quien es esa mujer. ¿No se llama Dorotea?

—¿Quién os ha dicho que la hija de Margarita se llama Dorotea? exclamó con acento amenazador el bufon.

—Cuando se trata de esa mujer, dijo sonriendo tristemente el padre Aliaga, todo os espanta.

—Como os espanta á vos todo, cuando se trata de la otra.

El padre Aliaga pareció no haber oido la contestacion del tio Manolillo.

—Solo quiero ver á esa jóven, dijo, para salir de una duda; y puesto que vos podeis mostrármela en palacio, á palacio voy.

Y el padre Aliaga se levantó.

En aquel momento sonaron pasos en el corredor.

Al oírlos el bufon se levantó, y escuchó con atencion.

Luego se escondió precipitadamente y sin ruido, en la alcoba del padre Aliaga.



## CAPITULO XXV.

De lo que oyó el tío Manolillo, sin que pudiera evitarlo el confesor del rey.

Abrióse la puerta y asomó el hermano Pedro.

—Nuestro padre, dijo : tras mí viene el señor Alonso del Camino.

—¡A qué hora! murmuró para sí el padre Aliaga.

Y fué á la puerta con la visible intencion de salir de la celda, pero Alonso del Camino no le dió tiempo.

Se entró de rondon en la celda.

—Aquí teneis, dijo, como quien se apresura á dar una noticia agradable, la provision de capitan para el señor Juan Montiño.

No era ya tiempo de tapar la boca al montero de Espinosa, y por otra parte, el padre Aliaga no se atrevia á dar ninguna señal de desconfianza al bufon del rey, que estaba en posicion de verlo y oirlo todo desde detrás de la cortina de la alcoba.

Tomó la provision y la miró.

Aquella provision habia sido vendida á un soldado viejo llamado Juan Fernandez, y este la habia revendido al señor Juan Montiño.

—Ya veis si he sido eficaz : esta mañana cobré los ochocientos ducados casa del señor Pedro Caballero, y en seguida me fuí á buscar á un tal Santiago Santos, secretario de Lerma, en su misma casa. Le hablé, tratamos el precio, dile trescientos ducados, fuese él á casa del duque, y

al medio día me dió la provision firmada por su magestad. He invertido lo que me ha quedado de tiempo hasta ahora, en comprar armas y caballo para el dicho capitan, y la reina queda completamente servida.

—¡La reina! murmuró profundamente el padre Aliaga, lanzando una mirada recelosa á la cortina trás la cual se ocultaba el bufon.

—¡La reina! dijo con estrañeza el tio Manolillo, detrás de aquella cörtina.

—Ademas no he perdido el tiempo: como he estado esperando en la antecámara del rey á que saliese el duque de Lerma á quien esperaba tambien el secretario Santos, para recoger la provision firmada por el rey, he visto algo bueno.

El padre Aliaga no preguntó qué era lo bueno que habia visto, á pesar de que Alonso del Camino se detuvo esperando esta pregunta.

El padre Aliaga estaba inclinado hácia la chimenea, arreglando los tizones y pidiendo á Dios que el montero de Espinosa callase, porque no se atrevia á imponerle silencio ni con una seña.

Sin saber porque, no queria dar una muestra de desconfianza al bufon.

Esperaba mucho de aquel hombre, y lo esperaba de una manera instintiva.

Alonso del Camino continuó :

—Se murmuraban en la antecámara muchas cosas.

—Allí siempre se murmura.

—Decian que don Francisco de Quevedo habia venido á la córte, y que habia dado de estocadas á don Rodrigo Calderon.

—¡Bah! siempre persiguen al bueno de don Francisco las acusaciones.... ya sabeis que no ha sido Quevedo.... ¿pero está en efecto en Madrid?

—Todos lo aseguran; y como todos le desean por su ingenio festivo, todos se preguntan ¿quién le ha visto? ¿quién le ha hablado?

—¿Y hay alguien que le haya hablado ó visto?

—No, no señor; es uno de esos rumores que suenan, y cunden y se saben en un momento en toda una ciudad.

—Estaba preso.

—Pues porque estaba preso, y por saber que le han soltado y que al verse suelto se ha venido á la córte, son las hablillas y la admiracion de todos.

—¡Bah! dijo el padre Aliaga.

—Se asegura, que va haber variacion en el consejo y en la alta servidumbre.

—¿Por qué ha venido don Francisco?

—Dicen que anoche estuvo don Francisco en palacio.

—Bien, ¿y qué?

—Añaden que la duquesa de Gandía se fué á su casa mala, porque el rey pasó la noche en el cuarto de la reina.

—¡Qué pasó el rey la noche en el cuarto de la reina! dijo con la voz ligeramente afectada el padre Aliaga. No me ha dicho nada su magestad.

—Pues preguntádselo al duque de Lerma, que dicen pasó la noche rabiando en el despacho del rey, dijo alegremente Alonso del Camino.

—Tened en cuenta, amigo mio, que en palacio se miente mucho.

—Don Baltasar de Zuñiga, va de embajador á Inglaterra.

—Nada tiene de estraño: don Baltasar ha nacido para embajador.

—Y entra en su lugar en el cuarto del príncipe, el obispo de Osma.

—Asi aprenderá su alteza mucho latin.

—No parece sino que nos escuchan, dijo bruscamente Alonso del Camino, segun andais de reservado.

—Pues no nos escucha nadie. Yo acostumbro á escuchar siempre con indiferencia las hablillas de antecámara.

—Podrán ser hablillas, pero á la verdad, lo que yo he visto...

—¡Ah! vos habeis visto...

—Si por cierto, y algo que significa mucho, en primer lugar he visto que el mayordomo mayor duque del Infantado, ha tenido que volverse desde la puerta de la cámara del rey, porque el ugier no le ha dejado pasar.

—Pero eso no prueba nada.

—Teneis razon, eso no probaria nada: si despues de no haber podido entrar tampoco el duque de Pastrana, ni el de Uceda á pesar de un oficio de gentiles-hombres de la cámara del rey, no hubiese salido el duque de Lerma tan risueño y alegre que parecia decir á todo el mundo: ya no tengo enemigos. Díome lástima, porque en sí mismo tiene el mayor enemigo Lerma.

—Nada de lo que habeis dicho, prueba nada.

—Se dice...

—¿Se dice mas?

—Si por cierto, que se arma un ejército contra la Liga.

—Ejército que será vencido.

—Pero todo eso prueba que el duque de Lerma tiene miedo, y quiere contentar de algun modo á España: para eso... ya se lo que vais á decirme, lo mejor era, que empezase por irse á una de sus villas y dejar el gobiernó.

—Perdonadme, señor Alonso, si no os he escuchado como debiera, dijo el padre Aliaga que se impacientaba, pero estoy enfermo.

—¡ Enfermo !

—Si, si por cierto, tengo vaguedad en la cabeza, frío en los piés... la celda me anda alrededor.

—¡ Ah! perdonad... yo no sabia... llamaré...

—No, no... me voy á acostar... con vuestra licencia...

—¡ Oh! lo siento mucho... no os descuideis...

—Esto pasará.

—Ahí se quedan cien ducados que han sobrado.

—Bien...

—Perdonad... pero... mañana vendré á informarme...

—Muchas gracias... esto pasará.

—Quiera Dios aliviaros, y quedad con él.

—Id con Dios, y que él os pague vuestra buena voluntad, señor Alonso.

El montero de Espinosa salió, y al atravesar el corredor que conducia al claustro, dijo:

—¡ Es extraño! ¡ponerse malo de repente! ¡y á mí me parece que está muy bueno! ¿qué habrá aquí?

Apenas habia salido Alonso del Camino de la celda, cuando salió de la alcoba el tio Manolillo.

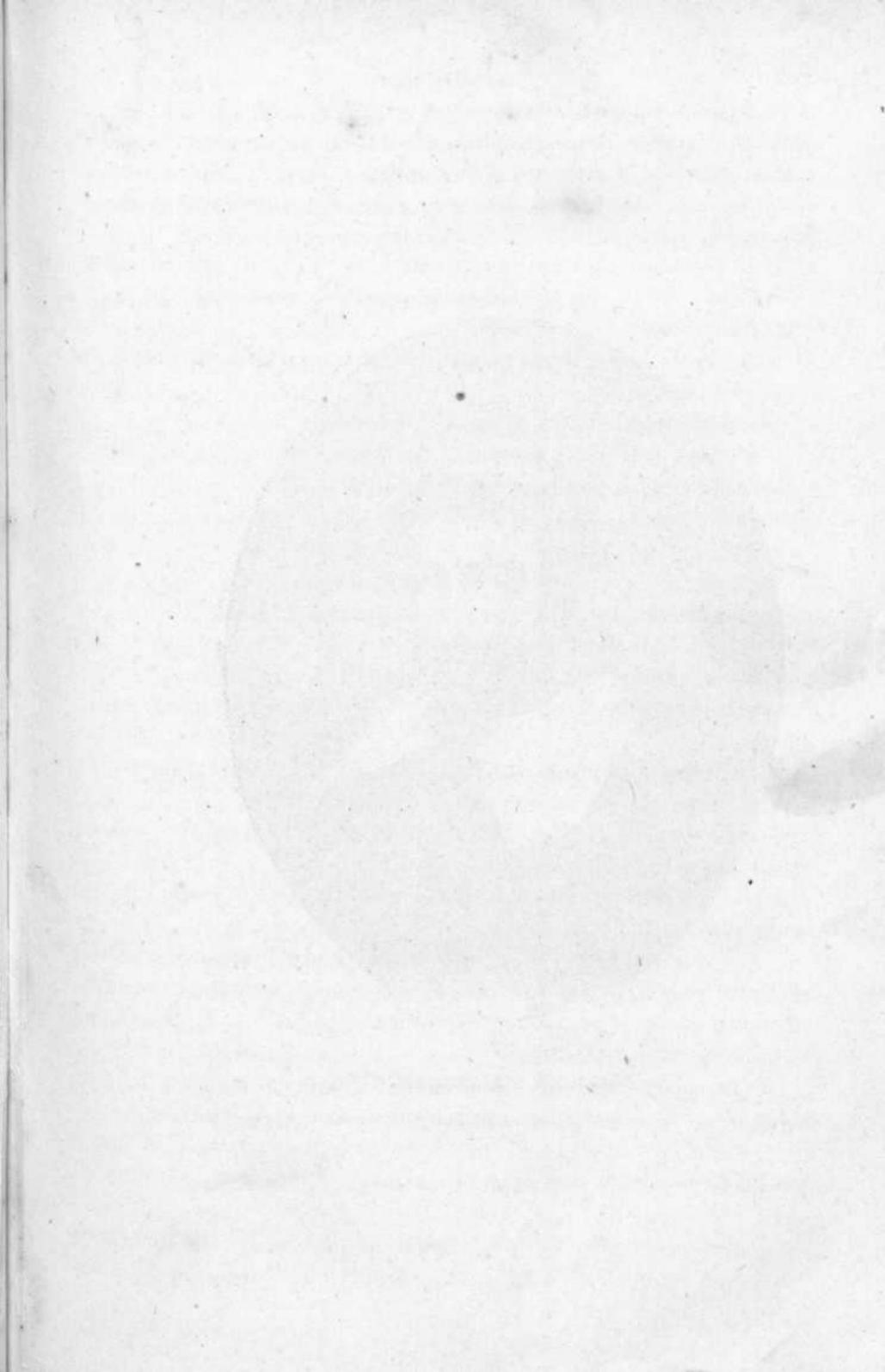
—¿ Por qué os tratais con gente tan habladora? dijo: pero nada importa que yo lo haya oido, porque ya sabia yo que conspirábais: ignoraba en verdad que tuviéseis vuestros espías tan cerca del rey. Y es un buen hombre ese Alonso del Camino.

—Me habeis dicho, contestó el padre Aliaga, como si nada le hubiese hablado el bufon, que si voy á palacio me mostraríais á esa Dorotea.

—Indudablemente: pero es necesario que os detengais en ir lo menos una hora.

—¿ Y por qué?

—Porque necesito ese tiempo para llevar á la Dorotea á palacio. Ya debe de haber salido de la funcion del corral del Príncipe; pero como





FR. LUIS DE ALIAGA.

ha ido acompañada muy á su gusto, podrá suceder, que despues de la funcion se haya metido con su compañía en alguna hosteria apartada. Ya veis, el hablar mucho, el cantar y el bailar abren el apetito, y cuando se han hablado y cantado amores, y se está enamorado...

—¿Y de quién está enamorada Dorotea? dijo con interés el padre Aliaga.

—De una persona á quien vos conoceis.

—¿Qué yo conozco?

—Si, ciertamente y de la cual teneis celos.

—¡Celos!

—Si por cierto: unos celos concentrados crueles: que quereis ocultaros á vos mismo.

—¡Os equivocais! exclamó con precipitacion el padre Aliaga, yo no puedo tener celos de nadie, yo estoy retirado del mundo, muerto para el mundo.

—¡Bah! allá lo veremos.

—Os he preguntado, de quien está enamorada esa comedianta.

—No lo adivinais, por lo que os he dicho.

—No ciertamente.

—Llegará un dia en que me habreis con lisura: la Dorotea está enamorada con locura...

El bufon se detuvo como devorando con cierto placer maligno, la ansiedad del padre Aliaga.

—¿De quién? dijo el fraile con impaciencia.

—De cierto mancebo á quien ha hecho capitan la reina, con vuestro dinero.

El padre Aliaga sintió el golpe en medio del corazon, y se estremeció.

—¿Y ama el señor Juan Montiño á Dorotea?

—Debe amarla, porque le ama ella: pero sino la ama, y la engaña, peor para él.

Repúsose el padre Aliaga.

—¿Con qué... vais á buscar á esos dos amantes? dijo.

—No por cierto, voy á esperarlos á su casa... y como pueden tardar...

—Esperad cuando la hayais encontrado, en la galería de los Infantes.

—Esperaré...

—Cuando yo llegue, os avisarán.

—Muy bien.

—Y para que los encontréis inas pronto, id al momento.

—Quedad con Dios, padre Aliaga, quedad con Dios y hasta luego.

El bufon salió.

Cuando se hubo perdido el ruido de sus pisadas, el padre Aliaga llamó, y se presentó el lego Pedro.

—Que pongan al instante la silla de manos.

Algunos minutos despues, dos asturianos conducian á palacio al padre Aliaga.

Habia cerrado la noche y seguía lloviendo.

## CAPITULO XXVI.

En que se ve que el cocinero mayor no habia acabado aun su faena aquel dia.

En el mismo punto en que el confesor del rey salia del monasterio de Atocha, salia del de las Descalzas el cocinero mayor.

Todo aquel tiempo, es decir, el que habia trascurrido desde la ida de Francisco Montiño de un convento á otro, lo habia pasado Montiño bajo la presion despótica de la madre Misericordia.

El haberse quedado Quevedo con la carta de la abadesa para Lerma, habia procurado al cocinero mayor aquel nuevo martirio.

Porque cada minuto que trascurria por él fuera de su casa, era un tormento para el cocinero mayor.

Aturdido, no habia meditado que necesitaba dar una disculpa á la madre abadesa, por aquella carta que la llevaba del padre Aliaga : Montiño no sabia lo que aquella carta decia : iba á oscuras.

Esto le confundia, le asustaba, le hacia sudar.

Si decia que Quevedo le habia quitado la carta, se comprometia.

Si decia que la habia perdido... la carta podia parecer y era un nuevo compromiso.

Si rompía por todo y no llevaba aquella carta á la abadesa, ni volvia á ver al duque de Lerma, y se iba de Madrid...

Esto no podia ser.

Estaba comprometido con el duque.

Estaba comprometido con la Inquisicion.

Montiño se encontraba en el mismo estado, que un reptil encerrado en un círculo de fuego.

Por cualquier lado que pretendia salir de su apuro, se quemaba.

Decidióse al fin por el poder mas terrible de los que le tenian cogido: por la Inquisicion.

Y una vez decidido; se entró de rondon en la porteria de las Descalzas reales, á cuya puerta se habia parado, tocó al torno y en nombre de la Inquisicion, pidió hablar con la abadesa.

Inmediatamente le dieron la llave de un locutorio.

Al entrar en él, Montiño se encontró á oscuras: declinaba la tarde y el locutorio era muy lóbrego.

Detrás de la reja no se veian mas que tinieblas.

Poco despues de entrar en el locutorio, Montiño sintió abrirse una puerta y los pasos de una mujer.

No traia luz.

Luego oyó la voz de la madre Misericordia.

El triste del cocinero mayor se estremeció.

—¿Quién sois, y qué me quereis de parte del Santo Oficio? habia dicho la abadesa con la voz mal segura entre irritada y cobarde.

—Yo señora, soy vuestro humildísimo servidor que besa vuestros piés, Francisco Martinez Montiño.

—¡ Ah! ¿sois el cocinero mayor de su magestad?

—Si; si señora.

—Pero esplicadme... esplicadme... porque no comprendo por qué os envia el Santo Oficio de la general Inquisicion.

—Ni yo lo entiendo tampoco, señora.

—¿ Pero á qué os envian?

—Perdonad... pero quiero antes deciros como he trabado conocimiento con el inquisidor general.

—¿ Es el inquisidor general quien os envia?

—Si señora.

—¿ Pero sois ó erais de la Inquisicion?

—No sé si lo soy, señora, como ayer no sabia otras cosas: pero hoy como sé esas otras cosas, sé tambien que soy en cuerpo y alma de la Inquisicion: pero á la fuerza, señora, á la fuerza; porque todo lo que me está sucediendo de anoche acá me sucede á la fuerza.

—Pero explicaos.

—Voy á esplicarme. Salia yo dé aquí esta mañana con la carta que me habíais dado para su esclencia el duque de Lerma mi señor, cuando he aquí que me tropiezo...

—¿ Con quién ?

—Con un espíritu rebelde que me coge, me lleva consigo, y me mete en la hostería del... del Ciervo Azul : y una vez allí me quita la carta que vos me habíais dado para don Francisco de Quevedo.

—Yo no os he dado carta alguna para don Francisco.

—Teneis razon, es que sueño con ese hombre. Quise decir : la carta que me habíais dadó para el señor duque de Lerma.

—¿ Qué os la quitó..?

—Me la sacó... si señora... no sé como... pero me la sacó... y se quedó con ella.

—¡ Que se quedó con ella...! ¿ y por qué os dejásteis quitar esa carta ? exclamó con cólera la abadesa.

—Ya os he dicho qué me la ha quitado...

—¿ Pero quién era ese hombre que os la quitó ?

Sudó Montño, se le puso la boca amarga, se estremeció todo, porque habia llegado el momento de pronunciar una mentira peligrosa.

—El hombre que... me quitó vuestra carta, señora, dijo con acento misterioso, era... era... un alguacil del Santo Oficio.

—¡ Un alguacil !

—Si señora. Un alguacil que me habia esperado á la salida de la portería.

—¿ Os vigilaba el Santo Oficio...? ¿ es decir que el Santo Oficio vigila la casa de mi tio ?

—Yo no lo sé señora, dijo Montño asustado por las proporciones que iba tomando su mentira. Yo solo sé, que el alguacil me dijo:—Seguidme.—Y le seguí.

—¿ Y adonde os llevó ?

—Al convento de Atocha, á la celda del inquisidor general.

—¿ Y qué os dijo fray Luis de Aliaga ?

—Nada.

—¿ Nada ?

—Si, si señora, me dijo algo :—Desde ahora servis al Santo Oficio. Volved esta tarde.—Como con el Santo Oficio, no hay mas que callar y obedecer, me fui y volví esta tarde. El inquisidor general me dió una carta y me dijo:—Llevala al momento á la abadesa de las Descalzas reales.

—¡ Ah ! ¿ traéis una carta para mí... del inquisidor general? ¿ Dónde está?

—Aquí , señora.

—Dádmela.

—No veo... no veo donde está , señora.

La abadesa se levantó y pidió una luz , que fue traída al momento.

Entre el fondo iluminado de la parte interior del locutorio y la reja , habia quedado de pié , escueta , inmóvil , la negra figura de la abadesa , semejante á un fantasma siniestro.

No se la veía el rostro á causa de su posicion que la envolvía por delante en una sombra densa.

Tampoco se podía ver el del cocinero mayor , que estaba de pié en la parte interior del locutorio.

El reflejo de la luz atravesando la reja , era muy débil.

Esto convenia á Montño , porque si la abadesa hubiera podido verle el semblante , hubiera sospechado del cocinero mayor , que estaba pálido , desencajado , trémulo.

—Dadme esa carta , repitió la abadesa.

Montño metió la mano con dificultad por uno de los vanos de la reja , y dió á la madre Misericordia la carta.

La abadesa se fué á leerla á la luz.

Para comprender esta carta , es necesario que insertemos primero , la que el duque de Lerma escribió aquella mañana para la abadesa , y despues la contestacion de este.

La carta del duque decia:

«Mi buena y respetable sobrina : personas que me sirven , acaban de decirme que han visto entrar á mi hija doña Catalina en vuestro convento y en uno de sus locutorios , y tras ella en el mismo locutorio , á don Francisco de Quevedo. Esto no tendria nada de particular , sino hubiese ciertos antecedentes. Antes de casarse mi hija con el conde de Lemos , la habia galanteado don Francisco , y ella , á la verdad , no se habia mostrado muy esquiva con sus galanteos. Apenas casada , por razones de sumo interés me ví obligado á prender á don Francisco de Quevedo y enviarle á San Marcos de Leon. Púselé al cabo de dos años en libertad , y anoche se me presentó trayéndome una carta de la duquesa de Gandia , que le habia entregado doña Catalina , que estaba de servicio en el cuarto de la reina. Esto prueba tres cosas : que no deben mirarse con indiferencia : primero ; que Quevedo no ha escarmentado ; segundo : que está en in-

teligencias con mi hija; y tercero: que estuvo anoche en el cuarto de la reina. Por lo mismo, y ya que en estos momentos teneis á mi hija y á Quevedo en uno de los locutorios de ese convento, observad, ved lo que descubris en cuanto á la amistad mas ó menos estrecha en que puedan estar mi hija y Quevedo, porque lo temo todo, tanto mas, cuanto peor marido para doña Catalina, y peor hombre para mí, se ha mostrado el conde de Lemos. Avisadme con lo que averiguáreis ó conociéreis, dando la contestacion al cocinero del rey que os lleva esta. Que os guarde Dios.— El duque de Lerma.»

La carta que en contestacion á esta, escribió la abadesa y que entregó á Montño y que quitó al cocinero mayor Quevedo, contenia lo siguiente:

«Mi respetable tío y señor: He recibido la carta de vucencia tan á tiempo, como que, cuando la recibí, estaba en visita con mi buena prima y con don Francisco de Quevedo. Doña Catalina me habia dicho que su único objeto al verme, era hacerme trabar conocimiento con Quevedo, y este me habia hablado tan en favor de vucencia, que me tenia encantada, y me habia hecho perder todo recelo. La carta de vucencia, sin embargo, me puso de nuevo sobre aviso, y tengo para mí que doña Catalina y don Francisco se aman, no dentro de los límites de un galanteo, que siempre fuera malo, sino de una manera mas estrecha. He comprendido que don Francisco queria engañarme para inspirarme confianza, y que no ha sido el amor el que le ha llevado á hacer faltar á sus deberes á doña Catalina, sino sus proyectos: porque poseyendo á doña Catalina, posee en la córte, cerca de la reina, una persona que puede servirle de mucho, y por medio de la cual puede dar á vucencia mucha guerra, y tanto mas, cuanto mas vucencia conle en él. Mi humilde opinion, respetando siempre la que estime por mejor la sabiduría de vucencia, es que debe desterrarse de la córte á don Francisco, ya que no se le ponga otra vez preso, lo que seria mas acertado, en lo cual ganaria mucho la honra de nuestra familia, impidiendo á doña Catalina que continuase en sus locuras, y en tranquilidad y tiempo vucencia; porque don Francisco es un enemigo muy peligroso. Sin tener otra cosa que decir á vucencia, quedo rogando á Dios guarde su preciosa vida.—Misericordia, abadesa de las Descalzas reales.»

Ahora comprenderán nuestros lectores, que al leer esta carta Quevedo en la hostería del Ciervo azul, la retuviese, saliese bruscamente y dejase alónito y trastornado al cocinero mayor.

Veamos ahora la carta que el padre Aliaga habia escrito á la abadesa, y que esta leia á la sazón.

«Mi buena y querida hija en Dios, sor Misericordia, abadesa del convento de las Descalzas reales de la villa de Madrid: He sabido con disgusto, que olvidándoos de que habeis muerto para el mundo el dia que entrásteis en él claustro, seguís en el mundo con vuestros pensamientos y vuestras obras. Velar por el rebaño que Dios os ha confiado debeis, y no entrometeros en asuntos terrenales, y mucho menos en conspiraciones y luchas politicas, que eso, que nunca está bien en una mujer, no puede verse sin escándalo en una monja, y en monja que tiene el mas alto cargo á que puede llegar, y por él obligaciones que por nada debe desatender.—Escrito habeis una carta á vuestro tio el duque de Lerma y entregádola á Francisco Martinez Montino, cocinero mayor del rey, á fin de que al duque la lleve. El señor Francisco, contra su voluntad y bien inocente por cierto, no puede llevar esa carta al duque, é importa que el duque no eche de ver la falta de esa carta. Escribid otra, mi amada hija, pero que sea tal, que ni en asuntos mundanos se entrometa, ni haga daño á nadie.—Recibid mi bendicion.—El inquisidor general.

Sintió la madre Misericordia al leer esta carta, primero un acceso de cólera, luego un escalofrío de miedo. Porque si bien su tio como ministro universal del rey, era un poder casi omnipotente en España, la Inquisicion no lo era menos, y cuando Lerma habia nombrado inquisidor general al padre Aliaga, ó le necesitaba ó le temia.

He aquí lo que la abadesa escribió debajo de una cruz, y de las tres iniciales de Jesús, María y José :

«Mi venerado y respetable tio y señor:— He recibido vuestra carta en el momento en que estaba en el locutorio en una doble visita con mi prima, y con don Francisco de Quevedo. Y digo una doble visita, porque cada cual de ellos habia venido por su intencion, primero doña Catalina, y despues don Francisco.—Doña Catalina, muy al contrario de lo que vucencia ha sospechado, venia con la pretension de apartarse de la córte y del mundo, y encerrarse en este convento durante la ausencia de su marido.—Yo procuré disuadirla, y tanto la dije, que al fin ha renunciado á su propósito.—En cuanto á don Francisco, ya sabe vucencia, porque lo sabe todo el mundo, que mató á un hombre que en la iglesia de este mismo convento, se habia atrevido á insultar á una dama.—Don Francisco, que es muy buen cristiano, y muy caballero, venia á darme una cantidad de ducados, á fin de que mandase decir mi-

sas por el alma del difunto, y celebrar una solemne funcion de desagrazios á su Divina Magestad por haber sacado de su templo un hombre para darle muerte. Esto es cuanto ha acontecido. De lo demás que vucencia dice en su carta, no sé nada, ni me parece que haya nada, porque aun-que despues de leer la carta de vucencia, observé cuidadosamente á entrambos, solo ví que se trataban como conocidos, pero sin interés alguno.—Doy á vucencia las gracias por la prueba de confianza que me ha dado en su carta, y quedo rogando á Dios por su vida.—Misericordia, abadesa de las Descalzas reales de la villa de Madrid.»

—¡Perdóneme Dios, por lo que en esta carta miento! dijo la monja cerrándola: la Inquisicion tiene la culpa; para que no me cojan el embuste será necesario avisar á mi prima y á don Francisco, y gastar algunos doblones en la funcion de desagrazios. ¿Quién habia de pensar que el cocinero del rey era alguacil, ó familiar, ó espía de la Inquisicion?

La madre Misericordia, pues, tuvo miedo.

Y no solamente tuvo miedo al padre Aliaga, sino tambien al cocinero mayor que estaba temblando al otro lado de la reja.

Era aquella una de esas situaciones cómicas que tienen lugar con frecuencia cuando el poder hace uso del misterio, cuando explota el recelo de los unos y de los otros, y cuando sus agentes no saben, ni pueden saber á que atenerse.

Por eso estaban en una situacion casi idéntica la abadesa de las Descalzas reales, y el cocinero del rey.

Pero era necesario tomar una determinacion, y la madre Misericordia abrió el cajon de la mesa en que se apoyaba, y sacó un papel, le estudió, le pasó la mano por encima, permaneció durante algunos segundos irresoluta, y luego tomó una pluma.

Pasó un nuevo intervalo de vacilacion.

—¿Y qué digo yo á mi tío, exclamó con despecho, que le satisfaga y no le obligue á recelar de mí? ¿Cómo contestar á su carta sin incurrir en el enojo del inquisidor general?

La abadesa empezó á dar vueltas á su imaginacion buscando una manera, un recurso.

Montiño veia con una profunda ansiedad á la abadesa, pluma en mano, meditando sobre el papel.

—¿Qué irá á decir la abadesa al duque? murmuraba el asendereado Montiño; ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y quién me hubiera dicho ayer que esto iba á pasar por mí!

Al fin se oyó rechinar la pluma sobre el papel bajo la mano de la madre Misericordia.

Después que la cerró, se levantó: pero se detuvo y volvió á sentarse y sacó otro papel y escribió otra carta.

Aquella carta era para el padre Aliaga.

Decía así después de la indispensable cruz y de las iniciales de la sacra familia:

«Ilustrísimo y escelentísimo señor inquisidor general.—He recibido la carta en que vuestra escelencia ilustrísima tiene la bondad de reprehenderme:—Yo, desde que abominé del mundo, y busqué la paz de Dios en el claustro, no he incurrido en el pecado de dejar la contemplacion de las cosas divinas por las terrenales.—Si en la carta que vuecencia ilustrísima conoce, escrita por mí á mi tío el señor duque de Lerma, hay mucho de mundano, consiste en que mi tío me ha pedido informes acerca de lo que media entre don Francisco de Quevedo y la condesa de Lemos.—Faltaria yo á lo que debo á Dios y mi conciencia, si en lo que digo en la tal carta mintiera.—Doña Catalina y don Francisco, á no dudarlo, cometen el crimen de mancillar la honra de dos familias ilustres.—Por lo que toca á los consejos que daba á mi tío, los creo licitos y buenos porque he visto que don Francisco es su enemigo.—Si he pecado escribiendo mas, sin intencion ha sido, pero sin embargo, espero la penitencia, para cumplirla, que vuecencia ilustrísima se digne imponerme como padre espiritual y sacerdote, y por otra parte, he escrito la carta para mi tío que vuecencia ilustrísima me manda escribir en la suya y en la cual carta, desvanezco completamente las dudas de mi tío acerca de los deslices de su hija, y de la enemistad de Quevedo.—Ademas para que vuecencia ilustrísima vea cuan sin culpa estoy, inclusa va la que me escribió el señor duque de Lerma.

Detúvose al llegar aquí la abadesa.

—Para que el padre Aliaga desconfie menos de mí, murmuró, debo enviarle copia de la carta que escribo á mi tío... Es necesario andar con piés de plomo... hago, es verdad, traicion al duque... ¡pero la Inquisicion..!

La madre Misericordia se acordó con horror de que el Santo Oficio habia quemado viva á mas de una monja.

Este recuerdo la decidió: copió la carta que habia escrito para Lerma, y continuó la que estaba escribiendo para el inquisidor general, de esta manera:

«Ademas incluyo la que á mi tio escribo, y creo que vuecencia ilustrísima quedará completamente satisfecho de mí.—Recibo de rodillas su bendicion y se la pido de nuevo.—Dios guarde la vida de vuecencia ilustrísima como yo deseo.—Humilde hija y criada de vuecencia ilustrísima.—Misericordia, abadesa de la comunidad de las Descalzas reales de la villa y córte de Madrid.»

Puso la abadesa bajo un sobre la carta para el padre Aliaga y las dos copias adjuntas á ella, y con la dirigida al duque de Lerma, la entregó á Montño.

—Dad el un pliego, le dijo, al señor duque de Lerma, y el otro al señor inquisidor general.

—¡Al inquisidor general! ¿y cuándo?

—Al momento.

—¿Y si me detuviere el duque de Lerma?

—En cuanto os veais libre.

—¿Teneis algo que mandarme, señora?

—Nada mas. Id, buen Montño, id que urge y que os guarde Dios.

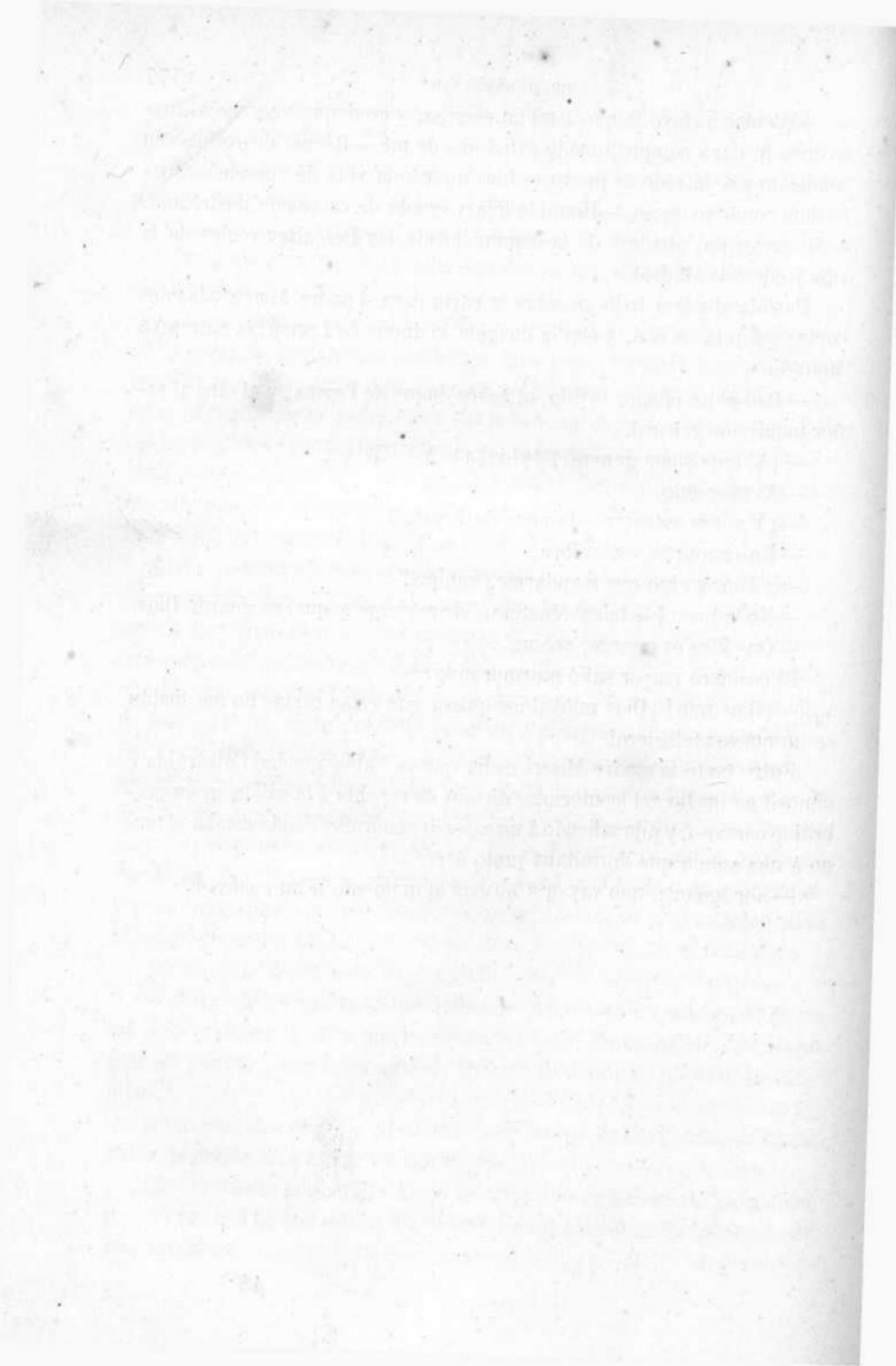
—Que Dios os guarde, señora.

El cocinero mayor salió murmurando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios quiera que estas cartas no me metan en un nuevo atolladero!

Entre tanto la madre Misericordia que se habia quedado abstraída é inmóvil en medio del locutorio se dirigió de repente á la salida en un exabrupto nervioso, y dijo saliendo á un espacio cuadrado donde estába el torno á una monja que dormitaba junto á él.

—Sor Ignacia, que vayan á buscar al momento á mi confesor.



## CAPITULO XXVII.

De los conocimientos que hizo Juan Montño, acompaando á la Dorotea.

Debemos retroceder hasta el final del capítulo XXII.

Esto es: al punto en que Dorotea salió de su casa con Juan Montño.

La litera era en efecto grande: la conducian dos mulas una detrás y otra delante, y un criado vestido decorosamente de negro; ya que la comediante, en razon de su oficio que estaba declarado infame por una ley de partida, no podia llevar á sus criados con librea, llevaba del diestro la mula delantera.

Arrellanóse el jóven en un blandisimo cojin, y sintió á sus espaldas y á su costado derecho otro no menos blando rehenchido.

Aunque Juan Montño no se admiraba de nada, causóle impresion aquel lujo, no por sí mismo, sino porque le usase Dorotea.

La litera estaba forrada de raso blanco, con pasamanería de galon de oro, cristales de Venecia en las portezuelas, ricas cortinillas tras los cristales y una rica piel de oso en el fondo.

Podia asegurarse que muchas damas principales y ricas no poseian un tan lujoso vehículo.

Es verdad que antes y ahora muchas señoras de título no podian ni pueden tener los trenes que usaban las comediantas,



Con decir que aquella litera era un regalo del duque de Lerma, está explicado todo.

Del mismo modo, despertado el jóven por ella, sorprendido por el breve y extraño diálogo anterior á su salida de la casa, no habia podido hacerse cargo de lo esquisitamente engalanada que iba la jóven.

Al entrar en la litera, Dorotea se habia echado atrás el manto, dejando descubierto su maravilloso traje de brocado de tres altos plata y oro sobre azul de cielo, con bordaduras en el cuerpo y en las cuchilladas de las mangas de oro á martillo, que no parecian sino verdaderas bordaduras hechas al pasado: una rica gola de cambrai que realzaba lo blanco, lo terso, lo dulce, por decirlo asi, de su cutis, un largo collar de gruesas perlas prendido en el centro del pecho por un joyel de diamantes; herretes de lo mismo en la cerradura del cuerpo; guarnicion de perlas en las pegaduras de las mangas sobre los hombros, y un grueso cordon de oro con rubíes y esmeraldas ciñendo su cintura y cayendo doble y trenzado en una especie de greca, por cima de la ancha y magnífica falda, hasta los piés.

Uno de estos piés, pequeño, deliciosamente encorvado, asomaba como al descuido bajo la falda, calzado con un zapatito blanco de terciopelo de Utrech y con un lazo de oro y diamantes de la descotadura.

Con decir que bajo los puños rizados de encaje, sobre las manos, preciosas por sí mismas y riquísimas por sus sortijas, se veian dos pulseras asimismo de perlas y diamantes, y que tambien diamantes y perlas salpicaban las anchas trenzas negras de la Dorotea, está hecha la descripción de su atavío.

Todo aquello, y otra infinidad de trajes y de alhajas, era regalo tambien del duque de Lerma.

Esto no queria decir que Lerma amase demasiado á la comedianta; sino que era la mujer de moda en el teatro, y la envidiada fuera del teatro; lo que bastaba para que la ostentacion de Lerma la hubiese deseado para querida pública; y siéndolo, no podia buenamente presentarse al público de otro modo sin desdoro del duque.

Ademas, este lujo escandaloso de la Dorotea, servia al duque de prospecto, para con otras mujeres. Solo que la mayor parte de las que se suscribian á las obras del duque, se encontraban conque las obras no correspondian, ni con mueho, al lujo del prospecto.

Pero á Juan Montño que, á pesar de todo, conservaba un fondo de candor y virginidad en el alma, le maravilló todo aquello.

No se dió razon de la razon de aquel lujo, aturdido por él.

Dorotea, como mujer y como atavío, se le habia subido á la cabeza; le habia embriagado.

Y era muy difícil defenderse de la embriaguez causada por aquella portentosa armonía de formas, por aquella riqueza de cabellos, de color, de atractivos; por aquella mirada dulcísima y ardiente que le sonreía, le enamoraba, le acariciaba, le chupaba, por decirlo así: por aquella nobleza de lo bello, por aquella magia de lo maravilloso.

Encanta una mujer hermosa vestida de blanco ó de negro.

Pero una mujer hermosa, matizada, abrigada por brocados y perlerías y saturada de blandos y esquisitos perfumes, embriaga.

Por eso estaba embriagado Juan Montiño.

Y como cuando estamos dominados por la embriaguez no somos dueños de nuestra razón y lo olvidamos todo, el joven dentro de aquella litera y en aquella situación, se habia olvidado completamente de doña Clara Soldevilla.

Es verdad que la embriaguez pasa, y que despues de haber pasado, quien tiene dignidad en el alma, se avergüenza de su pasada embriaguez.

Brillaba, relucía la mirada del joven fija en Dorotea; su semblante tenía esa dulce seriedad del sentimiento que solo modifica á veces una indicación de sonrisa, sensual, característica, que parece decir á una mujer ó á un hombre: no vivo, no siento mas que para tí.

A mas que por la espresion de su semblante, el estado físico y moral del joven se revelaba para Dorotea en el ardor febril de sus manos, que estrechaba una de las suyas, y en el temblor leve y sostenido de su cuerpo.

Dorotea era entonces feliz.

Durante algun tiempo, solo se hablaron con la mirada lúcida y fija, y con la involuntaria y espresiva presión de las manos.

Hubo un momento en que Juan Montiño acercó demasiado su semblante al de Dorotea.

Dorotea retiró el suyo, y dejó ver en él una dolorosa seriedad.

—Perdonad, dijo Juan Montiño: estoy loco.

—Perdonad vos mas bien, dijo Dorotea: pero por vos y para vos soy una mujer nueva.

No hablaron mas durante algunos segundos.

La seriedad de la joven pasó, como pasa un nubladillo por delante del sol.

—Estoy pensando una cosa, Juan. ¿No os llamis Juan?

—Si, si señora, Juan me llamo: ¿en qué pensábais?

—En que me espongo, llevándoos al teatro.

—¡Qué os esponeis!

—Si por cierto: allí vereis á mis compañeras.

—¡Bah! dijo con desprecio el jóven.

—No seais fanfarron; no desprecies al enemigo antes de conocerle.

—Me habeis puesto fuera de combate: me habeis hechizado.

—Quiéralo Dios, dijo suspirando la Dorotea, y oprimiendo dulcemente las manos de Juan Montiño.

—Pues mirad, repuso el jóven: yo pensaba en otra cosa.

—¿En qué?

—En que antes de salir de vuestra casa...

—De nuestra casa, caballero...

—Bien: pensaba en que antes de salir de casa, nos hablemos de tu.

—Es verdad, hay momentos en que... pero eso no debe ser... figuraos que yo soy la mujer mas honrada y mas respetable del mundo.

—Y qué: ¿no lo sois para mí?

—Y tanto como lo soy: ya vereis.

—¿Os habeis propuesto desesperarme?

—Me he propuesto que me ameis.

—¡Qué! ¿no os amo ya?

—No, ni yo os amo tampoco.

—¡Cómo! exclamó con acento severo el jóven, creyéndose objeto de la burla de una cortesana.

Dorotea comprendió su intencion por su acento, y se apresuró á decir:

—Antes de pensar mal de mí, escuchadme.

—Habeis dicho una herejia.

—No por cierto. Suponed... que por un accidente cualquiera nos separásemos... hoy; que no nos volviésemos á ver...

—Péro eso no puede ser.

—Todo puede ser... por ejemplo: si os prendiesen y os sacasen de Madrid y no pudiéseis escribirme... ó bien, si á mí me prendiese... la Inquisicion por ejemplo, y me empozase y no volviéseis á saber de mí: ni siquiera que estaba presa.

—¡Ah no digais eso!

—Es una suposicion. Pues bien ¿sabeis lo que sucederia caballero? Me buscariais ó yo os buscaria: á medida que pasara el tiempo nos buscaríamos el uno al otro con menos interés: alfin solo nos quedaria al uno

ó al otro ó tal vez á los dos, esa impresion vagamente dolorosa de una esperanza desvanecida; si, de una esperanza; porque lo que somos el uno respecto al otro... ó para hablar con mas seguridad: lo que vos sois para mí, no es mas que una bella esperanza, una esperanza que yo no habia alentado, porque no habia comprendido que el amor es la vida de la mujer; que el amor es lo único que puede hacerla buena, casi santa... el amor como yo le comprendo... desde que os ví... porque antes yo no habia amado sino deseado... y del amor al deseo hay la misma diferencia que creo existe entre vuestra alma y la mia.

—¡ Ah señora! ¿ creéis que mi alma..?

—No, yo no pienso mal de vuestra alma... entonces no desearia vuestro amor... pero me parece que solo os inspiro deseo.

—Yo no sé lo que me inspirais, señora.

—Puede ser que algun dia sintais amor por mí... pero eso solo puede hacerlo el tiempo... espero... espero con ansia... y esperando os amaré mas cada dia.

—¿ Pero es cierto que no me amais aun, señora?

—No quiero engañaros: he meditado mucho en el breve tiempo que ha mediado desde que nos conocimos hasta ahora, y me he convencido de que soy otra mujer... cuando os ví, sentí... voy á probar si puedo haceros conocer lo que sentí... sentí que un no sé qué desconocido, dulce, inefable, se entraba en mi alma, se mezclaba con ella, la fecundaba, la iluminaba: y eso... eso lo siento ahora... pero de una manera tranquila, sin deseos... como no he sentido por ningun otro hombre.

—¿ Y sin embargo no quereis ser mia por completo? dijo con acento de queja Juan Montño.

—No... no... mi amor no es eso... y por eso tiemblo, por eso temo llevaros al teatro. Vos sois como todos: mas materia que alma... al menos para mí... en el teatro vereis á la Angela, á la Andrea, á la Mari Diaz, que es muy hermosa, alta, gallarda, con un cuello de cisne, unas manos de diosa, un talle de clavel, y sus grandes ojos azules... los ojos mas graciosamente desvergonzados del mundo: cuando os vea tan hermoso... sobre todo, cuando os vea conmigo, de seguro se pone en campaña, y empieza á disparar contra vos... mejor dicho: contra mí, toda su batería de miradas y de suspiros enamorados. ¡Oh! tengo miedo... y sin embargo os llevo porque quiero probaros... si me haceis traicion, mejor... os olvido... os perdono... y me quedo libre de un galanteo que puede acabar por romperme el corazon: si os manteneis firme... ¡oh! eso

seria una felicidad... porque me probaria que vos sois para mí lo mismo que yo soy para vos:

—¿Y podeis dudarlo?

—Pero sino dudo... tengo... por el momento al menos... una certeza: puede haberos enamorado mi cuerpo... pero mi alma... ¡bah! cuando yo veia en una comedia de Lope, unos amores repentinos, me decia siempre, riéndome del autor: eso es escribir como querer y nada mas. El amor no es obra de un momento... el amor es hijo del tiempo, del trato continuo y apasionado... lo demás... si yo no sintiese por vos mas que una impresion causada á primera vista, si me hubiese enamorado, hubiera caido en vuestros brazos como en los de tantos otros, y os hubiera dicho que os amaba. Pero me hubiera engañado, como me he engañado respecto á otros... hubiera mentido de buena fé y luego... os hubiese abandonado.

—Confieso que no os comprendo, señora.

—No importa, ya me comprendereis. Pero ya estamos cerca del teatro, oid: delante de las gentes en presencia de los comediantes, os trataré de tal modo como si fuese vuestra querida. Que eso no os aliente para exigirme igual conducta cuando estemos solos.

—¿Y eso por qué?

—Si yo no os tratase delante de esas gentes como á un amante favorecido, creerian que me burlaba de vos. Yo no quiero que nadie pueda creer tal cosa. Os aprecio y os respeto demasiado, para que yo os ponga en ridículo delante de nadie. Pero cuando estemos solos... ¡Oh! dejadme que sea á vuestros ojos una mujer digna y pura... dejadme que yo, mujer perdida, realice para vos ese hermoso sueño de la mujer virgen y honrada... dejadme soñar, ya que soy tan infeliz que la realidad me mata... dejadme buscar un cielo, aunque sea fingido.

En aquel momento la litera se paró en la calle del Lobo delante de un portalon feo que se veia en una fachada irregular.

Llovia, y el criado que hasta allí habia conducido la litera, abrió un enorme paraguas, y luego la portezuela: Dorotea salió, y cubierta con el paraguas, salvó de un salto, sobre las puntas de los piés, y la ancha falda recogida con suma coqueteria, el espacio enlodado de la entrada y ganó la parte seca del interior.

—¡Oh, reina de las reinas! dijo al verla un jóven de aspecto aristocrático por sus maneras y por su traje: dignaos tomar mi brazo para subir esas endiabladas escaleras del vestuario.

—Gracias, don Bernardino, dijo la Dorotea sonriendo; pero viene conmigo persona tal, que no cambiaria su brazo por el del rey.

Al mismo tiempo Juan Montiño salia de la litera, y Dorotea se asió á su brazo.

—¡ Ah! perdonad, señora... dijo don Bernardino siguiendo á los jóvenes que se encaminaban á unas estrechas, negras y horribles escaleras: yo ignoraba que... como dicen que don Rodrigo Calderon...

—Está herido y medio muriéndose, ¿no es verdad? dijo Dorotea. Subían por las escaleras.

—Me espanta la serenidad conque hablais, y las galas que vestís.

—Como que estoy de boda.

—¿ Os casais?

—Con Sancho Ortiz de las Rodas.

Todos los que conocen las comedias de Lope de Vega, saben que Sancho Ortiz era el amante ó novio de la Estrella de Sevilla, comedia que se representaba aquella tarde, y en la que desempeñaba la parte de la protagonista, Dorotea.

—¡ Ah! ¡ si, es verdad! ¡ venís vestida desde vuestra casa!

—Si por cierto.

—Habeis hecho bien, porque la funcion se ha empezado: la loa está casi á la mitad, y han empezado á correr por el patjo unas noticias que tienen disgustado al público.

Seguian á la sazón por un corredor estrecho alumbrado por candilejas, á cuyos dos costados habia puertas.

—¿ Y qué noticias eran esas? dijo la Dorotea avanzando por el corredor delante de Juan Montiño.

Detrás de los dos iba don Bernardino.

—Esas noticias eran, que vos, á consecuencia de la herida de don Rodrigo, estábais desesperada y no representábais.

—Ya veis que no.

—Ya lo veo. Y os anuncio que al salir os van á victorear con frenesí. El público está enamorado de vos.

—Pues no se conoce, porque me paga poco.

—Eso consiste en que Gutierrez es un judío. Tiene en vos una mina de oro.

—¿ No quereis entrar? dijo Dorotea empujando una puerta al fondo del corredor, y entrando en un pequeño aposento.

A pesar de que como habia sido pronunciado aquel ¿ no quereis en-

trar? suponía lo mismo que esta otra frase: *hareis bien en irros, porque estorbais*, don Bernardino se hizo el desentendido y entró.

El aposento, aunque reducido, era muy bello: estaba ricamente entapizado y alfombrado, tenía un ancho campapé ó sofá con almohadones de damasco, y sillones de gran lujo, y al fondo había una puerta con cortinaje de seda.

En medio se veía un brasero de plata con fuego.

—Petra, dijo Dorotea á una doncella que estaba esperándola en su cuarto, vé y dí al autor que por mí no tiene necesidad de detener la función.

La doncella despues de tomar el manto de su señora, salió á cumplir su encargo.

Juan Montiño, á una indicacion de Dorotea que se había sentado en el campapé, se sentó en un sillón y se descubrió.

Don Bernardino se descubrió tambien, aunque con suma impertinencia; se sentó en otro sillón, con el mayor desenfado del mundo, puso un brazo sobre el respaldo del sillón, y cruzó una pierna sobre la otra.

Juan Montiño, que no había hablado una sola palabra, empezaba á amostazarse.

Era don Bernardino uno de estos jóvenes fátuos, que han frecuentado siempre los vestuarios de los teatros, en busca del desinteresado amor de una bailarina, sin encontrarlo jamás, y que acaban por creerse adorados de una especie de desecho del mundo, que les hace pagar el vidrio como si fuera diamante: galanes que se creen hermosos y discretos y valientes, y junto á los cuales no se puede estar un minuto sin sentir desprecio ó cólera.

Don Bernardino de Cáceres era un segundón de una familia principal de Córdoba; gastaba mas vanidad que doblones, y por razon de su vanidad andaba siempre perdonando vidas.

Hacíalo con tal aplomo, y se creía tan de buena fé valiente, que los demás acabaron por creerlo, y por respetarle.

Esto había acabado de hacer insoportable á don Bernardino.

—¿Es pariente vuestro este hidalgo, Dorotea? dijo cuando se hubo sentado, y con cierto espíritu de protección.

—Algo mas que pariente, dijo con descaro la Dorotea: es..... mi amigo, y el amigo á quien mas quiero.

Miró de alto abajo don Bernardino á Juan Montiño como buscando la razon, el por qué, del cariño de Dorotea hácia aquel hombre.

—Debeis ser forastero, dijo don Bernardino.

Juan Montiño hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Es paisano vuestro, Dorotea?

—No lo sé, porque yo no sé de donde soy.

—¡ Ah! vos sois del cielo.

—Pues entonces no somos paisanos, dijo Juan Montiño con mal talante: porque yo soy de la tierra.

—¿Habeis estado alguna vez en la córte?

—Ayer vine por vez primera.

—Y como en la córte no conoce á nadie, ha venido á parar á mi casa.

—Os doy la enhorabuena por haber hallado tal posada, dijo don Bernardino, y estimando yo como estimo á vuestra... amiga, no puedo menos de ofreceros mi amistad.

Y tendió la mano á Juan Montiño, que se la estrechó friamente.

En aquel momento se oyó una voz de hombre que decia en el corredor :

—¡ Dorotea!

—La escena me llama, señores, dijo la jóven: venid, venid conmigo Juan, y me vereis trabajar desde adentro.

Montiño siguió á Dorotea; don Bernardino siguió á Montiño.

Siguieron un trozo de corredor, bajaron unas pendientes escaleras y se encontraron en la parte interior del escenario.

En los tiempos de Felipe III empezaban á usarse ya los bastidores, en vez de las tres cortinas que antes cerraban la escena.

El lugar comprendido fuera de los bastidores, estaba lleno de gente, toda alegre y toda *non sancta*: comediantes y comediantas, poetas, galanes de bastidores y criadas: se hablaba, se murmuraba, se mentía; y al pasar Dorotea junto á un grupo de hombres, en medio del cual habia una jóven sumamente hermosa, dijo á uno de los del corro, haciéndole reparar con una indicacion en Juan Montiño :

—Dejad estar entre bastidores á este caballero: es cosa mia.

Despues se dirigió á un bastidor, para esperar su salida.

El escándalo estaba dado.

Y decimos el escándalo, porque en la manera de presentar Dorotea á Juan Montiño, habia dicho á todos:

—Ese jóven es mi amante.

Y presentarse con un nuevo amante, en un momento en que corria

por la córte la nueva de que don Rodrigo Calderon estaba herido, era un verdadero escándalo.

—¿Qué decís á esto Mari Diaz? dijo un comediante rechoncho á la jóven que hemos dicho estaba en medio del grupo.

—Digo que debe ser muy grave el estado en que se halla don Rodrigo, cuando la Dorotea se atreve á tanto.

—¿Qué es eso? dijo otro de los del corro. ¿A quién aplauden de ese modo?

—¿A quién ha de ser sino á la Dorotea? dijo encubriendo mal su despecho la Mari Diaz; ¿pues no sabéis que en los locos gastos del duque de Lerma por ella, entra una compañía de mosqueteros que hacen salva en cuanto abre los labios ó se mueve la *señora duquesa*? La Dorotea tiene mucha suerte.

Los aplausos se repitieron fuera, nutridos, espontáneos, persistentes.

—No, pues esos no son los mosqueteros, dijo un poeta: ó si lo son, es mosquetero todo el público.

—¿Qué sabéis vos? repuso Mari Diaz: hay tardes en que están de humor, y en sonando una palmada, allá se van todos detrás, como borregos.

—Pues yo voy á ver que maravillas está haciendo Dorotea, dijo don Bernardino de Cáceres.

—Soberbio modrego, dijo la Mari Diaz apenas habia vuelto la espalda el presuntuoso hidalgo: si tuviera tantos doblones como vanidad, no andaria la Dorotea tan desdeñosa con él.

—Pues no tiene trazas de ser muy rico el nuevo amante, dijo otro.

—Pero es muy hermoso, replicó la Mari Diaz.

—¿Os habeis ya enamorado de él?

—¡Yo...!

—Dicen que sois muy enamoradiza.

—Por eso los llevo detrás haciendo cola.

—Es que dicen que los lleváis delante.

—Pues mienten. Solo he tenido uno y ese ha sido bastante para que no quiera tener mas. Pero volvamos al asunto del día: ¿conoceis á ese nuevo amante de la Dorotea?

—Yo no le he visto nunca, y eso que voy á todas partes, dijo un comediante.

—Ni yo, repuso otro.

—Tiene cierto aire de buen muchacho, que me indica que hace poco tiempo que está en la corte, dijo la Mari Diaz.

—¡Bah! ¡pues si es altivo como un rey, y lleva su capilla parda como si arrastrase un manto ducal! ¡como vos cuando haceis de reina, reina mia! dijo un poeta.

—Eso quiere decir, que no es un cualquiera, recargó la comediante.

—¿De que se trata? dijo un alférez de la guardia española que se habia acercado al grupo.

—¿De que se ha de tratar, señor Ginés Saltillo, sino de un acontecimiento extraordinario? contestó un comediante.

—¡De un escándalo! añadió un poeta.

—¡De una enormidad! recargó un tercero.

—¿Pero qué milagro, qué escándalo, y qué enormidad son esas?

—Ya sabreis, porque lo sabe todo el mundo, dijo la Mari Diaz, que don Rodrigo Calderon tuvo anoche una mala aventura no se sabe con quién.

—Pero eso no es un milagro.

—Escuchad: sabreis ademas que está muy mal herido.

—Pero eso no tiene nada de escandaloso: donde las dan las toman; don Rodrigo la echa de guapo, y si se ha encontrado con la horma de su zapato... conque vamos al negocio y veamos en que consisten el milagro, el escándalo, y la enormidad.

—El milagro consiste, en que la Dorotea se ha enamorado de un pobre, dijo la Mari Diaz.

—¡Ah! eso es ya distinto: comprendo que esteis asombrados: vamos al escándalo.

—El escándalo consiste, en que se haya presentado al público con sus mejores galas, cuando no es un misterio su trato con don Rodrigo.

—En efecto, esto tiene algo de escandaloso, dijo el alférez. Pero la enormidad... veamos la enormidad.

—¡La enormidad! ¿no os parece una enormidad el que nos haya presentado á todos su nuevo amante?

—Efectivamente: esa muchacha se va echando á perder mas que de lo justo. Y es lástima, cuando se trata de la mujer mas hermosa del ejercicio... perdonad, Mari Diaz, la mas hermosa despues de vos.

—Afortunadamente estoy aquí para daros las gracias, señor Ginés

Saltillo, dijo la comediante sin poder dominar completamente su mortificación.

—¿Y quien es él?

—No le conoce nadie.

—¿Es forastero?

—Y altivo.

—¿Aunque pobre?

—Pobre soy yo, dijo el alférez, y en punto á orgullo, no me trueco por un portugués. ¿Y qué tal? ¿es buen mozo?

—No tanto como vos, dijo la Mari Diaz, pero aun asi puede presentarse sin miedo donde haya galanes..... se entiende siempre, despues de vos.

—Muchas gracias por la fineza, prenda mia: aunque no me satisface mucho vuestra opinion.

—¿Y por qué no?

—Jamás os he visto acompañada de un hombre que valga seis maravises. Y esto qué, sin contar conmigo que hace un siglo me estoy muriendo por vos, os siguen y os persiguen mas de cuatro gentiles-hombres. Por eso, porque en vuestro gusto particular no confio, y porque no es cosa de preguntar á estos señores que por envidia podrán informarme mal, quisiera conocer á ese portento.

—Pues allí está, en el primer bastidor... con don Bernardino de Cáceres, que como sabeis es el perro de la Dorotea.

—Voy, voy á verle; pero antes tengo que pagaros vuestras noticias con otras no menores.

—¡Qué! ¡qué sucede! exclamaron todos.

El alférez se metió mas al centro, y dijo en voz baja y con sumo misterio.

—¡Hay novedades!

—Novedades, ¿y en dónde?

—Novedades en palacio.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Eh! exclamaron todos.

—Pero hablemos muy bajo, porque como por todas partes hay espiones, no se puede uno fiar de su camisa.

—Dicen que lo de las estocadas que tal han puesto á don Rodrigo, tiene su intringulis.

—¿ Su qué...?

—Su misterio, señores, su misterio. Dicen que esas estocadas han venido de lo alto.

—¿ De lo alto?

—De palacio.

—¡ Ah!

—Parece que don Rodrigo queria alzarse con el santo y la limosna.

—Siempre ha sido don Rodrigo muy alentado

—Y que tal zancadilla tenia armada al duque, que este ha echado por el camino mas corto para no perder tiempo.

—¿ Con qué acusan á su esclencia.?

—Si; pero hablad mas bajo, vida mia, sino quereis dormir esta noche sin mas compañía que las ratas.

—Seguid, señor Ginés, seguid, y vos Mari Diaz no interrumpais, dijo uno.

Todos los cuellos estaban estirados, todas las cabezas estendidas hácia el noticiero: todos los oidos atentos: porque han de saber nuestros lectores, que en todos los tiempos los comediantes como gente libre, se han tomado gran interés por los negocios públicos.

—Se dice, añadió el narrador, que el duque... pues... su esclencia... no hay que citar nombres, tiene en su casa como preso al herido.

—¡ En su casa!

—Como que le hirieron junto al postigo de su casa.

—¿ Y no se sabe quién le hirió?

—Todavía no. Pero nadie hay preso ni mandado prender... de modo que... ¿ qué mas prueba quereis de que estas estocadas han venido de lo alto?

—Esto es grave, dijo uno.

—Gravísimo, añadió otro.

—Y á mí me parece lo mas fastidioso del mundo, dijo la Mari Diaz: ¿ qué nos importa todo eso? por mi parte me voy..

—Id con Dios, princesa, id con Dios, dijo el alférez: sino fuera por dejar con su curiosidad á estos señores, os acompañaria.

—Muchas gracias, dijo la Mari Diaz alejándose.

—Allá va al primer bastidor, dijo uno.

—A ponerse en guerra con la Dorotea.

—Esas chicas acabarán por arañarse.

—No, porque la Dorotea es magnánima: ¡ como siempre vence!

—Dejémonos de mujeres, señores, y vamos á lo que importa, dijo el alferez que reventaba por soltar sus noticias.

—Si, si, seguid.

—Decíamos que las tales estocadas, habian venido de lo alto, segun todos los indicios. Pues bien, hay mas. Ha entrado el rasero, señores.

—¡El rasero...!

—Como que acabo de llegar de haber dado escolta de honor, á don Baltasar de Zúñiga, que va de embajador á Inglaterra.

—¡Pero si don Baltasar no se mete en nada!

—¿Cómo que no se mete, y estaba metido de hoz y de coz en el cuarto del príncipe? Don Baltasar es muy suave, pero eso no quita; no señor; don Baltasar conspiraba... ¿y sino por qué andaban hoy en palacio tan graves y tan cariacontecidos el conde de Olivares y el duque de Uceda, sin poder entrar en la cámara del rey? ¿Y por qué estaba tan alegre el duque?

—Verdaderamente, todo esto es grave, dijo uno de los del grupo, que tenia el vicio de verlo todo bajo el punto de vista de la gravedad.

—¡Gravísimo! dijo el alferez: ¡pues ya lo creo! Pero hay una cosa mas grave aun.

—¡Qué!

—¡Qué!

—No se ha dejado salir de su cuarto al príncipe don Felipe, de órden del rey.

—¡Ah! pues esto es tres veces grave.

—Se cree, dijo el alferez, que Lerma se haya puesto del lado de la reina.

—¡Bah! eso no puede ser, dijo uno.

—La reina odia al duque, añadió otro.

—Creo mas fácil que la Mari Diaz deje de ser envidiosa, dijo un tercero.

—Prueba al canto, contestó el alferez.

—Veamos.

—El confesor del rey fray Luis de Aliaga, es á todas luces del partido de la reina.

—Indudablemente.

—Pues bien, el padre Aliaga ha sido nombrado inquisidor general.

—¡Inquisidor general! ¿pues y cómo ha quitado esta dignidad á su tio don Bernardo de Sandoval y Rojas el duque de Lerma.

—Don Bernardo de Sandoval, se ha quedado con el arzobispado de Toledo y tiene bastante. Cuando el duque de Lerma se ha espuesto á enojar á su tío, dando al confesor del rey la dignidad de inquisidor general, le importará mucho tener de su parte al padre Aliaga. Es indudable... indudable : el duque se ha puesto del lado de la reina.

—¿Pero cuando han nombrado inquisidor general al padre Aliaga?

—El nombramiento ha sido cosa de hoy, y no extraño que no lo sepa; lo saben muy pocos. ¡Cuando os exageraba que habia novedades...!

—¿Pero qué interés tiene el duque...?

—¡Oh! la zancadilla que se le habia preparado era feroz. Se le iba á acusar de traicion, de estar vendido á la Liga.

—¡Oh!

—Y uno de los que mas han trabajado en esto, ha sido el duque de Uceda.

—¡Su hijo!

—Los grandes no tienen hijos ni padres. Al duque de Uceda le tarda llegar á la privanza y no perdona medio.

—Todo esto es grave, gravísimo, dijo el que todo lo veia por el lado serio.

—Pues hay además algo que aumenta la gravedad de estos sucesos.

—¡Qué!

—¡Qué!

—Se cree... dijo el alférez, bajando mas la voz y con doble misterio.

—¡Pero traeis un saco de noticias, alférez!

—Que doy de balde. Pero oid lo que se dice en palacio, por los rincones por supuesto, y en voz muy baja : en estas cosas anda el duque de Osuna.

—Se tiene la manía de atribuirlo todo al duque de Osuna, que, sin duda, para huir de estos enredos, se ha ido á ser virey de Nápoles, dijo un autor de entremeses.

—Aunque el duque de Osuna esté en Nápoles, vieron anoche en Madrid á su secretario don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Qué está don Francisco en Madrid! exclamó el autor de la compañía, ó como diríamos en nuestros tiempos, el representante de la compañía; ¡bah! eso es mentira. Hubiera venido por aquí y yo le hubiera encargado un entremés.

—En cuanto á lo de venir, quizá no pueda porque está escondido, dijo el alferez.

—Pues si está escondido, ¿quién le ha visto?

—Le vieron anoche en palacio.

—Creerian verle.

—Allá lo veremos : ¿pero qué es esto?

Lo que habia motivado la pregunta del alferez era un ruido particular, un alboroto que provenia del primer bastidor de la derecha del escenario.

Todos corrieron allá.

Lo que habia sucedido, lo verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XXVIII.

De cómo Juan Montiño, con mucho susto de la Dorotea, se dió á conocer entre los cómicos.

La Mari Diaz, dejando en su chismografía política al alférez, á los comediantes, á los poetas *é tutti cuanti*, se fué decididamente pero como al descuido, al hueco del primer bastidor de la derecha del escenario.

En él estaban dos solas personas: Juan Montiño y el finchado hidalgo don Bernardino de Cáceres.

—¿Me permitts, caballero? dijo la Mari Diaz tocando suavemente en un hombro á Juan Montiño, y con la voz mas dulce del mundo.

El jóven se volvió y vió á la comedianta que le saludó con una graciosa inclinacion de cabeza y una sonrisa.

—Esta debe ser una de las que me ha hablado Dorotea, dijo el jóven para sí. Y es hermosa esta muchacha... sino fuera tan desenfadada.....

Y se volvió á mirar hácia el escenario donde trabajaba Dorotea.

Don Bernardino se encontraba relegado á un último lugar, la comedianta delante, detrás Juan Montiño, y él á sus espaldas.

—Permitidme, caballero, dijo don Bernardino.

Juan Montiño no se movió.

Don Bernardino guardó silencio.

Pasó asi algun tiempo.

Mari Diaz seguia arrojando sobre Juan Montiño mirada tras de mi-

rada, sonrisa tras de sonrisa, á vuelta de algunas frases de elogio á la Dorotea.

Juan Montiño contestaba con otra frase, pero era tan económico y tan liso en sus contestaciones, que Mari Diaz se impacientaba.

—¿Hace mucho tiempo que conoceis á mi amiga? dijo la comedianta entablando ya decididamente una conversacion.

—Es un conocimiento nuevo, dijo don Bernardino, que tenia el vicio de introducirse en todas las conversaciones por mas que nada le importasen.

—Este caballero, dijo secamente Juan Montiño, se ha tomado el trabajo de responder por mí.

—Pero es que yo os he preguntado á vos.

—Lo que ha dicho este hidalgo, es la verdad.

—¡Oh! yo sé siempre lo que me digo, contestó con fatuidad don Bernardino, atusándose el vigote izquierdo.

—Menos cuando no, dijo la comedianta:

—Mejor será que callemos, prenda, que os estará bien.

En mal hora se metió don Bernardino con la comedianta.

Esta que quería tener un motivo sólido de entablar conocimiento con Juan Montiño, forzó la situacion.

—¿Y por qué hemos de callar? veamos: ¿qué teneis vos que echarme en cara, como no sea el no hacer caso de vos por impertinente?

—Si como sois de desvergonzada, fuérais de hermosa y discreta, seriais un prodigio.

—Como vos sino fuérais grosero y mal nacido.

—¡Vive Dios, doña perdida, exclamó don Bernardino todo fuera de sí, que me la habeis de pagar!

—¿Me haceis el favor de iros á cien leguas de aqui? dijo Juan Montiño volviéndose y encarándose á don Bernardino, á tiempo que levantando este la mano sobre la Mari Diaz, la hacia ampararse de Juan Montiño, y decirle:

—¡Defendedme de este hombre, caballero! ¡es un infame!

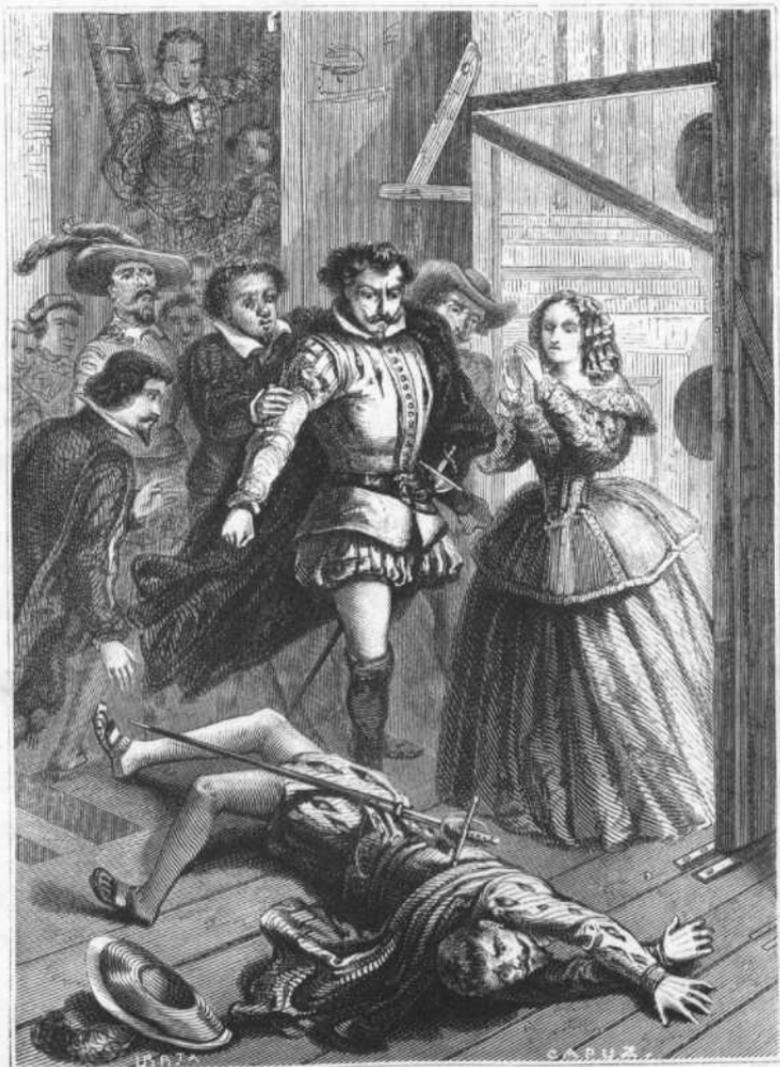
—Idos, repitió Juan Montiño con una calma inalterable.

—¡Qué me vaya! exclamó todo cólera don Bernardino.

—Me estais cargando la paciencia hace una hora, y no quiere ya mas peso. Idos, ó vive Dios..!

—Mirad no os tire yo en medio de la escena, don brabatas, exclamó el hidalgo que echaba fuego por los ojos.





...CAYÓ, COMO LANZADO POR UNA MÁQUINA.

—¡A mi! ¡echarme vos á mí....! exclamó Montño poniéndose pálido.

Y en seguida sonó una bofetada, y luego un hombre cayó, como lanzado por una máquina, del lado de adentro de los bastidores.

Juan Montño había dado aquella bofetada.

Don Bernardino la había recibido.

Juan Montño era el que había arrojado.

Don Bernardino el que había caído.

Este era el estruendo que había distraído de su chismografía política, al alferez de la guarda española Ginés Saltillo y á sus oyentes.

Montño se había vuelto con suma tranquilidad á su bastidor.

Mari Diaz estaba temblando ó haciendo que temblaba junto á él.

Don Bernardino, empolvado por el tablado que no estaba muy limpio, se había levantado trémulo de cólera, había desenvainado la espada y se había ido hácia Juan Montño.

El alferez y sus acompañantes se interpusieron.

—Dejad que mate á ese hombre que me ha afrentado, dijo don Bernardino.

Y como no le dejasen acercarse á Juan Montño, empezó á llenarle de improperios.

—Sino quereis que os tengamos por mujer, callaos, dijo Juan Montño acercándose al grupo : y si quereis tomar satisfaccion de esa afrenta, decidme dónde y cuando podremos vernos, á fin de que yo os pruebe que no es tan fácil desagraviarse de mí.

—Ahora mismo... fuera...

—No puede ser ahora : tened un poco de paciencia, que tiempo sobra.

—Dice bien ese caballero, dijo el alferez que se parecia por este género de lances... ademas, que las pragmáticas son rigurosas, y en esto de duelos es necesario irse con piés de plomo. Cerca de San Martin hay unas casas echadas por tierra : el sitio es medroso y apartado... y allí... hasta se puede enterrar un muerto entre los escombros... á las doce de la noche...

—Acepto por mi parte, dijo Juan Montño, y como soy nuevo en Madrid, y no conozco sus calles, desearia que uno de vosotros me acompañara, señores.

—Yo, dijo el alferez.

—Y yo acompañaré á don Bernardino, dijo un poeta.

—En horabuena. A las doce estaré en las casas derribadas de San Martín, dijo don Bernardino, y salió.

—¿Y dónde nos veremos nosotros, señor alférez? dijo Juan Montiño á Ginés Saltillo.

—¿Sabeis á las gradas de San Felipe?

—Sí.

—Pues á las once y media, en las gradas de San Felipe.

Montiño saludó y se volvió al bastidor.

Todavía estaba allí la señora Mari Díaz.

—Gracias, caballero, gracias, le dijo: os estoy tan agradecida que no sabré como demostraros...

—No hay por qué, señora, contestó brevemente Montiño.

—Vivo en la calle Mayor.

—Muchas gracias.

—Número sesenta...

—Gracias señora.

—Me encontrareis allí todo el día...

En aquel momento la Dorotea salía de la escena, y oyó las últimas palabras de la Mari Díaz.

La Dorotea era una verdadera reina, una leona de la escena, y aunque la estremecieron aquellas palabras que habia cogido al paso, no dió el mas leve indicio de haberlas escuchado.

Devoró sus celos, se mantuvo serena y miró á Juan Montiño.

Entonces se aterró.

El semblante del jóven estaba demudado aun de cólera.

—¿Qué ha sucedido? exclamó: ¿qué teneis Juan? ¿Os habeis visto obligado acaso...?

—Se ha quitado una mosca de encima, dijo el alférez Saltillo... y de una manera brava... estos señores pueden testificar.

—Ha sido una bofetada digna de que la cante un Homero, dijo un poeta.

—Eneas haciendo rodar á Aquiles, añadió otro.

—Un lance por una... hermosa, dijo otro.

—De cuyo lance resultarán estocadas.

—¿Quereis hacerme un favor, señores? dijo Juan Montiño.

Miraron todos con atencion al jóven.

—No hablemos mas de esto, dijo.

—¡Pero...! exclamó Dorotea...

—En resumidas cuentas, dijo un comediante... como don Bernardino de Cáceres es vuestra sombra, y se ha encontrado con otra sombra mayor...

—¡ Ah !

—Pues... nada... estas son cosas que suceden en el mundo, dijo el alférez, y que una vez sucedidas, no tienen mas que un remedio... este caballero lo sabe y yo lo sé y todos lo sabemos... conque no hay que hablar mas de ello.

Dorothea se asió del brazo de Juan Montaña, y se le llevó entre los tonos, en donde estuvo paseando con él, dando lugar á las murmuraciones del corro que crecieron.

—¿ Por quién habeis pegado á don Bernardino? dijo Dorothea : ¿ por mí ó por Mari Diaz...? estamos solos, Juan, y quiero que me digais la verdad... cuando yo salia la Mari Diaz os citaba.

—He pegado á ese hombre, por él mismo ; y en cuanto á esa mujer, no teneis motivo para enojaros conmigo.

—¿ Y qué pensais hacer?

—¿ Qué he de hacer mas que matar á ese hombre, y dejar ir por su camino á esa mujer?

—¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¿ pero sabeis quién es don Bernardino?

—Un impertinente.

—Todos le temen.

—Hacen muy mal.

—Os matará ú os estropeará.

—Creo que ese hombre tiene la espada mas virgen del mundo, dijo con desprecio Montaña.

—¡ Ah ! ¡ no lo creais ! cuando él habla todos callan.

—Razon mas para dudar de su valentía. Cuando todos temen á un hombre es cuando menos debe temérsele.

—Vos no ireis.

—¡ Cómo ! ¿ me pedís vos que me deshonne? ¿ Consentiriais vos á vuestro lado á un hombre que hubiese perdido la vergüenza?

—Os quiero vivo.

—Y vivo me tendreis.

—Pero suponiendo que... lo que es suponer mucho... venciéseis á don Bernardino...

—Anoche vencí dos veces á Calderon.

—¡ Ah ! ¡ es verdad ! y don Rodrigo es muy valiente y muy diestro...

me habia olvidado... pero ¡Dios mio! aunque eso sea, de todos modos, os pierdo : si le matais tendreis que huir.

—No le mataré.

—¡Oh! gracias...¿no ireis no es verdad? esperareis á que se acabe la funcion y os vendreis conmigo... yo haré... yo diré al duque de Lerma que destierren á ese hombre.

—¿Qué estais diciendo...? iré á encontrar á don Bernardino al lugar donde me ha citado... y no le mataré, pero le escarmentaré... ¡miserable! ¡vive Dios que ningun hombre se ha atrevido como él á probarme la paciencia!

—Malhaya la hora en que os traje al teatro.

—¿Y por qué? nada temais : yo haré de modo que me conozcan esos señores, y cuando me conozcan me respetarán, os lo juro.

—¡Dorotea! ¡Dorotea! dijo una voz cerca de ellos.

—¡Otra vez á la escena! exclamó la jóven: ¡oh! ¡malditas sean las comedias y mi suerte...! esperadme, no os vayais.

Y desasiéndose del brazo de Juan Montiño, atravesó rápidamente el espacio comprendido entre los telones, y salió á la escena.

Poco despues, se oyeron fuera estrepitosos aplausos.

—Es mucha, mucha mujer esa, dijo una voz junto á Juan Montiño, y no me estraña que la ameis.

Volvióse el jóven, y vió junto á sí, á Ginés Saltillo.

—¿Quién os ha dicho que yo amo ó dejo de amar á esa señora? y sobre todo, ¿os importa á vos? dijo el jóven que estaba resuelto á sostener la cuerda tirante hasta que saltase.

—Teneis una manera de contestar... dijo contrariado el alférez.

—Cada cual tiene sus costumbres, como vos las teneis en meteros en lo que no os va ni os viene.

—Perdonad, yo creí que un hombre que se ha ofrecido á servirlos de testigo...

—¿Y qué falta me hacen á mí testigos para mis asuntos?

—¡Ah! pues os digo que si lo tomais así, vais á tener mil camorras todos los dias, sino es que á la primera os escarmientan.

—Os suplico que me dejeis en paz.

—Señor mio, dijo el alférez retorciéndose su mostacho: yo soy un hombre que lo tomo todo con mucha calma, que antes de tirar de la espada, miro si hay motivo para ello, y que antes de ofenderme de las palabras de otro hombre, procuro conocer en que estado se halla al de-

circas. Vos estais irritado, no sé si con razon ó sin ella. Habeis abofeteado á un hombre, ignoro con qué motivo: ese hombre os ha pedido que le desagraviéis riñendo con él, y vos habeis aceptado: yo era el único hombre de espada que estaba presente, y me ofrecí...

—Y yo he aceptado.: gracias, dijo seca y brevemente Juan Montino.

—Cuando un hombre acepta de otro esta clase de servicios, es ya casi un amigo, y cuando un hombre es amigo de otro, púede decirle... lo que os he dicho acerca de Dorotea, y tanto mas, cuanto me habia quedado solo, porque los otros se han ido, para serviros. Ahora... y el alferez se retorció el otro mostacho y dió una entonacion singular á su voz: si encontrais en mí impertinencia... es distinto, caballero... decídmelo para que yo sepa á lo que debo atenerme, y obrar como obrar deba.

—Perdonad, dijo Juan Montino; estaba y lo estoy fastidiado: os he confundido con esa turba que me miraba sonriendo, y acaso por equivocacion os he ofendido... perdonad, yo no os conocia, no os habia visto hasta hoy.

Y tendió su mano al alferez.

—Hubiera sentido reñir con vos, dijo este apretando con fuerza la mano del jóven; teneis para mí un no sé qué... algo que me habla en vuestro favor. ¿Sois soldado?

—Puede ser que á estas horas lo sea de la guarda española.

—¡ Ah! vive Dios: ¡pues si sois de la guarda española, y de la tercera compañía de la que soy alferez, seremos camaradas. Y ya que eso púede ser, me alegro de vuestro lance con don Bernardino.

—¿ Por qué?

—A todo el que entra en la guarda española, se le piden pruebas de valiente: conque hayais reñido bien con don Bernardino de Cáceres, las llevais hechas.

—Me parece poco hombre para prueba ese hidalgo, dijo con desprecio Juan Montino.

—¡ Bah! don Bernardino es una espada valiente, y muy bravo y sereno. Conque salgais de un lance con él sin que os mate, no hay mas: habeis quedado recibido en todas partes y por todo el mundo por valiente y buen espada.

—¿ Sabeis á cuantos ha matado don Bernardino?

—Saber por mí mismo... no... pero se dice de él...

—¡ Eh! del dicho al hecho...

—Pues bien, alégrome de que esteis tan bien alentado... pero por allí pasa la Dorotea, y os hace señas... id... que aquí os espero.

—Mas bien, cuando se acabe la funcion, y yo haya dejado á Dorotea en su casa, esperadme en las gradas de San Felipe.

—Pues, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Montiño siguió á la Dorotea, y el alférez harto pensativo por lo que habia mostrado de sí Juan Montiño, salió del vestuario.

## CAPITULO XXIX.

De cómo hizo sus pruebas de valiente por ante la gente brava, Juan Montaña.

Eran las doce de la noche.

Dos hombres adelantaban por la calle del Arenal hácia la subida de San Martín.

Era la noche oscura, continuaba lloviendo, y no podía conocerse á aquellos bultos.

Encamináronse á San Martín, llegaron, tomaron á la izquierda por la estrecha calleja del postigo, revolvieron á la derecha, y se entraron por unos tapias derribados, en un ancho hundimiento.

Treparon aquellos dos hombres sobre los escombros, y á poco les detuvo una voz que les dijo:

—¿Quién vá?

—El alférez Saltillo, dijo uno de los que llegaban.

—¿Viene con vos el difunto? dijo otro.

—No sé por qué decís eso, amigo Velludo, sino es porque aquí hay un olor á muerto que vuelca.

—Yo creo que traeis ese olor metido en las narices, amigo Saltillo.

—Pronto hemos de ver si está este olor aquí, ó si le traemos nosotros. ¿Está don Bernardino?

—Impaciente.

—Pues aun no han dado las doce.

—Es que el reloj de la honra adelanta siempre.

—Pues adelante.

—Adelante.

—Me habeis prometido no desenvainar la espada, señor alferez, dijo Juan Montiño.

—Es verdad que os lo he prometido aunque no es la costumbre; los padrinos siempre riñen.

—Lugar tendreis de reñir si me matan; pero entremos bajo techado porque llueve muy bien.

—Eso es: en estas casas hundidas han quedado algunas habitaciones en pié. ¿Estais ahí, amigo Velludo?

—Aquí estoy.

—¿Habeis traído linterna?

—Si, ¿y vos?

—Tambien.

—Pues hagamos luz.

En aquel momento salieron dos linternas de debajo de las capas de los padrinos.

A su luz turbia y escasa se vió una habitacion destartalada, ennegrecida, polvorienta, en estado de inminente ruina, y sin maderas en los vanos de las puertas y ventanas, que se habian convertido en boquerones.

Al fondo de la habitacion habia dos hombres.

Don Bernardino de Cáceres y su padrino.

—Creo que podemos empezar cuanto antes, dijo don Bernardino desnudando la espada y tomando la linterna de mano de su padrino.

—Por nosotros no hay inconveniente, dijo el alferez, dando su linterna á Juan Montiño. Pero antes de empezar debo advertiros una cosa, amigo Velludo.

—¿Qué?

—Nosotros no reñiremos.

—La costumbre es que los padrinos riñan.

—Cierto; pero yo no soy padrino del señor Juan Montiño, sino su amigo, que viene á ver lo que va á pasar aquí para contarlo despues á todo el mundo, si es que este hidalgo lleva á cabo lo que se ha propuesto.

—¿Y qué se ha propuesto este hidalgo? dijo con desprecio don Bernardino.

—Se ha propuesto, dijo el alferez, daros á los dos una vuelta.

—¡Una vuelta! ¡vive Dios, exclamó don Bernardino, que este hidalgo debe ser de Andalucía!

—Una vuelta de cintarazos, añadió el alferez.

—Pues á verlo, exclamó don Bernardino avanzando ciego de furor hácia Juan Montaña.

Al primer testarazo de este, y decimos testarazo porque no encontramos otra frase mejor, la linterna de don Bernardino cayó al suelo, se rompió y se apagó.

Montaña y Saltillo se echaron á reir.

—¿No decia yo que os ibais á divertir, alferez? dijo Montaña, parando un tajo de don Bernardino: pues ya os habeis reido, y ahora vereis. ¿Qué haceis ahí, don murciélagos, puesto á la sombra? añadió, dirigiéndose al que el alferez habia llamado Velludo.

Y tras estas palabras le metió un cintarazo.

Velludo dió un rugido, desnudó la espada, y se fué á Montaña.

El jóven tenia delante dos enemigos que le acometian ciegos de furor; pero alcanzaba con su espada á uno y otro lado de la habitacion, y no les dejaba avanzar.

El alferez con la espada envainada, estaba detrás del jóven.

Juan Montaña volvia la luz de su linterna, tan pronto sobre el uno como sobre el otro de sus enemigos.

De tiempo en tiempo les metia un furioso cintarazo.

El alferez soltaba una carcajada.

Otra carcajada de Juan Montaña contestaba á la del alferez.

Los aporreados blasfemaban y apretaban los puños.

Pero Juan Montaña los habia acorralado en un rincon, y dominados ya, les sacudia que era una compasion.

Aquello habia pasado á ser una burla feroz.

Era el desprecio mayor que podia hacerse de dos hombres.

Juan Montaña demostraba, no solo que era valiente y bravo, sino que su destreza era maravillosa.

El alferez se tendia de risa, y cuando Montaña tras una doble parada difícil sacudia dos cintarazos, aplaudia.

De repente se vió un resplandor vivo, y sonó una detonacion.

Don Bernardino, aturdido ya por los golpes, irritado, mortificado, fuera de sí de cólera, habia desenganchado un pistolete de su cinturon y habia hecho fuego.

Pero, por fortuna para Juan Montño, este vió el pistolete, y tocó con el único tajo que habia tirado, al brazo de don Bernardino; el tiro fué al suelo; don Bernardino, que habia cambiado la espada á la mano izquierda para apelar á aquel recurso villano, estaba fuera de combate: no podia valerse del brazo derecho.

Velludo estaba acobardado, y habia bajado la espada.

—Basta de leccion, dijo Juan Montño: idos don Bernardino á curar, y vos estiraos, don encogido, y largaos mas que á paso. Y en adelante mirad con quien os meteis, que no todos los caminos son andaderos.

—Lo que habeis hecho es una iniquidad, dijo don Bernardino.

—¡Cómo! ¡he reñido contra dos y llamais esto inicuo! exclamó Juan Montño: ¡vos que habeis tenido la cobardia de disparar contra un hombre con quien reñiais con ventaja!

—Mirad, don Bernardino, dijo Saltillo: os aconsejo que os vayais de Madrid.

—¡Me vengaré...!

—Dejaos de simplezas... lo mejor es que os vayais, porque cuando se sepa lo que aquí ha pasado, os van á tirar tomates los muchachos por la calle.

—Os prevaleis de que tengo herido un brazo.

—Yo no creía que erais tan cobarde y tan torpe, dijo el alférez. Ea, idos sino quereis que os eche á puntapiés....

—Nos veremos, señor alférez, dijo don Bernardino y salió.

Velludo se iba á escurrir tras él, pero le detuvo el alférez.

—He ¿adónde vais vos, señor Diego?

—Me voy avergonzado.

—No lo extraño, porque sois valiente.

—Yo no soy nada... lo que me ha sucedido esta noche...

—Si sois valiente y honrado, siento lo que os ha acontecido, amigo, dijo Juan Montño; yo lo he hecho sin intencion.

—Pero esto es un milagro... ¿Quién os ha enseñado á esgrimir?

—¡Bah! ya lo creo: dijo el alférez cruzando con su palabra la contestacion de Juan Montño, es verdaderamente maravilloso: ya sabeis que yo meneo bien los hierros.

—Si por cierto.

—Pues bien, antes de venir aquí, supliqué á ese caballero tuviese la bondad de manifestarme su destreza, porque ya sabeis que don Bernardino es diestro. Yo no queria ser testigo de un asesinato. Nos fuimos casa del

maestro Tirante, y este caballero ha tirado con él. Le ha plantado en un santiamen cinco botonazos y tres tajos; entonces me dijo el maestro Tirante:

—Aunque riña solo contra dos, dejadle, señor Saltillo, que no se le acercarán.

—Gracias á mi pobre tio, dijo Juan Montño.

—Gracias á vuestra ligereza, á vuestros puños, á vuestra vista, á vuestra serenidad... pero vamos á otra cosa: ¿vos señor Velludo sentiríais mucho que esto se supiera?

—Yo me voy de Madrid.

—No por cierto: nosotros callaremos, pero vos habeis de contar la villanía obrada por don Bernardino, y la paliza que este caballero le ha dado.

—Pero don Bernardino se irá.

—Don Bernardino dirá que hemos venido dos contra él.

—Pues no, eso no, dijo Velludo; lo que ha pasado lo sabrá todo el mundo.

—No hay necesidad de hablar de esto una palabra, dijo Juan Montño; si ese hombre sigue haciéndose molesto; yo le daré una nueva leccion delante de todo el mundo, ó vosotros, señores, si se os viene rodado. Por ahora me parece mejor otra cosa.

—¿Qué?

—Que nos vayamos á una hosteria.

—¿Y Dorotea, que estará con cuidado?

—Se la avisará.

—Pues á la hosteria.

—¿Y adónde que no nos molesten? dijo Juan Montño.

—A la Caba-baja de San Miguel. Allí hay truchas y perdices frescas.

—Pues á la Caba-baja.

Los tres jóvenes se pusieron en marcha.

El aporreado parecia haber olvidado su aporreo, y charlaba como los otros dos.

Los tres se burlaban de don Bernardino.

Y entre burlas y risas, se encontraron en la Caba-baja de San Miguel, delante de una puerta.

—Ante todo, señores, nadie paga mas que yo, dijo Montño.

—Concedido, dijo el alferez.

—Muy bien, añadió Velludo; pero á condicion, que yo he de pagar otra vez.

—Bueno, pero esta noche es mía.

—Enhorabuena.

Y acercándose el alférez á la puerta, llamó.

Nadie contestó de adentro.

—No nos abrirán dijo Velludo: ha pasado hace mucho tiempo la hora fijada de las ordenanzas.

—Ya vereis, dijo el alférez tocando de nuevo á la puerta: ¡abrid al alférez Saltillo!

Como si aquel nombre hubiera sido un conjuro la puerta se abrió.

—Entrad, dijo una voz recatada, y no armeis ruido no os oigan los vecinos y den parte á una ronda.

—¡Vaya unos vecinos!

—Como que de la multa de diez ducados que nos sacan, dan dos al acusador: y están los tiempos tan malos... las gentes dan en la tentación... ¡si se llevaran quince millones de demonios al duque de Lerma...!

Cuando el hostelero se atrevió á decir estas palabras, habia ya cerrado la puerta, y estaba bien adentro de su casa.

—Mira, le dijo el alférez, llévanos arriba, á aquella sala azul pequeña que tienes tan cuca, y que nos sirva aquella muchacha de los ojos verdes: aquella Inés...

—Está durmiendo...

—Que despierte.

—Y si para que nos sirvais mejor se necesita muestra, hela aquí, dijo Juan Montiño poniendo en las manos del hostelero un doblon de á ocho.

Sonaron otros muchos en el bolsillo del jóven.

El alférez y Velludo se miraron con asombro.

Juan Montiño habia crecido para ellos dos palmos.

En cuanto al hostelero, se habia avanzado á un corredor exclamando:

—Inesilla, hija, despierta, y vístete y ponte maja, que tres gentiles hombres te favorecen queriendo que tú los sirvas. Al momento viene, señores. Vamos á la sala azul. Luego yo bajaré á disponer los manjares, y á sacar las botellas de la bodega. Eh, ya estamos en la sala azul. Es muy buena: en ella solo comen personas principales: he comprado esta docena de sillones y estos espejos á un indiano que se volvia á las Indias. Vais á estar como príncipes: os traerán brasero, que hace frio... y... necesito dejaros para serviros mejor... con qué... ya vereis, caballeros, ya vereis.

El hostelero salió, y los jóvenes acababan de sentarse, cuando se oyó en la calle una voz angustiada y desesperada que gritaba:

—¡ Ladrones! ¡ ladrones!

La voz se apagó instantáneamente, pero los tres jóvenes estaban ya de pié, y se habian dirigido instintivamente á la salida con las manos puestas en las espadas.

—Juraria, dijo Juan Montiño saliendo y precipitándose por las escaleras, que esa era la voz de mi tío.

—¡ De vuestro tío!

—Si: abrid, abrid la puerta, gritó Montiño al hostelero.

—¿ Y quién es vuestro tío? dijo el alférez que le seguia.

—Francisco Montiño, cocinero mayor del rey.

—Os aconsejo que no salgais, dijo el hostelero: nadie se mueve de noche aunque oiga lo que oiga.

—¡ Abrid, vive Dios! exclamó Juan Montiño, ú os abro la cabeza.

El hostelero abrió sin replicar.

Los tres jóvenes se lanzaron en la calle.

Un hombre estaba rodeado de otros cuatro.

Otros dos hombres se llevaban un bulto.

—Seguid á aquellos y detenedlos, dijo Juan Montiño, yo me quedo con estos.

Pero antes de proseguir, necesitamos ocuparnos de ciertos antecedentes, que empezarán en el capítulo que sigue.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is well-posed in the sense of Hadamard. The second part is devoted to the construction of the solution. The third part is devoted to the study of the properties of the solution. The fourth part is devoted to the study of the stability of the solution. The fifth part is devoted to the study of the convergence of the solution. The sixth part is devoted to the study of the error of the solution. The seventh part is devoted to the study of the numerical solution. The eighth part is devoted to the study of the application of the solution. The ninth part is devoted to the study of the conclusion. The tenth part is devoted to the study of the references.

## CAPITULO XXX.

De cómo engañó á Dorotea para llevarla á palacio el tío Manolillo.

Dorotea se habia quedado sola en su casa, hasta la cual la habia acompañado Juan Montiño despues de la salida del teatro.

Eran ya bien las ocho de la noche.

La jóven estaba triste, porque Juan Montiño se habia separado de ella para acudir á un lance desagradable y acaso peligroso.

—¿Qué necesidad tenia yo, dijo, de haberle llevado al teatro?

Ninguna.

Ha visto á Mari Diaz, y ha tropezado con don Bernardino.

Bien empleado me está.

He querido lucirle.

Vamos: si sucede algo malo á Juan, no sabré de qué manera castigarle.

¡Casilda!

—Señora.

—Si viene el duque de Lerma, que estoy mala.

—Muy bien.

—Si se empeña en entrar, que el médico ha dicho que no puede hablárseme.

—Muy bien: ¿y si viene el señor Juan Montiño?

—Viéneme á su casa. ¡Ah! me olvidaba: pon una cama en el gabinete de tapicería.

—Muy bien.

—Y cuanto se necesite: un aposento bien servido.

—Muy bien. ¿No os desnudais?

—No... mira... si viene el tío Manolillo...

—¿Le digo que no puede entrar?

—De ningun modo... si viene...

—Ha venido ya, y dijo que volvería.

—Pues cuando vuelva, que entre.

—Me parece que es ese que llama á la puerta.

—Pues ábrele... ábrele.

Casilda salió.

Dorotea se quedó esperando con impaciencia.

Poco despues entró el tío Manolillo, que arrojó al suelo la capa y la gorra que venian empapadas de agua.

Luego adelantó, se sentó junto al brasero y se puso á mirar de hito en hito á Dorotea.

—¡Qué hermosa, y qué engalanada estás, hija mia! la dijo: De seguro no esperas al duque de Lerma. Para él no te atavías tanto.

—Este es el traje que he sacado en la comedia, y por cansancio no me le he quitado todavía.

—No, no es eso, el duque te ha puesto hermosa para otro.

—¡Ah! puede ser.

—¿Estás enamorada Dorotea?

—No lo sé.

—Esa contestacion me asusta.

—¿Y por qué?

—Cuando una mujer no ve claro en su corazon...

—Prueba que está ni dentro ni fuera.

—Te creo demasiado dentro.

—Puede ser.

—¿Me hablarás la verdad, si te pregunto?

—Nunca os he engañado: me servís de padre.

—Padre que ahora hace bien poco por tí.

—Vos habeis hecho cuanto podíais por mi. Habeis pasado miserias y trabajos durante muchos años, para poder pagar mis alimentos en las Descalzas reales. Yo he sido una ingrata...

—No hablemos, no hablemos de eso: ya no tiene remedio.

—Si que le tiene: y en eso estaba pensando.

—¿En eso?

—Si, en el remedio. Pienso despedirme del teatro.

—¡Ah!

—Y dar ocasion al duque para que se despida de mí...

—¡Ah! ¿Y con quién piensas quedarte?

—Con él, si me ama.

—¿Con el señor Juan Montaña?

—Si.

—Yo te daria un consejo.

—¿Cual?

—Que olvidaras á ese jóven.

—No puedo.

—¿Tan enamorada estás de él?

—Si no estoy enamorada, estoy empeñada.

—Puede ser que mañana sea demasiado alto para tí.

—¡Pero si yo no quiero que se case conmigo!

—Puede suceder que él se case con otra mujer.

—¿Qué habeis dicho? exclamó levantándose Dorotea.

—¡Oh! ¡le ama! exclamó el bufon.

—¡Que se casa con otra...! si, si, todo puede suceder... pero por ahora...

—Puede ser que ame á otra.

—¡Que ame! ¡es que me avisais! dijo Dorotea conteniéndose pero temblando: ¿es verdad que ama á otra mujer? ¿será verdad lo de la reina?

—No, lo de la reina no: pero el señor Juan Montaña tiene amores en palacio.

—¿Y con quién?

—Con doña Clara Soldevilla.

—¡Doña Clara! pero si esa mujer... si la llaman... la desesperacion de los hombres...

—Si... si... es cierto, la llaman la menina de nieve.

—Y aunque él la ame...

—Le ha amado ella antes. La nieve se ha derretido.

—¿Pero cuando ha visto doña Clara á Juan?

—Anoche... en la calle.

—¡ Oh ! ¿ y se ha enamorado de él ?

— Como tú.

— Pero él... él no la ama.

— Doña Clara es muy hermosa.

Plegó el bellísimo entrecejo Dorotea , y adelantó el labio inferior en un mohin desdeñoso.

— Aunque tú seas tan hermosa ó mas hermosa que doña Clara , hija , te falta una cosa que á ella le sobra.

— ¿ Y qué es lo que me falta ?

— Ser Truto prohibido.

Conmovióse profundamente la Dorotea , y sus ojos se arrasaron de lágrimas ; al tio Manolillo , se le desgarró el corazón.

— ¡ Oh ! ¡ si , es verdad ! dijo dolorosamente la Dorotea : ella es una noble dama ; su padre es un valiente soldado... yo... yo no tengo padres... yo soy una mujer perdida : ella es menina de la reina... yo soy comedianta... pero ella no le ama como yo... no , no le ama como yo... de seguro... ella no es capaz de hacer por él lo que yo haré... ella... ¡ ah ! ¡ ella es altiva ! está enorgullecida por su nombre , por su nobleza , y él es sobrino de un cocinero... esa mujer... aunque le ame... estoy segura de ello , no le confesaré su amor... mientras que yo le he abierto mi alma entera.

— ¡ Ah ! ¡ estás loca por él , hija mia !

— Yo no sé... yo no sé... pero me parece que le he conocido toda mi vida ; que Dios me ha criado para él... me parece el mas hermoso del mundo... no se aparta de mi memoria... y mirad : hoy he representado mejor que nunca... y es que... hasta hoy no habia comprendido el amor... hoy he pronunciado los amores de la comedia con el alma... y el público me ha aplaudido con frenesí... y escuchad : nunca los aplausos me han satisfecho tanto... nunca me han causado tanta alegría... nunca me han enorgullecido de tal modo... porque estaba él allí... me veia... me oia... escuchaba aquellos aplausos... ¡ oh ! si ese hombre no es de piedra me amaré... me amaré... porque yo quiero que me ame... lo quiero y será.

— ¡ Estás loca ! repitió tristemente el tio Manolillo.

— Pero decidme... decidme... ¿ cómo sabeis vos que esa mujer... doña Clara... ama á Juan ?

— ¿ Quieres tú saberlo tambien ?

— ¿ Que si quiero ? ¡ Si !

—Pues bien, ven conmigo.

—¿Adónde?

—A palacio.

—¡A palacio! ¿y qué tengo yo que hacer en palacio? dijo con desden la Dorotea.

—Verás lo que yo he visto, verás entrar á Juan en el aposento de doña Clara.

—Esta noche no irá Juan á palacio, dijo con acento profundamente triste la jóven.

—¿Y por qué?

—Porque tiene que hacer en otra parte.

—¿A qué hora?

—Es verdad: yo no sé... no sé si antes tendrá tiempo... y si la ama... irá antes... antes de un peligro en que puede morir: todo hombre que ama va á ver á la mujer de su amor.

—¡Morir! exclamó el bufon.

—Si: le he llevado por mi desdicha al teatro: allí ha tropezado con ese impertinente de don Bernardino de Cáceres, que le ha provocado: que le ha metido en un lance.

—¡Bah! pues don Bernardino no le matará, exclamó con gran confianza el tio Manolillo.

—¿Y decís que irá al alcázar Juan?

—De seguro.

—¡Oh! ¿y podeis ponerme en sitio desde donde le vea..? añadió con ansiedad la jóven.

—Desde donde veas y oigas.

—¡Casilda! ¡mi manto y mi litera! gritó la Dorotea poniéndose violentamente de pié.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! murmuró para sí el bufon: ¡si al menos ella no fuera tan desgraciada! ¡si ya que de tal modo ama á ese hombre, él la amase...!

Entre tanto, Dorotea se ponía apresuradamente el manto: cuando le tuvo prendido se volvió impaciente al bufon, y le dijo con la voz temblorosa:

—Vamos, llevadme al alcázar.

—Una palabra no mas: ¿serás prudente?

—Si.

—¿Me obedecerás?

—Si.

—¿Vieres lo que vieres?

—Si.

—Pues bien, hija mia, vamos.

El bufon y Dorotea salieron de la sala : poco despues, una litera cerrada se encaminaba á palacio.

## CAPITULO XXXI.

Continúan los antecedentes.

El padre Aliaga habia entrado en el alcázar, por la puerta de las Meninas.

No habia ido á él con el solo objeto de conocer á Dorotea.

Nuestros lectores recordarán que en la carta que habia escrito al padre Aliaga doña Clara Soldevilla, acusando á Dorotea y á Gabriel Cornejo, le habia espresado el deseo de hablar con él para explicarle enteramente el contenido de la carta.

Este era otro de los objetos que llevaban á palacio, al padre Aliaga : hablar con doña Clara.

Sentia ademas un deseo punzante de hablar á la reina y doña Clara, que era la favorita de la reina, podia satisfacer este deseo.

Le importaba tambien no poco, sentir por sí mismo que aire corria en palacio.

De modo que, eran muchos los objetos que llevaban á palacio al confesor del rey, objetos todos enlazados, que reconocian una misma causa: su amor á la reina.

Porque nuestros lectores lo habrán comprendido; el padre Aliaga amaba á Margarita de Austria.

Alma vacia de felicidad; llena de dolor; pensamiento enérgico, corazón ardiente, fray Luis de Aliaga habia abrazado por desesperacion

la vida del claustro. El, como nos lo ha dicho, en los primeros momentos de dolor por la perdida de la primer mujer que habia amado, creyó que todo lo que podia ligarle en el mundo habia concluido.

El padre Aliaga, jóven entonces é inesperto, no habia comprendido que el hombre vivé para sí mismo, por mas que se haga la hermosa, la noble ilusion de que vivé para los demás: que el corazon tiene una tendencia invencible hácia el sentimiento dulce, y que rechaza el dolor, que es un sentimiento amargo; le rechaza como rechaza todo lo que existe, lo que le es el contrario, mientras busca ansioso ese otro sentimiento de dulzura que es su alimento, por decirlo así, de vida; no habia comprendido que el tiempo mata el dolor, y concentra el deseo, y se encontró demasiado vivo, cuando se creia muerto; vigoroso, cuando se creia gastado; necesitado de un mundo de impresiones, de afectos, de contrastes, de vida, en una palabra, cuando huyendo del mundo, se habia refugiado en el claustro.

Pero fray Luis de Aliaga tenia el sentimiento de la virtud, la amaba y la practicaba.

Comprendió que su suerte estaba decidida y la aceptó.

No dió el escándalo de rebelarse contra ella.

Tuvo bastante fuerza de voluntad para encerrar, para contener dentro de su alma sus pasiones, y que no se demostrasen en sus actos, ni saliesen siquiera á su semblante, ni á sus palabras.

Se mortificó, oró, luchó, pero si consiguió la paz en su aspecto, no consiguió la paz de su espíritu.

Se dedicó al estudio, arrojó sobre sí los penosos trabajos del púlpito y del confesonario, y llegó á ser catedrático de la Universidad de Zaragoza, y logró que le mirase todo el mundo con afecto.

Al verle con su cabeza baja y meditabunda, con los brazos cruzados sobre su cintura y las manos perdidas en las anchas mangas de su hábito, atravesar tristemente las calles de Zaragoza en direccion á la universidad, acompañado de un lego, todos decian:

—¡Oh, que buen sacerdote y que santo varon es el padre Aliaga!

Y sus compañeros, los padres graves del convento, al ver su leve y triste y siempre dulce sonrisa, su palabra siempre tímida y escasa, lo dulce de sus sermones y la paciencia con que asistia un dia y otro al confesonario, habian acabado por creerle pobre de espíritu, le trataban con cierta superioridad impertinente, y decian de él que era *un buen hombre*.

Su fama de buen hombre trajo sobre él, no sin envidia de sus compañeros, el nombramiento de confesor del rey.

Todos los padres doctos de la Orden de Predicadores, hubieran querido ser en aquellas circunstancias tan buenos hombres como el padre Aliaga.

Este siguió en la córte su inalterable línea de conducta. El rey, que era sumamente devoto, estaba encantado con su confesor, que pasaba con él largas horas hablando de cosas místicas, y con un misticismo tal, que aventajaba al del rey.

Porque el alma del padre Aliaga estaba huérfana, sola y desterrada y buscaba consuelos en la dulzura de la religion de Jesús.

Encantaba, además, al rey, el que el padre Aliaga no se entrometiese jamás en los asuntos de Estado, porque Felipe III, en abierta contraposición con su padre Felipe II, que pasaba su vida sobre los negocios, sentía hácia ellos una repugnancia invencible.

A poco tiempo de llegar fray Luis á la córte, conoció á la reina.

Al verla el religioso se inclinó y permaneció con los ojos bajos.

Si los hubiera alzado, la reina hubiera visto algo extraño en ellos.

Al ver á Margarita de Austria, el padre Aliaga había experimentado esa violenta impresion que produce sobre ciertos hombres la vista repentina de una mujer que, por sus formas, influye poderosamente sobre los sentidos, y por ese misterioso poder que se llama simpatía, en el alma.

Fray Luis, acostumbrado á la lucha consigo mismo, tuvo suficiente poder para dominarse, para apagar su mirada, para contener el estremecimiento de sus músculos; se habia puesto la careta y á través de ella miró ya, sin temor de que su alma fuese sorprendida, á la reina.

Y al verla con mas reflexion, dominado, sereno, fray Luis se estremeció. Vió que la reina era una víctima que luchaba, que estaba sola en la lucha, que era infeliz: comprendió que la reina era valiente, que habia luchado, luchaba y lucharía, y que la lucha debia haberla procurado enemigos; vió en los ojos, en el semblante de la reina, la altiva tristeza de la dignidad hollada: comprendió cuanto debia sufrir aquella mártir coronada, unida á un rey casi nulo, sobre el que tenian una decidida, una incontrastable influencia, palaciegos codiciosos, vanos, miserables, capaces de todo por sostenerse en el favor del rey, que era el medio para ellos de sostener su vanidad y sus rapiñas: fray Luis, por amor á la reina, fue enemigo de aquellos hombres, contrajo consigo mismo el grave compromiso de defender á la reina, de ayudarla, combatiendo á sus

enemigos; y sin embargo, nada dijo á la reina, jamás una mirada suya torpe ó descuidada, pudo revelarla lo que por ella sentía el padre Aliaga.

Y eso que el desdichado estaba cada dia mas enfermo del alma, mas desesperado, mas reñido con su terrible posicion.

Uno solo, el bufon, el tio Manolillo habia adivinado el secreto del confesor del rey, y esto en vagas y fugitivas señales, cuando los celos devoraban al religioso, al oir decir al rey:

—Fray Luis, rogad á Dios por la vida de mi muy amada esposa: anoche su magestad me ha revelado que está en cinta.

Dos veces que el rey dijo esto al padre Aliaga, fue en presencia del tio Manolillo.

Este, que era observador por temperamento, y astuto y sagaz, y de imaginacion vivisima; habia reparado en lo que el rey no habia podido reparar por su descuido: esto es: que al recibir esta noticia imprevista, habia pasado por la mirada del fraile algo extraño; que se habia revuelto algo misterioso en el oscuro foco de sus negros ojos; que se habia puesto pálido, y que una ligera, pero violenta contraccion, habia pasado con la rapidez de un relámpago por su semblante.

El tio Manolillo, á la luz de aquel relámpago, habia visto hasta el fondo tenebroso del alma del padre Aliaga.

Importábale mucho al bufon poseer un secreto del padre Aliaga y un secreto importante.

Le importaba por Dorotea.

Debemos tener en cuenta que la Dorotea era para el bufon, lo que la reina para el padre Aliaga: el alma entera. Disimulaba el bufon su amor, le comprimía, le devoraba, le contenía, aunque por distinta causa.

El padre Aliaga obedecia á sus deberes.

Sacerdote, debia combatir aquella tentacion impura.

Cristiano, debia huir del solo pensamiento de unos amores adúlteros.

El tio Manolillo debia respetar, respecto á Dorotea, otra razon gravisima para todo corazon de sentimientos elevados.

Dorotea no podia amarle.

Por su edad, por su figura, por la costumbre de Dorotea de verle todos los dias desde su infancia, por la proteccion especial que la dispensaba, Dorotea no podia ver otra cosa en él que un padre providencial, que habia reemplazado á su padre natural. Otros amores en Dorotea respecto al bufon, hubieran sido repugnantes.

Mas que repugnantes, monstruosos.

El tío Manolillo lo comprendió, y dominó su amor.

El padre Aliaga y el bufón, aunque por causas enteramente distintas, estaban, por los resultados, en el mismo caso respecto á las dos mujeres que amaban.

Entrambos tenían el alma noble y grande, y rechazaron de ella todo lo impuro.

Idealizaron su amor.

Pero al idealizarle, le hicieron mas grande.

Por amor á la reina, el padre Aliaga que no era ambicioso, procuró hacerse influyente en la córte, pero de una manera indirecta, sorda, sin dar la cara en cuanto le fuese posible. Procuró atraerse, y se los atrajo, á los enemigos de los enemigos de la reina, y soló se descubrió en la parte que le fue imposible cubrirse.: esto es, respecto al rey.

Ya hemos visto que el padre Aliaga conspiraba de una manera sorda.

Hemos indicado tambien que habia sabido hacerse necesario á Felipe III de tal modo, que Lerma, desesperado de poderle alejar de la córte, en vista de repetidas é inútiles tentativas, habia acabado por procurar atraérselo á fuerza de honores y distinciones.

El padre Aliaga recibia las distinciones y los cargos que por sí mismos le daban mas fuerzas, mas influencia, y respecto á Lerma, se mantenía firme como una roca.

El padre Aliaga se habia constituido en escudo de la reina.

El tío Manolillo habia presentido, que, á causa del carácter casquivano de Dorotea, podia suceder que alguna vez tuviese necesidad de una poderosa influencia para sacarla de un terrible compromiso.

Dorotea era violenta, tenia, como la mayor parte de las gentes poco instruidas de aquel tiempo, ideas sumamente supersticiosas: ya, por alguno de sus amantes, la habia visto el bufón recurrir á los medios reprobados del bebedizo, de los conjuros, de las hechicerías: si la supersticion de Dorotea llegaba hasta el punto, como no era difícil, de querer adquirir la mentida ciencia de la adivinacion y de los sortilegios, podia suceder que la Inquisicion, implacable con todo lo que tendia á empañar la fé de la religion católica, se apoderase de ella.

El tío Manolillo, al sorprender el secreto del alma del padre Aliaga, se alegró: porque tener en sus manos á un religioso de la Orden de Predicadores, tal como el padre Aliaga, era tener un tesoro para el caso no imposible, de que Dorotea se viese sujeta á un juicio por la Inquisicion.

Ya hemos visto en la carta de doña Clara Soldevilla al padre Aliaga, que los presentimientos del bufon no habian sido exagerados.

Le hemos visto tambien conmoverse al oír en los labios del padre Aliaga, el nombre de Dorotea.

El bufon queria acercar á la jóven al padre Aliaga, y esplotar en su provecho el amor que el padre Aliaga habia sentido en su juventud hácia su madre.

Por eso habia sacado de su casa á Dorotea para llevarla á palacio.

El padre Aliaga, por su parte, gravemente interesado en conocer á la Dorotea, y por las demás razones que hemos indicado, habia ido á palacio tambien.

El confesor del rey entró, llevado en su silla de manos, por la puerta de las Meninas, y se hizo conducir á un rincon del patio, bajo las galerias. Una vez allí, salió, despidió la silla de manos, y llamó á una puerta.

Al primer llamamiento nadie contestó.

Al segundo se sintió cerrar silenciosamente una ventana, luego pasos dentro, y al fin se oyó una voz tras la puerta, que dijo:

—¿Quién llama por aquí á estas horas?

—Muy temprano os recogeis, señor Ruy Soto, dijo el padre Aliaga.

—¡Ah! contestó el de adentro con el acento de quien reconoce á una persona respetable: voy, voy á abrir al instante.

En efecto, la puerta se abrió.

—Perdóneme vuestra señoría, dijo la misma voz dentro, sino tengo luz: estaba en acecho.

Y se cerró la puerta.

—¡En acecho! dijo el padre Aliaga: ¿en acecho de qué?

—De ciertos prógimos que andan rondando desde el oscurecer por las galerias bajas del patio: yo no sé por qué en siendo de noche dejan pasar gentes por el patio de palacio como si fuera una calle; pero voy á cerrar la ventana, y luego á traer luz.

Oyóse en efecto el leve crugir de una ventana que se cerraba, y luego los pasos de un hombre que poco despues volvió con un velon encendido.

Tenia la librea de palacio, y por su edad, que era ya madura, y por su aspecto y por un no sé qué característico, se conocia que era uno de los jefes de la baja servidumbre.

En efecto, Ruy Soto era portero de una de las subidas de servicio

del alcázar, que se comunicaban, de una parte con el cuarto del rey, y de otra con las galerías superiores ocupadas por la alta servidumbre.

—¿Quiere vuestra señoría que avise al ugier de cámara de su magestad? dijo Ruy Soto.

—Esperad un momento: decíais que estabais acechando...

—Si, si señor, á dos hombres sospechosos que no han cesado de pasearse desde el oscurecer, y en silencio por la galería de la derecha.

—¿Y qué trazas tienen esos hombres?

—Malas, señor; pero aunque las tuvieran muy buenas, la tenacidad con que se pasean...

—Habeis hecho bien en acechar: dadme papel y tintero.

Ruy Soto sirvió al momento los objetos pedidos al padre Aliaga, que escribió rápidamente una carta y la cerró.

En el sobre se leía:

«Al tribunal de la santa Inquisicion.»

—Que lleven al momento esta carta dónde dice el sobre, dijo el padre Aliaga: vos seguid acechando: si esos hombres salen antes de que lleguen dos ministros del Santo Oficio, les hareis seguir por el lacayo de palacio que creais mas á propósito.

—Muy bien, señor.

—Ahora enviad recado á la señora doña Clara Soldevilla, menina de su magestad, de que yo la pido licencia para verla.

—Venga vuestra señoría conmigo: cabalmente doña Clara, segun me ha dicho su dueña, no está de servicio.

—Vamos pues, dijo el padre Aliaga.

Ruy Soto encendió una lámpara de mano, abrió una puertecilla y subió por una escalera de caracol.

El padre Aliaga le siguió.

Poco despues Ruy Soto llamaba á la puerta del cuarto de doña Clara, y daba el recado del padre Aliaga.

El confesor del rey fue introducido en el elegante gabinete de doña Clara.

La jóven estaba pálida, cansada, y la palidez y el cansancio aumentaban su hermosura.

—¡Oh! ¡bendito sea Dios que os ve! dijo levantándose y poniendo un sillón junto al brasero al padre Aliaga.

—Me habeis escrito una carta que me ha puesto muy en cuidado, dijo fray Luis.

—En efecto, me he visto obligada á escribiros, y no me he atrevido á confiárlo todo al papel : sino hubiérais vivido en un convento yo misma hubiera ido á veros.

—¿Tan importante es el asunto?

—¡Oh! si : importantísimo.

—Ya he visto por el contenido de vuestra carta...

—Que su magestad está amenazada.

—¡Ah! ¡ah! esto es muy grave.

—La traicion nos rodea por todas partes.

—Habeis acusado á dos personas.

—¿Y no las habeis preso?

—No : no tenia bastantes razones.

—Sois otro misterio para mí, fray Luis.

—¿Otro misterio...?

—Si por cierto : no os comprendo bien : se os acaba de dar un poder formidable : ha llegado nuestra hora... y sin embargo vacilais.

—Creo que estamos en los momentos de mayor peligro, doña Clara : dijo el padre Aliaga : y os engañais : no vacilo : soy prudente y nada mas : ¿creeis que nuestros peligros puedan estar en un ropavejero y en una comediante?

—Ellos pueden difamar á su magestad.

—Si esos miserables pueden, de seguro hay personas mas altas que pueden mas que ellos, y con prender á esos ruines, no haremos mas que dar un aviso á gentes á quienes debemos tener hasta cierto punto confiadas.

—No soy de la misma opinion que vos, cuando hay un incendio, antes de todo se corta para que no se propague.

—¿Y sabeis doña Clara si tenemos fuerzas bastantes?

—Dios, de seguro, nos ayudará.

—Dios en sus altos juicios permite el martirio de los inocentes, dijo profundamente el padre Aliaga : somos muy pocos los leales, muy pocos los que servimos como Dios manda á nuestros reyes... luchamos y lucharemos... si caemos en la lucha habremos caido cumpliendo con nuestro deber. Pero aprovechemos el tiempo, señora : ¿qué pasa en palacio? Cuando yo vine esta mañana, encontré grandes novedades : el rey y la reina se habian reconciliado, su magestad estaba contenta...

—Y el tio Manolillo mas provocativo que nunca.

—¡Oh! ¡no comprendo á ese hombre!

—¡ Oh ! ¡ juro á Dios: dijo doña Clara que no habia olvidado la entrevista de aquella mañana con el bufon, que yo conoceré á ese hombre !

—Paréceme sin embargo, que tiene un buen fondo.

—¿ Y quién sabe lo que hay en el fondo del alma de ese hombre ?

—Pues creo que le debemos mucho : el rey me ha hablado de ciertas comunicaciones secretas...

—En efecto, el tio Manolillo conocia el secreto de esas comunicaciones.

—Se le debe, pues, el que se hayan visto sus magestades y el que la reina haya influido sobre el rey.

—En esto han andado otras dos personas.

—Si: un hidalgo que ha llegado á Madrid á quien conoce su magestad la reina, dijo el padre Aliaga con el acento mas reposado del mundo, aunque sentia una ansiedad cruel por oir la contestacion de doña Clara.

—La reina no conoce á ese caballero: dijo la jóven.

—¿ Qué no le conoce... ?

—No; ni siquiera le ha visto.

—Me ha escrito, sin embargo su magestad, en su favor.

—Es lo mas natural del mundo; ha hecho un gran servicio á su magestad, rescatando ciertas cartas que, escritas por su magestad á don Rodrigo Calderon, con sobrada confianza en su lealtad, la comprometian. Es muy natural, que cuando se ha encontrado, como quien dice, en medio de la calle un corazon y una espada tales, se les aproveche: no sobran hoy los amigos... á propósito, ¿ habeis conseguido ya la compañía para ese caballero ?

—Si, si por cierto, dijo el padre Aliaga metiendo una de sus manos en el interior de su hábito, y sacando un papel doblado: he aquí su provision de capitan de la tercera compañía de la guarda española, al servicio de su magestad... tomad.

—¿ Y para qué quiero yo eso ?

—Me han dicho que ese joven os ama.

Púsose vivamente encarnada doña Clara.

—¿ Y quién dice eso? exclamó con precipitacion.

—El tio Manolillo, y aun añade mas: dice que vos le amais...

—¡ Yo ! ¡ á un hombre que he visto dos veces !

—Pero es un hombre hasta cierto punto extraordinario... ¿ que digo, hasta cierto punto: grandemente extraordinario ?

—Lo extraordinario de ese jóven: dijo tartamudeando doña Clara...

—Consiste en todo: en su nacimiento, en su hermosura, en su corazón, en su vida, en su suerte, que le ha procurado una ocasión envidiable de darse á conocer apenas llegado á Madrid.

—¿No hay ninguna intencion debajo de vuestras palabras, padre Aliaga? dijo la jóven mirando de hito en hito al confesor del rey.

—¿Y qué intencion puede haber?

—¿No habeis temido que no fuera yo, sino otra persona quien amase á ese jóven?

A su despecho, el padre Aliaga se conmovió ligeramente.

—¿Qué motivos tengo yo, dijo, para sospechar nada de ese caballero?

Habeis hablado con el tio Manolillo, que os ha dicho sin duda lo mismo que á mí.

—El tio Manolillo solo me ha hablado de vuestros mútuos amores...

—¿Y del nacimiento de ese jóven?

—No por cierto: lo que sé acerca de ese jóven, lo he encontrado en esta carta que me ha dado el cocinero mayor del rey, dijo el padre Aliaga, sacando de debajo de su hábito la carta de Pedro Martinez Montño.

—Tambien el cocinero mayor me ha dado á leer esa carta, dijo doña Clara.

—Sabeis, pues, entonces, dijo el padre Aliaga guardándola de nuevo, que ese caballero...

—Es hijo bastardo del duque de Osuna, y de la duquesa de Gandia.

—¡Cómo! exclamó el padre Aliaga; ¡el duque de Osuna y la duquesa! esta carta no dice nada de eso... cuenta solo, que ese jóven es hijo ilegítimo de padres nobles...

—¡Ah! ¡no sabiais los nombres de los padres de ese caballero!

—No... pero vos ¿cómo lo sabeis?

—El del padre me le ha revelado el cocinero mayor: el de la madre el bufon del rey.

—¿Y no teneis mas pruebas que el dicho de esos dos hombres?

—No. Las circunstancias especiales en que me hallo respecto á ese jóven me impidieron preguntar, informarme, acerca de él.

—¿Las circunstancias especiales en que os hallais, os han impedido?

—De todo punto... hubiera sido inconveniente.

—Yo lo sabré, y creo que con pruebas indudables: cuando conozca ese secreto, os lo revelaré.

—¿Y para qué revelármelo? dijo con un acento singular doña Clara.

—Decís que os encontrais en circunstancias especiales respecto á ese jóven: mostrais repugnancia en entregarle vos misma esa provision de capitán de infantería... ¿que media entre vos y ese caballero..? ¿creéis que yo puedo tener derecho para haceros esta pregunta?

—Mas que derecho, teneis un gran interés en saber á que ateneros respecto á ese caballero.

—Conozco á vuestro padre, le aprecio mucho, os aprecio mucho á vos, y me intereso como me interesaría por mi hermano y por mi hija.

—No lo dudo: pero creo que hay en vos otro móvil. Francisco Montiño, por no sé que singular error, ha creído que la reina ama á ese jóven... me lo ha dicho á mí... Francisco Montiño es un ente muy singular, y puede haberos dicho lo mismo: esto es: que su magestad y ese caballero se aman: esto es absurdo, esto es monstruoso, esto no puede ser, tratándose de una señora tal como la reina doña Margarita de Austria, que por su nacimiento, por su virtud, y digámoslo todo, por su orgullo, está muy lejos hasta del pensamiento de una acción vergonzosa. El que se haya atrevido á levantar sus miradas hasta su magestad, ó es muy loco ó tiene formado de la dignidad y de la virtud de la mujer, una idea muy desfavorable: su magestad no podría apercibirse de los deseos de un insensato tal, porque no los comprende, porque mira desde muy alto; sería necesario que olvidado de todo, el que amara á la reina se atreviese á declararlo, para que su magestad lo comprendiera, y aun así creería que estaba soñando: solamente el cocinero del rey podía concebir tal sospecha... y vos... por vuestro exagerado celo por la dignidad de la reina.

—¡Yo...! dijo confundido y descompuesto á pesar de su serenidad el padre Aliaga.

—Vuestro celo os ha engañado, fray Luis, repitió la jóven con su acento siempre igual, siempre reposado, pero siempre frio y hasta cierto punto severo.

—Yo no he dudado jamás de su magestad, dijo el padre Aliaga, puesto por doña Clara hasta cierto punto en el banquillo de los acusados, pero he temido que ese caballero...

—Si, ese hombre, dijo doña Clara, ha tenido la avilantez de decir, de indicar, aunque de la manera mas envuelta, que su magestad ha sentido por él, lo que es imposible que sienta, imposible de todo punto, por él... ni por ninguno... ha mentado como un villano.

—No... no... ese jóven al darme anoche la carta de su magestad, de que era portador, ha estado lo mas prudente....

—¡Que ha estado prudente!

—Reservado... mudo... hasta el punto de no permitir decir qué clase de servicio habia prestado á su magestad, á pesar de que yo lo sabia, porque la reina me habia hablado acerca de las cartas que tenia suyas don Rodrigo Calderon y pedídomelo consejo... no... ese caballero, valiente para librar á su magestad de un compromiso, ha sido discreto, reservado, noble: ha dado harto claro á conocer en su conducta la influencia de la generosa sangre que corre por sus venas.

—Entonces, si ese caballero no ha dado motivo para que sospecheis... para que temais en la reina un escandaloso, un increíble olvido de si misma, el hablador, el menguado cocinero del rey ha sido sin duda quien...

—Si él ha sido... dice que... su sobrino... él llama su sobrino á ese jóven... entró anoche en el cuarto de su magestad.

—Es cierto; entró: pero no pasó de la saleta que corresponde á la galería: allí estaba yo: su magestad le vió, pero desde detrás del tapiz de la puerta de la cámara: ese caballero no conoce á su magestad: yo misma le di la carta que os llevó; yo misma le eché fuera de palacio: ese caballero no ha vuelto á pisar á palacio desde anoche: dicen que anda mal entretenido.... lo que importa poco.... añadió disimulando mal su despecho doña Clara.

—Confieso, que me he engañado torpemente, dijo el padre Aliaga: es cierto que no habia creído llegasen á un extremo criminal los favores de su magestad á ese jóven; pero temia que él hubiese interpretado mal algun favor de la reina.

—Para que acabeis de tranquilizaros, fray Luis, sabed que á quien ese caballero enamoró, fue á mí. Y me enamoró de un modo que... llego á engañarme: creí que no mentia.

—Valeis mucho doña Clara: la hermosura y la virtud resplandecen en vuestro semblante, y nada tiene de extraño...

—No hablemos mas de esto.

—Quisiera veros mas propicia á un casamiento con ese mancebo.

—No puede ser.

—¿Por su bastardía? ¿ignorais que el nombre de Giron, es tal que hace ilustres hasta á los bastardos? vuestro padre no tendrá reparo.....

—Es que yo no quiero, y mi padre no me violentará.

—¿ Quereis ser franca conmigo , hija mia ?

—No pretendo ocultaros nada , padre Aliaga .

—¿ Merezco yo vuestra confianza ?

—¡ Oh ! si... dijo doña Clara cambiando de tono y haciéndole sumamente dulce y afectuoso .

—Pues bien , no me ocultéis nada . Vos amais á ese caballero .

—¡ Yo ! ¡ no lo quiera Dios ! exclamó con un verdadero terror doña Clara .

—¿ No os habeis sentido interesada por él.. ?

—Si...

—¿ No le recordais.. ?

—Si...

—¿ No sufrís por él.. ?

—Sufro , si... sufro una humillacion que no he buscado , á la que no he dado lugar , porque no le he dado esperanzas de ningun género .

—Os sentís humillada... luego amais .

—Y bien... si , le amo... le he visto galan , apasionado , respetuoso , valiente : me ha acompañado anoche por calles oscuras , lloviendo , teniéndome en su poder , y ha sido un modelo de caballeros... me ha obedecido..... despues cuando ha venido á palacio á traer esas cartas que habia arrancado á don Rodrigo... cuando le vi... cuando en su semblante conmovido adiviné un parecido vago con una ilustre persona... de que no podia darme cuenta... en fin , padre Aliaga... no sé... yo me he visto asediada , acaso mas que por otra cosa , por mi fama de esquivia , por lo mas ilustre , por lo mas noble , por lo mas hermoso de la córte... el mismo rey... os lo digo , porque lo sabeis... me ha solicitado... ni á los grandes que me han querido para esposa , ni al rey que me ha ofendido pretendiendo hacerme su entretenimiento , he dado ni el mas ligero motivo de esperanza : y no me ha costado trabajo , no : porque yo no he amado... hasta ahora : porque yo para disponer de mí no miraré jamás mi conveniencia , sino mi voluntad , mi corazon . Pero él... ¡ Dios mio.. ! lo digo al sacerdote y al desgraciado... él , fray Luis , me ha hecho espantarme de mí misma... porque... anoche... no dormí... su recuerdo tenaz , continuo , embriagador... acompañado de no sé qué esperanzas , de no sé qué temores , me desvelaba... todavía no he dormido... me pesa la cabeza , me duelen los ojos... no sé , no sé por qué le amo tanto... porque le amo , no os lo quiero negar .

—Pues bien , sereis su esposa , doña Clara .

—No... imposible... de ningún modo... ¿no os digo que me ha humillado?

—No os comprendo.

—¿No creéis que es una humillacion para mí que yo tan altiva, tan severa, tan desdeñosa con todos hasta el punto de que, creyéndome incapaz de amar, me hayan llamado la menina de nieve, caiga de repente de mi indiferencia, de mi frialdad, en el extremo opuesto, y que el hombre por quien tanto he variado en pocas horas, apenas separado de mí se enamore de una mujer perdida, y se vaya á vivir con ella y la acompañe al teatro?

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—El bufon del rey, padre ó amante, ó qué sé yo, segun dicen de esa Dorotea, de esa dama de comedias, que es amante pública del duque de Lerma: ¡esa miserable!

—Tal vez desgraciada.

—Nunca he creído desgraciada, sino infame, á una mujer tal: ¿una perdida que se ha atrevido á poner la lengua impura en la honra de la reina?

—Estais irritada... irritada, acaso sin razon. El tio Manolillo puede ser que por un interés que aun no podemos conocer, haya querido haceros creer que ese caballero ama á esa comedianta. No es posible habiéndoos visto á vos. A no ser que de tal modo le hayais descorazonado...

—Yo no podia obrar de otro modo... y no me pesa, porque yo dominaré este amor que se me ha metido por el alma; le dominaré, os lo juro.

—Si tuviérais necesidad de dominarle, le dominaríais. Pero no será necesario. Yo desenredaré todo esto; yo pondré á cada uno en su lugar. ¿Con que quereis encargaros de dar vos misma esta provision de capitán al señor Juan Montño, sobrino del cocinero mayor del rey, y vuestro enamorado?

—Se la daré y aprovecharé la ocasion para darle un desengaño, dijo doña Clara, como obedeciendo á un pensamiento repentino.

—Pues bien, tomad, guardadlo y hablemos de otra cosa. Del cambio que me han dicho se ha efectuado en palacio.

—Ha pasado tanto en mis asuntos propios, dijo doña Clara, he estado tan poco desocupada en todo el dia, que no he tenido tiempo para pensar en nada...

—¿En nada mas que en escribirme que prendiese á esa comedianta?

—Os juro por la sangre de nuestro Divino Redentor, dijo doña Clara

con vehemencia, que al aconsejaros que prendiéseis á esa mujer, no he pensado en mí misma, sino en lo que convenia á su magestad.

—Os creo, pero muchas veces causamos el mal sin darnos cuenta de ello: hay veces en que nuestra alma obra por sí misma, sin participacion de la razon. Afortunadamente yo soy hombre acostumbrado á mirar las cosas á sangre fría, y no me he apresurado. Y no dejará por eso de hacerse todo cuanto se deba y se pueda hacer. ¿Con qué no me podeis dar noticias acerca de lo que sucede en palacio? A mí solo me han llegado noticias vagas... y venia ansioso.

—Os repito que me he ocupado hoy muy poco de los asuntos agenos asustada de los míos propios. Pero seguidme, padre Aliaga: os voy á llevar donde os informen de una manera completa: á la cámara de su magestad la reina.

—¿Creeis que su magestad no se enojará...?

—La reina sabe con cuanto celo la servís, cuanto os interesais por ella, os tiene en opinion de santo y se alegra siempre de veros. Podrá suceder que tambien veais á su magestad el rey, porque lo único que puedo deciros, es que ya el rey no encuentra dificultad alguna en pasar al cuarto de la reina: como que de cierto sobresalto recibido anoche anda enferma la duquesa de Gandia. Conque seguidme, padre Aliaga.

Doña Clara se levantó y tomó una bujía.

El padre Aliaga se levantó tambien y siguió á doña Clara, que se dirigió á una puerta, la abrió y atravesó algunas habitaciones.

Al fin abrió una puerta de servicio y dijo el padre Aliaga.

—Esperad.

Y entró.

Poco despues volvió y dijo el fraile.

—Su magestad os espera.

El padre Aliaga hizo una poderosa reaccion sobre sí mismo, se preparó, como siempre que la reina le recibia en audiencia, y entró.

Doña Clara cerró la puerta y desandó el mismo camino que habia traído murmurando:

—¡Infeliz! ¡cuánto debe sufrir! ¡yo no sabia lo que hacen padecer los celos!

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

... y en consecuencia, que el ... de ...

## CAPITULO XXXII.

### El suplicio de Tántalo.

Entró el padre Aliaga en una estensa y magnífica cámara, en la misma en que presentamos al principio de este libro á la duquesa de Gandia.

Llevaba el confesor del rey la cabeza inclinada, las manos cruzadas y el corazon de tal modo agitado que quien hubiera estado cerca de él hubiera podido escuchar sus latidos.

Margarita de Austria estaba sentada junto á la misma mesa donde la noche anterior leia los miedos y tentaciones de San Anton, su camarera mayor.

Un candelabro de plata cargado de bujías perfumadas, iluminaba de lleno el bello y pálido semblante de Margarita de Austria.

Vestia la reina un magnífico traje de brocado de oro sobre azul, tenia cubierto el pecho de joyas, y en los cabellos, rubios como el oro, un prendido de plumas y diamantes.

—Espera al rey, dijo para sí el padre Aliaga.

Y adelantó hácia la reina.

Margarita de Austria dejó sobre la mesa un devocionario ricamente encuadernado que tenia en la mano á la llegada del padre Aliaga.

Este cuando estuvo cerca de la reina, se arrodilló:

—¿Qué haceis, padre mio? dijo dulcemente Margarita. ¡Un sacerdote tal como vos, arrodillarse ante una pecadora tal como yo!

—¡ Oh ! si todos pecasen en este mundo como vuestra magestad... dijo el padre Aliaga levantándose.

—Pues mirad, padre : lo que pecho me espanta. Tengo muy poca paciencia...

—Vuestra magestad es una mártir.

—No, porque no acepto mi martirio. Además hay momentos en que me bañaría en sangre.

—En sangre de traidores.

—Indudablemente... ¡ pero soy tan desgraciada...!

—Demasiado, señora.

—Hoy no... hoy soy casi feliz.

—Quiera Dios, señora, completar esa felicidad y aumentarla.

—Sentaos, fray Luis, sentaos, quiero hablaros mucho, y no quiero fatigaros.

—Las bondades de vuestra magestad no tienen límite para conmigo, dijo el padre Aliaga tomando un sillón, y sentándose á una respetuosa distancia.

—¡ Mis bondades ! no ciertamente, padre Aliaga, dijo con acento dulce la reina : os debo mucho : después de Dios, sois la protección que tengo sobre la tierra.

—La protección mía, señora, es muy débil.

—¿ Y vuestros consejos ? ¿ á quién debo la resignación que sufro mis desventuras de mujer y de reina más que á vos ?

—Lo debe principalmente vuestra magestad, á su gran corazón.

—Ha habido momentos en que me he desalentado, en que he creído inútil la resistencia, en que he estado á punto de abandonarlo todo, de rendirme á mi desdicha. Y entonces vos me habeis aconsejado valor y fortaleza ; habeis robustecido mi alma con vuestra palabra ; me habeis salvado. Y á esa lucha, sostenida por vos, debo el haber llegado á un gran día : á un día de triunfo.

—¡ Un día de triunfo ! dijo tristemente el padre Aliaga.

—Creo que no habeis reparado en mí, padre mío : miradme bien.

El padre Aliaga levantó la vista de sobre la alfombra, y la fijó en la reina.

Margarita de Austria sonreía : su sonrisa era la expresión de un contento íntimo y aumentaba su dulce belleza.

La mirada que el padre Aliaga fijó en la reina, era la perpétua mira-

da que el mundo conocia en él : reposada, tranquila, y aun nos atrevemos á decirlo : ascética.

Pero las manos que fray Luis tenia escondidas en las mangas de su hábito, estaban crispadas, y sus uñas se ensangrentaban en sus brazos.

Y no contestó á la reina, porque estaba rezando con su espiritu; porque estaba pidiendo á Dios alejase de él la tentacion.

—Ya podeis ver, dijo la reina despues de que el inquisidor general la estuvo mirando frente á frente algunos segundos, que ni por mi traje, ni por mi semblante, soy la pobre esposa medio viuda, la reina reclusa y humillada : soy la desposada que se viste de fiesta para esperar á su esposo... porque espero á su magestad : ya no hay traidores que impidan al rey llegar hasta la reina... las puertas de mi cámara están francas para su magestad : anoche empezó ese milagro ; anoche el rey fue mi esposo.

Fray Luis contuvo una violenta conmocion y se puso de nuevo á rezar apresuradamente.

La reina continuó :

—Y he descubierto una cosa que me ha llenado de alegría, que ha abierto mi alma á la esperanza y á la felicidad : el rey me ama. ¡Oh ! ¡si ! ¡me ama con toda su alma ! y yo... ¡oh ! ¡Dios mio ! para vos padre Aliaga, que teneis las virtudes y la pureza de un santo, he tenido abierta por completo mi conciencia, mi alma de mujer : vos no sois mi confesor, pero sois mas que mi confesor : mi padre : yo os habia dicho que no amaba al rey, á mi Felipe, al padre de mis hijos... ¡oh ! y os lo decia como lo sentia... yo estaba irritada, humillada, abandonada : habian pasado dias, y semanas y meses sin que yo viera á su magestad mas que en los dias de ceremonia, delante de la córte, rodeada de personas pagadas para escuchar mis palabras : yo no era allí mas que la mitad de la monarquía : la reina cubierta de brocados, con el manto real prendido á los hombros, con la corona en la cabeza ; una mujer vestida de máscara presentada á la burla de la córte ; despues de la ceremonia, el rey se iba por un lado con su servidumbre, y la mia me traia como presa á mi cuarto... esto me irritaba... me indisponia con todo... hasta conmigo misma... pero anoche... cuando ví al rey delante de mí... ¡oh Dios mio ! comprendí que le amaba mas que nunca : que mi amor no se habia borrado sino que habia dormido, que habia estado cubierto por mi despecho. Y sin embargo de que el rey no quiso oirme una sola palabra de política, á pesar de que esto me entristeció, porque ya sabeis cuanta falta nos hace

el que su magestad tome sobre si el peso del gobierno, fui feliz, concebí esperanzas; el rey se mostró trasformado...

—Su magestad medita demasiado las cosas...

—Por el contrario, dijo con arranque la reina; el rey no medita nada.

—Quiero decir, dijo el padre Aliaga, que el rey en ciertos negocios anda con piés de plomo.

—Decid mas bien, que cuando se trata del duque de Lerma, no se mueve.

—Su magestad cree que no encontrará otro mejor que el duque: le fatiga la lucha, ama la paz, su alma es escesivamente piadosa...

—¡Pero si el rey continua asi, la monarquía queda reducida á una sombra que solo sirve para autorizar á magnates miserables capaces de todo! dijo la reina con violencia.

—¿Vuestra magestad dice que las cosas han variado?

—Si fray Luis; si, dijo la reina inclinándose hácia el padre Aliaga, con las muestras de la mayor confianza; escuchad: yo no sé cómo, pero la variacion es completa: ya sabeis... aquellas cartas tan imprudentemente escritas por mí á ese vil Calderon, cartas que me tenian reducida á mí, á Margarita de Austria, á una posicion de esclava, que han estado á punto de hacerme cometer un crimen, porque un asesinato, aunque la causa sea justa, siempre es un crimen...

—Solo Dios puede juzgar las acciones de los reyes.

—Y algo que está mas bajo que Dios, fray Luis: su conciencia, la conciencia de sus vasallos, y despues la historia... pero Dios, á quien adoro y bendigo, me ha librado de cometer un crimen: me ha procurado una buena y valiente espada y un corazon de oro... á propósito... ¿cómo estamos, en cuanto á la recompensa de ese valiente jóven?

—Ya he dado la provision de capitán de la tercera compañía de la guarda española á doña Clara Soldevilla para que se la entregue.

—¡Oh! y habeis hecho muy bien porque... se aman: él á ella como un loco: ella á él... no sé cuanto, pero esta mañana tenia señales en los ojos de no haber dormido.

—Pero segun creo no se habian visto hasta anoche.

—No importa: se aman: yo os lo aseguro padre Aliaga: él la hablaba con el corazon... ella le escuchaba con el alma, aunque no lo demostraba, porque doña Clara es muy reservada y muy firme... tan firme como hermosa, noble y honrada: ese jóven es un tesoro... sino hubiese

sido por ella... ella me procuró á ese valiente defensor, á quien yo ennoblecere de tal modo, á quien levantaré tan alto, que el orgulloso Ignacio Soldevilla, no se atreverá á negar á la reina la mano de su hija para ese hidalgo.

Hablaba con tal entusiasmo la reina de Juan Montño, que el padre Aliaga volvió á sentir en su alma la amarga desesperacion que le habia causado la sola sospecha de que Margarita de Austria amase al jóven.

Y la reina hablaba de tal modo por agradecimiento, porque Juan Montño la habia salvado de un compromiso horrible.

—Y no es estraño, continuó la reina, que doña Clara le ame de ese modo: se amparó de él en la calle, á bulto, como se hubiera amparado de otro cualquier hidalgo, porque la seguia de cerca don Rodrigo: estuvieron largo rato juntos; nuestro jóven la enamoró, la salvó, en fin, de don Rodrigo: fue una aventura completa: despues cuando le presentó las cartas que yo buscaba á costa de cualquier sacrificio, manchadas con la sangre de don Rodrigo... doña Clara me ama... como la amo yo, y ama á mi salvador... y si á esto se añade que ese jóven, considerado como hombre es casi tan hermoso como doña Clara, que es la mujer mas hermosa que conozco, hay que convenir en que es necesario casarlos. Yo los casaré. ¿Por lo pronto le tenemos ya dentro de palacio...?

Fray Luis ahogó en su garganta un rugido que se revolvió sordo, poderoso en su pecho.

La última pregunta de la reina le habia aterrado.

Sin embargo, conservó su aspecto sereno, su semblante impassible, é inalterable su acento, cuando respondió á la reina.

—Solo falta que doña Clara le entregue su provision de capitán de la guarda española.

—Se la entregará... mañana... Ahora bien: ¿cuanto ha costado esa provision porque supongo que Lerma la habrá vendido?

—Vuestra magestad no tiene que ocuparse de esa pequenez, dijo fray Luis. Vuestra magestad ha querido que ese caballero tenga un medio honroso de vivir y ya le tiene. Lo demás importa muy poco.

—No, no: cuando os escribí, no era reina, y necesitaba de vuestros buenos oficios por completo: hoy ya es distinto: he vuelto á ser reina: Lerma ha dispuesto que se me pague lo que se me debe y... soy rica: os mando, pues, que me digais, quanto ha costado esa provision. Os lo mando: ¿lo entendéis?

—Ha costado trescientos ducados.

—¿Y los demás gastos...?

—No lo sé á punto fijo, señora.

—Pues haced la cuenta y decidme la cantidad redonda. Casi casi voy haciéndome partidaria de Lerma. ¿Si habrá tocado Dios el corazon de ese hombre?

—El duque ha tenido miedo.

—Y le ha tenido con razon: dijo con acento lleno y magestuoso la reina: le ha tenido y debe tenerlo: se ha atrevido á sus reyes y se atreve: Lerma caerá... caerá... y yo pisaré su soberbia, yo que me he visto indignamente pisada por él. ¿Y sabeis, sabeis á quien se debe todo este cambio...?

—¡A Dios! dijo con una profunda fé el padre Aliaga.

—Si; indudablemente á Dios; pero Dios para obrar respecto á nosotros se vale de medios naturales. El medio de que Dios se ha valido ha sido de ese jóven... del sobrino del cocinero del rey.

—Creo que vuestra magestad en su bondad abulta los méritos de ese mancebo, dijo el padre Aliaga cuya alma habia acabado de ennegrecerse.

—Hiriendo á don Rodrigo Calderon, ese jóven ha producido todo ese cambio.

—Lo dudo.

—El duque al verse solo, privado de la ayuda de Calderon, que es su pensamiento, no se ha atrevido á seguir en una senda en que Calderon le ha sostenido... esto lo sospecho yo... puede ser que Calderon al verse herido de sumo peligro, haya sentido remordimientos, y haya revelado al duque lo que se tramaba contra él... y esto es lo mas probable, por la conducta del duque. ¿Sabeis lo que ha dicho su hijo el duque de Uceda al verse arrojado del cuarto de mi hijo don Felipe á todo el que ha querido oírle?— Mi señor padre teme que haya quien tire de la cortina, y deje ver sus tratos con la Liga, y sus inteligencias con Inglaterra.— El duque de Uceda no ha debido decir esto de una manera muy secreta, porque lo ha sabido su padre, y sin perder tiempo ha propuesto al rey la guerra contra la Liga, y ha enviado de embajador á Inglaterra á don Baltasar de Zúñiga. Y no es esto solo: ha desterrado y preso, y asustado á los mismos á quienes ayer llamaba sus amigos, y ha honrado y favorecido á otros á quienes miraba como enemigos. ¿Sin ir mas lejos, no os ha nombrado á vos inquisidor general?

—Lo que me ha hecho tener mas cuidado ahora que nunca, señora : cuando el lobo lame la mano que odia...

—¡ Oh ! yo os aseguro que el duque de Lerma no tendrá tiempo de revolver sobre nosotros. El duque de Lerma es hombre muerto...

—¡ Ah ! ¿ hablábais de mi buen don Francisco de Rojas y Sandoval, mi muy amada esposa , mi respetable confesor ? dijo Felipe III que habia entrado poco antes en la cámara , y adelantado en silencio.

La reina y el padre Aliaga se levantaron á un tiempo.

—Sentaos, sentaos, dijo el rey : vos sois mi buena , mi hermosa, mi amada Margarita, dijo el rey tomando á la reina una mano, y besándosela, y vos padre, sois mi amigo y mi confesor. Ya sabeis cuánto he defendido yo el que os aparten de mi lado, á pesar de que Lerma me ha hablado muy mal de vos. Yo os aprecio mucho, fray Luis : mas que apreciaros : os reverencio. He tenido un placer y una sorpresa cuando esta mañana el duque de Lerma me ha dado á firmar vuestro nombramiento de inquisidor general. Como he firmado con sumo gusto el nombramiento de embajador para don Baltasar de Zúñiga, y el de gentil-hombre de mi cámara para el duque de Uceda : estaban demasiado apoderados del príncipe don Felipe. Sentaos, sentaos, pues, señora ; y vos tambien, padre Aliaga : nadie nos vé : yo entro y salgo, merced á ciertos pasadizos, sin que nadie me vea, y estamos completamente libres de la etiqueta.

Todos se sentaron.

El rey que era muy sensible al frío, removió el brasero.

—Que invierno tan crudo, dijo : aseguran que hay miseria en los pueblos : ¡ pobres gentes !

Y volvió á revolver con delicia el brasero.

—Cuando llegué conspirábais, dijo el rey.

—Es verdad, contestó la reina : conspirábamos contra Lerma, y es necesario que vuestra magestad conspire tambien.

—Yo no necesito conspirar, dijo el rey : el dia que quiera, Lerma caerá : pero Lerma me sirve bien. Os tenia quejosa, señora, pero el duque me ha hablado largamente. Le tenia engañado don Rodrigo Calderon.

—¿ Y cómo ha sabido el duque que don Rodrigo Calderon le engañaba ?

—Le han avisado... no sabe quién... pero tiene pruebas : al conocer su engaño, Lerma se ha apresurado á repararlo. Debeis, pues, perdonarle, señora, que perdon merece quien confiesa su error, y perdonar tambien á la buena duquesa de Gandia que es una pobre mujer, cuyo único delito

es ser escesivamente afecta al duque... me lisonjeo en creer que empezamos una nueva era... enviaremos un respetable ejército á Flandes contra la Liga, arreglaremos nuestros negocios con Inglaterra, y nos haremos respetar.

El rey repetía palabra por palabra lo que le había dicho Lerma.

La reina y el padre Aliaga callaron, porque sabían que en ciertas ocasiones era de todo punto inútil, y sobre inútil, perjudicial, el contrariar á Felipe III.

En aquellos momentos, este se estaba haciendo la ilusión de que era un gran rey.

—No sé, no sé que os he oído hablar de cierto hidalgo á quien decíais vos, señora, que debíamos mucho: lo oí al abrir la puerta, pero me pareció sentir pasos en el corredor secreto, y me volví... debió ser ilusión mía, porque los pasos no se repitieron; pero cuando me volví de nuevo hácia vosotros, ya no hablábais del tal hidalgo.

—Hablábamos de un sobrino del cocinero mayor de vuestra magestad.

—¡Ah! ¿del buen Montño? ¿y ese mozo, es tan buen cocinero como su tío?

—Sabe á lo menos manejar la espada tan bien como su tío las cacerolas, contestó la reina procurando serenarse, porque la había turbado la imprevista pregunta del rey.

—¡Ah! ¡ah! ¿es buen espada?

—Tan bueno, como que es quien ha herido á don Rodrigo Calderon.

—¿El que ha herido á don Rodrigo?

—Si por cierto.

—¿Y por qué le ha herido?

—Defendiendo la honra de una mujer.

—¡Ah! ¡ah! y... ¿quien es ella?

—Una dama á quien vuestra magestad y yo apreciamos mucho.

—Pues no... no acierto.

—Doña Clara...

—¡Ah! ¡si! ¡vuestra meninal quiero decir, vuestra dama de honor... porque ya recordareis que hemos convenido en que es ya muy crecida para meninal... la bella y honradísima doña Clara Soldevilla.

—Y además, está ya en buena edad para casarse, dijo la reina.

—Casarse... si bien... es una mujer envidiable... yo sé de muchos que la han solicitado, que han querido casarse con ella... pero ella no ha querido á ninguno.

—Yo aseguro á vuestra magestad, que con quien yo querria casarla, es muy del agrado de doña Clara.

—¿Y quién...? ¿quién es él?

—El vencedor de don Rodrigo Calderon.

—¡El sobrino de mi cocinero! exclamó con desprecio el rey. Esa es una alianza indigna de doña Clara: mi valiente coronel Ignacio Soldevilla, tendria mucha razon de enojarse conmigo, si yo introdujera en sus cuarteles un mandil y un gorro blanco: eso no puede ser... no será...

—Los reyes ennoblecen... dijo contrariada la reina.

El padre Aliaga acudió en socorro de Margarita de Austria.

—Ese jóven, dijo, no es sobrino del cocinero mayor.

—¿Pero en qué quedamos? ¿qué es ese mancebo?

—El se cree hijo de Gerónimo Martinez Montiño, hermano de Francisco Martinez Montiño, cocinero de vuestra magestad: pero no es así... es... hijo de padres muy nobles, como lo reza esta carta, dijo el padre Aliaga presentando al rey la ya tan traída y llevada carta de Pedro Martinez Montiño á su hermano.

—Leedme, leedme esa carta, padre Aliaga, y veamos esa historia.

El padre Aliaga, leyó la carta de la cruz á la fecha.

—Esa carta es una buena historia, dijo el rey: pero en esa historia faltan los nombres de los padres; nada hacemos con eso.

—Los padres, señor, son, segun dice Francisco Montiño, el duque de Osuna.

—¡Oh! ¡mi altivo Giron! ¿y ella?

—Ella, segun dice el tio Manolillo, es la duquesa de Gandia.

—¡Ah! ¡la duquesa de Gandia! ¡ah! ¡ah! ¡el duque de Osuna... y la duquesa de Gandia..! ¡por san Lorenzo nuestro patron! eso es ya distinto... ¿y lo sabe eso doña Clara?

—Lo ignoro señor.

—Si no recuerdo mal, dijo el rey, en esta carta que acabais de leerme, padre Aliaga, dice que ese mancebo no ha estado nunca en la córte: si llegó anoche, ¿cómo conoció á doña Clara? y aun dada la ocasion de conocerla, ¿cómo se enamoró ella de él? esto es extraordinario; esto no puede creerse; por otra dama debió reñir con don Rodrigo ese jóven... precisamente... ó yo no lo entiendo.

Afortunadamente el rey se habia estendido en sus consideraciones, y habia dado tiempo á la reina de improvisar una respuesta.

—Fue una casualidad, dijo Margarita de Austra: al venir nuestro

jóven á Madrid con esa triste carta de su tío, que acaba de leer-nos el padre Aliaga, vino naturalmente al alcázar á buscar á su otro tío: por un descuido de los maestresalas, perdido en el alcázar, se encontró en la galería oscura á donde corresponde la puerta del cuarto de doña Clara, y oyó voces de dos personas.

—¡ Ah ! ¡ una aventura como las de las comedias de Lope de Vega ! dijo el rey. ¿ Y esas dos voces eran de una dama y de un galán ?

—Eran las de don Rodrigo Calderon y doña Clara Soldevilla.

—¡ Ah ! ¿ conqué al fin la rigorosísima doña Clara... ?

—Nada de eso : como don Rodrigo es tan audaz, tan miserable, tan malvado, habia corrompido á una criada de doña Clara, y esta habia robado á su señora una prenda muy conocida y la habia entregado á Calderon. Este, prevalido de la prenda conqué habia querido obligar á doña Clara, se habia introducido en su aposento.

—¡ Ah ! ¡ ah ! esto es grave, gravísimo... dijo el rey : ese don Rodrigo es demasiado voluntarioso y bien poco mirado... ¡ atreverse á una dama tal como doña Clara, á quien sabe que tienen sus reyes en gran estimacion y poco menos que como á una hija ! ¡ Una dama á quien ha dejado en nuestra servidumbre un buen caballero, que derrama su sangre en nuestro servicio, seguro de que la reina será para ella una madre... seguro de que bajo el amparo de la reina, estará á cubierto de asechanzas !

La voz del rey, al decir esto, temblaba de un modo particular.

—A pesar de mi proteccion, señor, dijo sonriendo la reina, se han puesto grandes tentaciones delante de doña Clara, y á no ser ella tan honrada, tales han sido algunas, que todo mi poder no habria podido salvarla...

—Sí, si, dijo el rey á quien parecian atragantarse las palabras segun se le enredaban las letras y aun las sílabas... doña Clara, en efecto, vale mucho... ha podido suceder, que personas ilustres hayan tenido... puede ser que... hayan caido en una tentacion disculpable... porque... puede... si... pero en fin... ¿ y qué prenda era la que don Rodrigo suponía haber recibido de doña Clara ? añadió el rey, saliendo bruscamente del discurso en que se habia embrollado, porque le acusaba la conciencia.

—Un hermoso rizo de cabellos negros, sujeto... con... no recuerdo... dijo la reina, poniéndose un rosado dedo en los labios, como quien medita... ¡ ah ! ¡ si.. ! con un pequeño lazo de diamantes... en el cual estaban esmaltadas nuestras armas.

—¡ Nuestras armas !

—Si por cierto, era uno de los seis lazos que para que me sirviera de sobreherretes, me habia regalado vuestra magestad.

—¡Ah! ¡si! recuerdo ese regalo.

—Yo habia dado uno de esos lazos á doña Clara.

—Pues se conoce que estima en poco vuestros regalos doña Clara, dijo el rey, cuando asi los da á sus enamorados.

—¡Pero si doña Clara no le ha dado á don Rodrigo!

—¿Pero como le tenia don Rodrigo?

—La criada á quien habia sobornado don Rodrigo, habia robado por insinuacion de este, á su señora.

—Pero, ¿cómo sabia don Rodrigo que doña Clara tenia el tal lazo...?

El padre Aliaga, que escuchaba en silencio y con la cabeza baja este diálogo, oraba en el fondo de su alma porque la reina saliese bien del atolladero en que se habia metido; la reina, sin embargo, no demostraba la menor turbacion.

—Don Rodrigo, dijo, sabia que doña Clara poseia aquel lazo, porque le ha llevado muchas veces sobre el pecho delante de la córte; porque han hablado mucho del tal regalo las damas, porque es una prenda muy conocida de doña Clara: sino hubiese sido conocida aquella prenda, ¿para qué la queria don Rodrigo?

—Me parece señora, dijo el rey, que creéis demasiado á doña Clara, que doña Clara no es tan esquivada como cuenta la fama, y que acaso don Rodrigo...

—¡Oh! ¡no! ¡estoy segura de ella!

—¿Pero creéis fácil que se corten cabellos á una mujer sin que lo sienta? ¿os habeis olvidado de ese hermoso rizo, sujeto por ese hermoso lazo?

—Siempre que se peina una mujer que tiene tan largos, tan hermosos, tan abundantes cabellos como doña Clara, queda una maraña: con pocas marañas como las que produce cada peinado de doña Clara, basta para hacer un hermoso rizo.

—¡Ah! efectivamente, no habia pensado en ello, dijo el rey... pero me agradaria ver ese rizo... si fuera posible...

—No sé si doña Clara le habrá destruido, dijo con la mayor serenidad la reina, mientras el padre Aliaga se estremecia, porque veia llegado de una manera fatal el momento de las pruebas.

—¿Cómo recobró doña Clara ese rizo? dijo el rey.

—Casualmente, ese es el gran servicio que ha prestado el jóven de quien hablamos á doña Clara.

—¿Pero como supo ese mancebo...?

—De una manera muy sencilla: decia, señor, que por descuido de los maestresalas, sin duda, ese jóven, habiéndose perdido en el alcázar, como quien nunca habia por él andado, habia venido á parar, entrando por la porteria de damas, á la galería oscura á donde corresponde la puerta del aposento de doña Clara.—Al entrar en la galería, segun dijo despues á doña Clara ese hidalgo, oyó las voces de un hombre y de una mujer. El hombre, sin pasar de la puerta, se negaba á devolver una prenda á la mujer, y la mujer decia:—No faltará quien os arranque esa prenda que me habeis robado, con el corazon.

—Desengañaos, doña Clara, contestó el hombre: vuestro padre, el buen Ignacio Soldevilla, está muy lejos, y aunque le llameis y aun cuando venga, vendrá tarde: toda la córte sabrá ya que la ingrata hermosura á quien llaman la menina de nieve, no ha sido esquivia para mí.

—¡Ah! dijo el rey dándose una palmada en la frente: pues ya lo comprendo todo: el tal afortunado hidalgo, quitó á estocadas á don Rodrigo la prenda, y como sabia por haberlo oído, el nombre y el empleo en palacio de la dama, vino á presentarla la prenda... se vieron y se enamoraron el uno del otro ¡ah! ¡ah! ¡véase lo que son los acasos...! y si... si... ¡por mi ánima que quisiera ver...! ¡habrá algun inconveniente en pedir á doña Clara esa prenda?

La reina se estremeció.

El padre Aliaga se cubrió de sudor frío.

Pero la reina no se detuvo; dió dos palmadas, y se abrió la puerta de la cámara.

Apareció la condesa de Lemos, que, por enfermedad de la duquesa de Gandia, desempeñaba accidentalmente las funciones de camarera mayor, como primera dama de honor.

—Id y decid á doña Clara Soldevilla, mi menina, que venga, dijo la reina, haciendo un supremo esfuerzo para que no se trasluciese en su semblante, la agonía de su alma.

El padre Aliaga, se puso literalmente malo.

La condesa de Lemos dejó caer el tapiz de la puerta de la cámara.

Solo una casualidad podia salvar á la reina de ser cogida en una grave mentira por el rey. La reina por instinto se conservaba serena.

—Es estraño... es estraño todo esto, dijo el rey: y sin embargo



FELIPE III.



siendo así, no estraño que doña Clara agradecida... ella tiene unas ideas talmente de dama de comedia... bien, muy bien... si se aman... los casaremos... ennobleceremos á ese hidalgo cuanto sea necesario, pretestaremos un gran servicio... mentiremos un poco á fin de que Ignacio Soldevilla no se ofenda... Dios nos perdonará esta mentira.

—Yo creo, dijo la reina con intencion, que cuando se miente para salvar grandes intereses, no se peca: el padre Aliaga que está presente y que es muy teólogo, puede decirnos...

—Señora, se apresuró á decir el padre Aliaga, hay ocasiones en que el no mentir sería un crimen.

—¿De suerte que, dijo el rey, que en asuntos de conciencia era muy escrupuloso, la mentira puede y aun debe usarse, segun las circunstancias?

—Indudablemente: dijo el padre Aliaga: veamos el caso actual: hay que engañar á un hombre... á Ignacio Soldevilla, para evitar grandes males. Debe engañársele, el fin es bueno: el tósigo se emplea comunmente como medicina.

—¿Pero que grandes males amenazan...?

—Supongamos que doña Clara ame... como suelen amar al cabo las que han llegado á cierta edad sin conocer el amor... que se obstine... que no pudiendo lograr su amor por buenos medios...

—Basta, basta: ahora comprendo que debe mentirse, que es una obligacion mentir en ciertas ocasiones.

—Ademas, dijo la reina, de que para honrar á ese jóven no es necesario mentir.

—¿Nos ha prestado algun servicio? dijo el rey.

—¡Oh! ¡importantísimo! ¿recordais, señor las dos cartas escritas por el conde de Olivares y el duque de Uceda, á don Rodrigo Calderon, que os di á leer anoche?

—¡Oh! ¡si! cartas que yo he dado á leer al duque de Lerma.

—Y que han causado la variacion que se nota en el duque.

—Indudablemente.

—Y que han hecho que el duque se deje de favoritos y venga á buscar la fuerza en el rey.

—Si, si; todo eso es cierto.

—¿Y creéis, señor, que quien ha hecho este servicio, es decir, quien ha sido causa de que esto suceda, no merece una gran recompensa?

—Si por cierto, merece un título y una renta.

—Pues bien, ese caballero, ese noble bastardo de Osuna, ha prestado á vuestra magestad ese servicio.

—¡Cómo!

—Al quitar á don Rodrigo Calderon, despues de haberle vencido, el rizo y el lazo que habia robado Calderon á doña Clara, le quitó tambien esas dos cartas que Calderon, por ser tan importantes, llevaba sobre sí, y entregó con la prenda las cartas á doña Clara.

—Pues ya no estraño que doña Clara ame á un tal hombre: doña Clara aborrece á Lerma... tengo pruebas de ello, porque doña Clara es vuestro consejo; y al ver á Lerma comprometido... en efecto: esas cartas han producido un resultado saludable... los casaremos: se hará cuanto haya que hacer con el coronel Soldevilla... pero siento pasos en la antecámara, acaso sea doña Clara.

La reina se estremeció: el padre Aliaga se heló: se levantó el tapiz, y la condesa de Lemos, dijo desde él:

—Señora: doña Clara está enferma, pero me ha dicho que si vuestra magestad lo desea, se hará conducir.

La reina respiró: al padre Aliaga se le quitó de sobre el corazon una montaña.

—No... no... se apresuró á decir el rey; de ningun modo. ¿Y está... en mucho peligro nuestra buena doña Clara?

—Está recogida al lechó, señor, contestó la de Lemos. Ademas, permitame vuestra magestad que le dé un mensange importante.

—Pero pasad, pasad, doña Catalina, dijo el rey: vos sois algo mas que un ugiar.

—Gracias, señor, dijo la de Lemos entrando, deteniéndose á una respetuosa distancia, y haciendo una reverencia á los reyes.

—¿Y qué mensage... tan importante es ese? dijo el rey.

—Don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad, y secretario del virrey de Nápoles, solicita urgentemente y para asuntos graves, una audiencia de vuestra magestad.

—No me dejarán parar, dijo el rey con disgusto: ¿y quién ha dicho á don Francisco que yo estoy aqui?

—Le he visto tan afanado buscando medio de hablar á vuestra magestad, me ha encarecido de tal modo la importancia del asunto que le mueve á pedir una audiencia inmediata á vuestra magestad, que siendo quien es don Francisco, he creído de mi obligacion...

—Pues bien, doña Catalina, decid á don Francisco que se presente á los de mi cámara: yo daré orden... le recibiré...

La condesa de Lemos se inclinó y salió.

—Ya lo veis, mi muy amada Margarita: el rey se lleva al esposo, dijo don Felipe: pero os dejo en buena compañía: adios: tengo cierta impaciencia por saber lo urgente que me trae don Francisco... están pasando por cierto cosas extraordinarias... Adios... adios...

Y el rey se levantó, y salió por la puerta secreta.

—¡Oh! ¡qué ángel de la guarda nos ha salvado! exclamó la reina.

—Un milagro de Dios, señora, dijo el padre Aliaga.

—Si, si, Dios que se vale de los hombres... pero dejadme sola fray Luis; tengo sospechas... quiero averiguar... al salir, decid á la condesa de Lemos que entre.

El padre Aliaga se levantó, besó la mano que le tendió Margarita, sin atreverse á posar demasiado los labios sobre ella, y salió.

El infeliz habia sufrido toda una eternidad de tormentos, durante el tiempo que habia pasado en la cámara de la reina.



### CAPITULO XXXIII.

En que se explicará algo de lo oscuro del capítulo anterior, y se verá cómo doña Clara encontró un pretexto para favorecer el amor de Juan Montño, á pesar de todos los pesares.

Apenas habia salido el padre Aliaga de la cámara de la reina, cuando entró la condesa de Lemos.

—¿Qué enfermedad padece doña Clara? dijo la reina.

—Ninguna, señora, contestó doña Catalina: doña Clara está sana y buena esperando en la saleta.

—¿Qué significa, pues, vuestra mentira?

—He creído que debia mentir.

—¿Por qué?

—Contaré á vuestra magestad lo que me ha sucedido: salia yo de la antecámara á llevar en persona la órden de vuestra magestad á doña Clara, porque por fortuna, vuestra magestad me habia dicho terminantemente: id, y decid á doña Clara Soldevilla... debia yo ir... y fui.

—Es cierto... una distraccion mia, doña Catalina.

—Vuestra magestad puede disponer de mí como quiera, y siempre honrándome, contestó inclinándose la de Lemos.

Y luego continuó.

—Salia yo, pues, del cuarto de vuestra magestad, cuando encontré de repente junto á mí, á don Francisco de Quevedo:—decid á doña Clara Soldevilla, me dijo, si quereis sacar de un negro compromiso á su magestad la reina, que diga que no puede venir porque está enferma: que os

siga, sin embargo, porque su magestad la necesita, y que cuando el rey haya salido de la cámara de su magestad la reina, entre á verla; para que el rey salga, decid á su magestad de mi parte que yo le pido audiencia para un asunto gravísimo, que no he podido encontrar quien me anuncie por la hora que es, y que me valgo de vos. Decid además á su magestad la reina, que yo hallaré medio de entretener al rey largo tiempo, y adios, y id que urge, y que Dios nos saque en paz.—Tengo yo tal fé en don Francisco de Quevedo, que he hecho á la letra lo que él me ha dicho.

—Habeis hecho bien; dijo Margarita de Austria, y puesto que está ahí doña Clara, que entre al momento.

Salió doña Catalina y doña Clara entró.

La hermosa jóven se acercó anhelante á la reina.

—¿Qué sucede, señora, dijo, que la condesa de Lemos, me trae consigo, á pesar de decir al rey, que estoy enferma?

—¡Ah! ¡Dios mio! déjame respirar Clara: ¡todavía aquellas cartas! ¡Dios mio!

—¿Pero si las quemó vuestra magestad? ¿se habia olvidado alguna...? ¿ha aparecido alguna mas?

—No, no: pero las consecuencias... mira, Clara; ve á mi joyero: busca uno de los lazos de diamantes, de los seis que sabes... y tráemelo... tráete tambien unas tijeras.

Doña Clara salió de la cámara por una puerta opuesta á la por donde habia entrado y volvió á poco: traia un lazito de oro y diamantes, cuyo nudo podia contener en la parte interior, un grueso como de un dedo.

—¡Dame! dijo la reina con ánsia: dame las tijeras y siéntate á mis piés.

La jóven admirada y confusa, se sentó á los piés de la reina, sobre un taburete de terciopelo.

—¡Oh! ¡y que hermosos cabellos tienes! dijo Margarita de Austria: tus cabellos me van á salvar, Clara.

Y la reina deshacia con mano trémula las gruesas trenzas negras de doña Clara.

—¡Oh! afortunadamente, dijo, por mucho que te corte no te se conocerá la falta; no te asustes Clara; no voy á cortarte mas que como el grueso de un dedo, del centro.

—Córtelos todos vuestra magestad, si quiere... pero no comprendo...

—Ya te explicaré... ¡perdóname Clara si te robo... pero es necesario... necesario de todo punto! Ya está.

Y se oyó el leve pero característico ruido de las tijeras, que cortaron con trabajo los cabellos del centro de la cabeza de doña Clara.

—¡Oh Dios mio! esto es demasiado largo: no puede sacarse un ramal tal, de marañas: el pelo de maraña es mas corto.

—¿Pero que maraña es esa, señora?

—Una verdadera maraña que tu sola puedes desenredar.

—¿Yo?

—Tú, si, y de una manera muy dulce.

—No comprendo á vuestra magestad.

—Casándote con tu caballero de anoche.

—¿Yo?... imposible... no le amo, no puedo amarle.

—Veamos, veamos: luego trataremos de eso: dime ¿cómo harías tú para hacer un rizo, con estos cabellos que te he cortado?

—¿Un rizo, señora?

—Si, un rizo para regalarlo á un hombre amado.

—¡Dios mio! es que á mi nunca se me ha ocurrido, ni podia ocurrírseme... de ningun modo... regalar cabellos míos, como no fuese á mi marido.

—Es que tú te casarás, y será tu marido el hombre á quien vas á regalar este rizo.

—Permitame vuestra magestad, dijo con seriedad doña Clara: vuestra magestad puede disponer de mi vida, de mi alma, pero no de mi honra: yo no haré eso.

—Hagamos, hagamos primero ese rizo, dijo la reina: tú le guardarás y no se usará de él, si tú no quieres. Pero hagámosle.

Doña Clara ató aquel magnífico ramal de cabellos, haciendo con él una ancha sortija, y la presentó á la reina.

—Bien, dijo Margarita de Austria: ahora sujétale con este lazo.

Doña Clara obedeció.

—He aquí una verdadera joya, dijo la reina. Ahora siéntate y escucha, y recógete el cabello entre tanto.

Doña Clara se sentó.

La reina con voz trémula la contó punto por punto lo que la habia acontecido con el rey.

Quando la reina concluyó guardó silencio, y no pronunció ni una disculpa ni una súplica.

Doña Clara que se habia trenzado y arreglado entre tanto sus cabellos, permaneció largo tiempo en silencio.

La reina estaba llena de ansiedad.

—Me casaré con ese hombre, dijo al fin doña Clara.

—¡ Ah! ¡ hermana mia! exclamó la reina arrojándose al cuello de doña Clara, y besándola en la boca.

—Yo le amo... dijo doña Clara con voz conmovida, pero no sé si es digno de mi amor, no sé si él me ama como le amo yo.

—El se mostraba ardientemente enamorado de tí... le ennoblecerá el rey, procuraremos que el duque de Osuna le reconozca... tú serás feliz.

—¡ Dios mio! ¡ feliz!... ¡ y se ha ido á vivir á casa de una comedianta! ¡ y la ha acompañado al teatro y... no me ama... si me amara... no afrentaría mi amor, enamorando á una mujer perdida!

—¿ Pero quién te ha dicho eso?

—El bufon del rey.

—¿ Qué mujer mas hermosa y mas pura que tú puede él encontrar...? ¿ le has desesperado acaso, Clara?

—Si señora.

—Pues ve ahí la esplicacion de esos amores indignos con la comedianta... cuando sepa que tú... quieres ser su esposa...

—Su esposa... lo seré y pronto.

—¡ Ah Clara mia!

—En el estado en que á vuestra magestad para salir de un compromiso imprevisto la han puesto las cosas, es necesario esplicárselo todo: es necesario que esté prevenido por si el rey ha sospechado é insiste. Es necesario que esta noche en mi mismo cuarto le vea yo, y para ello voy á escribirle.

—Pero Clara ¿ tienes tú seguridad de ese hombre? dijo la reina asustada por la violenta salida de doña Clara.

—El no abusará ni de mi carta, ni de mi cita. Y adios, señora, adios, necesito prepararme.

Y doña Clara salió sin esperar la respuesta de la reina.

—Señora condesa, dijo la jóven al pasar por la antecámara, deteniéndose delante de la de Lemos: hacedme la merced de que sepa don Francisco de Quevedo, que necesito hablarle antes de que salga del alcázar y en mi aposento. ¿ Me lo prometeis?

—Os lo prometo, amiga mia, y os aseguro que don Francisco os verá.

—Gracias, doña Catalina, gracias y adios.

—¿Para qué querrá doña Clara á Quevedo? dijo para sí sumamente pensativa y contrariada doña Catalina; pero ¡bah! añadió: él me ama, me ama, y es leal. Esto debe ser parte de ese enredo que no comprendo. Cuando salga de la audiencia con el rey, pasará precisamente por la galería. Voy á esperarle: Dios quiera que no se entretenga mucho con su magestad.

Y doña Catalina salió de la antecámara de la reina, y se metió por una galería oscura.

—The first of these is the fact that the  
 —The second is the fact that the  
 —The third is the fact that the  
 —The fourth is the fact that the  
 —The fifth is the fact that the  
 —The sixth is the fact that the  
 —The seventh is the fact that the  
 —The eighth is the fact that the  
 —The ninth is the fact that the  
 —The tenth is the fact that the

—The eleventh is the fact that the  
 —The twelfth is the fact that the  
 —The thirteenth is the fact that the  
 —The fourteenth is the fact that the  
 —The fifteenth is the fact that the  
 —The sixteenth is the fact that the  
 —The seventeenth is the fact that the  
 —The eighteenth is the fact that the  
 —The nineteenth is the fact that the  
 —The twentieth is the fact that the

—The twenty-first is the fact that the  
 —The twenty-second is the fact that the  
 —The twenty-third is the fact that the  
 —The twenty-fourth is the fact that the  
 —The twenty-fifth is the fact that the  
 —The twenty-sixth is the fact that the  
 —The twenty-seventh is the fact that the  
 —The twenty-eighth is the fact that the  
 —The twenty-ninth is the fact that the  
 —The thirtieth is the fact that the

—The thirty-first is the fact that the  
 —The thirty-second is the fact that the  
 —The thirty-third is the fact that the  
 —The thirty-fourth is the fact that the  
 —The thirty-fifth is the fact that the  
 —The thirty-sixth is the fact that the  
 —The thirty-seventh is the fact that the  
 —The thirty-eighth is the fact that the  
 —The thirty-ninth is the fact that the  
 —The fortieth is the fact that the

—The forty-first is the fact that the  
 —The forty-second is the fact that the  
 —The forty-third is the fact that the  
 —The forty-fourth is the fact that the  
 —The forty-fifth is the fact that the

## CAPITULO XXXIV.

De cómo Quevedo sin decir nada al rey, le hizo creer que le había dicho mucho.

Felipe III atravesó con impaciencia el pasadizo secreto que ponía en comunicacion su cuarto, con el de la reina.

Alhagaba al rey el hacer alguna cosa por sí propio; tan acostumbrado estaba á la tutela de Lerma, desde muy jóven.

El recibir en audiencia reservada, sin conocimiento de su ministro-  
duque, á un hombre tan *peligroso* como Quevedo, parecíale un acto de verdadera soberanía, una emancipacion monstruosa.

Y todo esto lo pensaba la conciencia íntima del rey: esa voz misteriosa que parece pertenecer al instinto, que nunca nos engaña, y que sería nuestro mejor guía si oyeseamos su voz, en vez de oír la de nuestra conciencia artificial, producto de nuestra posicion, de nuestras costumbres, y de nuestras inclinaciones.

Con arreglo á esto que nosotros llamamos, no sabemos si con demasiado atrevimiento, conciencia artificial, el rey don Felipe III se había creído siempre rey, rey en el uso espedito de su soberanía, por mas que su conciencia íntima le dijese: tú eres un instrumento de tu favorito; tú eres un pretexto; tú eres un esclavo de tu debilidad, de tu nulidad.

Y esta conciencia íntima era la que hablaba al rey cuando se dirigía del cuarto de la reina al suyo por el pasadizo oculto.

Cuando entró en su dormitorio, cerró cuidadosamente la puerta secreta, y se encaminó con paso magestuoso á su cámara.

Llamó, y mandó que en llegando don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago etc., le introdujeran.

En seguida se sentó junto á la mesa, y abrió su libro de devociones.

No tardó mucho un gentil-hombre en decir á la puerta de la cámara.

—Señor: don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad.

—Y pobre, dijo entrando en la real cámara Quevedo.

Se detuvo el gentil-hombre, y Quevedo adelantó.

El rey seguía leyendo, como si no hubiera visto á Quevedo.

Este llegó junto al rey, y se arrodilló.

—Sacra, católica, magestad, dijo con su voz hueca y vibrante.

Volvió el rey la cabeza, miró con suma magestad á Quevedo, y le presentó la mano.

Quevedo la besó respetuosamente.

—Alzad, don Francisco, dijo el rey.

Quevedo se puso de pié.

El rey esperaba á que Quevedo hablase, pero Quevedo, se mantuvo mudo é inmóvil como una estátua, pero con la mirada fría, y fija en el rey.

El rey se sentía mal ante aquella mirada, vista por aquellas antiparras.

—¿En qué pensais don Francisco? dijo el rey por decir algo.

—Estoy contemplando á la monarquía, señor, contestó Quevedo: contemplando en vuestra magestad á la gran monarquía española en ropilla.

Frunció el rey el entrecejo.

—¿Y era todo eso lo que teniais que decirme con tanto empeño?

—Si señor.

—Pues si ya me lo habeis dicho, idos, dijo un tanto contrariado el rey.

—Si vuestra magestad me lo permite, le diré mas.

—Decid.

—Digo, que me espanta el que pueda decir á vuestra magestad algo.

—¡Ah! dijo el rey, ¿y por qué os espanta eso?

—Porque á la verdad, hablo con vuestra magestad por compromiso.

—¡ Oh ! repitió el rey.

—Y espántame que yo me vea comprometido á hablar con vuestra magestad...

—Esplicaos...

—He estado preso en San Marcos.

—¡ Ah ! ¿ habeis estado preso ?

—Si señor.

—¿ Qué delito cometisteis ?

—El ser ciego y no andar con palo : me dí con una esquina en las narices.

—Dicen que sois hombre de ingenio.

—Eso he oido decir , pero acontéceme , señor , que ahora que estoy hablando con vuestra magestad , no me le hallo : si alguna vez tuve ingenio me lo han robado.

—Dijéronme , que os era urgentísimo hablarme.

—Y tan urgente señor , que solamente con veros se me ha pasado la urgencia.

—Pues os digo , que no os entiendo.

—No es fácil , porque yo no me entiendo tampoco.

—Paréceme que habeis venido para algo.

—Indudablemente , señor , he venido para irme.

—Pero... ¿ por qué habeis venido ?

—Por venirme á cuento.

—¿ Pero qué cuento es el vuestro ?

—Es , señor , un cuento de cuentos.

—Pues empezad.

—Ya he concluido.

—¡ Pero sino me habeis contado nada !

—Si vuestra magestad quiere , contaré las palabras.

—¡ Don Francisco ! exclamó con irritacion el rey.

—¡ Señor ! contestó Quevedo inclinándose profundamente.

—¿ No teneis nada de que quejaros ?

—Quéjome de mi fortuna.

—¿ Ni nada teneis que pedir ?

—Si por cierto , señor , todos los dias pidió á Dios paciencia.

El rey se calló y abrió de nuevo su devocionario.

Quevedo permaneció inmóvil con el sombrero echado al costado derecho , y la mano izquierda puesta sobre los gavilanes de la espada.

Esta situación duró algún tiempo.

—Permita Dios que se duerma, dijo Quevedo para sí: no se ya que decir á su magestad... y es necesario que la reina se prepare... en mi vida ni en mi muerte, espero verme en tanto apuro ¡ gran rey el nuestro ! por menos de lo que yo estoy haciendo, azotan á otros.

—¡ Aun estais ahí ! dijo el rey levantando del libro los ojos.

—Esperaba señor que me mandárais irme.

—Pues idos enhoramala, dijo el rey ; y volvió á su lectura.

—Aun es pronto, dijo Quevedo : todo se reduce á que este imbécil se acuerde de que es rey y me encierre. Espérome.

Pasó otro gran rato, el rey murmurando sus devociones, Quevedo inmóvil delante de él.

Habia bien pasado una hora desde que el rey recibió á Quevedo.

Levantó otra vez los ojos del libro, y exclamó :

—¡ Por San Lorenzo ! ¿ no os dije que os fuérais ?

—Ocurrióseme, señor, pediros que me perdonáseis por haber malgastado el precioso tiempo de vuestra magestad, y como vuestra magestad habia vuelto á sus devociones...

—Pues antes de que vuelva otra vez, idos... idos... y perdonado, y vuelto á perdonar, con tal de que no se os ocurra en vuestra vida el volver á pedirme audiencia.

—Beso las reales manos de vuestra magestad, contestó Quevedo y salió.

—¿ Qué habrá querido decirme don Francisco ? dijo el rey cuando se quedó solo : indudablemente me ha dicho algo, y algo grave, pero es el caso que yo no lo he entendido. Estos hombres de ingenio, son crueles. ¿ Pero qué habrá querido decirme ? quitando lo de la monarquía en ropilla, que creo que quiere decir, que el reino anda medio desnudo, no le he entendido mas. Y de seguro... me ha dicho algo... ¡ pero ese algo... ! ¡ ese algo... !

El rey se quedó hecho un laberinto de confusiones, y creyendo de buena fé, que Quevedo le habia dicho grandes cosas que él no habia podido entender.

Entre tanto Quevedo iba soplándose los dedos por las crugias del alcázar.

—Bendito mi amor sea, exclamaba, que me obligó á pedir al tío Manolillo que me abriese la gatera. Mi deseo por ver descuidada y sola conmigo misma á mi doña Catalina, me ha traído á saber el grande apuro

en que se halla la pobre mártir, la infeliz Margarita de Austria. Enredo, enredo y siempre enredo.

Y el buen *ingenio* seguía adelante.

—Y ¡vive Dios, que ya sudaba...! no sabía como seguir diciendo al rey palabras y no mas que palabras. Si se hubiera tratado de otro marido, ¡Bah! la caridad es mas difícil á veces de lo que parece. ¡Pero qué rey... señor! ¡qué rey!

De repente, Quevedo se detuvo y escuchó con atención.

Habia oido un *siseo*.

El *siseo*, volvió á repetirse.

—De aquella reja sale, y nadie hay presente mas que yo. Llámame, pues, acudo. ¿Es á mí?

—Si por cierto, contestó la condesa de Lemos, entreabriendo la reja.

—¡ Ah, lucero de mi oscura noche! exclamó Quevedo: creo que mi pensamiento me ha traído por tan buen camino, como que en él habia de encontraros.

—No podiais pasar por otra parte.

—¿ Me esperábais?

—Con ansias del corazón.

—No digais eso, sino quereis verme loco.

—Aunque mucho os amo, que bien lo sabeis, no por vuestro amor son mis ansias, que de él estoy segura, sino por ella.

—¿ Por la ella del enredo?

—Si; ¿ cómo os ha ido con el rey? Me dejásteis temblando.

—Y allá se queda él confuso.

—¿ Tanto le habeis dicho?

—Al contrario: no le he dicho nada. Pero decidme ¿ por qué ansiais?

—Porque vayais á ver al momento á doña Clara Soldevilla.

—¿ A tan hermosa dama me enviáis?

—Vos podeis ir á ella sin que yo os envíe.

—Me estoy bien donde me quedo... ¿ Llámame doña Clara?

—Si.

—Correo soy de seguro.

—Para correo habeis nacido.

—Por mi mala estrella: que los portes pueden ser tales, que de buena voluntad se perdonen.

—Sois hombre afortunado.

—Decidme donde está mi fortuna , ya que habeis dado con ella.

—¿Pues qué no os amo yo?

—¡ Si se muriera uno!

—Dadle por muerto. Pero id , id , don Francisco, que creo que importa mas de lo que pensamos.

—Adios, pues, señora mia. Conque me digais donde vive doña Clara, me dejo con vos el alma, y allá me emboco.

—Mas allá de la galería de los Infantes, en aquella galería oscura.

—¿ En la de anoche...?

—Si , frente á aquellas escaleras.

—¡ Ah! ¡ frente á las escaleras aquellas ! no he de perderme con tales señas. Quedad con Dios, señora mia, y tratadme bien el alma que con vos se queda.

—¡ Ay, que os llevais la mia ! Adios.

La condesa sacó una mano por la abertura de las maderas, y Quevedo la besó suspirando.

—Adios, dijo, y se alejó.

La reja se cerró silenciosamente.

Poco despues Quevedo llamaba á la puerta del aposento de doña Clara.

Aquella puerta se abrió al momento.

Encontró á doña Clara sobrescitada, encendida, inquieta con la mirada vaga, con todas las señales de una inquietud cruel.

—Vos lo sabeis todo, don Francisco, dijo la jóven con anhelo.

—Lo sé señora, y lo sé tanto, como que aun estoy dudando de ello.

—No os pregunto cómo lo sabeis, no tengo tiempo para nada, ni cabeza : me estoy muriendo : sobre mi vienen...

—Las culpas ajenas os premian.

—¿ Qué decis?

—¡ Si le amais !

—¡ Dios mio ! pero... yo hubiera vencido esta aficion...

—¿ Y á que vencerla?

—¿ Podeis ver esta noche á vuestro amigo?

—¿ A Juan?

—Si , contestó con esfuerzo doña Clara.

—Le veré, si vos quereis.

—¿ Sabeis donde está?

—Está donde le han arrojado vuestros desdenes.

—¿Y le sacarán de allí mis favores?

—¡Oh! vos señora podeis sacar un alma en pena del purgatorio.

—Bien sabe Dios que me sacrifico por su magestad.

—O no os conoceis, ó no me conoceis, señora, dijo gravemente Quevedo.

—No os entiendo, don Francisco.

—Estais desconfiando de vos misma, y desconfiais de mi: vos, señora, sois una valiente, una generosa, una noble jóven: vuestra alma es toda caridad: os sacrificais por una mártir: doblais vuestro orgullo de mujer, esponeis vuestro corazon, arrostrais la cólera de vuestro padre: Dios os premiará, yo os reverencio y os admiro.

—Me veo obligada á casarme con vuestro amigo por salvar á su magestad de unas apariencias que podian perderla: cierto es que vuestro amigo me ha interesado el corazon, no os lo niego, pero le conozco poco: el paso que voy á dar es decisivo: ¿le conoceis vos, don Francisco? ¿estais seguro de que su galanteo con esa comedianta, pasará en el momento en que le abra mi corazon? ¡decidme por Dios cuanto pierdo ó cuanto gano en mi sacrificio!

—Juan es un rey sin corona, doña Clara: para Juan sois sola; Juan es solo para vos.

—Esplicadme mejor...

—Quiero decir que Juan, tal como Dios ha querido que sea, necesita una mujer tal como vos. Que vos, tal como Dios os ha formado, necesitais un hombre como Juan. Que, en fin, habeis nacido el uno para el otro. Por eso os habeis amado en el punto en que os habeis visto: por eso Dios ha querido que sea inevitable vuestro casamiento.

—Pero mi padre...

—Vuestro padre ¡vive Dios! se dará por muy contento conque os caseis de tal modo, y tales andan las cosas que mas servís para envidiada que para envidiosa.

—¡Ah, os creo! ¡os creo, porque sois caballero y cristiano, y no me engañais! os creo y creyéndos soy feliz. Tomad, don Francisco, tomad: esta carta es para vuestro amigo.

—Ya sabia yo que habia de ser correo: pero no importa. Solo siento una cosa.

—¡Qué!

—Que acaso no podreis ver á mi amigo tan pronto como quisiérais.

—¿Y por qué?

—Acaso no podais verle hasta despues de la media noche.

—En ese caso se dará orden para que le abran el postigo de los Infantes á cualquier hora que llegue.

—La señal.

—El capitan Juan Montiño.

—¡El capitan!

—Tengo para él una provision de capitan de la guarda española.

—¡Ah! ¡pues me pesa! ¡se necesita para que os caseis con él de la licencia del rey!

—No paseis pena por eso.

—El rey os ama.

—El rey está ya bien curado.

—¿Y... cuando pensais casaros con mi amigo...?

—Si él consiente... pronto... muy pronto.

—¿Será cosa de prepararlo para que no le haga mal el susto?

—¡Oh! no, no tanto. Y os agradeceria que me hiciéseis un favor.

—¿Cuál?

—¿Me dais vuestra palabra de que me lo concedereis?

—Doiósela y ciento y mil.

—No digais una sola palabra de lo que hemos hablado de él á vuestro amigo.

—Otorgo.

—Y quisiera que...

—Si; que vaya á cumplir mi oficio cuanto antes.

—No, no es eso; que viniérais con vuestro amigo.

—Vendré; y adios, señora.

—Adios.

Quevedo salió pensativo y cabizbajo murmurando:

—¡Pobre Dorotea! ¡ella tambien le ama con todo su corazon!

Apenas salió Quevedo cuando doña Clara se dirigió al cuarto de la reina y dijo á la condesa de Lemos:

—Hacedme la merced, señora, de decir á su magestad, que quiero hablarla al momento.

## CAPITULO XXXV.

De cómo el padre Aliaga puso de nuevo su corazón y su virtud á prueba.

Cuando el confesor del rey salió de la cámara de la reina, al verse en las galerías del alcázar, medio alumbradas, y por consecuencia medio oscuras, solo, sin otro testigo que Dios, la entereza del desgraciado se deshizo; vaciló, y se apoyó en una pared.

Y allí anonadado, trémulo, lloró... lloró como un niño que se encuentra huérfano y desesperado en el mundo.

Y lloró en silencio, con ese amargo y desconsolado llanto de la resignación sin esperanza, muda la lengua y mudo el pensamiento, cadáver animado que en aquel punto solo tenía vida para llorar.

Pero esto pasó: pasó rápidamente, y se rehizo, buscó fuerzas en el fondo de su flaqueza, y las encontró.

—Sigamos hácia nuestro calvario, dijo: sigamos con valor: apuremos la copa que Dios nos ofrece, y dominemos este corazón rebelde..... que obedezca á su deber ó muera: que Dios no pueda acusarnos de haber dejado de combatir un solo momento.

Se irguió, serenó su semblante, y se encaminó al lugar donde le esperaba el tío Manolillo.

El bufon le salió al encuentro.

—¿Ha venido? dijo el padre Aliaga.

—He tenido que engañarla: ahora mismo la estoy engañando.

—¡Engañando!

—Si por cierto, la tengo escondida en mi chirivital: en el agujero de lechuzas que me sirve de habitacion hace treinta años.

—¡Y por qué la engañais?

—Sino fuera por sus celos, ella no hubiera venido: la he asegurado de que veria entrar á su amante en el aposento de doña Clara Soldevilla.

—¡Su amante! ¿y quién es su amante?

—El señor capitan don Juan Giron y Velasco.

—¡Ah! ¡ese jóven! exclamó con un acento singular el religioso.

—Aquí hay una escalera, dijo el bufon: yo no hubiera querido traeros por estos polvorientos escondrijos, pero vos habeis deseado conocerla... asios á las faldas de mi ropilla.

Empezaron á subir.

—¿Sabeis, dijo el bufon que hay esta noche gentes sospechosas en palacio?

—Lo sé, y la Inquisicion vigila.

—¿Dónde creéis que estén esas gentes?

—En el patio.

—Algo mas adentro: mucho me engaño, si por los altos corredores de mi vivienda no anda el sargento mayor don Juan de Guzman...

—¡Ese miserable!

—Y sino le acompaña el galopin Cosme Aldaba. Háme parecido haberlos oido hablar en voz baja á lo último del corredor.

—¿Y qué pensais de eso?

—Temo mucho malo.

—¿Contra quien?

—Contra la reina.

—¡Ah!

—No os asusteis, yo estoy alerta.

—Será preciso prender á esos miserables.

—Dejémoslos obrar no sea que prendiéndolos perdamos el hilo. Por lo mismo, y porque no puedan veros y conoceros y alarmarse, os traigo á oscuras; por la misma razon, ya que estamos cerca de lo alto de las escaleras, callemos.

Siguió á la advertencia del bufon un profundo silencio.

Solo se oian sobre los peldaños de piedra, los recatados pasos del religioso y del tio Manolillo.

En lo alto ya de las escaleras, atravesaron silenciosamente un trozo de corredor, y el bufon se detuvo, y llamó quedito á una puerta.

Oyéronse dentro precipitados pasos de mujer, y se descorrió un cerrojo.

La puerta se abrió.

El padre Aliaga solo pudo ver el bulto confuso de la persona que habia abierto, porque el aposento estaba oscuro: pero oyó una anhelante y dulce voz de mujer, que dijo:

—¿Ha venido ya?

—No, hija mia, dijo el bufon, y segun noticias mias, no vendrá esta noche. Pero pasa, pasa al otro aposento, que no es justo que hagamos estar á oscuras á la grave persona que viene conmigo.

—¿Quién viene con vos, tio?

—El confesor de su magestad el rey.

—¡Ah! ¡el buen padre Aliaga!

—¿Me conoceis? dijo fray Luis entrando en el mismo aposento en que en otra ocasion entró Quedo con el tio Manolillo.

—Os conozco de oidas: delante de mí han hablado mucho de vos el duque de Lerma y don Rodrigo Calderon.

Al entrar en un espacio iluminado, el padre Aliaga miró con ansia á la comedianta: al verla dió un grito:

—¡Ah! exclamó: ¡es ella! ¡Margarita!

—Os habeis engañado, señor, dijo la Dorotea: yo no me llamo Margarita.

—Es verdad: dijo el padre Aliaga: vos no os llamais Margarita, pero ese mismo nombre tenia una infeliz á quien os parecis como vos misma cuando os mirais al espejo. ¡Oh Dios mio! ¡qué semejanza tan extraordinaria!

—Miren que casualidad, dijo el bufon: que tú, hija, mia hayas querido venir al alcázar, que el reverendo fray Luis de Aliaga haya querido venir á mi aposento, y que este santo varon encuentre en tí una absoluta semejanza con otra persona.

La Dorotea miraba fijamente al padre Aliaga.

—¡No me conociais! ¡no me habeis visto antes de ahora! dijo la Dorotea que comprendia en la mirada del fraile fija en ella, algo de espanto, mucho de anhelo, y muchísimo de afecto.

El bufon se anticipó al padre Aliaga.

—No hija, no: este respetable religioso no te conocia ni de nombre.

—Me estais engañando, dijo de una manera sumamente seria la Dorotea.

—No, hija mia, no, dijo el padre Aliaga: pero me estraña ver en el aposento del tio Manolillo, y á estas horas, una mujer tal como vos.

La Dorotea sacó su labio inferior en un gracioso mohin, que tanto espresaba fastidio como desden por la observacion de fray Luis.

—¿Os une algun parentesco con esta jóven, Manuel?

—Os diré fray Luis: si y no: soy su padre y no lo soy: no lo soy, porque ni siquiera he conocido á su madre, y lo soy, porque no tiene en la tierra quien haga para ella oficio de padre mas que yo.

—¿Y vos habeis conocido á vuestros padres, hija mia?

—No señor, dijo la Dorotea: me he criado en el convento de las Descalzas reales: recuerdo, que desde muy niña iba todos los dias á visitar-me el tio Manolillo: yo le creía mi padre; pero cuando estuve en estado de conocer mi desdicha, me dijo el tio Manolillo:—yo no soy tu padre: te encontré pequeñuela y abandonada...

—¡Y no te he mentado, vive Dios! en la calle te encontré, dijo el bufon.

—¡Válgame Dios! dijo el padre Aliaga: ¿pero en qué os ejercitais, que baste á costear honradamente esas galas y esas joyas?

—¿Quién habla aquí de honra? dijo la Dorotea cuyo semblante se habia nublado completamente: ¿á qué este engaño? ¿á qué ha subido á este desvan del alcázar el confesor del rey, cuando yo me encuentro en este desvan? Demasiado sabeis, padre, que soy comedianta, y menos que comedianta... una mujer perdida. Bien, no hablemos mas de ello... pero sepamos... sepamos, ¿á qué he venido yo aquí? ¿á qué habeis venido vos?

—¡Oh Dios mio! exclamó el padre Aliaga levantando las manos y el rostro al cielo, y dejando caer instantáneamente el rostro sobre sus manos.

Pero esto duró un solo momento.

El religioso volvió á levantar su semblante pálido, melancólico y sereno.

—¡Vos me conoceis! exclamó la Dorotea... mas que eso... vos conoceis á mis padres... ó los habeis conocido... mi madre se llamaba Margarita.

—Es verdad.

—¿Y dónde está mi madre? preguntó juntando sus manos, y con voz anhelante Dorotea.

—¡ En el cielo ! contestó con voz ronca el bufon.

—¡ Ah ! exclamó la Dorotea.

Y dejó caer la cabeza , y guardó por algunos segundos silencio.

Luego dijo con doble anhelo.

—¿ Pero mi padre... ?

—¡ Tu padre.... ! dijo el bufon..... ¿ quién sabe lo que ha sido de tu padre ?

—Sentaos hija mia, sentaos y escuchadme, dijo el padre Aliaga.

Dorotea se sentó , y esperó en silencio y con ansiedad, á que hablase el padre Aliaga, que se sentó á su vez en el sillón aquel que en otros tiempos habia servido al padre Chaves para confesar á Felipe II.

—No os habeis equivocado , hija mia , dijo el confesor de Felipe III; se os ha traído aquí con engaño... mi carácter de religioso me vedaba entrar en vuestra casa.

—El engaño, sin embargo, ha sido cruel. Sin él hubiera yo venido... pero ya está hecho : continuad , señor , continuad ; os escucho.

—Os encontrais en unas circunstancias gravísimas. Lo que voy á deciros , debéis olvidarlo : debéis olvidar que os habla el inquisidor general.

—¡ Dios mio ! exclamó la jóven poniéndose de pié pálida y aterrada.

—Nada temais : el inquisidor general, tratándose de vos, y por ahora, ni ve, ni oye, ni siente : mas claro : en estos momentos no soy para vos, mas que el hermano adoptivo de vuestra madre.

—¡ Dios mio ! repitió Dorotea juntando las manos.

—Yo amé mucho á vuestra madre... no he podido olvidarla aun... la robó un infame de la casa de sus padres... yo fui el último de la familia que escuchó su voz... Despues... no la he vuelto á ver... pero la estoy viendo en vos... en vos, que sois su semejanza perfecta.

—Creo que me parezco tanto á mi madre en la figura como en la suerte.

—De vuestra suerte nos importa hablar. Estais acusada á la Inquisicion.

—¡ Acusada á la Inquisicion ! exclamó el tio Manolillo poniéndose delante de la jóven como para defenderla : ¡ acusada á la Inquisicion ! ¿ y por qué ?

El padre Aliaga no quiso comprometer á doña Clara Soldevilla , arrojando sobre su cabeza el odio del bufon , y contestó :

—Por las inteligencias con un hombre , en el cual , segun me he in-



formado, está puesto y siempre vigilante el ojo del Santo Oficio: con un tal Gabriel Cornejo...

—¡Con ese miserable...! exclamó el bufon... ¿tienes tú conocimiento con ese miserable, Dorotea?

—Si, contestó la jóven: le he buscado... porque creía amar á un hombre... desconfiaba de él... necesitaba un bebedizo... pero yo soy cristiana, señor, yo creo en Dios, yo le adoro, exclamó llorando la Dorotea.

—Os he asegurado que nadá teneis que temer, dijo el padre Aliaga: pero es necesario que cambiéis de vida: que dejéis el teatro, y no solo el teatro, sino el mundo.

—El teatro si, dijo la Dorotea: sin que vos me lo aconsejárais estaba resuelta á ello... pero el mundo... el mundo no: en el mundo... fuera del claustro está mi felicidad: está él, y él me ama....

—Ese caballero no puede ser vuestro esposo: ese caballero no puede amaros.

—¡Ah! ¡le conoceis..! ¡os ha enviado él..! ¡ama á la otra..! ¡ama á doña Clara..! ¡y se casará con ella..! ¡oh! ¡no! ¡no se casará..! ¡será necesario para ello que me haga pedazos la Inquisicion!

—¡Oh Dios mio! exclamó á su vez el padre Aliaga.

—¿Pero qué te ha dado ese hombre? exclamó con irritacion el tio Manolillo: ¿qué te ha dado que te ha vuelto loca?

—Me ha dado la vida y el alma, porque yo no sabia lo que era vivir, lo que era tener alma, lo que era amar, hasta que le he visto, hasta que le he oido.

—¡Y con esa vehemencia tuya le habrás hecho tu amante! dijo el bufon.

—No... no... y mil veces no: para él no soy una mujer perdida.

—¿Pero qué felicidad podeis encontrar, hija mia, en unos amores ilicitos? dijo el padre Aliaga: ¿por qué ligar á vos á un jóven noble y digno..? ¿por qué dar ocasion á que mañana se avergüence..?

—Me estais desgarrando el corazon, exclamó con una angustia infinita la Dorotea: me estais repitiendo lo que me dice mi conciencia.

El rostro del bufon mientras dijo la jóven estas palabras se habia ido poniendo sucesivamente y con suma rapidez, pálido, verde, livido.

—Es verdad, dijo con la voz opaca y convulsiva: decid á una pobre niña abandonada de todo el mundo: se fuerte, renuncia al amor, que es tu vida, porque la desgracia te ha hecho indigna del amor de un hombre honrado: ensordece, cuando puedas escuchar palabras de consuelo:

ciega, cuando el sol de la felicidad nace para tí: muere, cuando empiezas á vivir: no, Dorotea, no; tú vivirás porque Dios quiere que vivas: tú amas á ese hombre: ese hombre será para tí... ó para nadie... y cuenta conque el Santo Oficio se ponga frente á frente del bufon.

—¡Manuel! ¡estais loco! exclamó el padre Aliaga.

—No: no estoy loco: pero todos los que tienen algun poder abusan de él: no en balde he pasado cincuenta años en este alcázar: nací en un desvan de él, y el alcázar me conoce y me confia sus secretos: yo soy tambien poderoso, yo puedo decir al rey... si... si, por cierto... yo puedo decirle: hay un hombre... un señor grave... que parece un santo... y oye Felipe: ese hombre tiene el corazón como yo... y como el otro... y como el de mas allá... es un embustero con máscara... es una virtud de comedia... es mentira... ese hombre ama á tu Margarita... observa, observa á ese hombre cuando esté delante de tu esposa... ese hombre no vela por la reina por lealtad, ni por virtud... sino por amor... por un amor dos veces adúltero, por un amor sacrilego...

—¡Ese hombre que dice el tio Manolillo, sois vos! dijo la Dorotea, pálida, sombría, señalando con un dedo inflexible la frente del religioso.

—Yo... ¡Dios mio! ¡yo! ¡que amo á su magestad!

—Y si ocultais vuestro amor, si le devorais... porque al fin ella es una mujer casada, y vos sois un fraile; si teneis la virtud de sufrir en silencio vuestro infierno, si sabeis cuanto ofendeis á Dios, por qué os está prohibido amar á otro que á Dios y amais á vuestra reina... si sabeis que puede llegar un dia en que blasfemeis, y en que la blasfemia os condene... ¿por qué queréis que una mujer libre, engañe á Dios, y se encierre en un claustro, y dentro de él sufra un infierno de amor, y blasfeme, y se condene tambien? Yo... puedo servirle, amarle con toda mi alma sin ofender al mundo porque no soy casada: sin ofender á Dios, porque no soy esposa de Dios. Y haced de mi lo que querais: prendedme, matadme, llevadme á la hoguera... Dios sabe que no le he ofendido, que le adoro, que creo en él, Dios dará su gloria á quien ha sufrido tres veces el martirio.

—La Inquisicion no te tocará, no te acusará á tí. ¿No es verdad padre que la Inquisicion no se atreverá á ella?

Y las últimas palabras del tio Manolillo, eran un rugido amenazador.

—¡Dejadme! exclamó el padre Aliaga ¡dejadme! ¡y que Dios tenga piedad de los tres!

Y salió desatentado.

—Esperad, voy á alumbraros y á guiaros, fray Luis: ¡bah! eso pa-

sará, nos entenderemos y seremos los mas grandes amigos del mundo. ¡Ah! ¡ah! tú te quedas aquí hija mia. No llores, que no hay para qué. Vámos, padre Aliaga.

El bufon salió, y cerró la puerta exterior.

Despues de cerrarla se detuvo.

—Juraria dijo: que al llegar á la puerta por la parte de adentro, he sentido pasos silenciosos, pero precipitados que se alejaban. No importa, yo volveré y veremos lo que está significa. Dadme la mano para que os guie, fray Luis.

El padre Aliaga, dió á tientas la mano al bufon.

—Estais muriendo, padre: vuestra mano está fria como la de un muerto, dijo el bufon al sentir el contacto de aquella mano.

El padre Aliaga no contestó.

El bufon le llevó por donde le habia traído.

Al llegar á la galería de los Infantes, le soltó.

—Desde aquí, dijo, sabeis salir del alcázar. Pero una palabra antes de que nos separemos: tened compasion de ella, tened compasion de vos mismo, tenedla, por Dios, de mí.

El padre Aliaga se alejó en silencio, y con la cabeza baja.

—Acaso he sido imprudente, dijo el bufon estremeciéndose: acaso he sido injusto; ¡Dios mio! cuando se trata de ella, me vuelvo loco.

El tio Manolillo, volvió á tomar en silencio el camino de su mechinal.

Antes de llegar á su puerta, se detuvo.

—Es necesario que yo vea, dijo, qué gentes andan por aquí esta noche.

Y abrió la puerta, entró, encendió una lámpara, y salió á los corredores sin hablar con Dorotea que estaba replegada y llorando en un rincon.

El tio Manolillo recorrió y examinó minuciosamente la parte alta de aquel departamento.

A nadie encontró por mas que registró todos los escondrijos.

—Vamos, dijo, seria el viento.

Y siguió adelante hacia su vivienda.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto del cocinero mayor se detuvo, habia oido la voz de Francisco Martínez Montaña que decia:

—Aseguradle bien que pesa mucho, hijos, y tapadle de modo que no se conozca que es un cofre: vosotros dos no os separeis de mí: las manos en las espadas, y que se conozca si llega el caso que sois un par de buenos mozos de la guarda española.

—Descuide vuesa merced, señor Francisco, dijo una voz franca y ligera, que aunque vengan muchos y buenos, vive Dios que no nos han de robar.

A seguida el bufon oyó el ruido de una llave en la cerradura, y apagó la luz y se retiró precipitadamente al hueco de una puerta inmediata y se embebió en él cuanto pudo y escuchó con una profunda atención.

Se abrió la puerta y salió el cocinero: tras él, dos hombres que conducían, puesto sobre dos palos, un bulto al parecer pesado, y luego dos soldados de la guarda española, á juzgar por sus armas y por sus coletos rojos.

El cocinero mayor volvió á cerrar la puerta.

El y los cuatro hombres se alejaron.

Iba á seguirlos el bufon, cuando sintió pasos tras sí á muy poca distancia.

Embebióse mas en la puerta y desenvainó su puñal.

—Cosme, hijo, síguelos, dijo una voz muy conocida del tío Manolillo: yo me quedo aquí: abajo en la plaza están los otros: quitadle lo que lleve, y que no se diga que os ponen miedo esos fanfarrones de los coletos encarnados.

Alejáronse los pasos, y se perdió la voz á lo largo de los estrechos corredores.

—¡ El sargento mayor, don Juan de Guzman! dijo el tío Manolillo: van por la crugia larga: rodeando yo por la derecha, les gano la delantera: para algo estaban aquí esos bribones: no me habia yo engañado: pues bien; veamos que es esto... pero ¿y Dorotea?... no importa... yo volveré...

Y luego se oyeron los rápidos pasos del bufon.

Si hubiera seguido tras el sargento mayor, se hubiera visto obligada á pasar por la puerta de su aposento.

Y entonces hubiera tropezado con un bulto, que estaba colocado delante de él.

Aquel bulto era el sargento mayor.

Escuchaba.

—Está sola y llora, dijo: ¿dónde estará el bufon?

Y volvió á escuchar.

—Tengo conmigo una llave maestra: puedo abrir: cierto es tambien que el tío Manolillo puede volver: no sé porqué me causa miedo ese hom-

bre: pero bien, necesariamente ha de hacer ruido en la cerradura... y puedo muy bien escapar por la ventana, ganarle tiempo, y perderme. Me importaba ver á Luisa: pero despues de lo que he oido me interesa mas verla á ella. Ea, adelante.

Sonó un hierro en la cerradura, que resistió un momento: luego se sintió correrse el fiador.

La puerta se abrió.

Cerróla de nuevo el sargento mayor, y entró en el aposento donde se encontraba Dorotea.

## CAPITULO XXXVI.

De cómo el diablo iba enredando cada vez mas los sucesos.

La jóven permanecía aun inmóvil en el lugar donde la habia dejado el tio Manolillo, y continuaba llorando.

—¿Quién habia de decirme, murmuró roncamente el sargento mayor, la noche en que no sé quien me quitó esta muchacha reciennacida, que habia de llegar un momento en que nos sirviese de mucho?

Siguió Guzman contemplando por algun tiempo y de una manera profunda á la jóven, y al cabo dijo:

—Bien empleado os está lo que sufrís ¿quien os manda fiaros del primero que llega?

Levantó la cabeza la Dorotea y al ver al sargento mayor, dijo con desprecio.

—¿Quién os ha llamado? idos.

—No necesita que le llameis quien os sigue ansioso todo el dia deseando encontraros sola. ¡Pero ya se ve! No solo no habeis estado sola, sino que habeis servido de estorbo.

Una vaga sospecha pasó por el pensamiento de la Dorotea.

—¿Y para que he podido yo serviros de estorbo?

—Para hacer una justicia, cuando ni el rey ni el duque de Lerma piensan hacerla.

—¿Y cómo he podido yo estorbar...?

—Desde esta mañana hasta que vinisteis á palacio, no os habeis des-  
cosido del ajusticiado.

—¡Ahl ¿se trata...?

—Del señor Juan Montiño: y en matarle no solo se venga á don Ro-  
drigo Calderon, sino tambien á vos.

—Esplicadme como se me venga matando á ese caballero.

—Ese caballero se ha burlado de vos.

—¿De mí?

—Si por cierto: cuando os enamoró estaba ya enamorado.

—¿De quién? esclamó todo afan Dorotea.

—De una dama muy hermosa, con quien anduvo anoche vuestro  
burlador por las calles de Madrid y á quien prometió entregarle las car-  
tas que tenia de la reina don Rodrigo.

—¿El nombre de esa dama?

—No hace mucho que se pronunció en este mismo aposento: os es-  
cuchaba... desde esa ventana: os veia á vos, al padre Aliaga, al tio Ma-  
nolillo.

—¿Doña Clara...?

—Eso es... doña Clara Soldevilla.

—¿Pero es cierto que él la ama?

—Podreis juzgar de ello dentro de poco.

—¡Cómo! ¿vos podeis procurarme...?

—Para que no os estrañe lo que voy á deciros, es bueno que sepais  
que yo conozco mucha gente en palacio: que parte por este conocimien-  
to y parte por mi dinero me sirven bien. Entro, pues, en palacio, cuando  
quiero, y ando á caza de secretos... por las galerías... que algunos se co-  
gen en ellas de noche. Fui á ver esta mañana á don Rodrigo, y bueno  
será que lo sepais... le encontré muy malo con un dagazo en los pechos,  
lo que debeis sentir mucho; porque en fin, aunque vos le hayais dejado  
por otro, cuando tan malparado le veis, don Rodrigo os quiere bien.—Di-  
jome el nombre de quien le habia herido, que le habia quitado las car-  
tas de la reina, y que era menester seguirle, y estar al cuidado de si en-  
traba ó salia en palacio.—Pero como don Rodrigo no le conocia, no pu-  
do darme las señas, sin las cuales me hubiera costado maña y trabajo  
averiguar. Pero afortunadamente le encontré en vuestra casa y vos me  
le disteis á conocer.—Se os ha seguido, se sabe donde ha ido ese hidal-  
go... lo que ha hecho...

—Tenia un duelo concertado...

—Hace como una hora ha salido bien del duelo. En cuanto á mi, tengo seguridad de que esta noche vendrá á palacio, y á la salida... cuando salga solo...

—¿Y que seguridad teneis de que ese caballero vendrá á palacio?

—Desde el oscurecer estamos en palacio cuatro de los míos y yo : dos fuera en acecho ; dos en el patio hasta que se cerraron las puertas, y yo en el interior.—Vagaba yo por las galerías, y sin saber cómo no podia separarme de la habitacion de doña Clara Soldevilla, cuando he aquí que un hombre llama y le abren.—A la luz de quien le habia abierto reconocí á don Francisco de Quevedo, y como don Francisco de Quevedo es muy amigo del señor Juan Montaña, me dije : esperemos : por algo viene aquí don Francisco, que no acostumbra á perder el tiempo.—Salió don Francisco y yo le seguí.—Don Francisco se fué derecho á vuestra casa y llamó.—Abriéronle y preguntó por vos.—Dijéronle que habiais salido.—Cerróse la puerta, y don Francisco se sentó en el dintel.—Indudablemente don Francisco habia salido del cuarto de doña Clara Soldevilla, en busca de Juan Montaña.

—¿Y decís que él vendrá?

—Ha concluido ya su lance con don Bernardino, segun me han dicho, y no debe tardar en ir á vuestra casa... porque tambien sé que vive en vuestra casa : tropezará con don Francisco que le está esperando, y vendrá.—Entrará sí, pero Dios le asista á la salida...

—¿Y sino sale?

—Esperaremos á otro dia para vengaros á vos, para vengar á don Rodrigo.

—Si veo entrar en el aposento de doña Clara esta noche á ese caballero, contad conmigo.

—Le vereis, os lo aseguro... pero es necesario que me sigais.

—Al fin del mundo os seguiré.

—Pues venid.

—Juradme que esto no es un lazo que me tendeis.

—¿No os tengo aquí sola?

—Es verdad.

—Ademas, que vos sois preciosa para don Rodrigo : vos habeis abierto la herida y vos la cerrareis. Vamos, pues, no perdamos el tiempo y entre sin que le veamos.

—¿Y le podré ver sin ser vista?

—En esta parte descuidad.

Dorotea se levantó, se arregló el manto y siguió á Guzman.

Este abrió de nuevo con la llave maestra la puerta, y sin cuidarse de cerrarla, llevó á oscuras á la Dorotea á la galería, á donde daba la puerta del aposento de doña Clara.

—Aquí es, dijo el sargento mayor.

—¿Y la puerta por donde ha de entrar?

—Esta.

—No se oye nada.

—Esperan sin duda.

—¡Oh! ¿y por qué no llamar? ¿por qué no entrar?

—¿Pero estais loca?

—Teneis razon... no sé lo que pienso ni lo que digo.

—Venid : frente á esta puerta hay el hueco de unas escaleras : ocultos bajo ellas podremos esperar, sin que nadie aunque traiga luz nos vea.

Guzman y la comedianta, se pusieron en acecho bajo las mismas escaleras donde la noche antes habia ocultado Quevedo á la condesa de Lemos, para que no la vieran los tudescos.

## CAPITULO XXXVII.

De lo que vió y de lo que no vió el tio Manolillo, siguiendo á los que seguian al cocinero mayor.

Muy pronto el bufon del rey se convenció de que su papel estaba reducido en la aventura que corria, al de un simple testigo.

Seis hombres, á la larga separados y con gran recato, seguian al cocinero mayor, á los dos hombres que conducian el pesado bulto, y á los dos soldados de la guarda española que le escoltaban.

El tio Manolillo de todos aquellos hombres que seguia, solo veia al último y aun á larga distancia para no ser reparado.

Favorecíale la oscuridad de la noche, el ruido sordo y continuo de la lluvia que no cesaba, y lo desierto de las calles.

Porque entonces no habia serenos, ni vigilantes nocturnos, ni nada que los reemplazase, á escepcion de las rondas de los alcaldes, que en atencion á lo crudo y lluvioso de la noche, no se encontraban en todo Madrid para un remedio.

El hombre á quien, como al extremo de una cola, seguia el bufon, recorrió parte de la calle del Arenal, la de las Fuentes, atravesó la Mayor, la Plaza Mayor luego, y por la calle de Toledo, torció hácia Puerta cerrada; pero de repente se detuvo: á la luz del farol de una imágen puesta en una esquina, le vió el bufon desnudar la espada y partir luego á la carrera hácia la Caba baja de san Miguel donde un momento antes habian sonado voces de ¡ladrones! y poco despues ruido de espadas.

El bufon desnudó su puñal, y corrió tambien, pero cuando llegaba á la Caba baja se encontró con que el ruido de las cuchilladas habia cesado, y en su lugar se escuchaban á un tiempo grandes carcajadas y la voz trémula, turbada del cocinero mayor que decia :

—¡ Ah señor ! ¡ señor ! ¡ me habeis salvado y os habeis salvado á vos mismo !

—¿ Qué dice ese imbécil ? exclamó el bufon : indudablemente los buenos mozos del señor sargento mayor han sido zurrados bravamente ; pero escuchemos.

—¿ Qué hablais de señor, mi querido tio ? dijo Juan Montño riendo : el miedo os ha turbado la vista, y no me conoceis.

—Si, si señor, os conozco, os conozco demasiado, dijo Francisco Montño : pero veamos de ir á cualquier parte, donde yo pueda recobrarne y revelaros un secreto.

—¡ Ta ! ¡ ta ! ¡ ta ! dijo el bufon, mientras Juan Montño, el alférez Saltillo, Velludo, el cocinero mayor, los hombres que conducian el bulto y los dos soldados de la guarda española, entraban en la hosteria de donde habian salido los tres jóvenes ; mucho será que el misterio de ese nacimiento no se aclare esta noche para el señor don Juan Giron y Velasco. ¡ Pobre Dorotea ! todo la viene mal : el don Juan al saber quién es puede suceder que la desprecie : ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ hay criaturas que nacen maldecidas !

Y el bufon guardó silencio, adelantó á lo largo de la oscura y desierta calle, se detuvo delante de la hosteria, se acurrucó en el vano de una puerta y frente á ella esperó.

Dentro de la hosteria, en el primer aposento, en la sala comun, sentados á una mesa y esperando con semblante alegre una cena, estaban dos lacayos de la casa real, á juzgar por su librea, y los dos soldados de la guarda española.

—¿ Sabes Perico, que el tal cofre pesaba como una bendicion, y que tengo los brazos dormidos, dijo el un lacayo al otro ?

—Debe estar lleno de oro para pesar tanto : contestó el otro lacayo.

—Indudablemente, dijo el un soldado, mucho debia valer cuando querian aliviarnos del peso.

—Y á no ser por los tres hidalgos que salieron de la hosteria, dijo el otro soldado, no sé lo que hubiera sucedido ; yo creo que eran mas de veinte los que nos acometian.

—No eran sino seis, dijo el otro soldado: el miedo te ha hecho la vista de aumento, Dieguillo.

—¡Que miedo ni que berenjenas! dijo el otro picado: consistirá en que me han metido un latigazo sobre el sombrero, que me hizo ver estrellas y que si no se le tuerce la mano al que me lo dió, me raja como una zanahoria; y me ha levantado un chichon, dijo el soldado quitándose el sombrero y tentándose la parte superior de la cabeza.

—Pues no, repuso el otro soldado; el hidalgo á quien despues del lance llamaba señor el señor Francisco Montño, es un hombre de provecho: no tiraba mas que estocadas, lo ví bien, y se los llevaba delante que era una alegría verlo. Y él llamó su tío al señor Francisco: ¿qué será eso?

—Sea lo que fuere y ya que la cena que nos regalan viene, á cenar y á beber á ver si comiendo y bebiendo se me aplaca el dolor del cintarazo, dijo el otro soldado.

—Vamos buenos mozos, dijo uno de la hosteria que traia sobre las dos manos una enorme cazuela; aquí teneis tres conejos en vinagrillo con sus correspondientes cabezas, y voy á traerlos segun órden superior, ocho botellas de vino que hace seis años que está á oscuras.

—¿Con vinagre son los conejos? dijo el un soldado; pues gracias á que nosotros somos gente de buenas tragaderas, pero cuida, que lo del vinagre no entre en parte con el vino.

—Tinto de Valdepeñas voy á traerlos, que no le bebe mejor ni aun tan bueno el papa.

—Tienes razon porque el papa le bebe de otra parte.

Pero pasemos adelante.

En una habitacion del piso alto, estaban el alférez Saltillo, y Velludo.

Inesilla les servia.

El alférez devoraba con los dientes una pechuga de perdiz y con los ojos el redondo cuello, y el alto seno de la muchacha, soltando uno que otro guiño y una que otra frase que la jóven recibia sonriéndose.

—¿Y qué decís de esto? dijo entre un bocado, un guiño y una galantería soldadesca á la muchacha el alférez.

—¿De que quereis que diga? contestó Velludo; ¿de esta buena moza, de estas perdices, ó de vos?

—No por cierto, de lo que acaba de suceder.

—Ello dirá.

—Por lo pronto, exclamó el alférez, ha acabado de maravillarme nuestro nuevo amigo ¿sabeis que hace cosas que no las creyera sino las viese? ¡Ira de Dios y que modo de tener la punta de la espada en todas partes, y de tener siempre las paradas donde hacia falta! ¡y cortas vive Dios! ¡paradas de valiente!

—Es mucho mozo.

—Pero esta chica es mejor moza.

—¡Ah! ¡os gusta á vos tambien, señor Velludo! muchacha trae dados.

La jóven salió y volvió con un cajoncillo en que habia dos dados y un cubilete, los puso sobre la mesa y esperó con una inquietud de cierto género.

—Amigo Velludo, como nosotros somos dos, la jugaremos.

—¡Jugarme! ¿y quién os ha dicho que yo quiero que me juguéis?

—Vamos, pues tú puedes evitar que lo echemos á la suerte, dijo el alférez ¿cuál de nosotros dos te gusta mas?

—Ninguno, dijo la muchacha.

—¡Ah! pues entonces jugaremos.

—¿Y qué vamos á jugar?

—El derecho exclusivo de hacerla el amor, y el regalo para que se ablande.

—Vaya, vuestas mercedes están muy divertidos, dijo la muchacha poniéndose encendida como una amapola.

—¡Ah! dijo el alférez, ¿todavía tienes vergüenza? cosa rara estando sirviendo en esta casa y siendo tan bonita.

—¿Quieren vuestas mercedes algo mas, que les sirva?

—Nada mas.

—Pues que Dios guarde á vuestas mercedes.

Y la muchacha salió.

—Amigo Velludo, no juguemos, dijo el alférez.

—¿Por qué?

—Esta muchacha es honrada y querria bendiciones.

—Bendígala Dios y paso.

—Hablemos de nuestro amigo, ya que hemos quedado solos.

Y se pusieron á charlar y á aventurar deducciones.

En otro aposento cerrado, dentro de otro aposento cerrado tambien, en un lugar en donde de nadie podian ser oidos, estaban mano á mano, sentados en una mesa Juan Montiño y su supuesto tio.

Sobre aquella mesa en vez de manjares, habia un cofre de hierro, como de pié y medio de largo, y un pié de alto y ancho.

A pesar de que el tiempo no era caloroso, el cocinero mayor sudaba hilo á hilo.

Estaba jadeante, pálido, desencajados los ojos, tembloroso.

Juan le miraba con sumo interés, mas que con interés con cuidado.

Temia que Montiño se hubiese vuelto loco.

—¿Pero qué os sucede tío?

—En primer lugar, dijo el cocinero mayor, no me llameis tío: yo no lo puedo consentir: he obedecido y he callado: pero me falta ya la resistencia á fuerza de desgracias y no callo ni obedezco mas. Yo no soy vuestro tío.

—¿Qué estais diciendo?

—La verdad.

—Pues sino sois mi tío, no sois hermano de mi padre.

—Justamente, porque vuestro padre no es mi hermano: ¡oh! ¡si lo fuese!

—Pero entonces vos no sois Montiño.

—Al contrario, vos sois el que no lo sois.

—¿Yo?

—Vos: vuestro padre es algo mas ilustre: ¿qué digo? vuestro padre es despues del rey el mas grande grande de España.

Miró profundamente el jóven al cocinero, temeroso de si este tenia ó no cabal el juicio, y dijo:

—¿Y quién es esa noble persona?

—Aquí, en este cofre debe decirlo.

—¿Pero vos no lo sabeis?

—El cofre lo dirá: abrámosle: asi como asi iban á abrirle á la fuerza: vos sois á quien lo que este cofre contiene interesa mas, y aunque todavia no habeis cumplido los veinticinco años, no importa: no callo mas, no puedo ya con este secreto, hartó tengo con lo mio... pero es el caso que yo no tengo la llave. Le romperemos.

Y Francisco Montiño volvió el cofre.

Entonces Juan vió el papel que estaba pegado y sellado sobre la cerradura, y leyó en él en letras gordas lo siguiente:

«Yo Gabriel Perez, escribano público de la villa de Navalcarnero, doy fé y testimonio, de como el señor Gerónimo Martinez Montiño, recibió cerrado y sellado como se encuentra este cofre.»

Y por bajo de estas palabras se veía la fecha, y el signo y la firma del escribano.

—Pero no podemos abrir este cofre, dijo el jóven.

—Sino le abris vos le abrirá la Inquisicion.

—¡ Ah !

Francisco Montño desnudó su daga y despegó de un solo corte, y de una manera nerviosa el papel.

Debajo de él y en un rebajo del area, encontró una llave.

—¡ Ah ! todo estaba previsto, dijo el cocinero del rey. Abramos.

—A vos dejo la responsabilidad de este hecho, dijo Juan.

El cocinero abrió con mano trémula el cofre.

Apareció primero un paño de seda azul.

Levantado aquel paño aparecieron algunos papeles.

Levantados aquellos papeles, quedaron largos rollos empapelados.

Sacado un rollo y abierto, se vió que le formaban relucientes doblones de á ocho.

Contados los doblones, resultó que el rollo contenia cincuenta.

Contados los rollos, que eran cuarenta.

Es decir, que la caja contenia dos mil doblones.

Sacados los rollos, se encontró un nuevo paño de seda azul.

Levantado el paño, se hallaron veinte cajas forradas de terciopelo.

Abiertas estas, se halló un riquísimo y completo aderezo de dama, de perlas preciosas, y multitud de alhajas de hombre: joyeles para el sombrero; herretes para la ropilla, sartas de perlas para las cuchilladas, rosetas para talabartes, cadenas, sortijas, una placa de Santiago, una empuñadura de espada de córte, desarmada y conteras para la misma; todo de oro y pedrería, y de pedrería de gran valor.

A la vista de aquel tesoro relucieron los ojos del cocinero mayor, le acometió un vértigo, y se asió á la mesa con ambas manos para no caer.

—¡ Oh ! ¡ si todo esto fuera mio ! exclamó olvidado de que le escuchaba el jóven.

Este por su parte no le oyó, porque su interés estaba vivamente escitado.

Pero en la espresion de su semblante, se comprendia que no era la codicia la causa de aquel interés.

—Veamos esos papeles, dijo Juan, ya que habeis abierto ese cofre, á fin de que sepamos á quien pertenece esto.

—Si, veámoslo, señor, veámoslo, dijo maquinalmente el cocinero mayor.

Cortó Montño las cintas que ataban los papeles, y cayeron sobre la mesa.

Tomó uno á la ventura y leyó :

Era una partida de bautismo, librada por Pedro Martinez Montño, y testimoniada por el escribano Gabriel Perez.

La partida de bautismo de don Juan Tellez Giron, hijo natural del escelentísimo señor duque de Osuna, y de una principalísima dama, cuyo nombre segun decia la partida, se ocultaba por la honra de la misma dama.

Juan apartó aquel papel y tomó otro.

En él el duque de Osuna de su propio puño y letra, declaraba ser hijo suyo natural, el conocido por hijo del capitán inválido de infantería española, Gerónimo Martinez Montño, conocido bajo el nombre de Juan Montño : le reconocía públicamente, le daba su apellido y los derechos que como á tal hijo natural suyo le correspondiesen ; firmaban como testigos Gerónimo Martinez Montño y un Diego Salgado, ayuda de cámara del duque. El escribano Gabriel Perez, testimoniaba la legitimidad de estas firmas.

Habia otros cuatro papeles, que eran otras tantas escrituras públicas de bienes libres del duque, consistentes en dehesas, tierras y molinos, con una renta de cien mil ducados, cedidas por el duque como patrimonio á su hijo don Juan Giron.

Otro papel, era una cédula de gracia del hábito de Santiago desde su nacimiento, dada por el rey Felipe II, por los grandes servicios del duque de Osuna, para su hijo natural don Juan Giron, de cuya gracia podia gozar desde su nacimiento.

El último papel era una carta del duque para su hijo.

El contesto de aquella carta era solemne.

Decia asi :

« En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu santo. Don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, marqués de Peñafiel, conde de Ureña, á su hijo natural, don Juan Giron.

»Hijo mio :

»Cuando esta carta leyéreis, ó habré yo muerto, ó habreis cumplido vos los veinticinco años, y estaré satisfecho de vos y seguro de que podéis llevar sin mancharle mi apellido.

»Un amor incontrastable, y una ocasion desgraciada para vuestra

noble madre, y aprovechada por mí, no sé si con harta locura, son la causa de vuestro nacimiento.

»No dudeis de vuestra madre: ni aun siquiera sabe quien es vuestro padre, ni el lugar en donde os ha dado á luz. Sin embargo, por un aviso secreto, sabiendo que existís, vuestra buena madre os ha legado un magnífico aderezo que vale muchos cuentos de maravedises para vuestra esposa cuando os caseis. De la misma manera secreta, y sin darme yo á conocer de ella, la he jurado por mi fé de caballero, no revelar á nadie, ni á vos mismo, que sois su hijo, su nombre. Guardo, pues, el secreto. Pero como vivireis en la córte, si os casais, vuestra madre podrá reconocerlos, ya que no pueda por vuestro nombre, en la primera ocasion en que presenteis en la córte á vuestra esposa, prendida con ese aderezo, si es que vuestra madre no ha muerto cuando vos os caseis.

»Al reconocerlos, al daros lo bastante para que un noble pueda vivir en la córte de sus reyes como conviene á su nombre, he cumplido con Dios, con mi corazón y con mi honra. Un Giron, por mas que sea bastardo, no puede llevar si no como antifaz, y durante cierto tiempo, un apellido ageno por noble que sea. Escribo esta carta con las lágrimas en los ojos; acabais de nacer, y llorais junto á mí. No os recojo, no os tengo á mi lado, porque quiero que el orgullo de ser mi hijo, no os haga mal criado. Quiero que vivais en una esfera humilde, que os criéis, sino en la desgracia, en una pobreza honrada. Quiero, en fin, haceros bueno y leal, y sabio, y valiente. Quiero... todo lo que un padre quiere para el hijo de la mujer que ha amado como yo amo á vuestra madre. Espero en Dios que mis propósitos se cumplierán, y que Dios me dará vida para abrazaros.

»Como podrá suceder, que por una infidelidad de las gentes que se han encargado de vos, aunque no lo espero, ó por otro acaso cualquiera, sepais el secreto de vuestro nacimiento, es mi voluntad que entreis desde tal punto en el goce de cuanto os doy, pero si yo vivo, venid sin perder tiempo á buscarme, ó de no poderlo hacer, escribidme.

»Creo que baste con lo que os digo.

»Que vuestra suerte no os ensoberbezca; seguid siendo siempre bueno y leal, y recibid la bendicion de vuestro padre,

EL DUQUE DE OSUNA CONDE DE UREÑA.

—¿Comprendeis ahora por qué os llamaba, señor? dijo todo trémulo Francisco Martínez Montaña.

Dón Juan Giron (le llamaremos ya así en adelante), no costestó.

En vez de mostrarse alegre, se mostraba contrariado, y se veía temblar la cólera bajo su semblante.

Recogió los papeles, los guardó cuidadosamente en lo interior de su ropilla, y en sus bolsillos el aderezo de su madre.

Luego dijo levantando los ojos hácia el cocinero mayor:

—Señor Francisco Montño, me pesa mucho el no poder seguir llamándoos tío: pero no lo sois, y me veo obligado á tener paciencia.

—¡Obligado á tener paciencia, Dios de bondad, y os encontrais casi un príncipe!

—Hacedme la merced de meter eso otra vez en ese cofre, de cerrarlo y de llevároslo.

—¿Y si me lo roban, señor?

—¡Eh! ¡si os lo roban! ¡qué importa! ¡adios!

—¡Pero...!

—Adios, ya os veré.

Y don Juan salió.

—¡Pero está loco, Dios mio! dijo el cocinero mayor guardando todo aquello con precipitación como si hubiera temido que se lo robasen las paredes: ¡y marcharse sin que yo haya podido decirle el apuro en que me encuentro con el inquisidor general..! mis negros, mis terribles apuros. ¡Vive Dios que se conoce en él la sangre de los Girones...! y al fin, me servirá de mucho... me vengará ahora mucho mejor que antes; porque al fin, él me ha dicho que siente mucho no poder seguir llamándome su tío. Me parece que puedo dejar esperar sin peligro al inquisidor general.

Entre tanto el cocinero mayor habia metido en el cofre su contenido, le habia cerrado, y metióse cuidadosamente la llave en el bolsillo.

—¡Eh! ¡hostalero! dijo llamando; y cuando apareció este añadió: decid á los dos lacayos y á los dos soldados que están abajo que suban.

Cuando hubieron subido, el cocinero hizo cargar de nuevo á los lacayos con el cofre, y salió.

Al llegar á la puerta, el hostalero le dijo con la gorra en la mano:

—¿Y el gasto, señor?

—¡Cómo! ¡no han pagado! dijo el cocinero deteniéndose con sobresalto.

—Esos caballeros se han marchado sin pedirme la cuenta, y como arriba quedábais vos...

—¿Y cuanto es la cuenta? dijo todo turbado el señor Francisco.

—Quince ducados, señor.

—¡Quince ducados! exclamó Francisco Montiño, metiéndose en un regateo que en aquellas circunstancias era un rasgo determinante del miserabilísimo carácter del cocinero; ¿pues cuántas gentes han comido y bebido?

—Dos hidalgos, señor, cuatro criados...

—Basta... basta: dijo el cocinero sacando de una manera nerviosa un bolsillo de sus greguescos, tomad y adios. Con muchas cuentas como esta os poneis rico.

—Vaya en paz vuesamerced, dijo socarronamente al cocinero mayor.

—¡A palacio! dijo Montiño á los suyos.

Y se puso en marcha delante de ellos.

## CAPITULO XXXVIII.

De cómo Quevedo conoció practicamente la verdad del refran : el que espera desespera.

Cuando don Juan Giron se encontró en la calle con sus dos nuevos amigos, se apresuró á despedirse de ellos, citándoles para el dia siguiente, y alegando un pretexto, tomó á la ventura por la primera calle que encontró á mano.

El jóven estaba aturdido.

No de orgullo, sino por el contrario, de abatimiento.

El hubiera preferido una condicion humilde, afanosa, con padres legitimos, á la riqueza y á la consideracion que le daba la circunstancia de ser hijo bastardo reconocido de aquel poderoso magnate, á quien llamaban por escelencia el gran duque de Osuna conde de Ureña.

Le pesaban en los bolsillos las joyas que habia encontrado en el cofre ; sentia sobre su pecho los papeles que acreditaban su nacimiento : y aquellas joyas y aquellos papeles le abrumaban.

Indudablemente era harto raro el modo de pensar del jóven, en una época en que abundaban los bastardos reconocidos y respetados, porque en aquel tiempo eran otras las costumbres.

Estaban en tal predicamento en tal valia la nobleza de algunos apellidos, que honraban á todos los que los llevaban, aunque fuesen judíos convertidos, apadrinados por algun grande.

Pero don Juan se habia criado en un pueblo , en medio de los ejemplos de virtud y de dignidad de los que habia creido sus parientes y pensaba de otro modo.

No le afligia el ser bastardo por sí, sino por su madre.

Por su madre, que por mas que abonase por su inculpabilidad el duque, estaba acusada delante del mundo, por aquel reconocimiento público de su hijo.

Estas y otras muchas afecciones, mortificaban al jóven, y entre ellas no era la menor, la de que á su juicio, su condicion social hacia dificilísimo su casamiento con doña Clara Soldevilla.

Porque á pesar de que la Dorotea le habia fascinado, y empeñádole como una dificultad, la Dorotea solo llenaba el deseo del jóven, mientras doña Clara interesaba sus sentidos, su razon, su corazon, su vida; en una palabra, su cuerpo y su alma.

Don Juan sufría de una manera intensa: se encontraba entre dos mujeres: á la una le arrastraba todo, á la otra su deseo y su caridad.

Su caridad, porque habia comprendido que Dorotea le amaba, á pesar del poco tiempo que habia pasado desde su conocimiento, de una manera que no podia explicarse sino por otro hecho tambien escepcional: por el amor violento que el jóven habia concebido por doña Clara.

Es verdad que don Juan, habia supuesto de la hermosa menina, menos de lo que ella era, ya se tratase de hermosura de cuerpo, ó de hermosura de alma; de ternura hácia el ser que tuviera la fortuna de ser amado por ella, de tesoros de pureza reservados para aquel hombre: don Juan se habia enamorado de sus suposiciones, y de ver que sus suposiciones habian sido mezquinas, debia enamorarse todo cuanto su alma era capaz de amar, que lo era hasta lo infinito: don Juan, pues, moria pensando en doña Clara, sufría recordando á la Dorotea.

Poema tranquilo y dulce la una: poema sombrío y desgarrador la otra: dos grandes mujeres, consideradas en cuanto al corazon, pero puestas en condiciones, enteramente distintas: la una altiva con su dignidad de mujer y de nobleza de raza: la otra, humilde, paciente, devorando en silencio las contrariedades de su nacimiento y de su vida: las dos hermosas, espirituales, codiciadas, celebradas: las dos hablando con lenguaje tentador elocuente al jóven.

Don Juan, pues, tenia fiebre.

Pero enérgico, valiente, acostumbrado á acometer de frente las contrariedades vulgares que hasta entonces habia experimentado, acometió

de frente la dificultad escepcional en que se encontraba metido, y dijo para sí:

—El ser yo hijo de Osuna, ya no tiene remedio: en cuanto á doña Clara, será mi esposa, porque yo lo quiero: Dorotea... Dorotea será mi hermana.

Otro hombre hubiera dicho, frotándose las manos de alegría:

—Bastardo ó no, soy hijo de un gran señor, y tengo una gran renta: las dos célebres hermosuras de la córte y del teatro, me aman: la una será mi mujer, la otra será mi querida.

Por el contrario, don Juan, con arreglo á su corazon, sin meditar, porque no tenia esperiencia, que con las mujeres no hay términos medios posibles, habia creido salir del atolladero, con una hipotésis, que á realizarse satisfacía á su corazon y á su conciencia.

Y mas tranquilo ya, se orientó, tomó por punto de partida la calle Mayor, y sin vacilar ya, se dirigió á la calle Ancha de San Bernardo, y á la casa de la Dorotea.

Al llegar á la puerta retrocedió.

Un bulto se habia enderezado y permanecido inmóvil delante de él.

—¡Quién va! dijo don Juan poniendo mano á su espada.

—Decid mas bien ¿quién espera? ¿quién se desespera? ¿quién tiritita? ¿quién se remoja? ¿quién está en batalla descomunal con el sueño, esperando á un trasnochador insufrible? ¡cuerpo de mi abuela, que bien son ya las dos de la mañana!

—¡Don Francisco! exclamó admirado el jóven: ¿qué haceis aquí?

—Esperar para deshacer.

—¿Para deshacer qué?

—Enredos y dificultades: cuando mi duque de Osuna me escribió que viniese á la córte en busca vuestra, no sabia yo el trabajo que habiais de darme, ni verme metido en tales laberintos, como en los que por vos estoy, sin corazon y sin cabeza, sin cuerpo y sin alma.

—¡Vos!

—Sin cuerpo, porque tal como le tengo de aporreado no aprovecha, y sin alma, porque la tengo trastornada, y revuelta, y andando en cien lugares y no sabiendo donde pararse.

—¡Ah! ¡esperábais!

—Sí señor, y habia perdido ya la esperanza, amigo Montño.

—No volvais á llamarme Montño, os lo ruego don Francisco: ese apellido me hace daño.

—¡ Ah ! ¿ ha rebentado del secreto vuestro tío ? dijo Quevedo con intención.

—El cocinero del rey , por una casualidad , ha venido á parar á mis manos con un cofre , y en ese cofre...

—Pues me alegro ¡ vive Dios ! alégrome de que sepais... pero en fin , ¿ qué es lo que sabeis ?

—Llevo conmigo mi partida de bautismo , unas escrituras , por las que el duque de Osuna me hace rico , y una carta de mi padre.

—¿ Pero quién es vuestro padre ?

—El escelentísimo señor don Pedro Tellez Giron , duque de Osuna , marqués de Peñafiel , conde de Ureña , virey de Nápoles , y capitán general de los ejércitos de su magestad , dijo con amargura el jóven.

—¿ Y os pesa de ello , don Juan ? dijo Quevedo cambiando de tono.

—Pésame por mi madre.

—¿ Sabeis quién es vuestra madre ?

—No : ¿ y vos ?

—Tampoco , contestó prudentemente Quevedo.

—¿ Pero sabiais que el señor duque... ?

—Si por cierto : su escelencia se ha levantado para mí la mitad de la carátula.

—¿ Y qué hacer ?

—Decir á voces para que todo el mundo lo oiga : yo soy don Juan Tellez Giron , hijo del grande Osuna... pero por lo pronto hay que hacer otra cosa , recibir esta carta que vos no esperábais.

—¿ Acaso una carta de mi padre ?

—De persona es esta carta , que os alegrará , cuando el duque por ser vuestro padre y por pensar como pensais , os entristece.

—¿ Pero de quién es ?

—Oledlo , y ved si trasciende á hermosura , y á amor , y á gloria para vos , que como sois jóven , buscáis la gloria en una mujer.

—¡ De doña Clara ! exclamó alentando apenas el jóven.

—¡ Ah ! ¡ pobre Dorotea ! dijo Quevedo ; su hermosura y su amor , á pesar de ser tan peligroso , no ha podido haceros olvidar á la hermosa menina. Quisiera que doña Clara os oyese. Tiene celos.

—¡ Celos !

—Como que ama.

—¿ Y os ha dado esta carta para mí ?

—Mirad á lo que por vos me reduzco.

— ¡ Ah! Dios os premie , don Francisco , la ventura que me dais : Pero agonizo de impaciencia .

— ¿ Por leer ? pues leamos .

— ¿ A oscuras ? ¡ maldiga Dios la noche !

— Y bendiga los farolillos de las imágenes callejeras : á la vuelta de la esquina hay uno , á cuya luz , si le han alimentado bien , podreis salir de ansias .

Don Juan tomó adelante hácia la vuelta de la esquina , y de tal modo , que Quevedo que no podia ir ligero , se quedó atrás .

— De todas las necesidades que hacen andar mas de prisa á un hijo de Eva , dijo , no conozco otra como la mujer .

Y siguió á paso lento .

Entre tanto don Juan habia doblado la esquina .

Efectivamente , alumbrando , aunque á media luz , á una virgen de los Dolores embutida en su nicho , habia un farol .

Don Juan tenia una vista excelente y , gracias á ella , pudo leer lo que sigue en la carta de doña Clara .

« Os espero ; os espero , no podré deciros con cuanta impaciencia : nunca he ansiado tanto ; estoy resuelta á esperaros toda la noche . Venid en cuanto recibais esta á palacio por el postigo de los Infantes . Si don Francisco de Quevedo no pudiere acompañaros como se lo he rogado , llamad al postigo , dad por seña : el capitan Juan Montiño , y el postigo se abrirá y una doncella mia os traerá á mi aposento : romped ó quemad esta carta y venid , venid que os espero ansiosa .— Doña Clara Soldevilla .

El jóven sintió lo que nosotros no nos atrevemos á describir por temor de que nuestra descripcion sea insuficiente ; era aquella una de esas agudas sorpresas , que trastornan , aplanan por decirlo asi , causan una revolucion poderosa en quien las experimenta .

Don Juan vaciló , y para sostenerse apoyó sus manos y su frente en la repisa de piedra del nicho de la imagen .

Llegó Quevedo , se detuvo y contempló profundamente al jóven .

— ¡ Si las tormentas no se calmaran al fin...! dijo , ¡ como su padre ! ¡ son muchos , muchos hombres estos Girones ! ¡ ó muy poco ! ¿ quién sabe ? Y hace frío y llueve . ¡ Don Juan !

El jóven se levantó de sobre la repisa aturdido .

— Paréceme que os esperan , y que os espera alguna persona á quien no debeis hacer esperar... y acaso... acaso os esperan muy altas personas ,

—Vamos , dijo el jóven.

Y tiró adelante.

—No es por ahí , dijo Quevedo.

—Pues guiadme vos.

—Y vos llevadme, si hemos de andar de prisa.

Y Quevedo se asió al brazo de don Juan, y en silencio entreambos, porque el jóven estaba mas para pensar que para hablar, y Quevedo mas que para andar y hablar para dormir, tomaron el camino del alcázar.

Don Franciscó se fué derecho, como quien tanto conocia el alcázar, al postigo de los Infantes , y llamó.

Al primer llámamiento nadie contestó.

—¿Qué es esto? dijo don Juan, ¿nos habremos equivocado de puerta ó se habrá arrepentido doña Clara?

—No; sino que aquí tambien hace sueño ¡ya se vé! ¡es tan tarde!

Y Quevedo bostezó y llamó por segunda vez.

—¿Quién llama? dijo tras el postigo una soñolienta voz de mujer.

—¿No os lo dije? dormian; contestó Quevedo ¿Pero que haceis que no contestais?

—¿Quién es? dijo la voz de adentro mas despierta.

—El capitan Juan Montño, contestó don Juan.

Rechinaron los cerrojos del postigo que se abrió á medias.

—Entrad, dijo la mujer.

Y cuando don Juan hubo entrado, el postigo volvió á cerrarse.

—Esperad, dijo Quevedo conteniendo con la mano el postigo: aun queda uno: digo, sino es que yo sobro, que me alegraria.

—¿Sois don Francisco de Quevedo y Villegas?

—Creólo asi.

—Entrad pues, y en entrando oid lo que habeis de hacer, dijo la jóven que jóven era á juzgar por la voz la que hablaba, y cerró la puerta quedando los tres en un espacio oscuro.

—¿Os han dado algun mandato para mí? dijo Quevedo.

—Mi señora me ha dicho que su magestad os está esperando, que vayais á su cuarto y os hagais anunciar por la servidumbre.

—De las dos magestades ¿cuál me espera?

—Su magestad el rey.

—¡Ahl pues corro, dijo Quevedo permitiéndose una licenciosa suposición de ligereza.

—¿Sabeis el camino?

—Aprendile ha rato.

—Pues id con Dios.

—Guardaos él y á vos amigo don Juan.

—¡Ah! don Francisco, esta es la primera aventura que me hace temblar.

—No digais eso, que al conoceros medroso, pudiera tener miedo vuestra guta y equivocarse el camino. Tengo para mí que os deben llevar por la derecha.

—Y vos debeis ir por la izquierda, dijo la mujer.

—Bien me lo sé.

—Adios.

—Adios.

Y se oyeron los tardos pasos de Quevedo que se alejaba.

—¿Dónde estais, caballero? dijo la jóven que habia abierto el postigo.

—Junto á vos, á lo que parece, contestó don Juan.

—Dadme la mano que os guie.

Dióselo el jóven, y por su tacto ni áspero ni suave, comprendió que se trataba de una medio criada medio doncella.

Llevóle esta, por unas escaleras, luego por una galeria, y al fin se detuvo, sonó una llave en una cerradura, se abrió una puerta, se vió al fondo de su habitacion el reflejo de la luz que alumbraba á otra, y la sirvienta dijo al jóven.

—Pasad, en su cámara encontrareis á mi señora.

Adelantó temblando el mancebo, combatido por la duda y por la impaciencia, que nunca es mayor que cuando estamos próximos á tocar un objeto ansiado, y entró en la habitacion de donde salia el reflejo de la luz.

—The first of these

—is the

—the first of these

## CAPITULO XXXIX.

De cómo el noble bastardo se creyó presa de un sueño.

De pié, inmóvil, apoyada una mano en una mesa, encendida, trémula, con la mirada vaga, estaba doña Clara, alumbrada de lleno por la luz de un velon de cuatro mecheros.

Don Juan no pasó de la puerta.

Al verla se quedó tan inmóvil como ella.

Durante algun tiempo ninguno de los jóvenes pronunció una sola palabra.

Doña Clara miraba de una manera singular á don Juan.

Don Juan estaba mudo de admiracion, dominado por la mágia que se desprendia de doña Clara y con la vista fija en ella.

Estaba maravillosamente vestida.

Un traje de terciopelo blanco de Utrech con bordaduras de oro y cuchilladas de raso blanco, realzaba la magestad, y la belleza de las formas, lo arrogante de la actitud, que constituian el ser de doña Clara, en un indefinible conjunto de distincion y de hermosura.

Estaba hechiceramente peinada, ceñia su cabeza una corona de flores de oro esmaltadas de blanco, y de esta corona pendia un velo de gasa de plata y seda.

Inútil es decir que á este bello traje, servian de complemento bellas y

ricas alhajas. No podia darse nada mas hermoso, mas completamente hermoso.

—Acercaos, dijo con acento dulce doña Clara.

—¿Para que me habeis llamado? exclamó el jóven con afan acercándose.

—Decidme primero lo que habeis pensado de mí, al leer la carta que os he enviado con don Francisco.

—He creido... no he creido nada, porque vuestra carta me ha aturrido. ¿No lo veis señora? ¿No conoceis que estoy muriendo?

—Dominaos, reflexionad y decidmelo: ¿qué pensais de esta estraña cita?

—Pienso, señora, que sabeis bien que mi vida es vuestra, y no solo mi vida sino mi alma, y que si me habeis llamado es á causa sin duda de hallaros en un grave compromiso.

—Teneis razon: en un compromiso harto grave. Me caso...

—¡Qué os casais!

—Si por cierto, y voy á mostraros la causa porque me caso.

Don Juan no contestó, porque se le habia echado un nudo á la garganta.

Doña Clara, entre tanto, habia tomado de sobre la mesa un objeto envuelto por un papel y le desenvolvió lentamente.

El jóven, vió un magnífico rizo de pelo negro, sujeto por un no menos magnífico lazo de brillantes.

—He aquí lo que me casa con vos, dijo doña Clara con la voz firme y lenta, aunque grave.

—¡Conmigo! ¡os casareis conmigo! exclamó el jóven en una esplosion de alegría: yo..! ¡yo vuestro esposo...! ¡yo poseedor de vuestra alma, de vuestra hermosura...! ¡esto... esto es un sueño!

Y don Juan retrocedió y por fortuna encontró un sillón en el que se dejó caer.

Estaba pálido como un difunto, temblaba, miraba de una manera ansiosa á doña Clara.

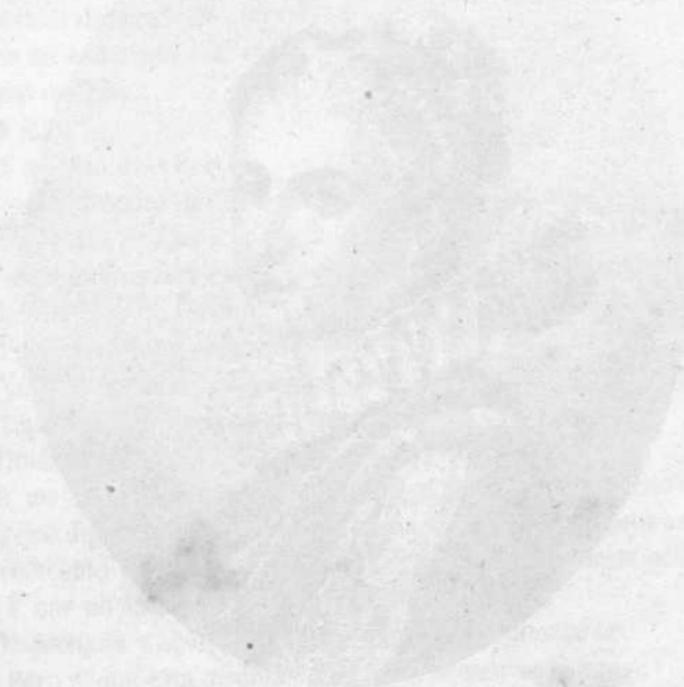
De repente se levantó, asió una mano á doña Clara, la estrechó contra su corazon y exclamó:

—Esplicadme, señora, esplicadme este misterio que me vuelve loco.

—Cuando seais mi esposo.

—Pero eso será pronto...

—¿No me veis vestida de boda? la corona nunpcial de mi madre, las





DOÑA CLARA SOLDEVILLA.

joyas que llevó en una ocasion semejante, me adornan : á falta de traje á propósito la reina me ha regalado este. Yo queria casarme lisa y llanamente... pero me han mandado ataviarme... me ha sido preciso obedecer : todo se ha reducido á aceptar este traje de su magestad, á abrir el cofre donde conservo las joyas de mi madre y á ponerme en manos de mis doncellas ; ya veis que todo esto indica que el casamiento corre prisa : el padre Aliaga alegó no sé qué del concilio de Trento, pero la reina dijo que eso se arreglaría despues... de modo, señor, que sus magestades, el inquisidor general y yo, os estamos esperando desde hace tres horas. Solo falta que vos me digais si quereis casaros conmigo.

—Vuestra duda es impía doña Clara : ignoro porqué habeis cambiado vuestros desdenes de anoche.

—Los ha cambiado este rizo.

—Pero ese rizo...

—Es mio.

—¿ Y no me direis mas ?

—Luego ; despues de las bendiciones, á solas con vos.

—Doña Clara, yo os amo ; sois lo único á que aspiro : ser vuestro y que vos seais mia es una gloria que me enloquece... pero noto en vos no sé qué de terrible, de violento. ¿ Os obligan á que os caseis conmigo ?

—Si por cierto, me obliga mi corazon.

—¡ Vuestro corazon ! habeis pronunciado de tal manera esas palabras que me espantan : no, vos no me amais...

—¿ Quién sabe ?

—Si me amárais pronunciaríais ese ¿ quién sabe ? con menos amargura... ¿ qué digo con menos.. ? lo pronunciaríais con el alma, que asomaria á vuestro acento y á vuestro rostro por mas que lo quisiérais ocultar.

—¿ Y qué no asoma ?

—Despechada y amarga, que enamorada y contenta no.

—¿ Pero á que esta disputa ? ¿ no quereis casaros conmigo ?

—He querido y quiero... pero segun os veo... me niego...

—¡ Ah ! ¡ os negais !

—No quiero ayudar á que os sacrifiquen.

—¡ Don Juan !...

—¿ Por qué me llamais don Juan ?

—Por... ¡ por qué sé yo ! ¿ pero esto qué importa ?

—Mucho... acaso el ser yo sobrino del cocinero del rey...

—Eso no importa nada...

—¿Y si fuera peor? ¿si yo fuera un bastardo...?

—¡Cómo! ¿sabeis...?

—¿Y qué he de saber? ¿que soy hijo del duque...?

—Del gran duque de Osuna, y...

—¿Y de quién? ¿sabeis acaso señora el nombre de mi madre, como sabeis el de mi padre?

—¡Cómo! ¿no sabeis quién es vuestra madre...?

—No ¿y vos?

—Tampoco...

—Ayer ni aun el de vuestro padre conocíais.

—Lo he sabido por una casualidad esta noche ..

—Yo lo supe ayer...

—¿Quién os lo dijo...?

—Vuestro supuesto tio...

—¡Ah! ¡mi tio... Francisco Montiño os lo dijo...! ¿y á qué propósito...?

—Estamos pasando el tiempo don Juan... estamos haciendo esperar á sus magestades.

—Un solo momento: leed, y despues decidme si os quereis casar conmigo.

Y sacó de su ropilla los papeles; buscó la carta del duque y la dió á doña Clara.

Esta la leyó.

—Me caso con vos, dijo devolviéndosela.

—Pero esto es cruel... vuestra decision me espanta.

—¿No me amais...? dijo con impaciencia doña Clara... pues si me amais ¿á qué esa obstinacion...? ¿dudais acaso de mí...? ¿amais acaso á otra, á causa de esa facilidad que teneis de enamoraros en dos minutos?

—Me estais desgarrando el alma, señora... y... no os comprendo... arrostrais un sacrificio al casaros conmigo... todo lo indica en vos; y cuando quiero salvaros, si es posible, á costa mia de ese sacrificio... ¿me preguntais, no solo si os amo, sino si amo á otra?

—Son las tres de la mañana, dijo doña Clara, y sus magestades esperan: concluyamos: ó volveos libre, ó seguidme.

—Esperad: puesto que vais á ser mi esposa...

—¿Qué...?

—En la carta que habeis leído, se habla de las alhajas de mi madre: aceptadlas como vuestro dote, señora...

Y el jóven se metió la mano en el bolsillo.

—Despues, muy despues, dijo doña Clara : ahora , puesto que entramos queremos unirnos , venid.

Y se dirigió á una puerta , en paso rápido , poderoso , en que se revelaba la escitacion de que estaba poseida.

Don Juan la siguió.

Y dominado por lo estraño , por lo maravilloso , y aun podemos decir por lo terrible de la situacion , ni aun se acordó de que iba pobremente vestido , con su sombrero ajado , su capilla parda , y sus botas de camino enlodadas hasta las corbas.

Porque todo habia variado en el jóven : menos el traje , todo.



## CAPITULO XL.

De cómo Quevedo se quedó á su vez sin entender al rey.

—Enredo como este, confesad que es mayor que vuestra perspicacia, don Francisco, decia Quevedo, dirigiéndose á oscuras desde la parte baja del palacio al cuarto de Felipe III. Y eso, añadía, que teneis una perspicacia que os mata. Que doña Clara se haya enamorado de nuestro hombre, pase, porque yo que no peco por los amores barbados, estóilo de él; que doña Clara se haya valido de mí como de un anzuelo para pescar á su enamorado, cosa es que no espanta á nadie, porque las mujeres se agarran á todo... que se encierre con él... cosa es que de comun apesata... pero que me digan: acompáñele vuesa merced; y acompañado que ha sido: vaya vuesa merced á ver al rey que le espera, á las tres de la mañana, cuando nuestro señor, que Dios guarde, es mas dado á dormir que un gusano de seda, dígame que no me entiendo, dóime capote, y sigo y prosigo hácia el cuarto de su magestad.

Y seguia don Francisco; pero dando vueltas á su poderosa imaginación.

—¿Qué será, qué no será?.. lo que fuese sonará, dijo al fin cansado de cabilar y entrando en una galería alumbrada, á donde daba la puerta de la primera antecámara del cuarto del rey.

Llegó, habló á una ayuda de cámara, y fue introducido hasta el rey á quien habian despertado para anunciar á Quevedo, y que habia vuelto á dormirse.

Es de advertir, que el rey estaba en su lecho, y convenientemente rebujado.

El ayuda de cámara despertó á su magestad.

—Pronto amanece hoy, dijo el rey.

—Son las tres de la mañana, señor, dijo el ayuda de cámara.

—¡ Ah! ¡ son las tres de la mañana! dijo el rey bostezando, y poniéndose la mano á manera de pantalla, para mirar á Quevedo, sin que le ofendiese la luz de la lámpara: ¿quién es ese? añadió despues de haber bostezado otras tres veces, y de haber mirado durante tres minutos á Quevedo, que estaba tieso é inmóvil delante del lecho real.

—Es don Francisco de Quevedo y Villegas, señor, dijo el ayuda de cámara.

—¡ Ah! pues creo, Dios me perdone, que estamos perseguidos por don Francisco.

—Perdóneme vuestra magestad, señor, dijo Quevedo con voz campanuda y vibrante: yo he sido llamado: que si llamado no fuera, no aportára yo en todos los años de mi vida por vuestra cámara.

—¡ Ah! es verdad... ahora recuerdo; solo que no recuerdo para lo que os he llamado... os necesitaba para algo.

Quevedo no contestó.

—¿Sabeis que tengo frío, don Francisco? dijo el rey.

—Andan los tiempos muy crudos, señor, contestó Quevedo.

—Efectivamente, han dado en decir de estos tiempos, que si son crudos, que si son cocidos. ¿Sabeis si se guisa algo bueno por el alcázar?

—No señor, no me he dado á lo cocinero, y aunque lo fuese, hace mucho tiempo que el alcázar no es cacerola mia.

—¡ Ah! pues en la tal cacerola, hierve por un lado, y por otro huela. Y hace frío, si señor, hace frío. Hacedme la merced, don Francisco, de llamar.

Quevedo fué á una puerta, y dijo:

—Su magestad llama.

—Oye Sarmiento, dijo el rey: ponme detrás dos almohadones á fin de que pueda recostarme, y el gaban de pieles.

Sirvió el ayuda de cámara al rey, y este le despidió.

Felipe III se quedó sentado en la cama recostado sobre los almohadones, y envuelto en el gaban.

—Os aseguro, don Francisco, dijo el rey bostezando de nuevo y ha-

ciendo la señal de la cruz sobre el hostezo, que estoy pasando una mala noche.

—No la paso yo mejor, dijo Quevedo.

—Vos os divertís; yo me fastidio.

—Pues doy la diversion por dos blancas.

—Os juro que no puedo dormir.

—Y yo os afirmo, señor, que no puedo acostarme.

—Yo os habia llamado para algo.

—Yo creia que para algo era venido.

—Y es que no me acuerdo... ¿podeis vos adivinar..?

—¡Cómo! ¡señor! yo no me atrevo á penetrar en la alta voluntad de un rey tan grande como vuestra magestad, dijo Quevedo inclinándose profundamente.

—Pues mirad, don Francisco, hay ocasiones en que yo tengo que tragarme mi voluntad.

—Y yo con mucha frecuencia las palabras.

—¿Y no se os ocurre para que os podría necesitar yo?

—Creo que soy demasiado humilde para que haya vuestra magestad necesidad de mí.

—¡Ah! ya recuerdo... recuerdo que tenia que preguntaros algo. ¿No teneis nada que decirme?

—Que Dios prospere á vuestra magestad, y le de centuplicados reinos.

—Paréceme que los que tengo me sobran... pero ayudadme, don Francisco...

—¿Y á qué, señor..?

—A que saquemos en claro para que os he llamado yo.

—¿Apostamos, dijo para sí Quevedo, á que el rey se está vengando de mí por lo de esta mañana? pues aguarda.—Yo creo, señor, dijo en voz alta, que me habeis llamado para entretener la vela; es decir, que me usais como á libro malo que solo se busca para llamar el sueño: si quiere vuestra magestad, convertireme en libro, y contaré á vuestra magestad un cuento.

—No tal, ni por pienso, dijo el rey, porque vuestros cuentos no los entiendo yo. Hablemos de otra cosa. ¿Qué me decís de vuestro duque de Osuna?

—Que no es mio.

—¡Ah! pues por vuestro os le dan.

—Agradezco la intencion porque indudablemente quieren hacerme un buen regalo.

—¿Está contento con su vireinato de Nápoles?

—Nada debe de dolerle, porque no se queja.

—¿Y vos estais contento aquí?

—Segun: rabio á ratos á ratos rio: cómo olla podrida y si no engordo no enflaquezco.

—Decíamos que el duque... pues... decíamos que el duque... ¿qué decíamos don Francisco?...

—Yo no decia nada.

—Yo he querido decir algo... pues... queria haberos dicho algo de cierto hijo.

—No entiendo á vuestra magestad.

—Pues hablemos de un sobrino.

—Lo entiendo menos.

—De un rizo...

—Continuo á oscuras...

—De unas estocadas...

—Ni aun con la lengua las doy hace un siglo.

—Pues señor, dijo el rey, ahora veo que no os he llamado para nada.

—Me ha llamado indudablemente vuestra magestad para que venga.

—Y siendo venido para que os vayais...

Y el rey bostezó mas profundamente, se escurrió á lo largo de las almohadas y se rebujó.

—Dios dé á vuestra magestad muy buenas noches, dijo Quevedo.

El rey no le contestó: se habia dormido.

Quevedo dió media vuelta y salió vivamente contrariado.

—¿Y que debo yo hacer ahora? dijo cuando se vió en la galería.

¿Irme ó quedarme? ¿y si me quedo, dónde me quedo? ¿y que habrá

querido decirme el rey? ¿Cuando los mentecatos pretenden hacerse gra-

ves, quien los entiende? ¿Si su magestad querrá dar al traste con Ler-

ma y servirse de Osuna? ¡qué hable claro su magestad, que no soy yo

hombre que sirva para catas, ni para ser traído y llevado! Aquí debe

de andar la reina... si yo pudiese ver á la reina... ¡vamos! lo mejor se-

rá no pensar en ello: lo que fuere sonará.

Y siguió adelante pero con paso vago, como de quien no sabe á dónde va.

—¡Eh caballero! le dijo una voz de mujer al pasar junto á una puerta.

—Hábito llevo, dijo don Francisco; conque bien puedo responder aunque á pié me hallo. ¿Qué se os ocurre señora?

—Mi señora os llama.

—¿Y quién es vuestra señora?

—La señora condesa de Lemos.

—¡Ah! pues sed mi estrella.

—¡Qué!

—Que me guieis.

—Seguidme.

La mujer que era una doncella de la condesa de Lemos, le llevó á la antecámara de la reina, donde le salió al encuentro doña Catalina de Sandoval.

—Gracias á Dios que el rey os ha soltado, dijo.

—¿Y por qué esas gracias...?

—Os esperan.

—¿Dónde?

—En el oratorio de la reina.

—Pues no adivino.

—¿No os ha dicho el rey que vos debéis representarle como padrino de una boda..?

—¡Ah! ¡si! ¿Se trata de boda? ya lo habia yo olido. Pero de nada menos que de eso me ha hablado el rey.

—No importa, yo represento como madrina á la reina.

—¡Ved ahí que casualidad, que nos hayan buscado á los dos para representar un matrimonio! ¿Y los testigos?

—Son de la casa.

—¿Se trata de un casamiento secreto?

—No señor, sino de un matrimonio de conciencia.

—Pues entonces no es la boda que yo creía.

—Si, si por cierto: el capitán de la guarda española del rey, Juan Montaña se casa con la dama de honor de su magestad la reina, doña Clara Soldevilla.

—¿Y hay conciencias ya entre esos...? ¡pues si se conocieron ayer...! aunque cuando se vieron en la calle, tarde y á oscuras y ya sabeis que la soledad y las tinieblas... ¡pero señor, si él estaba desesperado...!

—No os canseis don Francisco, lo de la conciencia ha sido un pre-

testo para engañar al rey á fin de que dé al momento la licencia ; todo proviene del enredo de anoche; de aquel rizo de doña Clara.

— ¡ Ah! ¡ el rizo de doña Clara! ¡ pues ya entiendo lo que no entendia!

— ¡ Cómo! ¿ el rey puede haber sospechado...?

— El rey no ve mas que á dos dedos de sus narices...

— Se ha temido: para perder el temor se ha hecho necesario que ese jóven sepa todo el enredo. Pero anoche doña Clara declaró solemnemente á la reina, que no llamaba al señor Juan Montiño, que no le ponía en antecedentes, que no permitía que tuviese el rizo... sino siendo su marido.

— Como que no desea otra cosa, y se agarra como un alacran á un pretesto.

— Como que era necesario obrar cuanto antes, entraron en la conspiracion la reina y el padre Aliaga, y despues de conspirar se determinó que el padre Aliaga fuese al momento á ver al rey, y le dijese que enamorada, loca, en una ocasion desgraciada, doña Clara habia dado un mal paso con Juan Montiño. Que á mas de ser urgentísimo casarlos, la reina no queria que su dama favorita estuviese un solo momento espuesta á quedarse como se estaba y que era necesario casarlos luego, luego... como el rey es tan devoto y en estos asuntos tan delicado de conciencia, á pesar de que por doña Clara ha hecho mas de dos simplezas, á pesar de que está enamorado de ella, cuanto su magestad puede estarlo de una mujer, ha dado la licencia para el casamiento, pero no ha querido asistir.

— ¡ Ah! ¡ la mala noche del rey! ¡ ya pareció ella!

— La reina tampoco quiere asistir á la ceremonia, porque... piensa que doña Clara se sacrifica por ella.

— ¡ Mentira, mentira y mas mentira!

— Y allá están ambos novios con el padre Aliaga y los testigos esperando únicamente por vos.

— ¿ Y quiénes son los testigos?

— Pedro Sarmiento, ayuda de cámara del rey, y Juan de Urdiales maestro de ceremonias: los que se han encontrado mas á mano.

— Vamos, pues, allá y no retardemos la felicidad de los enamorados. ¡ Y llevar yo cuarenta y ocho horas sin dormir por descanso de viaje!

— Ya dormireis bien esta noche...

Y la condesa asió á Quevedo de una mano y guiándole desapareció con él por una puerta.

## CAPITULO XLI.

De cómo don Juan Tellez Giron se encontró mas vivo que nunca cuando mas pensaba en morir.

Una hora despues de haber salido de la estancia doña Clara con el jóven, volvieron.

Pero volvia casados.

Don Juan miraba de una manera avara á la jóven.

La alegría, la felicidad, la pasion, brillaban en su semblante.

Doña Clara estaba vivamente escitada, y á duras penas podia disimular que era feliz.

Y sin embargo, no miraba al jóven.

Y sin embargo, se mantenía duramente reservada.

Atravesó el aposento rápidamente, y al llegar á una puerta, como pretendiese pasar don Juan le dijo:

—Esperad un momento, señor.

El jóven respetó la voluntad de doña Clara y se detuvo.

La puerta se cerró.

Don Juan se quitó la capa y el sombrero, la daga y la espada, las arrojó sobre un sillón y se sentó en otro descuidadamente junto al brasero, como pudiera haberlo hecho en su casa.

Y esto era lógico.

El cuarto de su mujer, era su cuarto.

¡Su mujer doña Clara! ¡aquella dama cuyo semblante apenas visto

le habia deslumbrado! ¡aquella divina y magnífica hermosura, que encubierta se habia asido á su brazo! ¡aquella dama tan gentil, tan jóven, tan pura, que le habia llamado para recoger una prenda de la reina y que habia acabado de enamorarle! ¡aquel dulce imposible estaba vencido!

Don Juan gozaba de un bienestar completo; se adormia en las ardientes ilusiones de su pensamiento; abrasaba con deleite su alma en aquel amor afortunado.

¡Suya doña Clara!

¡Su mujer doña Clara!

¡Doña Clara la madre de sus hijos, el dorado rayo del sol de su casa, su compañera de por vida!

Don Juan se creia soñando, y cuando se convencia de que no soñaba moria de impaciencia.

Al fin apareció doña Clara, sencillamente vestida de casa, pero elegante, con un ancho traje de seda negra y una toquita blanca en los cabellos.

—¡Oh! ¡felicidad mia! exclamó el jóven levantándose con tal rapidez que no pudo evitar doña Clara que la abrazase, y la besase en la boca.

La jóven dió un grito y quiso desasirse, pero no pudo.

Don Juan la retenia entre sus brazos, reclinaba sobre su hombro su cabeza y lloraba.

—Apartad, señor, apartad, dijo doña Clara con voz dulce: vuestra esposa os lo suplica.

Don Juan soltó á doña Clara que estaba ruborosa y trémula.

—¿Es verdad que me amais tanto...? exclamó la jóven, mirando con toda la fuerza de sus ojos negros á don Juan.

—Si no os amara; si no fuérais para mí antes que todo ¿me hubiera casado con vos, sin pretender aclarar antes de nuestro casamiento, el misterio de tal casamiento?

—Sentaos don Juan, sentaos y escuchadme: escuchadme como si jamás me hubiérais hablado de amores, como si no fuéramos marido y mujer.

—Pero...

—Hacedme la gracia de escucharme: bien sé que casada con vos, vuestra voluntad es para mí una ley: pero yo apelo á vuestra hidalguía; yo os pido, y os lo pido con toda mi alma, que por ahora no mireis en mí mas que á doña Clara Soldevilla, no á vuestra esposa. ¿Me lo concedéis?

—Será siempre, señora, todo lo que vos queráis, menos no amaros.

—No os pediré eso jamás, porque vuestro amor para mí lo es todo siendo como soy vuestra mujer.

—¿Me decis al fin que me amais?

—Os amo como debe amar una mujer casada á su marido... mas claro: por el momento os respeto... os quiero... tengo en vos esperanzas...

—¿Pero no sois para mí la mujer enamorada?

—No quiteis al tiempo lo que es suyo ¡Yo no os conozco!

—Y sin embargo os habeis casado conmigo.

—Os confieso que en la situacion en que me he casado con vos, y por la razon que lo he hecho, me hubiera casado con cualquiera de quien hubiera podido buenamente ser esposa.

—¿Sin amor?

—Sin amor.

—¿Pero qué misterio, qué razones son esas?

—Las vais á oir: en primer lugar tomad este rizo; guardadlo.

—¡Este rizo vuestro! exclamó el jóven besándole con locura. Pero esta joya...

—Es necesario que la dejéis en el rizo.

—La dejaré... pero tomad vos las de mi madre...

—Despues, don Juan, despues. ¿Queréis oirme?

—Seguid señora.

—Cuando os pregunte alguien que por qué heristeis á don Rodrigo Calderon, inventad una mentira razonable... pero si el rey os preguntase por un acaso...

—No pienso que tenga ocasion de hablarme.

—Os engañais, el rey tendrá ocasion de veros con mucha frecuencia.

—¿Como esposo vuestro?

—Por eso no tiene el rey que veros. Pero si como capitán de la guarda española.

—¡Ah! ¡con qué yo soy capitán!

—Tal vez despues de saber quien sois, no querais ser soldado.

—Por el contrario, señora, tengo obligacion de servir al rey.

—Con tanta y tan grave cosa como me tiene en cuidado, me olvidé de daros una provision de capitán que tengo para vos. Esperad. Voy á dárosela.

Y la jóven se levantó, sacó del cajon de un mueble un papel, y le dió á don Juan.

—Esta provision ha sido vendida y revendida , dijo el jóven.

—Se ha comprado para vos.

—¿Y quién la ha comprado?

—La reina.

—¡ Me paga el servicio casual que la he hecho !

—No, no por cierto: el servicio que habeis hecho á su magestad no hay conque pagarlo.

—Demasiado recompensado estoy si por conoceros he servido á su magestad , y por servirla sois mia. Nada hay en el mundo que valga lo que este premio. Por lo tanto , esta provision está demás... si la acepto, la pagaré.

—No lleveis vuestra altivez , muy digna sin duda , hasta el punto de ofender á su magestad : aceptad tal como se os dá esa compañía , y estad seguro de que ya tendreis mas de una grave ocasion de servir á la reina.

—Sea lo que vos querais , dijo el jóven guardando la provision.

—Sea lo que debe ser , dijo doña Clara : continuemos : como capitán de la guarda del rey , cuando esteis de servicio , recibireis en muchas ocasiones las órdenes directamente de su magestad , en particular en las partidas de caza , donde por vuestro oficio estareis junto al rey. En una palabra : estais al servicio inmediato de su magestad. Si un día , mañana acaso , el rey os preguntase á cerca de mí... decidle... hacedle entender que entre nosotros mediaban amores... que... que en una palabra : por deber y por conciencia estábais obligado á casaros conmigo.

—Pero eso no es verdad.... yo no puedo ofenderos.... el rubor que tiñe vuestro semblante , dice bien claro que os ofenderia.

—Don Juan , la reina es mi hermana , dijo profundamente doña Clara : ella en su alta posicion y yo en la mia , al conoceros... oid desde el principio don Juan. Yo tenia una madre buena , amante , hermosa... venid... vais á conocer á mi madre.

Doña Clara se levantó , tomó una bujía y precedió al jóven.

Pasaron por un aposento de vestir , y entraron en un dormitorio.

En él habia un pequeño lecho blanco que respiraba pureza , algunos ricos muebles , y en una de las paredes , un cuadro cubierto con un velo negro.

Doña Clara corrió aquel velo , y quedó á la vista de don Juan una dama de cuarenta años , pálida , escesivamente hermosa , y á juzgar por su traje y por su espresion , muy principal dama.

—Esa era mi madre, dijo doña Clara, con acento vivamente conmovido.

—¡ Ah ! ¡ digna madre de tal hija ! dijo el jóven no menos conmovido.

—¿ No es verdad, don Juan, que yo debo estar orgullosa de mi madre ?

—Como debeis estarlo de vos misma.

—No hablemos de mí, dijo doña Clara corriendo de nuevo el velo. Ya os he dado á conocer á mi madre de la única manera que me ha sido posible. Volvámonos á donde estábamos.

Don Juan salió suspirando de aquel dormitorio tan blanco y tan puro, pero enorgullecido por su mujer, porque la atmósfera de aquel dormitorio, habia venido á ser para don Juan un testimonio de la valia de doña Clara.

Sentáronse entrambos jóvenes de nuevo, el uno en un extremo, y en otro extremo el otro, de la ancha tarima del brasero.

—Nuestra familia, y la vuestra, porque en ella acabais de entrar, se componia hace cuatro años, de mi padre Ignacio Soldevilla, coronel de infantería española, encanecido en los combates: de mi madre doña Violante de Saavedra, hija de un mayorazgo de la montaña, y de mí. Cuando conozeais á mi padre, que espero sea pronto, él os relatará nuestro abolengo, él os dirá muchas de esas cosas que una mujer no debe decir á su marido. Yo solo os hablaré de mis padres. Mi madre, criada con el recogimiento de una casa de solar de la montaña, no tuvo mas amores que los de mi padre: le amó como yo os amaré despues de casada.

—¡ Ah ! ¡ ni vuestra madre amó á su esposo, sino despues de casada, ni vos me amais aun !

—Continuemos. Pasaba mi padre, hace mas de diez y ocho años, con su compañía hácia Navarra, é hizo noche en casa de mi abuelo materno, donde fue aposentado. Vió á mi madre... durante la cena... y no pudo dormir.

—Como yo...

—Mi padre lo ha recordado muchas veces á mi madre delante de mí, y mi buena madre le contestaba sonriendo: yo, señor, no dormí tampoco.

—¿ Pero creo que vos habeis dormido esta noche pasada ? dijo don Juan.

Doña Clara continuó, sin contestar á la pregunta del jóven:

—Al dia siguiente, mi padre, á pesar de que debia marchar, detuvo con un pretexto su marcha, y como es escesivamente franco, buscó á mi

abuelo, y le suplicó que para hablarle de cierto negocio, quisiese dar un paseo con él por el campo. Accedió mi abuelo, y apenas se vieron fuera de la poblacion, mi padre le dijo quién era, cuánto poseía, que estaba perdidamente enamorado de su hija, y que quería casarse sobre la marcha con ella. Mi abuelo le contestó que partiese con su compañía, por lo pronto, que él se informaría acerca de mi padre, y que con lo que hubiese resuelto le contestaría. Mi padre partió sin ver á mi madre, y al mes recibí en Navarra una carta de mi abuelo; en que le decia, que habiéndose informado lo que bastaba para saber que mi padre era noble, honrado, y valiente, y no oponiéndose á ello su hija, podia, si persistia en su pensamiento, volver á recibir las bendiciones. Mi padre no vió por segunda vez á mi madre, sino á los piés del altar.

—Pero de seguro, y á pesar de no conocer bastantemente á vuestro padre, vuestra madre no le desesperó, dijo el jóven que no desaprovechaba ocasion.

Doña Clara no contestó tampoco á esta indirecta.

—Fueron felices; ricos, amantes, honrado mi padre por el rey, respetado por todos, respetada mi madre como merecian su virtud y su nobleza.—Yo nací en el término preciso despues de su matrimonio. Yo he sido su hija única.—Crecí al lado de mi madre; lo que sé lo aprendí de ella: durante las largas ausencias de mi padre en la guerra, nuestra casa estaba cerrada, algunos criados antiguos eran nuestra única compañía.—Yo era feliz.—Mi madre lo parecía tambien.—Hace cuatro años, mi madre murió.

Doña Clara se detuvo, inclinó la cabeza durante un momento, y luego la alzó.

En sus hermosos ojos brillaba una lágrima.

Don Juan la contemplaba estasiado: creia á cada momento que su amor no podia crecer, y sin embargo, á medida que se le iba revelando el alma de doña Clara, su amor crecia.

La jóven continuó.

—La muerte de mi madre fue mi primer dolor. Hasta entonces no habia yo comprendido que podia quedarme sola en el mundo, pero cuando mi madre murió, cuando no la ví á mi lado durante el dia, al acostarme, llamando sobre mí los buenos sueños con un dulce beso, al levantarme abriéndome con otro nuevo beso otro hermoso dia, ¡ay! hasta que todo esto me faltó, no comprendí el horrible vacio á que puede verse condenada una mujer, porque para una mujer, su madre lo es todo.— La

mujer para su madre es siempre una niña.—Mi pobre madre murió de tristeza, murió de amor.

—¡De tristeza! ¡de amor! exclamó don Juan.

—Del año, los nueve meses los pasaba mi padre en campaña, y aun había años en que no venia.

—¡Ah! exclamó el jóven, arrastrado por el profundo sentimiento de la voz de doña Clara al pronunciar aquellas palabras.

—Mi madre no se quejaba á mi padre: si se hubiera quejado, mi padre hubiera dejado el servicio, pero hubiera enfermado de tristeza. Entre su propio sacrificio, y el de su esposo, mi madre se decidió por sacrificarse. Y se sacrificó por completo. Cuando mi padre volvía, y contaba á mi madre los peligros que había arrostrado, mi madre le escuchaba sonriendo; cuando mi padre se despedía para una nueva campaña, le abrazaba sonriendo tambien; cuando nos quedábamos solas, mi madre se me mostraba, alegre, tranquila. No quería ennegrecer mi alma de niña con su tristeza.—Pero llegó un dia... ya hacia tiempo que mi madre estaba enferma... un dia de muerte me lo reveló todo, pero me hizo jurar que nada sabria mi padre.—Entonces me hizo comprender, cuan terrible es amar y saber que el hombre amado está en un continuo peligro. Recibir cada dia noticias de batallas sangrientas, en que se quedaba tendida la flor de la nobleza española, y decir á cada noticia, recibida en carta de mi padre.—¡De esta ha salido salvo...! pero ¡y de la siguiente!—Esto es horrible, es una carcoma lenta que mata, ó la mujer que no muera en tal situacion, no merece ser amada.

—¡Oh! ¡no seré soldado! exclamó don Juan. Mi rey, mi orgullo, sois vos.

—Si, si, sereis soldado mientras sea necesario que lo seais; pero despues no: ¡no quiero morir como mi madre!

—¡Oh, Clara de mi alma! exclamó el jóven, recibiendo, el puro, el glorioso relámpago de amor que destelló de los ojos de doña Clara, al pronunciar sus últimas palabras; ¡vos me amais!

—Os amaré si mereceis que os ame, dijo doña Clara volviendo á apagarse por decirlo así.

Y luego con acento reposado, mientras don Juan suspiraba dominado por la firmeza de carácter de su mujer, esta continuó:

—Llegó por acaso mi padre á tiempo de recibir la última mirada, la última sonrisa de mi madre. Cuando la vió muerta, su dolor me espantó, me hizo olvidarme de mi propio dolor para acudir aterrada al socorro de

mi padre. ¡Ciel que se habia vuelto loco! Y cuando pasó el primer acceso, me dijo:

—¡Yo no puedo permanecer por más tiempo en esta casa! ¡está maldecida para mí! ¡no tengo parientes con los cuales llevarte, y no permanecerás aquí tampoco: ¡la reina! ¡yo he derramado mi sangre por el rey! ¡mi lealtad ha costado la vida á ese ángel!—Mi padre habia adivinado la causa de la muerte de mi madre.—¡El rey no me negará la gracia de que entre en la servidumbre y bajo el amparo de la reina.... ó no hay Dios en los cielos!

Y me trajo consigo á palacio: habló al rey que le oyó benévolutamente, y le envió á la reina, y la buena Margarita de Austria, se conmovió de tal modo al ver tanto dolor, que me abrazó, me besó en la frente, y me recibió como menina en su servidumbre.—Mi padre levantó la casa; me entregó las alhajas y las ropas de mi madre, y yo me traje á nuestros antiguos y leales criados que aun me sirven, y que os recomiendo, señor, porque desde hoy lo son vuestros.

—Amarelos yo porque vos los aprecias, dijo don Juan.

—Muy pronto no fue ya amistad lo que me dispensó la reina, sino cariño; cariño que creció de día en día, y que hoy—vos lo debéis saber, señor, porque debéis saber todo lo que tiene relacion conmigo—ha llegado á ser amor de hermanas.—Y este amor ha crecido por las mútuas confianzas.—Este amor ha hecho, que por servir noble, y dignamente siempre, á su magestad, que de otro modo no la sirviéra yo, haya salido muchas veces sola de noche, yo que no he estado nunca sola ni aun en mi casa.

—¡Bendito Dios sea que tal lo ha dispuesto! exclamó el jóven, porque anoche os ví durante un momento en el alcázar; sino hubiérais salido no me hubiérais encontrado, no os hubiérais amparado de mí, no hubieran empezado estos amores que para mí tan glorioso fin han tenido.

—Decid mas bien que os han casado, y me han casado á mí. ¿Os acordais de las dudas que anoche tentais acerca de si yo era ó no la reina?

—Y no me he engañado, porque sois la reina de mi alma.

—Recordad las cartas que me trajisteis: anoche os preguntó doña Clara Soldevilla, hoy os pregunta vuestra esposa: ¿habeis leído aquellas cartas, señor?

—Os afirmo por mi honor, que no: sabia que contenian un secreto de la reina, y ese secreto me atormentaba; hubiera querido conocerle porque yo creia que la mujer á quien amaba.... mi supuesto tio tuvo la

culpa de que yo creyese por sus exageraciones, que aquella mujer á quien yo tanto amaba, era su magestad. Y sin embargo de que sentia celos, no lei aquellas cartas.

—¿Y qué habeis pensado de la reina?

—Dejándome guiar de las apariencias, hubiera pensado de ella mal si don Francisco de Quevedo y Villegas, mi amigo, no me hubiera hablado de su magestad bien.

—Si os guiais por las apariencias, debeis haber pensado de mi muy mal.

—Yo... séquese mi pensamiento, si llego á pensar mal de vos...

—Sin embargo, una dama jóven, que sale sola de noche... dijo doña Clara con amargura.

—Haciais un sacrificio por su magestad.

—Es verdad: mi padre me dijo hace un año al ver como me trataba la reina.—Clara: hija mia, eres fuerte y valiente: vela por su magestad, y si es necesario sacrificalo todo... todo menos el honor.—Pero volviendo á esas malhadadas cartas, es necesario que conozcais ese secreto.

A seguida doña Clara contó punto por punto á don Juan el estado en que la reina se encontraba, las traiciones de don Rodrigo, la historia, en fin, de aquellas cartas, su contenido, el incidente que en el principio de aquella noche habia obligado á mentir á la reina; la historia del rizo, por último.

—En tal situacion, prosiguió doña Clara, habiendo tomado la reina en su apuro vuestro nombre, siendo muy posible que el rey desconfiase y os llamase y os preguntase, la reina con las lágrimas en los ojos me suplicó que la salvase: era preciso que yo os llamase: que os hablase á solas en las altas horas de la noche en mi aposento, que os revelase toda una sucesion de misterios... yo creia que todo aquello era necesario para salvar á su magestad y... me sacrificué: me dije:—El se me ha mostrado ciegameute enamorado... le propondré que se case conmigo... si acepta, al momento, al momento... y se preparó todo... me vestí de boda y os esperé anhelante... anhelante por consumir el sacrificio.

—Hay un medio, señora, de que ese sacrificio no caiga sobre vos.

—¡El medio de vivir como dos amigos, como dos hermanos!

—Sino sois mas que mi amiga ó mi hermana, podiais ver mañana á un hombre... amarle...

—¡No he amado cuando era libre...! ¡y me han importunado!

—Sufiríais vuestro amor, le callaríais, porque además de vuestra honra, tenéis que guardar la mía... lo sé bien señora; sé que mi honor está seguro en vos: pero os sacrificaríais, moriríais. Yo os libraré de ese sacrificio.

El acento de don Juan era lúgubre.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras se levantó.

—¡Sentaos! dijo con acento lleno y grave doña Clara.

El jóven se sentó.

—¿De qué manera pretendéis libertarme de este que yo llamo mi sacrificio? dijo con un acento singular doña Clara.

—¿De qué manera? ¿de qué manera decís? exclamó el jóven, con la mirada estraviada y la voz sombría ¡muriendo! ¡dejándoos viuda!

—¡Dios mio! exclamó doña Clara levantándose de una manera violenta y asiendo una mano de don Juan: ¿qué habláis de morir?

—Tengo enemigos, enemigos que me he hecho por vos, los buscaré, los provocaré y me dejaré matar.

—¡No! contestó con la voz opaca doña Clara, fijando en don Juan una mirada ardiente, fija, aterrada, mientras la mano conque le asia temblaba de una manera violenta.

—Sino encontráre enemigos míos, buscaré los del rey, los de España y me matarán.

—¡No! repitió de una manera profunda doña Clara.

—¿Y para qué quiero yo vivir, dijo el jóven con profundísima amargura, si vos no me amais? ¿si al casaros conmigo habeis hecho un doloroso sacrificio por su magestad?

—¡Y esa comedianta! exclamó doña Clara con acento seco y rápido, acercándose mas al jóven.

—¡Dorotea!

—Si, esa hermosísima Dorotea, con quien habeis pasado el día.

—¿Si yo os pruebo que no amo á esa mujer...?

—Si me lo probais... pero no me lo podeis probar, no: ¿por qué me habeis dicho que os matareis...? ¿por qué me habeis aterrado..?

—¡Dios mio!

—Tengo no sé porqué, de una manera que me espanta, el alma desgarrada, ensangrentada, por lo que nunca habia sentido: por los celos.

—¡Celos vos de mí!

—Venid conmigo, dijo doña Clara tomando una bujía y encaminándose de nuevo á su dormitorio.

Y cuando estuvieron en él, recorrió de una manera nerviosa el velo que cubria el retrato de su madre.

—Juradme delante de ese cuadro, por vuestra alma y por la de vuestra madre, por vuestra honra y por la mia, que á nadie amais mas que á mí.

—Lo juro, lo juro, por mi madre, por la vuestra, por Jesucristo Sacramentado.

—Yo os amo con toda mi alma, exclamó doña Clara, os amo desde que anoche salisteis de mi aposento; os amo no sé cómo: como... al recuerdo de mi madre... no sé porqué... pero yo os amo, señor; si la casualidad no lo hubiera hecho, si el honor de la reina no lo hubiera exigido, yo no me hubiera casado con vos.... sino me hubiérais aterrado... ¡Oh Dios mio...! he visto que la palabra morir no era en vos una amenaza cobarde... os he creído ver muerto... ¡Por la sangre de Jesucristo, señor! yo no sé lo que me habeis dado que me habeis vuelto loca... y soy vuestra, vuestra esposa, vuestra amante, vuestra esclava... vuestra, y solamente vuestra, sin que tengais que temer que yo haya amado á otro hombre, ni autorizado galanteos, ni dado esperanzas... soy vuestra con toda la alegría de mi alma... no sé con cuánto amor... pero no morireis, ¿no es verdad, que no morireis ya..? porque mi amor es vuestra vida y yo os lo entrego entero y puro y resplandeciente como el sol.

El jóven miró á doña Clara pálido, temblando, estendió hácia ella los brazos, cayó de rodillas á sus piés y lloró.



## CAPITULO XLII.

Continúan los trabajos del cocinero mayor.

Al amanecer se abrió la puerta del aposento de doña Clara.

En el mes de noviembre amanece muy tarde y los amaneceres son nublados y fríos.

Y decimos esto para que nuestros lectores aprecien, cuanto sufriria la Dorotea agazapada cinco horas mortales, debajo de una escalera, frente á la puerta del aposento de doña Clara, al lado del sargento mayor don Juan de Guzman, que renegaba y blasfemaba por lo bajo, para que la Dorotea no le oyese.

Cuando se abrió la puerta del aposento de doña Clara, Dorotea al reflejo de una luz que tenia en la mano una mujer, vió que aquella mujer era doña Clara y que la acompañaba un hombre.

Vió que aquel hombre era don Juan Tellez Giron.

Vió que doña Clara estaba negligentemente vestida, pálida, y con la palidez mas hermosa, y el semblante iluminado por una ardiente espresion de felicidad.

Vió que don Juan la miraba de una manera avara, que estrechaba con delicia una de las hermosas manos de doña Clara, que antes de despedirse se miraron con una espresion de amor infinito y satisfecho, y oyó el siguiente diálogo :

—A las once volveré y me presentaré al rey contigo, dijo don Juan.

—Y el rey nos recibirá con la reina y con su servidumbre, y yo llevaré las joyas de tu madre.

—¡Adios mi cielo!

—Adios mi señor.

Aquellas dos cabezas se unieron, y sonó un doble y tierno beso.

Don Juan se rebujó en su capilla, porque hacia frío, y doña Clara cerró la puerta.

Don Juan tomó la salida de la galería, guiado por la débil luz del alba que penetraba por una claraboya.

Apenas desapareció don Juan, se lanzó en medio de la galería la Dorotea.

Siguióla don Juan de Guzman.

El semblante de la Dorotea espantaba.

Tal representaba lo supremo del dolor, de los celos, de la rabia, de la sorpresa.

—¡Qué se presentarán juntos al rey y á la reina! exclamó con voz ronca: ¡luego se han casado!

—Una dama tal como doña Clara Soldevilla, dijo el sargento mayor, no podia recibir de noche en su aposento á nadie mas que á su marido. Ya sabia yo que ese buen mozo os engañaba.

—¡Que me engañaba...! ¿y se ha casado con esta mujer...? pues bien... acepto lo que me habeis propuesto y os sigo.

—Ya sabia yo que habíamos de ser amigos.

—Pero salgamos pronto de aquí.

—Cubrios antes con vuestro manto: de seguro el bufon del rey, ha vuelto á su aposento, no os ha encontrado, y os anda buscando como un tigre: procuremos pues, que no nos encuentre, y aprovechemos esta hora en que aun no se ve bien claro.

—Vamos, si, vamos: tengo impaciencia por vengarme.

Y rebozándose completamente en su manto, se asió del brazo del sargento mayor, atravesaron las galerías, bajaron unas escaleras y salieron por una de las puertas del alcázar recientemente abierta, dando ocasion á que dijese el portero:

—Muy temprano van de aventuras las damas de la reina.

Quando salieron á la calle, vieron que ya era entrado el dia: esto es que se habia retardado el amanecer á causa de una densa niebla, á través de la cual pasaba la lluvia.

—La niebla nos favorece, dijo el sargento mayor: pero andemos de

prisa : ya es tarde ; acaban de dar las siete y media en el reloj del alcázar.

Y siguió andando á gran paso, arrastrando consigo á la Dorotea.

Pero se habia engañado el sargento mayor al decir que la niebla les favorecia.

Al salir ellos, de entre el hueco de una de las pilastras de la puerta, por la que habian salido, se destacó un bulto informe y se puso en su seguimiento.

Era el bufon.

Al seguir á don Juan de Guzman y á la Dorotea, se encontró con el cocinero mayor del rey, que, pálido, lacio, mojado, á pesar del frío y de la lluvia, se dirigia en paso lento al palacio.

Tras él venian dos hombres que traian harto mohinos un pesado bulto sobre dos palos, y cariacontecidos y atormentados detrás, dos soldados de la guarda española.

Hizo el acaso, que distraidos bufon y cocinero, pensativos ambos y no habiendo podido verse á distancia á causa de la niebla, se dieran un encuentro formidable.

—¡ Por mis desdichas ! exclamó al sentir el choque el cocinero mayor.

—¡ Cien legiones de demonios ! exclamó el bufon.

—¡ Tio Manolillo ! exclamó el cocinero acercándose á él con ansia : Dios os envia.

—Y á vos el diablo, para que me detengais.

—Soy el hombre mas desdichado del mundo, añadió el cocinero.

—Aguantad vuestro aprieto como yo aguanto el mio : y basta de bromas y soltadme y adios.

Y escapó.

—Hijo Marchante, dijo el cocinero mayor precipitadamente á uno de los soldados : métete con eso en la portería del señor Machuca, y guárdalo como guardarias á su magestad, mientras yo vuelvo.

—Muy bien, señor Francisco, dijo el soldado.

Y el cocinero mayor apretó á correr tras el bufon, que apretaba tras la Dorotea y el sargento mayor.

Asióse al fin á su brazo.

—¿ Qué me quereis ? ¡ por mi vida ! exclamó el bufon sin cesar de correr.

—Pediros consejo.

—Dádmelo, y lo agradeceré.

—Me están sucediendo cosas crueles.

—A mí me pasan cruellísimas.

—Nos aconsejaremos mutuamente.

—No necesito consejos.

—Yo si los vuestros.

—Pues ya que no os despego de mí, callad, que no puede ser hablar y correr.

Y el bufon siguió á gran paso porque á gran paso iban el sargento mayor y la Dorotea.

El sargento mayor habia tomado por las callejuelas de la parte de arriba del convento de San Gil; habia entrado con la Dorotea en la calle de Amaniel, se habia parado delante de una casa que estaba herméticamente cerrada, y habia dado sobre su puerta tres golpes fuertes.

—¿Quién vivirá en esa casa? dijo el tío Manolillo parándose, cuando vió que en aquella casa habian entrado el sargento mayor y la Dorotea, y habia vuelto á cerrarse la puerta.

—¿Os interesa mucho el saber quién vive en esa casa? dijo el cocinero mayor.

—Lo averiguaré, dijo el bufon como contestándose á sí mismo á la pregunta que á sí mismo se habia hecho poco antes.

—Pero en averiguarlo tardareis algun tiempo; hay ciertos negocios que se pierden si el tiempo se pasa, y yo os puedo decir ahora mismo...

—¿Qué me podeis decir vos...?

—Si, si señor, os puedo decir que en esa casa vive la querida del sargento mayor don Juan de Guzman.

—¿Y nadie mas?

—Nadie mas, que una dueña y un escudero.

—¿Y quién es esa mujer?

—Tío Manolillo, hace mucho frío, llueve, yo no he dormido en tres noches y si quereis que os oiga, metámonos á cubierto.

—¿Y dónde, que no perdamos de vista esa casa?

—Cabalmente frente á ella hay una taberna.

—¡Una taberna! yo tengo hambre y sed.

—Y yo tambien: vamos que yo pago.

—Lo aprecio, y lo recibo, porque no tengo blanca.

—Ni yo abundo mucho de dinero, porque hace dos dias mis manos están hechas un río: ¡qué suerte, señor, qué suerte!

Y se encaminaron á la taberna.

Cuando entraron en ella, se sentaron junto á una mesa, en un rincón oscuro, desde el cual podían ver la puerta de la casa donde habían entrado el sargento mayor y la Dorotea.

Pidieron pan, carne y vino, y se pusieron á comer y á beber vorazmente, sin dejar por ello de hablar.

—Segun lo que yo he entendido, dijo el bufon, vos teneis la culpa de todo, señor Francisco Montño.

—¿De que tengo yo culpa?

—De lo que á entrambos nos está sucediendo.

—A mi me suceden muchas cosas malas.

—A mi no me suceden menos cosas peores que las vuestras.

—¡Peores! yo no tengo mujer.

—No la habeis tenido nunca.

—Yo no tengo hija.

—Vuestra difunta fue muy dada á criar pajes.

—¡Ah! y por último, yo no tengo sobrino.

—Vuestro sobrino... he ahí, he ahí la causa de todo : malhaya amen vuestro sobrino... si vos no tuviérais ese sobrino...

—Es que no le tengo.

—Le habeis tenido ; y vos... vos teneis la culpa... si hubiérais estado en el alcázar antes de anoche...

—Entonces no tengo yo la culpa, sino un maldito cuadrúpedo, un jaco endiablado que invirtió todo el día en traer desde Navalcarnero á aquí á mi sobrino postizo : ¡caballo infernal! ¡haber echado para cinco leguas desde el amanecer hasta el anochecer ! ¡si ese jaco hubiera andado mas de prisa...! si hubiera llegado al medio día...!

—Lo de vuestra mujer habia sucedido antes.

—Pero probablemente yo no lo hubiera sabido.

—Señor Francisco, no hablemos de cosas pasadas.

—Es que las cosas pasadas traen las presentes... ¡qué suerte la mia ! yo me voy á morir, tío Manolillo.

—¡Calla ! ¿quién es ese que llama á la puerta de esta casa y que viene cargado con un ceston.

—¿ No veis que tiene librea ?

—Si por cierto.

—¿ Amarilla y encarnada ?

—Si... ya sé, del duque de Uceda. ¿ Pero cómo el duque de Uceda... ?

—El duque viste, calza, da joyas y dineros, y á mas envía todas las

mañanas á uno de sus criados con un ceston lleno de lo mejor que se vende en los mercados, para doña Ana de Acuña.

—¡Tal !ta! !ta! ¡Doña Ana de Acuña se llama la que vive en esa casa?

—Si por cierto.

—¿Y es querida del duque de Uceda?

—No por cierto, pero está haciendo al príncipe de Asturias aficionarse á las mujeres.

—¡ Ah ! ¡ si ! hasta de los niños se echa mano, dijo el bufon.

—Y de las mujeres y de los viejos, añadió el cocinero.

—¿ Pero no tiene algun otro amante rico esa mujer ?

—Anda en visperas de gastar de las rentas reales, dijo el cocinero mayor.

—Esplicaos...

—Puede ser que una de estas noches reciba á su magestad.

—¿ Habeis andado vos en ello ?

—Si por cierto ; anoche traje una gargantilla de parte del rey aunque sin nombrar la persona, á esa mujer.

—¿ Pero quién es el que, contrario al duque de Uceda, que pone ó quiere poner al príncipe en manos de esa mujer ; pretende hacerle tiro, enredándola con el rey..? no puede ser otro que el duque de Lerma.

—Acertádolo habeis.

—Pero eso me importa muy poco. Que el duque de Uceda venza á su padre ó que el duque de Lerma se sostenga sobre su hijo... allá se las hayan... necesitaba únicamente saber en qué casa habia entrado Dorotea y ya lo sé : con que pagad y vámonos.

—Hace cuarenta y ocho horas que estoy pagando y yendo y viniendo, dijo Montaña sacando la bolsa con ese trabajo peculiar á los miserables y escurriendo de ella un escudo. ¡ Ola, tarbernero, cobraos !

—Falta aqui ; se han comido vuestras mercedes tres libras de carne, dijo el tabernero.

—Y aunque eso sea, ¿ á cómo va la carne en el mercado ?

—Falta señor, falta...

—Conciencia á vos y á mí paciencia para tanto robo, ¿ qué falta de mas de eso ?

—Un real.

—Tomadle.

—Dios guarde á vuestra merced muchos años.

—De pícaros como vos. ¿Pero qué es eso? dijo el cocinero mayor viendo que el bufon se ponía de pié.

—Que nos vamos.

—¿Y no me dais los consejos que os he pedido?

—Voy á dároslos: montad á vuestra mujer en un macho y enviadla á Asturias; meted á vuestra hija en un convento, y luego idos de palacio.

—¡No puedo!

—Pues entonces adios, porque no tengo mas que deciros.

Y el bufon salió de la taberna y se fué derecho á la puerta de en frente á la que llamó.

El cocinero mayor desesperado, salió de la taberna, y se fué paso á paso hácia el alcázar, pero al llegar á él, se encontró con un alguacil del Santo Oficio que le dijo:

—¿Es vuesamerced el señor Francisco Martinez Montiño?

—Yo soy, contestó todo trémulo el cocinero al ver que se las había con un alguacil del Santo Oficio.

—Veníos conmigo.

—Os lo agradezco, dijo Montiño haciéndose el sueco, pero es la hora de preparar la vianda para su magestad: porque yo, sino lo sabeis amigo, soy cocinero mayor del rey.

—Ya lo sabia y por lo tanto, aunque faltejís á vuestra cocina, conmigo os vendreis mal que os pese.

—¿Y si no quiero ir?

—Pediré favor á la Inquisicion, y os llevaré atado.

—¡Atado! ¡un hidalgo! vos os habeis equivocado.

—Mirad esta órden, de su señoría ilustrisima el inquisidor general.

—¡Ah! ¡el inquisidor general!

—Si por cierto.

—¡Y no hay remedio!

—No señor.

—¿Y si yo os diera diez doblones?

—No puedo.

—¿Y si os diera veinte...?

—Ya veis que yo los tomaría de buena gana, y que si no los tomo es porque no puedo.

—Decid que no me habeis encontrado.

—Eso sería muy bueno, para que no me estuvieran viendo hablar con vos.

—¿Y qué saben?

—Saben que vengo á prenderos.

—¿Qué lo sabe todo el mundo?

—Mirad á aquella esquina. —Montiño miró de una manera nerviosa. —  
¿No veis ahí una silla de manos?

—Sí, si señor.

—Esa es la silla en que se os ha de llevar, y los que están alrededor  
ministros del tribunal; conque ni yo puedo remediarme con el dinero  
que vos me daríais, ni vos libraros con vuestro dinero.

—Pero... un momento... un momento...

—Ni un instante.

—Os daré lo que queráis, si me dejáis dar una vuelta por la cocina,  
y entrar en mi casa.

Meditó un momento el alguacil.

—Se entiende que yo iré con vos.

—Venid, dijo Montiño disimulando su alegría porque se vió suelto.

—Vamos, pues, dijo el corchete.

Entraron en palacio, y al verse el corchete en un lugar donde no  
podía ser visto por los otros ministros del Santo Oficio, dijo al cocinero:

—De aquí no pasáis sino me dais lo que me habeis de dar.

—¡Asesino! murmuró Montiño, y sacando cuatro doblones de oro los  
dió al corchete con el mismo dolor que si le hubiera dado una ala de su  
corazon.

—Esto es poco, dijo el tremendo alguacil.

—No tengo mas.

—Tendreis en vuestra casa.

—Puede ser.

—Pues vamos.

Montiño se dirigió á la portería del señor Machuca y encontró en ella  
al soldado á quien habia mandado guardar el cofre consabido, durmiendo  
y con la cabeza sobre el cofre.

—¡Eh! ¡holgazan! ¡despierta! dijo el cocinero mayor dándole con  
el pié: señor Machuca, hacedme la merced de llamar dos mozos y que lle-  
ven eso á mi aposento.

—¿Pero dónde vais con ese ministro? dijo el portero.

Montiño creyó que debía ser prudente y contestó sin vacilar:

—Es un amigo á quien convidó.

—¡Ah! dijo el portero creia...

—Venid, señor ministro, venid : vamos á las cocinas...

Y subieron por unas escaleras.

—No hay como ser cocinero de su magestad para convidar á los amigos sin disminuir los ahorros, se quedó murmurando el portero.

Entre tanto Montiño y el alguacil subieron á las cocinas.

Lo primero que encontró Francisco Montiño, y lo encontró con espanto, fue al galopin Cosme Aldaba caceroleando en las hornillas.

Aldaba vió al mismo tiempo al cocinero mayor ; pero sin turbarse ni asustarse se fué para él, le hizo una profunda reverencia y exclamó :

—Muchas gracias, señor Francisco, muchas gracias, no esperaba yo menos de vuestra caridad.

—¿De qué me da las gracias este tunante? dijo el cocinero mayor todo hosco y espeluznado de indignacion ; ¿quién ha permitido á este lo-bezno, á este hereje, á este malhechor, que entre en la cocina?

—La señora Luisa ha venido con él esta mañana, y nos habia dicho que vuesa merced le perdonaba.

—¡ Ah ! ¡ mi mujer ha venido... con este !

El cocinero se detuvo : temió que los misterios de su familia entrasen en la cocina y bajo el dominio de oficiales, galopines y pícaros, la gente mas maleante del mundo.

—Mi mujer tiene las entrañas muy blandas, dijo tragando la saliva mas amarga que la hiel : mi mujer se deja engañar de cualquiera... pero en fin, ello está hecho y mi mujer... pues... mi mujer es mi mujer. Ea, quitaos de mi vista... y á vuestro trabajo.

—Muchas gracias, señor Francisco, dijo Cosme Aldaba, porque las últimas palabras del cocinero habian sido para él un favor y un disfavor.

A seguida Montiño revisó una por una las cacerolas puestas al fuego, se enteró de todos los pormenores y viendo que todo estaba á punto para el almuerzo y la comida de sus magestades, se escurrió hácia la puerta de la cocina, evitando el mirar al alguacil porque se le figuraba que no viéndole tampoco el corchete le veia.

Este no dijo una palabra, pero se fué en silencio tras Montiño.

Al llegar á la puerta de su aposento, el corchete adelantó y le asió por un brazo.

—Pero señor, dijo Montiño : ¿ creiais que me iba á escapar ?

—No, no señor, dijo el alguacil, pero podriais olvidaros de mí, entraros, cerrar la puerta y dejarme fuera. Luego se os podia ocurrir que lo mismo puede salirse del alcázar por los tejados y escondrijos, que por

las escaleras, y estarme yo esperando sabe Dios cuánto tiempo á que volviérais de vuestro paseo.

—¡Asesino! ¡asesino! murmuró Francisco Montiño viendo frustrado su proyecto de escapatoria.

Y llamó á la puerta.

Le abrió su mujer en persona.

Estaba pálida y ojerosa.

Montiño sintió un estremecimiento cruel; pero parecióle Luisa mas bonita que nunca con su palidez y sus ojeras, y no se atrevió á ponerla mala cara.

—Buena hora es de venir á su casa un hombre casado, dijo con mal talante Luisa: donde habeis pasado la noche, pasad el dia: ¿y venis acompañado para volveros á ir sin duda? aquí han traído no sé qué y os esperan.

—Eso es, riñeme.—Entrad amigo, entrad, vos sabeis si altas personas me tienen ocupado.

—Ya lo creo: espera á su merced el inquisidor general.

Palideció levemente Luisa.

—¿Y has estado tambien esta noche con el señor inquisidor general?

—Si, hija mia, si; y con otros señores: en gravísimos asuntos que no son para comunicados á mujeres.

—No, no; ni yo pretendo saberlos, dijo Luisa: yo habia creído...

—Has creído mal.

—Has pasado dos noches fuera de casa.

—La una yendo á cerrar los ojos á mi difunto hermano: la otra sirviendo á su magestad.

—No hablemos mas de eso: yo me alegro de que mi marido sea hombre de bien.

Montiño tuvo impulsos de echarlo todo á rodar; pero era por una parte su mujer tan bonita... y ademas, no queria dar al público sus asuntos domésticos y estaba delante del alguacil.

—¿Y á que has llevado á la cocina á ese tunante de Aldaba? dijo el cocinero que ante todo queria conservar delante de aquel extraño su autoridad doméstica.

—Como tú tienes tan buen corazon y el pobre vino llorando...

—Bien, bien; dijo Montiño: todo está muy bien: tú haces lo que quieres porque yo te quiero. ¿Dónde están esos?

—En el cuarto de adentro.

Pasó Montño y el inflexible alguacil tras él.

El cocinero mayor rugía ya por lo bajo; encontró á dos mozos de la casa real y al soldado.

Entonces, con una sonrisa nerviosa, abrió la puerta de aquel aposento empolvado donde hacia tantos años no entraba nadie mas que él.

—Meted eso aquí, dijo con voz ronca.

Los mozos pusieron el cofre envuelto como estaba en la parte de adentro de la puerta.

—Idos, dijo Montño á los mozos y al soldado.

—¿Y no nos dais para beber? dijo este último: mis camaradas se han ido rendidos.

Dió un escalofrío al cocinero mayor, que dió con un violento esfuerzo cuatro escudos al soldado y un ducado á los mozos.

Al fin se encontró solo con el alguacil que habia penetrado en aquella especie de *sancta sanctorum* del cocinero mayor.

Este cerró la puerta.

—Ya estamos solos, dijo al corchete: ahora bien; ¿cuánto quereis y me dejais libre?

—Nada.

—Pero ello es preciso... ya veis, yo tengo que perder... mi presencia hace mas falta de lo que pensais en mi casa...

—Señor Francisco, guardad todo eso para el señor inquisidor general.

Montño tuvo en los labios la palabra: *os haré rico*: pero meditó que acaso no era tan grave el motivo de su prision, que fuese necesario herirse mortalmente para librarse de ella, y se calló, dió otro doblon al corchete y las gracias por haberle dejado subir hasta allí; salió, cerró cuidadosamente y despidiéndose de su mujer asegurándola que no tardaria, salió del alcázar con el corchete.

Apenas habia bajado el cocinero mayor las escaleras, cuando el galopin Cosme Aldaba, se quitó el mandil y el gorro, y bajó á las galerías del alcázar dirigiéndose á la antecámara de pajes del cuarto de la reina, á cuya puerta se paró.

A poco un paje talludo, rubicundo, de mirada aviesa salió.

Alejáronse por la galería y Aldaba dijo al paje:

—Ya está el negocio... dentro de una hora: escucha bien Cristobalillo: hay seis perdices; pero una sola está asada con aceite: ya conoces tú las perdices asadas con aceite.

—Si, hombre, si.

—No basta decir si : ¿qué color tienen las perdices asadas con aceite?

—Un color, así, dorado blanquizo.

—Eso es : además y para que no te equivoques, ten presente que, la perdiz estará adornada con berros, y que tendrá todas las patas y el pico.

—No se me escapará.

—Veremos si eres hombre de ingenio.

—Descuida.

—Procura que sea de los primeros platos.

—Ya...

—Después... Inesilla te quiere mucho, y la señora Luisa quiere mucho también á don Juan de Guzman... el viejo es rico y puede morir...

—Descuida, hombre, descuida.

—Y avisame, para que yo avise á la señora Luisa.

—Te avisaré.

—Adios.

—Adios.

Y el paje se volvió á la antecámara, y el galopin á las cocinas.

## CAPITULO XLIII.

Lo que se se puede hacer en dos horas con mucho dinero.

Don Juan Tellez Giron, habia salido feliz, enloquecido de amor del alcázar, trasformado, gozando de una nueva vida.

Pero, despues de haber asegurado su amor, de haber saciado su sed, delante del sol de su felicidad, de aquella felicidad suprema, que el dia anterior no se habia atrevido á soñar, cruzaba una nubecilla negra.

Aquella nube era Dorotea.

Don Juan no la podia apartar de su memoria. Sentia hácia ella ó creia sentir un impulso de ardiente caridad.

Y ademas de la caridad, un no sé qué mas intimo, mas humano, mas sensual.

Comprendia que quedaba algun licor en la copa de su deseo.

Era jóven, habia crecido entre privaciones, tenia el corazon virgen, y le habia consagrado sin saberlo á dos mujeres.

Don Juan habia salido á la ventura.

No sabia donde ir.

No tenia en Madrid casa propia, aunque habia tomado posesion de dos; de la de la Dorotea primero: despues y de una manera mas completa, de la de su mujer.

Don Juan habia salido para procurarse un traje conveniente,

¿Pero dónde buscar aquel traje?

Y luego, ¿con qué dinero?

No tenía en el bolsillo mas que algunos de los doblones que le habia dado su supuesto tío.

Y esto no bastaba para un equipo de caballero.

Pesóle entonces de no haber tomado una buena cantidad del cofre de hierro: pero al acordarse del cofre, se acordó de que llevaba un tesoro de pedrería en los bolsillos.

—Empeñaré una de estas alhajas, se dijo, y punto concluido... ¿pero y dónde?... no sé cómo hacer para hallar á Quevedo, y no conozco á nadie en Madrid mas que á mi tío postizo: y no me vuelvo atrás ni le pido mi dinero: es menester obrar de cierto modo con cierta clase de gentes.

Y cuando daba vueltas á su imaginacion, se acordó de la señora María Suarez, la insigne esposa del bravo escudero Melchor Argote.

—¡Ah! dijo el jóven, la casa donde dormi anteanoche... pareceme aquella mujer á propósito para cualquier cosa. ¿Pero podré yo dar con la casa...?

Y se puso en su busca, y al fin, como la suerte le protegía, pudo reconocer la calle y la casa á las pocas vueltas.

Antes de entrar en ella, sacó á bulto de uno de los anchos bolsillos de sus gregüescos, uno de los estuches mas pequeños, y le abrió.

Contenia una gruesa sortija de oro, con un grueso diamante.

—Puede que valga esta joya... pediré mil doblones, y ya veremos.

Entróse, y encontró á la señora María, entregada á sus faenas domésticas, y al señor Melchor Argote, sentado junto á un fuego mezquino almorzando pan y queso.

—Dios os guarde, señora, dijo don Juan entrando.

Miróle la vieja con su vista cruzada durante un segundo, y luego dijo:

—¡Jesús, buen mozo! ¡yo os daba por perdido! ¿y de dónde venís, hijo?

—Vengo á veros para que me saqueis de un apuro, dijo don Juan.

Tomó el rostro de la vieja la espresion de una innoble reserva, y contestó con voz compungida:

—¡Jesús, señor! ¡apuros teneis apenas entrado en Madrid! ¡y venís á que yo os saque de ellos! ¡si yo supiera quién queria sacarme de los míos!

—Mi apuro consiste, en que como soy nuevo en la córte, no sé dónde podré empeñar una rica alhaja.

—¡Ah! dijo tranquilizándose la vieja: ¡alégrome de que ese sea vuestro apuro! ¡con qué ya os regalan! ¡preciso! ¡hidalgos como vos...!

—Gastan de lo que han heredado de su padre, contestó severamente don Juan.

—¡Ah! perdonad, perdonad señor: y ¿es de mucho valor la alhaja?

—No entiendo de eso... pero yo pido por ella mil doblones.

—Rica debe ser: pero mostrad.

—Sacó el jóven el estuche, y del estuche la sortija.

Entonces pasó por la vieja una cosa estraña.

Se estremeció, tembló, y su pequeño ojo vizco y colorado, se puso á bailar mirando la sortija.

—Rica es en efecto: pero me parece que pedís mucho: en fin, lo que yo puedo hacer es enviaros... mejor... mi marido os acompañará: Melchor, lleva á este caballero á casa del señor Gabriel Cornejo.

Levantóse renegando Melchor, acabó de tragarse los dos últimos bocados de pan y queso, bebió agua, se limpió la boca con el revés de la mano, tomó su capa y su sombrero, y dijo á su mujer.

—¿Con qué á casa del señor Gabriel Cornejo?

—Si, el os dirá, señor, cuánto puede dárselos por esta alhaja.

—Muchas gracias, señora, y adios, y quedad en paz que estoy de prisa.

Melchor y don Juan salieron.

Cuando estuvieron algo apartados de la casa, el escudero dijo:

—Os advierto, que ese Gabriel Cornejo es un bribon, y que si quereis que os de lo que vale la joya, será bueno que la tase un platero.

—Os agradezco el aviso. ¿Y conoceis á alguno?

—Hailos aquí á montones, en Santa Cruz.

—Pues llevadme á uno.

—¿Veis aquella tienda oscura de los portales?

—Si que la veo.

—Allí vive el señor Longinos, platero viejo, que desde que era mozo anda surtiendo de alhajas á la grandeza de España. Pasa por ser un hombre muy honrado.

—Pues vamos allá.

Encamináronse á aquella especie de sótano y entraron.

Un hombre como de setenta años, tembloroso, y escesivamente flaco y encogido, se levantó con cuidado de detrás de un mugriento mostrador,

Nada habia en la tienda que demostrase riqueza.

Las paredes blancas estaban desprovistas de muebles, y solo se veía á un lado un fuerte armario de hierro.

—¿Qué se les ofrece á vuesasmercedes? dijo el platero mirando con recelo á don Juan y á su guia, porque sus trajes no le inspiraban la mayor confianza.

—Se trata de que taseis esta alhaja, dijo don Juan dándole el estuche.

Abrióle el señor Longinos, y miró y remiró la sortija.

—Muy rico es quien ha mandado montar este diamante, dijo con una entonacion particular el platero.

—En efecto, es grandemente rico; pero no se trata de eso. El valor esa joya, ¿á cuánto ascenderá?

—¿Quereis venderla?

—Os pregunto qué cuánto vale esa joya.

—¡Valer! este diamante vale, sin el aro que es muy rico y que está muy bien esmaltado y cincelado, tres mil y quinientos doblones.

Abrió enormemente los ojos el señor Melchor.

—De modo que, continuó el platero, para ganarme yo algo os daría por ella ahora mismo, tres mil doscientos cincuenta doblones.

—No hariais mal negocio.

—No lo crea vuesamerced, porque como esta joya es de tanto valor, tardaría mucho tiempo en venderla: acaso años.

—En fin, yo no la quiero vender: quiero solamente empeñarla, y empeñarla por horas.

—Pues bien: yo os daré por su empeño tres mil doblones...

—Es que no se va á quedar empeñada aquí, dijo el señor Melchor, que temia las iras de su mujer si el negocio se hacia con otro que con el señor Gabriel Cornejo.

—¡Dios de misericordia! exclamó el platero. ¿Y dónde irá este señor que pueda dejar con seguridad esta alhaja? dijo con acento insinuante Longinos. Os advierto, caballero, que os vayais con tiento. En primer lugar que un usurero no os daría lo que yo... en segundo lugar, que yo os daré un recibo en regla de esta joya, y yo tengo responsabilidad... todos los vecinos de alrededor, de casa abierta, me fiarán...

—La verdad del caso, es que me ahorro de andar mas, dijo don Juan: acepto vuestros tres mil doblones: dadme un recibo de esta alhaja, y yo os daré un recibo de vuestro dinero.

—Un recibo de tres mil y doscientos doblones, por los tres mil.

—En buen hora.

—Pero.... dijo el señor Melchor que temblaba presintiendo las iras de su cónyuge.

—¿Qué teneis vos que ver en esto? dijo don Juan: asunto concluido: estendamos los recibos.

El señor Melchor se calló.

El señor Longinos puso sobre el mostrador papel y tintero, y los respectivos recibos se estendieron dictándolos el platero.

Poco despues hizo entrar en la trastienda á don Juan, guardó cuidadosamente el estuche con la sortija en un armario, y del mismo armario sacó un talego, le puso sobre una mesa, contó, y un monton de oro, representando, los tres mil doblones, apareció sobre la mesa.

El señor Melchor que se habia quedado fuera del mostrador como una cosa olvidada, oia, estremeciéndose, el sonido escitador del oro que contaba maese Longinos.

—¡ Me he perdido ! exclamaba : mi hombría de bien me ha puesto en el caso de no poder aguantar á mi mujer lo menos en tres meses : esta aventura me va á costar una enfermedad.

En aquel momento apareció don Juan, y dió diez doblones al señor Melchor.

—¿ Y qué es esto ? dijo todo turbado el pobre diablo que en su vida habia visto tanto oro junto, por mas que fuese poco.

—Eso es vuestro trabajo.

—¡ Mi trabajo, señor !

—Debo agradeceros el que no me hayan engañado.

—Muchas gracias, señor.

—Y como ya no os necesito, podeis iros.

—Que Dios os guarde, señor.

Y el escudero salió de la tienda, riendo con un ojo y llorando con otro.

Don Juan entró de nuevo en la trastienda.

El señor Longinos se ocupaba de alinear de una manera simétrica las columnas de oro, con esa sensualidad característica de los avaros.

—Me pareceis bastante hombre de bien, dijo don Juan, y quiero valerme de vos. Yo soy capitán de la guarda española del rey.

—Por muchos años, señor.

—Me casé anoche con una dama principal.

—Dios os haga muy felices, mis señores.

—Pero como veis, este vestidillo de viaje, no es á propósito para que yo me presente al rey en medio de la córte con mi esposa.

—De ningun modo, señor.

—Ahora bien: ¿qué ropas, qué galas, en una palabra, dignas de un caballero del hábito de Santiago, puedo yo procurarme con ese dinero?

—¿Piensa vuesamerced gastar esos tres mil doblones?

—Y mas que sea necesario.

—¿Y para cuando necesita vuesamerced presentarse á su magestad con su señora esposa?

—Hoy á las once.

Rascóse una oreja con su trémula mano maese Longinos.

—Y son cerca de las nueve de la mañana. Es decir, que solo tenemos dos horas.

—Aprovechémoslas.

—En primer lugar necesita vuesamerced, ropas blancas de Cambray; esto es lo de menos, hailas hechas dos puertas mas abajo. ¡Antonio!

Apareció un jóven con mandil de cuero, á todas luces oficial de platería.

—Vete al momento á casa del señor Justo, le dijo Longinos, y que envíe ropas de Cambray para un hidalgo y una gola rica rizada que no haya mas que ponérsela, luego pásate por casa del señor Diego Soto, y que envíe unas calzas de grana de lo mas rico, pero al punto, al punto.

El mancebo con mandil y todo se lanzó en la calle.

—Faltan jubon, gregüescos, ferreruelo y sombrero, el ferreruelo debe ser de terciopelo, el jubon de brocado, los gregüescos de lo mismo que el ferreruelo, y el sombrero igual. Pero es el caso que estas ropas, que yo sé quién las tiene sin estrenar, ricas y buenas, y que es persona asi de vuestras carnes, que os vendrá pintada su ropa y que si se le paga bien y secretamente, no tendrá reparo, y que á mas se halla necesitadillo de dinero...

—Pues al momento.

—Poco á poco: el sombrero necesita una toca rica; una toca por lo menos de oro á martillo: el jubon necesita herretes; las cuchilladás piedras ó perlas; y luego espada.

—Todo eso lo tengo, dijo don Juan, descubriendo el resto de su tesoro y abriendo los estuches.

—¡Misericordia de Dios! ¿sabeis lo que teneis aquí, señor?

—Pienso que es mucho.

—Esta pedrería vale lo menos dos millones de ducados.

—Pues bien: puesto que soy tan rico, veamos si me puedo presentar en la córte como conviene.

—Indudablemente, señor, indudablemente; el dinero hace milagros. Voy á escribir á algunos caballeros conocidos, que andan necesitados; porque la córte traga mucho: voy á procuraros hasta carroza: en cuanto á lacayos y cochero yo haré que vengan buenos: las libreas se comprarán hechas... y la espada, la espada es lo primero: yo tengo aquí una buena espada de córte, pero no vale ni la centésima parte que esa empuñadura y esas conteras: se montará al momento...

—No; montad esta buena hoja, dijo don Juan desnudando su espada.

—¿Sabeis señor que teneis un arma de las buenas...? Andresillo, hijo, ven acá...

Apareció otro oficial.

—Déjalo todo: monta esta hoja en esta empuñadura, y esta contera en una baina blanca, rica... anda, hijo, anda: dentro de una hora ha de estar corriente: entre tanto, señor, mis nietas coserán los herretes, la toca y las perlas, y las chapas del talabarte...

—Y entre tanto yo... me dareis de almorzar... me lavaré despues...

—Si, si señor: entrad... y ya vereis... ya vereis.

Y precedió al jóven por unas oscuras escaleras murmurando:

—¿Y que por estos quehaceres no pueda yo oír como todos los dias la misa del licenciado Barquillos? ¡Válgame Dios!



## CAPITULO XLIV.

En que el autor presenta, porque no ha podido presentarle antes un nuevo personaje.

En una habitacion magnificamente amueblada, estensa, iluminada blandamente por una lámpara de noche, á través de un cortinaje de damasco, en una ancha alcoba y en un no menos estenso lecho, dormia una mujer sumamente bella.

Debia ser sombrío su sueño, porque su entrecejo estaba fruncido, corria abundante sudor por su frente morena, y su boca sonrosada y de formas voluptuosas levemente entreabierta, dejaba salir un sobrealiento poderoso y ronco.

Las anchas trenzas de sus cabellos caian abundantes y desordenados sobre su garganta y sobre sus hombros y fuera del abrigo que la cubria se dejaba ver un brazo de formas admirables, cerca de cuya mano se veia una pulsera de pelo, cerrada por un broche de diamantes.

Habia algo de terrible en el aspecto de aquella hermosa mujer dormida.

Y dormia profundamente.

Abrióse de improviso una puerta en el fondo de la cámara y apareció una mujer jóven.

Abrió un balcon y penetró en la alcoba la luz fría de aquella mañana nublada y lluviosa.

La mujer despertó.

Se incorporó en el lecho y miró con disgusto á la puerta de la alcoba á donde habia llegado la jóven.

—¡ Está amaneciendo ! esclamó con acento duro. ¿ Que sucede Casilda? anoche me acosté demasiado tarde y me despiertas al amanecer. Estoy servida detestablemente.

—Son las ocho y media, señora, dijo temblando la doncella.

—Te dije que no me llamaras hasta las doce.

—Es que está ahí don Juan.

—¡ Don Juan ! ¡ y de dia ! ¡ y acaso por la puerta principal !

—Si, si señora.

—¡ Que imprudencia !

—Nadie ha podido verle. El lacayo de su escelencia no ha venido todavía.

Este escelencia era el duque de Uceda.

—El duque se fué anoche muy tarde; cuando yo te avisé aun no se habia ido : tú te acostaste : yo misma le hice salir por el postigo... podia estar el duque todavía aquí. Te tengo dicho, que cuando don Juan venga á una hora imprevista, le contestes como sino le conocieras y le despidas. Esto está convenido entre don Juan y yo. Eres, pues, una torpe.

—Perdonad, señora.

—Pero en fin : ¿ don Juan está ahí ?

—Si señora : ha venido con una mujer.

—¡ Con una mujer ! ¿ y qué trazas tiene esa mujer ?

—Es jóven, hermosa, viene ricamente vestida, y parece segun está de pálida y ojerosa que ha pasado muy mala noche.

—¿ Dónde están ?

—En el camarín.

—Visteme.

Y la dama saltó del lecho, y se vistió apresuradamente ayudada de la doncella, se arregló ligeramente los cabellos, se puso sobre ellos una toquilla, y se dirigió rápidamente á una puerta de escape.

Pero al llegar á ella se detuvo, y dijo á la jóven :

—Dile á don Juan que entre solo.

Y se sentó en un sillón, se arropó en un abrigo de pieles que se habia puesto y esperó á que la doncella cumpliese sus órdenes.

Poco despues se abrió aquella misma puerta, y entró el sargento mayor don Juan de Guzman, que, sin quitarse el sombrero, adelantó has-

ta cerca de la dama, y deteniéndose á poca distancia de ella y permaneciendo de pié, la dijo :

—Nos sucede mejor de lo que queríamos, Ana.

—¡ Ah ! ¿ estamos de plácemes ?

—Si por cierto : el asunto de la reina está á punto de concluirse : una vez quitado de en medio ese estorbo, es distinto : nos quedamos solos con el padre y con el hijo.

—¿ Pero y don Rodrigo... ?

—Don Rodrigo... afortunadamente la herida segun dicen los médicos es limpia y no ha tocado á ninguna parte peligrosa : un dedo mas acá ó mas allá y no tenemos hombre ; pero ha faltado un dedo... y don Rodrigo vivirá. Ayer tarde estuvo hablando conmigo largamente, preguntándome y dándome órdenes y consejos. Dentro de algunos dias don Rodrigo dejará el lecho, y todo irá bien.

—¿ Y el duque de Lerma ?

—Cariñoso y solícito con don Rodrigo... por el duque no hay que temer : es ciego.

—Sin embargo, ha enviado á don Baltasar de Zúñiga de embajador á Inglaterra, ha sacado del cuarto del príncipe al duque de Uceda, y su excelencia está dado á los diablos con su padre. Creo que hay un diablo familiar que le aconseja. Anoche estuvo aquí hasta las tantas y me dijo : Por ahora es necesario echar la red por otra parte : el señor duque de Lerma mi augusto padre, nos ha conocido la intencion : paciencia : en cuanto á vos ( se referia á mí ) ya que no podeis ser la maestra del señor príncipe, sed mi consuelo.

—¿ Eso te dijo el duque ?

—Vaya : y que hacia mucho tiempo que no podia olvidar mis ojos.

—¿ Y tú que le dijistes ?

—Que procurase hacer que mis ojos le pareciesen feos.

—Es decir...

—Que no quiero galanteos con el duque de Uceda.

—Has hecho mal, muy mal. Tus amores con el duque valen mas que tus lecciones al príncipe don Felipe. Nos conviene saber lo que hace, lo que no hace, lo que piense ó deje de pensar esa gente. Has hecho mal, muy mal.

—¡ Bah ! dijo doña Ana : yo sé que he hecho muy bien : como sé que haré muy bien en decirte, que por algun tiempo no vengas á verme hasta que yo te avise.

Pronunció de tal manera, con tal frialdad, con tal descaro doña Ana estas palabras, que el rostro del sargento mayor se cubrió de una palidez colérica.

—¿Qué viene á ser eso? dijo con acento amenazador.

—Ya te irritas, querido mio, dijo doña Ana: ¿dudas acaso de que te amo?

—Me parece que quieres engañarme.

—¿Y para que te habia de engañar? además de que te amo me sirves de mucho, hijo, para que yo piense enajenarme de tí. Pero...

—¿Pero qué?

—Espera.

Doña Ana se levantó, entró en el dormitorio, abrió un cofre, y del cofre sacó una cajita: volvió, se sentó y abriendo la caja mostró su contenido al sargento mayor.

—Mira el por qué de no haber querido yo por galan al duque de Uceda y de pensar en que por algun tiempo no nos veamos.

—¿Quién te ha dado esta gargantilla? dijo con acento ronco Guzman.

—Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor del rey.

—¡Ah! en verdad que ese hombre es muy rico, dijo el sargento mayor: pero segun pienso y por los informes que tengo, dentro de poco no podrá hacerte tales regalos.

—Es mucho lo que los celos entorpecen los sentidos, dijo doña Ana; el cocinero mayor, me ha dado en verdad esta joya, pero ha sido en nombre de mas alta persona.

—¡Del duque de Lerma!

—¡Mas alto!

—¡Del rey!

—¡Del rey!

—¡Imposible! ¡de todo punto imposible! el rey no piensa mas que en cazar, en dormir y en rezar. Con presentarse muy hinchado y grave al lado de Lerma en las audiencias, piensa que ya tiene hecho todo lo que tiene que hacer para ser rey... pero á don Felipe III no se le conocen galanteos... tan devoto... tan asustadizo... buena fortuna seria, y estaría yo sin venir á verte á tú casa, que ya nos veríamos fuera de ella, aunque fuese de año á año... ¡pero vamos! ¡es imposible!

—Estos hombres creen que las gentes no son mas que lo que parecen, dijo con desden doña Ana.

—No tal, no: yo no creo eso, porque sé muy bien que tú y yo so-

mos una cosa y parecemos otra. Pero tratándose del rey... ¡cuando te digo que no puede ser!

—¿Y de dónde ha sacado el cocinero mayor esta alhaja?

—Cuenta conque las perlas no sean cera, el oro cobre y los diamantes vidrio blanco.

—Ya está visto esto, y apreciada la alhaja : vale mil doblones.

—¡Mil doblones!

—No podia ser menos un regalo de rey.

—¿Pero dónde te ha visto su magestad?

—Eso mismo pregunté yo á Montño : ¿dónde me ha visto su magestad?

—¿Y qué te respondió?

—Que no lo sabia.

—¡Qué no lo sabia! pero... cuéntame desde el principio.

—Anoche ya tarde, llamaron á la puerta. Yo creí que seria el duque de Uceda y mandé á Casilda que abriese. Poco despues oí abajo un altercado : era Casilda que disputaba con un hombre, que á todo trance queria entrar, que decia tenerme que decir cosas graves, y que al fin dijo era el cocinero mayor del rey. Como nuestros asuntos están ahora por las cocinas, sentí yo no sé que terror, yo no sé que cuidado y mandé á Casilda que dejase subir al cocinero del rey.—Cuando le ví (yo no le conocia) me espanté. Venia pálido, desencajado, desgredados los escasos cabellos, y la primera palabra que me dijo, fue :

—Desde hace veinticuatro horas, no me suceden mas que desgracias.

Estas palabras no eran las mas á propósito para tranquilizarme, y le rogué que se sentara y que se explicase.

—Tras las desgracias que me suceden, me dijo, hubiera sido la última la de no poder veros.

—Tranquilizaos, y decidme despues, por qué hubiera sido una desgracia para vos el no haberme visto.

—Porque una persona muy principal, y á quien temo mucho, me ha encargado que os vea.

—¿A mí? ¿para qué?

—Para que os dé de su parte, en prenda de la mucha estima en que os tiene, esta alhaja.

Y me dió esa gargantilla.

—Yo no puedo aceptar un regalo, le dije, de una persona á quien no conozco.

—Podeis estar segura, de que es muy principal.

—Pues siendo tan principal, y teniendo por mí tanto interés que me regala, le dije, ¿qué interés puede tener en que yo no sepa su nombre?

—Tanto interés tiene, me replicó, en que vos no sepais quién es, que desea veros misteriosamente.

—Explicaos.

—La alta persona que me envia, dijo el cocinero dando vueltas á su gorra, porque sin duda hallaba gran dificultad en cumplir con su mensaje, quiere... pues... quiere que le recibais sin luz.

—¿Por quién me teneis? dije al cocinero mayor fingiéndome gravemente ofendida, á pesar de que tenia una viva curiosidad por saber quién era aquella persona: ¡ea! añadí; idos de mi casa sino quereis que os haga echar á palos.

—Perdonad, señora, me dijo: pero temo mas las consecuencias de no llevar una contestacion vuestra á la persona... ¿qué digo? al ilustre personaje que me envia, que la riña que pudiera tener con vuestros criados.

—Ya llevais la contestacion á esa persona.

—A la persona que me envia, no se la puede contestar de ese modo me dijo, porque esta persona...

—¡Me ultraja!

—Será necesario deciros quién es, para que veais que no hay ultraje.

—Solo una persona pudiera no ultrajarme... una persona tal que ni aun para mí pudiera pasar por galanteador.

—¿Habeis adivinado?

—No, no he adivinado; he dicho únicamente, que solo hay una persona que pudiera pretender ser mi amante sin que yo le conociera.

—Pues bien: decidme el nombre de esa persona.

—Esa persona, no podía ser otra que el rey.

Miróme fijamente el cocinero mayor, con la boca abierta, y los ojos espantados.

—¿No me comprometeréis, me dijo, si os declaro la verdad?

—Os lo prometo.

—¿Sereis prudente?

—Si.

—Pues bien, señora; la persona que os solicita, que está ciegamente enamorado de vos, es... ¡el rey!

— ¡El rey! dije sin poder contener mi asombro: ¡su magestad enamorado de mí!

— Esa rica gargantilla es una señal de ello, me contestó.

— ¿Y dónde me ha visto su magestad? le dije.

— No lo sé. El rey me ha llamado y con gran secreto me ha dicho: Montño, mi buen cocinero; yo aunque soy rey, también soy hombre, y como hombre tengo debilidades; amo á una dama, y no puedo contener mi amor: toma, llévala esta joya, y dila que te indique cuando puedo yo ir á visitarla: pero ha de ser de modo, que las luces estén muertas cuando yo entre, y no pueda conocerme. Ofrécela cuanto quiera y mas que quiera, y toma las señas de la casa donde vive y su nombre.

Yo, añadió el cocinero, no me atreví á negarme: he venido, y temeroso de llevar á su magestad vuestra contestacion, he preferido, confiando en vos, deciros lo que os he dicho: pero por Dios, no pronunciéis ni una sola palabra imprudente, porque su magestad es muy mirado, y nos perderíamos los dos.

Yo le juré guardar el mas profundo secreto, acepté la gargantilla, y el cocinero se fue prometiéndome volver para decirme qué noche y á qué hora debe venir su magestad.

— En esto debe de haber andado el duque de Lerma... estoy casi seguro, dijo el sargento mayor; porque ¿á quién interesa mas que al duque el tener bien cogido al rey? Además de eso: ¿no han desterrado al conde de Lemos porque habia llevado una noche al príncipe de Asturias á casa de una de las queridas de don Rodrigo Calderon? ¿No han apartado de la crianza del príncipe á don Baltasar de Zúñiga, porque daba demasiado gusto á su alteza, y no han sacado también al duque de Uceda del cuarto del príncipe, sin duda porque han sabido que le traia aquí para que desde bien temprano se acostumbra á las favoritas? Acaso ha sabido el duque de Lerma que su hijo se valia de tí para educar al niño príncipe, como, siendo aun mas pequeño, se valió para ello de la Angelica el conde de Lemos su sobrino, y habrá dicho: puesto que esa hermosa doña Ana servia para hacer adquirir al jóven príncipe malas costumbres, puede servir también para corromper las del rey y estraviarle.

— Acaso acaso, dijo doña Ana.

— Pues estamos de doble enhorabuena: confío en que sabrás manejar al rey.

— ¡Oh! ¡ya lo veremos!

- No me ocultes nada.
- ¿Y cómo? ¿qué soy yo sin tí?
- Don Rodrigo es lo que mas nos conviene.
- Serviré á don Rodrigo. Creo que este asunto esté concluido, y ahora recuerdo que me han dicho que contigo venia una mujer jóven, hermosa, ricamente vestida.
- Si, muy hermosa y muy jóven, dijo el sargento mayor apretando el gesto y retorciéndose los mostachos.
- ¿Y á qué traes tú esa mujer á mi casa?
- ¡Qué! ¿tendrás celos?
- Pudiera tenerlos.
- Pues bien, no los tengas, porque esa muchacha es mi hija.
- ¡Tu hija!
- Si: la hija de aquella Margarita que yo robé de su casa; la hija que me quitó un hombre una noche cuando iba á dejarla en la puerta de un convento, dejándome tres puñaladas, de las cuales estuve á la muerte: la hija de quien no volví á saber, hasta que la conocí siendo á la vez querida secreta de don Rodrigo Calderon, y pública del duque de Lerma. En una palabra: la comedianta Dorotea.
- ¿Pero estás seguro de que no te has engañado?
- ¡Si tu hubieras conocido á su madre!
- Si, si, ya me has dicho...
- Verla á ella, es ver á Margarita: ademas, yo la habia hecho una señal...
- ¡Una señal!
- Si, antes de salir de la casa, para llevarla á esponer en el cajon de San Martín, sin saber por qué, pensando no sé en qué, la señalé.
- ¡Qué la señalaste!
- La arranqué un pequeño bocado de un brazo.
- ¡Ah! exclamó con disgusto doña Ana.
- Fue la manera mas pronta que se me ocurrió de señalarla.
- ¿Pero has visto tú esa señal?
- No: pero un día, don Rodrigo que quiere mas de lo que parece á la Dorotea, me dijo:
- Juan: yo te he hecho hombre.
- Indudablemente, señor, le costesté.
- Eres listo y astuto, y parece que hueles las cosas.
- ¿Qué hay que averiguar?

—Tu sabes cuánto quiero á la Dorotea.

—Si señor.

—Hace mucho tiempo que estoy viendo en su hombro derecho una señal: pero nunca hasta ahora la he preguntado: es una cicatriz como la de una mordedura: ella ha dicho que recuerda haber tenido siempre esa señal: he preguntado al tio Manolillo, y me ha dicho que la encontró abandonada en la calle, y que efectivamente, cuando la llevó á su estancia en el alcázar, notó que las pobres ropas en que iba envuelta estaban manchadas de sangre, que la descubrió y vió una mordedura reciente, de la que costó trabajo curar á la niña: ahora bien: la Dorotea sufre porque no conoce á sus padres, yo la quiero bien, y te recompensaria grandemente, si encontrases esos padres perdidos.

Pude en el momento decirle:

—Su padre soy yo: su madre era una muchacha tan hermosa como ella, á la que conocí en su casa donde estuve aposentado algunos dias, y á la que me llevé conmigo. No se si su madre vive ó ha muerto...

—¡Con qué esa hermosa mujer, esa famosa Dorotea, la querida de Lerma y de Calderon es tu hija! ¡y ella no lo sabe!

—No.

—¿Y para qué la traes aquí?

—Es como su madre, apasionada y violenta: de la misma manera que su madre se enamoró de mí á primera vista, ella se ha enamorado de un hombre; ese hombre es el que ha herido á don Rodrigo: ese hombre que es sobrino del cocinero mayor de su magestad, ha hecho suerte en veinticuatro horas: antes de ayer por la noche entró en Madrid, y hoy se encuentra metido en palacio, protegido, y casado con la dama mas hermosa y mas difícil de la corte: con doña Clara Soldevilla.

—¡Y esa mujer que es querida del duque de Lerma, está celosa de una dama que es la favorita de la reina!

—La reina importa ya poco... tal vez á estas horas... pero conviene á pesar de esto, que esa muchacha siga enloqueciendo á Lerma: ella queria hacer un disparate, pero yo la he prometido que la vengaría si ella me ayudaba, y ha consentido en seguirme. Te la he traído y te la entrego... tú sabes envenenar el alma, Ana; envenena la de esa muchacha, y haz de modo que nos sirva bien. Voy por ella.

Y se dirigió á la puerta por donde habia entrado.

Pero al abrirla, se vió tras ella un hombre, y se oyó una ronca voz que dijo temblorosa, colérica, rugiente, amenazadora:

— ¡Atrás! ¡atrás, sargento mayor! ¡tu no saldrás de aquí! —

El hombre que había pronunciado estas palabras, que había adelantado sombrío y letal, y que había cerrado por dentro la puerta, era el bufon del rey.

El sargento mayor retrocedió sorprendido.

En su semblante apareció la espresion del espanto.

Doña Ana miró con terror al bufon.

Y el bufon adelantó pálido hácia el sargento mayor, que retrocedía.

## CAPITULO XLV.

De cómo la Providencia empezaba á castigar á los bribones.

Necesitamos decir como el tio Manolillo habia podido aparecer tan dramáticamente enmedio de aquel bandido y de aquella ramera.

Sabemos que al salir de la taberna donde habia estado con el cocinero del rey, se habia ido derecho á llamar á la puerta de doña Ana.

Abriéronle, porque hay maneras de llamar que mandan, que se hacen obedecer, y el tio Manolillo habia llamado de una de aquellas maneras.

Es decir, de una manera rotunda, decidida, nerviosa, fuerte, retumbante.

Quien llama asi en una casa debe tener derecho para entrar ó fuerza, lo que no es lo mismo, ó las dos cosas á la vez.

Hemos dicho que le abrieron: ahora debemos decir que apenas encontró franca la puerta, el bufon se lanzó sobre el criado que le habia abierto, que era un escudero viejo.

Se arrojó sobre él como un tigre; le derribó, le sofocó, y le tapó la boca con un pañuelo, al que hizo un nudo que introdujo en la boca de la victima.

Esta manera de enmudecer que se conserva aun hoy, y se usa por los ladrones, se llama la *tragantona*.

Hasta el crimen tiene sus tradiciones.

Despues quitó al escudero la correa que sugetaba sus gregüescos

á la cintura, y le ató atrás las muñecas, y con el extremo sobrante ató un pié de la víctima y le dejó tendido en el portal; el escudero no podía gritar, ni aun rugir, ni moverse.

El tio Manolillo se acurrucó en un rincon del zaguan, y esperó:

Poco despues bajó una dueña, á quien habia llamado la atencion el que el escudero hubiese bajado á abrir y no hubiese subido.

El bufon la acometió por detrás, la hizo otra tragantona con la toca, y la ató de igual modo que al escudero, valiéndose de la correa del hábito de la dueña.

—Aun me faltan la cocinera y la doncella, dijo: doña Ana, esa bribona, no tiene mas criados: el olor de la cocina me llevará.

El tio Manolillo adelantó.

No era entonces un hombre, sino una fiera astuta que adelantaba recelosamente sin producir ruido, hácia su presa.

Un momento despues la cocinera y la doncella estaban enmudecidas y atadas.

El tio Manolillo habia arrostrado por todo y habia tenido la suerte de que no surgiese ninguno de esos incidentes que frustran las sorpresas mejor meditadas.

Ya seguro de los criados, el tio Manolillo adelantó por las habitaciones principales.

Al ir á levantar un tapiz, vió de repente á la Dorotea.

La pobre jóven estaba sentada en una silla, replegada, sombría, inmóvil, con la mirada fija, sufriendo de una manera visible, aterradora.

Hubiera podido ver al bufon, á no estar tan abstraída, pero no le vió.

El bufon se retiró sin ruido, la miró un momento al través de la abertura del tapiz con una mirada profunda, en que habia tanta ternura hácia ella, como amenaza, como cólera, hácia los que causaban el doloroso estado de la jóven.

—Esta sola, dijo, y entró con él: él debe estar con la otra: busquemos otro camino, es necesario saber de lo que tratan esos miserables.

Y tomó por una puerta, y se encontró en un corredor oscuro.

Y adelantó sin hacer ruido como una sombra.

A medida que se acercaba á una puerta, oia dos voces.

La de un hombre y la de una mujer.

Adelantó hasta la puerta, llegó, y se puso á escuchar.

Por esta razon, cuando el sargento mayor fué á entrar por aquella puerta, se encontró con el bufon.

—¡ Ah! ya sabia yo que habias de buscar á la Dorotea , dijo el sargento mayor : peor para tí.

Doña Ana miraba aquella escena improvisada con asombro : mas que con asombro : con un terror instintivo.

—¿ Con qué tu eres su padre? dijo el tio Manolillo : ¿ con qué eres el padre de Dorotea? ¿ con qué , aun no contento con haber asesinado á la madre , quieres asesinar á la hija?

Y la voz del tio Manolillo , era ronca , amenazadora , sombría ; sus ojos vizcos se revolvian de una manera espantosa , estaban inyectados de sangre , y su barba temblaba.

Don Juan de Guzman se sentia dominado , doña Ana estaba ccartada por el miedo.

La actitud del bufon , de aquel hombre pequeño , cuadrado , robusto , encogido como para arrojarle sobre una presa , y en el cual se adivinaban el valor , la fuerza y la agilidad del tigre , parecian indicar que iba á suceder allí algo terrible.

—Si quereis llevaros á esa muchacha , lleváosla , dijo el sargento mayor que tenia miedo : preguntadla si yo la he violentado.

—¿ La habeis dicho que sois su padre ? dijo el bufon.

—No.

—Pues mejor.

—No he tenido necesidad de decírselo.

—Y has hecho bien : porque tú no eres su padre , sino una especie de animal monstruoso , que has sido la causa de su existencia. Pero no tengo tiempo que gastar contigo... estoy de prisa... añadió el bufon con una sonrisa horrible , con la sonrisa de un loco : ¿ te acuerdas de que una noche llevabas á esa niña recién nacida en los brazos...? ¡ oh ! era una noche muy oscura : de repente un hombre se arrojó á tí y te dió tres puñaladas.

Y al decir esto el bufon saltó , se aferró al sargento mayor y le dió una puñalada en el pecho.

Don Juan de Guzman dió un grito , vaciló y cayó.

Luego el bufon vió que doña Ana corria á una puerta , y la asió de una mano.

Doña Ana cayó de rodillas creyendo llegada su última hora.

El tio Manolillo sin soltar á doña Ana , dirigió su terrible palabra á don Juan de Guzman , empuñando aun la daga conque le habia herido :

—Entonces fueron tres , y ahora ha bastado una... es que ahora ten-

go la mano mas segura... ¡asesino de mi hermana Margarita! ¡envenenador de la reina Margarita! ¡verdugo de tu hija! ya no cometerás mas crímenes.

En efecto, don Juan de Guzman estaba muerto.

—Y tú Aniquilla, que te llamas doña Ana; tú, que hace veinte años andabas por las playas de Gijon descalza, cogiendo ostras y buscando á los marineros; tú, aventurera ennoblecida por tu hermosura; tú, miserable, ase de los piés de ese cadáver y pronto, porque no tengo tiempo que perder.

—¿Pero qué va ser de mí? exclamó desesperada la hermosa doña Ana.

—Sea lo que el diablo quiera. Tú tendrás en tu casa algun escondrijo...

—¡Los sótanos! exclamó doña Ana.

—Pues á los sótanos: agarra pronto, sino quieres perderte... concluyamos por el momento que yo volveré.

—Esperad... esperad... voy á abrir las puertas, dijo con angustia doña Ana, para que nada nos entretenga, y salió y volvió poco despues.

Entonces la ramera y el bufon asieron del bandido, y le llevaron.

Por donde quiera que pasaba, quedaba un rastro de sangre.

Al fin bajaron al piso bajo, y el bufon señaló un rincon oscuro en una sala lóbrega.

—Dejémosle aquí, dijo.

—Por el amor de Dios, dijo doña Ana; vos, que no sé como me conoceis; vos, que cuando no me habeis muerto tambien, no me aborreceis, ayudadme á borrar las señales de esta muerte... yo diré á los míos que ese hombre ha salido por el postigo...

—En lo que harás muy bien, dijo el tio Manolillo, será en soltarlos de las ligaduras conque yo los he sujetado, y despedirlos á pretexto de que se han dejado sorprender: ¡quédate sola, que yo volveré y le enteraremos..! ¡por ahora, adios! ¡Adios, que mi conciencia me llama á otra parte!

Y subió de dos en dos los peldaños de una escalera, atravesó algunas habitaciones, y entró en la que Dorotea se encontraba todavía inmóvil y dominada por su mudo dolor.

—Ven conmigo, la dijo el bufon asiéndola de una mano.

—¡Ah! ¿sois vos?

—Ven conmigo... yo te salvaré... yo te consolaré... pero ven, ven... no perdamos un momento.

Y arrastró consigo á la Dorotea, que se dejó conducir maquinalmente, bajó por la escalera principal, pasó por junto al escudero y la dueña que permanecian atados, abrió la puerta, salió y la tornó á cerrar.

Cuando estuvieron en la calle, el bufon dijo á la Dorotea.

—Vuélvete á tu casa, y espérame : yo no te puedo acompañar.

—Pero...

—Ve, ve... hija mia... acabo de salvarte de un peligro... yo te salvaré de todos : adios.

Y partió hácia el alcázar.

La Dorotea, atónita, asombrada, sin comprender lo que la sucedia, le vió desaparecer, se envolvió en el manto, y á paso lento, con la cabeza inclinada, pisando lodo, se encaminó á la calle ancha de San Bernardo.



## CAPITULO XLVI.

De lo perjudicial que puede ser la etiqueta de palacio en algunas ocasiones

El tio Manolillo, corria como alma que lleva al diablo.

Tropezaba acá y allá con las gentes, como un caballo desbocado, las lanzaba un gran trecho ó las dejaba caer y seguia corriendo.

En pocos momentos llegó al alcázar.

Antes de llegar á él vió á Luisa y á Inés que iban envueltas en sus mantos.

Pararon un momento.

—¿A dónde vais? las dijo con acento amenazador.

—A misa... contestó temblando Luisa.

—¡A misa! ¿en dia de trabajo...?

Pero el bufon recordó que tenia mucha prisa, y tomó de repente el camino de la puerta de las Meninas del alcázar.

Al entrar salian algunos hombres, y el tio Manolillo tropezó rudamente con uno de ellos.

—¡Qué brutalidad! dijo el tropezado recogiendo un pesado talego que habia caido al suelo, produciendo un sonido sonoro.

—¡Ah! ¡el alguacil Agustin de Avila, exclamó el bufon, y pasó por sus ojos un relámpago de muerte.

Pero de repente apretó de nuevo á correr exclamando :

—Lo otro es primero... la reina... ¡Dios mio!

Y entró en el patio del alcázar.

Allí de una manera involuntaria, superior á su resistencia, se detuvo de nuevo, y miró á una torre almenada que se veía por cima de las galerías en un ángulo del patio.

Sobre aquellas almenas habia un cuerpo de edificio coronado por una montera de pizaras; en aquel cuerpo de edificio, habia una ventana: en aquella ventana el viento ondeaba un pañuelo encarnado.

—¡ Oh ! ¡ la señal de muerte ! exclamó el bufon.

Y siguió corriendo, subió, no como un hombre, sino como una araña que huye, unas escaleras, atravesó como un frenético la galería, y atropellando casi al guardia de corps que daba la centinela de la puerta exterior del cuarto de la reina, se lanzó dentro.

Dióse un tremendo pechugon con una persona á la que no arrojó.

Por el contrario le asió, y le detuvo.

—¡ Cuerpo de Baco ! exclamó aquel hombre, ¿ venís ú os disparan, tío ? Aquel hombre era don Francisco de Quevedo.

El bufon no le contestó : por cima del hombro de Quevedo habia visto un paje talludo, rubicundo, que llevaba sobre las palmas de las manos una vianda adornada con yerbas verdes.

—¡ Allí tal vez... ! ¡ en aquel plato... ! dijo el bufon, ¡ soltad, vive Dios, ú os mato... !

—¿ Pero estais loco... ? tengo que deciros graves cosas... ¿ no me conocéis tío ?

—¡ La reina... ! ¡ la reina... ! ¡ dejadme don Francisco... ! ¡ aquel paje... ! ¡ es el amante de la Inés... ! ¡ el pañuelo encarnado está en la ventana... !

—¡ Ah ! exclamó Quevedo con una espresion terrible por su horror... ¡ un paje... ! ¡ un plato... ! ¡ el pañuelo... !

Y soltó al bufon, que se lanzó á la puerta de la antecámara.

Los tudescos le cerraron el paso cruzando sus alabardas.

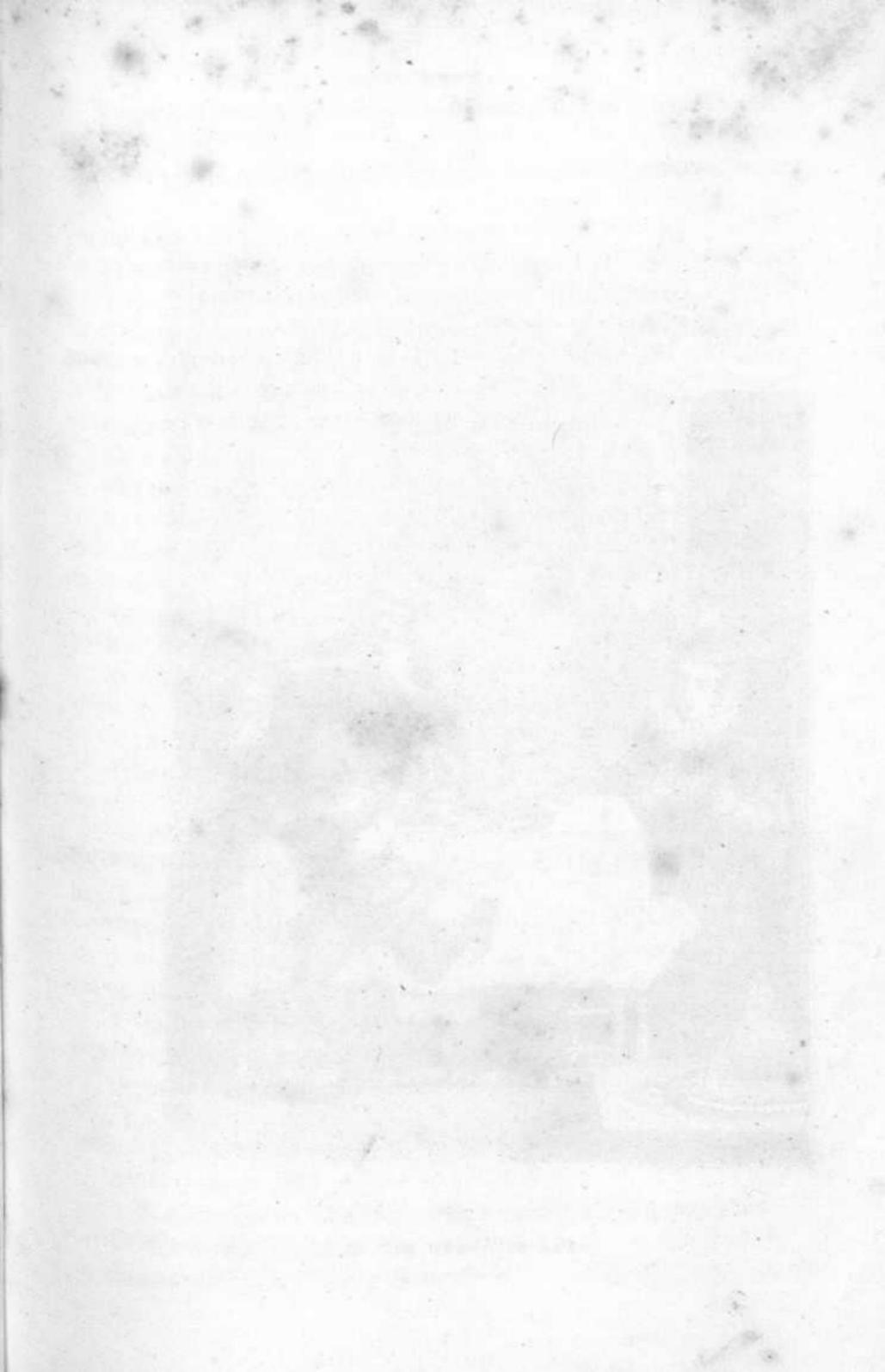
—¡ Ah ! ¡ no me dejais pasar... ! exclamó el bufon : y asió las alabardas con la fuerza de la zarpa de un leon.

Se entabló una lucha.

Quevedo no podia llegar pronto, pero desde donde estaba gritó con la autoridad que sabia dar á su voz en las ocasiones solemnes :

—¡ Dejadle pasar ! ¡ dejadle pasar, de órden del rey !

Al sonido de aquella voz poderosa, á la vista del hábito de Santiago, del que la pronunciaba, los tudescos dominados dejaron pasar al bufon.





¡PARA MÍ! ¡PARA MÍ!

Quevedo á pesar de la deformidad de sus piés, que le impedía andar de prisa, corrió.

En la puerta de la cámara de la reina, se entabló otra lucha con los ugières.

La autoridad de Quevedo fue allí inútil.

El bufon apeló á la fuerza.

Tiró á un ugière á un lado, y otro á otro y entró tambien.

Pero entre la inocente detencion causada por Quevedo, la de los tudescos y la de los ugières habia pasado mucho tiempo.

El paje habia desaparecido.

Cuando el bufon entró, se precipitó á la mesa y se arrojó sobre ella.

La reina dió un grito.

El padre Aliaga, que almorzaba con la reina, se puso de pié.

El tio Manolillo buscó con ansia un plato entre los que cubrian la mesa de la reina, y vió uno solo puesto delante del plato de Margarita de Austria.

Aquel plato estaba adornado con berros.

Era una perdiz que tenia todas las patas.

El bufon le agarró y al apoderarse de él dijo, con una admirable fuerza de espíritu, soltando su hueca carcajada de bufon :

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ he ganado ! ¡ le ganado ! ¡ para mí ! ¡ para mí !

Y haciendo como que devoraba al paso la perdiz, dió á correr esclamando :

— ¡ Para la reina no ! ¡ para mí !

Y soltó una larga y estridente carcajada que hizo temblar á todos los que la oyeron y escapó.

— ¡ Oh ! ¡ esto es ya demasiado ! dijo la reina.

— Perdonad señora... dijo Quevedo : yo no le he podido contener : ¡ el tio Manolillo está loco !

Y Quevedo saludando profundamente á la reina y antes de que esta, reponiéndose de su sorpresa le pudiera contestar, salió.

Quevedo buscó inútilmente en la parte baja del alcázar al tio Manolillo, y subió á su aposento á cuya puerta llamó inútilmente repetidas veces.

Al fin Quevedo gritó :

— Si estais ahí tio Manolillo, abrid, hermano, abrid á Quevedo.

Oyéronse violentos pasos y se abrió la puerta.

Apareció el bufon pálido y desencajado.

— ¡Entrad! ¡entrad! exclamó: entrad y pensemos en la venganza... hoy ha amanecido un día de muerte...

— ¡Teneis sangre en las manos! exclamó Quevedo...

— ¡Es poca! exclamó el bufon: ¡es poca! ¡venid!

Y tiró de Quevedo, le llevó á lo último de su aposento y le mostró una fuente de plata puesta sobre una mesa.

— Mirad esto: faltan las pechugas... mirad aquello, y señaló en un rincón un pedazo de perdiz, junto á la cual está echado, impassible, un gatazo rodado.

— El Chato devora cuanto halla, porque es un gato pobre, y no ha querido ese pedazo de perdiz. Los animales conocen la muerte. ¡Que Dios tenga piedad de la reina!

— ¿Y qué hacer?

— ¿Qué hacer...? yo no sé... ¿quién dice...? ¿quién declara...? ¡Oh! ¡no! ¡sentenciarnos á ser tenidos por cómplices, á morir deshonorados...! ¡hemos hecho cuanto podíamos hacer... y acaso... acaso nos hayamos engañado...! pero no... no... el Chato no ha comido... ¡Dios mio!...

— Sois cobarde... exclamó Quevedo... suceda lo que quiera; yo voy á buscar al médico de su magestad... guardad esa perdiz, guardadla; sobre todo quitadla de esa fuente que es de plata...

El bufon quitó los restos de la perdiz de la fuente, los echó en una escudilla, y con ellos el pedazo que habia arrojado al gato.

Entretanto Quevedo habia desaparecido.

Un paje de la reina se presentó poco despues.

— Tio Manolillo, dijo; os aconsejo que os escondais por algun tiempo.

— ¿Pues qué pasa, hijo? contestó dominándose el bufon.

— Que habeis dado un susto á su magestad, y no ha acabado de almorzar; se ha dejado casi todo lo que tenia en el plato cuando entrasteis vos.

— ¿Pechugas de perdiz...?

— Eso es... ¡una perdiz que olia tan bien...! me la he comido, tio.

— ¿Cómo te llamas, hijo?

— Gonzalo.

— ¿Y te has comido la perdiz que quedaba en el plato de la reina?

— Si... al salir... no me veian...

— ¿Y quedaba mucho...?

— Casi una pechuga... y me ha hecho mal... ya se vé... ¡comí tan de prisa porque no me vieran!

El paje en efecto, empezaba á ponerse pálido.

—¿Y por qué vienes, hijo? exclamó el tío Manolillo haciendo un violento esfuerzo para dominar su horror.

—Por la fuente de plata que os habeis traído.

—¿Y comió mucho la reina?

—¡Quiá! no... ni el padre Aliaga...

—¿Y te has comido las dos?...

—Si.

—Ven, hijo mio, ven... ven á las cocinas... voy á darte aceite, que es bueno para que arrojes... ¡Oh! Dios mio!...

—Tengo ansias, tío...

El bufon asió al mozo y le arrastró consigo.

Pero al llegar á las escaleras, el paje dió un grito, avanzó, cayó rodando por las escaleras, y con él la fuente de plata.

El bufon se retiró precipitadamente, fué á su aposento y se puso á rezar por el alma del paje.



## CAPITULO XLVII.

De cómo muchas veces los hombres no reparan en el crimen aunque sus vestigios sean patentes.

Pasó mucho tiempo, sin que nadie subiese por las escaleras por donde el paje había caído.

Al fin subió una moza de retrete.

La escalera era oscura.

La moza tropezó en la bandeja, que sonó.

Recogióla la moza.

— ¡ Calla ! dijo : ¡ una bandeja de plata ! ¡ y sucia... ! ¡ llena de grasa !  
¿ cómo está aquí ? La llevaré á la repostería.

Y siguió subiendo, y tropezó de nuevo.

Pero tropezó en un cuerpo humano.

Aquel cuerpo estaba frío.

La moza empezó á dar gritos.

A los gritos de la moza acudieron algunos de la servidumbre.

Muy pronto corrió la voz de que se había encontrado muerto un paje de la reina en las escaleras de las cocinas.

Y junto á esta, corrió otra voz no menos escandalosa.

El aposento del cocinero mayor estaba abierto y abandonado, rotas algunas puertas ; roto un gran cofre y vacío.

La mujer y la hija del cocinero mayor habían desaparecido.

El alcaide de palacio, el guarda mayor y el mayordomo mayor del rey, se habian presentado en los lugares de estas dos catástrofes.

A nadie se le ocurrió que entre la muerte del paje y la desaparicion de la familia y el robo del cocinero mayor, podia haber una relacion íntima.

A nadie se le ocurrió tomar acta de haberse encontrado junto al paje muerto una fuente de plata del servicio de mesa de la reina.

Los médicos declararon que, segun los vestigios que quedaban en el cadáver, el paje habia muerto de repente á consecuencia de un ataque cerebral.

Y tenian razon, porque el veneno que Guzman habia dado á Luisa, y Luisa al galopin Aldaba, y el galopin Aldaba al paje rubio, y este á la mesa de la reina, y la mesa al paje Gonzalo, habia obrado sobre el cerebro de este último produciéndole una violenta congestion.

El paje fue conducido al depósito de muertos de la parroquia de Santa María.

La fuente de plata entregada en la repostería y lavada.

Los únicos vestigios del crimen quedaban en una escudilla de madera en el cuarto del bufon.

Y el bufon, vuelto al fin en sí de tan violentas impresiones, se lavaba las manos borrando un vestigio de otro crimen, mientras la fuente se lavaba en la repostería.

Entre tanto el alcaide de palacio y el mayordomo mayor del rey á quien se habia dado parte de lo acontecido en el aposento del cocinero mayor, hacian estender testimonio á un escribano de como :

«El dia 17 de diciembre de 1610, llamado etc. (aquí el largo farrago curial) yo el infrascripto, entré con su esclencia el señor mayordomo mayor del rey y con su señoría el señor alcaide de palacio y con los señores Lope Rios, y Diego Luque, camareros del rey en el aposento que en palacio habita el señor Francisco Martinez Montíño, cocinero mayor de su magestad el rey nuestro señor, que Dios guarde, y los espresados y el infrascripto escribano hallamos que la puerta del dicho aposento no estaba cerrada sino abierta y franca ; y en la primera habitacion hallamos á mas de los muebles conocidos del uso del dicho Montíño y su familia, un cofre de hierro muy pesado, cerrado, sobre el cual se veian señales de haberle querido forzar : el cual cofre fue entregado en depósito al esclentísimo señor mayordomo mayor. Y entrados en el siguiente aposento hallamos los muebles revueltos, y algunas prendas de ropas esparcidas, con

mas, un ejemplar impreso del Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería que ha compuesto el dicho cocinero mayor; y pasando á las otras habitaciones, las hallamos en el mismo desórden, y á la ventana de una de ellas, atado un pañuelo encarnado de algodón; en otra habitación mas interior hallamos un gran cofre descerrajado á viva fuerza de sus tres cerraduras, y el cofre vacío y sobre la mesa algunos papeles y libros de dinero puesto á ganancia; y otrosí: halláronse dos espadas y un arcabuz, y examinadas aquellas y este hallóse ser de la marca que mandan las pragmáticas; y otro sí: acá y allá esparcidos halláronse seis doblones de á ocho y cuatro escudos de cruz, y veinte maravedises de plata, de todo lo cual y de los muebles y efectos se hizo el inventario adjunto y quedó entregado de todo el dicho escelentísimo señor mayor-domo mayor, por cuyo mandado libro la relacion presente de que doy fé. En testimonio de verdad.—Pero Ponce Lucas.

Libróse asimismo testimonio de haber desaparecido:

Del cuarto del cocinero, su mujer, Luisa Robles y su hija Inés Martínez.

De las cocinas, el galopin Cosme Aldaba.

De la servidumbre de la reina, el paje Cristobal Cuero.

Y se tomaron declaraciones, y por estas declaraciones se averiguó que la cocinera tenia un amante, que se llamaba don Juan de Guzman.

Que el paje Cristobal Cuero era amante de la Inés Martínez.

Que el galopin Cosme Aldaba, andaba en inteligencias con los unos y con los otros, que habia sido despedido por el cocinero mayor y que su mujer le habia enviado á las cocinas.

En vista de lo cual sumariamente averiguado, y teniendo de ello conocimiento el rey, mandó su magestad que esta sumaria pasase á un alcalde el cual alcalde mandó que fuesen presos donde fuesen habidos los espresados don Juan de Guzman, Luisa Robles, Inés Martínez, Cosme Aldaba y Cristobal Cuero, por delito de robo y otros, cometidos contra la hacienda y en la honra y otros estremos y particulares del cocinero mayor de su magestad.

Pero en cuanto á la entrada exabrupta del tio Manolillo en la cámara de la reina, tomóse á gracia y la misma Margarita de Austria, cambió su enojo en risa.

Y en cuanto á lo del paje, creyóse en lo de la muerte casual y violenta y se le enterró; diéronse á su madre de órden del rey ciertos maravedises para lutos, diéronse otros á un capellan para que dijera misas

por el alma del difunto y no se habló mas de ello, ni á nadie se le ocurrió pensar en venenos ni asesinatos.

Sabian el crimen, los asesinos don Francisco de Quevedo, el bufon y Dios que lo sabe todo.